


INTER FOLIA FRVCTVS
J. M. ANDRADE




Accessions
Shelf No.
D.152.33
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA CONDITA AD 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI
BOSTON PUBLIC LIBRARY
FROM THE
Ticknor Fund.
Rec'd.



MARIANO C. Y GOMEZ, EDITOR.

EL DIABLO EN PALACIO.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

DE

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

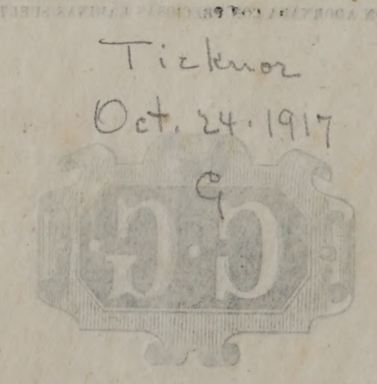
EDICION ADORNADA CON PRECIOSAS LÁMINAS SUELTAS.

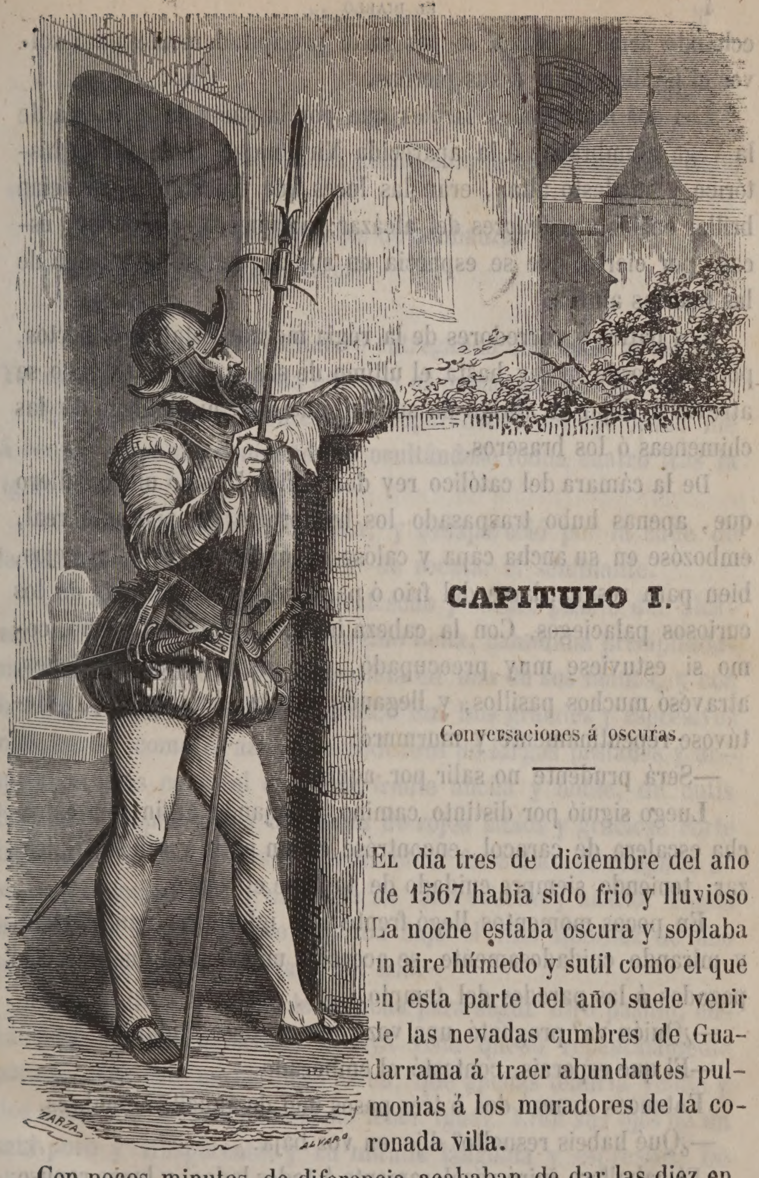


MADRID 1857.

IMPRENTA DE D. ANTONIO GRACIA, Y ORGA, CALLE DEL RUBIO NÚM. 9.

Es propiedad del editor.





CAPITULO I.

Conversaciones á oscuras.

El dia tres de diciembre del año de 1567 habia sido frio y lluvioso. La noche estaba oscura y soplaba un aire húmedo y sutil como el que en esta parte del año suele venir de las nevadas cumbres de Guadarrama á traer abundantes pulmonias á los moradores de la coronada villa.

Con pocos minutos de diferencia acababan de dar las diez en todos los relojes del sombrío alcázar real. Sus numerosos centinelas dejaban descansar en el suelo el pesado mosquete, y poniendo las manos en forma de trompeta, soplaban en su interior para aliviar el frio que entorpecia sus encallecidos dedos, y luego

echando arma al brazo, se paseaban precipitadamente para volver el perdido calor á sus piernas.

Los dos moribundos faroles que por la parte de la cuesta de la Vega alumbraban á la aparecida Vírgen que tiene allí su histórico y modesto altar, eran las luces que únicamente se veian brillar en los alrededores del alcázar; porque el resplandor, escaso por cierto, que se esparcia en sus zaguanes, no pasaba de las puertas afuera.

Los patios y corredores de la régia morada estaban desiertos, porque, desde el rey hasta el último de sus criados, ninguno se atrevia á dejar el abrigo de sus habitaciones ni el fuego de las chimeneas ó los braseros.

De la cámara del católico rey don Felipe II salió un caballero que, apenas hubo traspasado los humbrales del aposento real, embozóse en su ancha capa y calóse el sombrero hasta las cejas, bien para resguardarse del frio ó para evitar las miradas de los curiosos palaciegos. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si estuviese muy preocupado, dejó atras algunos salones, atravesó muchos pasillos, y llegando á la escalera principal, detúvose repentinamente y murmuró:

—Será prudente no salir por aquí.

Luego siguió por distinto camino, y bajando al fin una estrecha escalera de caracol, encontróse en un patio y salió del alcázar, teniendo siempre cuidado de taparse el rostro.

En pocos momentos llegó frente á la iglesia de Santa María, y mirando cuidadosamente, se acercó á unos bultos que parecian pegados á las paredes del templo.

—¿Quién va? preguntó una voz ronca y desagradable.

—El que esperais, contestó el embozado.

Entonces avanzó dos ó tres pasos uno de aquellos hombres.

—¿Qué habeis resuelto? dijo en voz baja.

El caballero miró recelosamente á todos lados, y luego repuso:

—Está decidido que muera.

—Bien, espero vuestras instrucciones.

—Pocas son. Ya no os movereis de este sitio; aguardais á que salga, que probablemente será dentro de una hora, y al pasar...

—Comprendo.

—¿Cuántos sois?

—Cuatro.

—Ellos son dos porque esta noche solo le acompaña un criado viejo y débil.

—Descuidad que mi gente es de confianza.

—No basta que tengan valor.

—Son mudos.

—Tomad, repuso el caballero entregando una bolsa al asesino. Ya sabeis que quien os da este oro os puede dar una horca.

El desconocido no contestó, y separándose del embozado fué á reunirse con sus compañeros, ocultándose todos cuatro tras la iglesia.

El caballero dobló la esquina, y desapareció por la calle de la Almudena, siempre cuidadoso de recatar el semblante.

Una hora despues, por un estrecho y oscuro pasillo del alcázar, una muger, jóven y en estremo bella, caminaba precipitadamente. Llevaba una vela encendida en una de sus manos, y con la otra resguardaba del aire la débil luz. Dos grandes y espresivos ojos negros como el azabache rodeados de largas pestañas y arqueadas cejas como el oro; una frente ancha y noble, de cutis blanco y trasparente, y una boca de rojos lábios y gracioso corte bajo la nariz de perfiles mas correctos, formaban el conjunto de su rostro encantador y digno de su talle esbelto y airoso. Vestia un traje de seda azul que brillaba bajo el rico albornoz de fino paño con que se resguardaba del frio.

Cuando iba á volver á la derecha para seguir otro pasillo, encontróse con un caballero á cuya vista quedó repentinamente parada. Era este un hermoso jóven, que apenas tendria veinte y dos años. Su belleza parecia no tener igual. Eran sus ojos de un azul puro y trasparente, y su mirada lánguida y espresiva. De elevada estatura, de noble continente, presentaba un aspecto á la vez tan respetable y seductor, que dificilmente hubiera podido encontrarse en la corte un galan de igual apostura ni semejante belleza.

Aquel mancebo era el marqués de Poza.

Al ver á la dama, dibujóse en sus lábios una dulce sonrisa, y brillaron sus ojos con el fuego de la pasion. Ella bajó los suyos para levantarlos luego iluminados tambien por la alegria.

—¡Blanca! exclamó, cogiendo entre las suyas una de las nacaradas manos de la doncella.

—¿Vienes de mi habitacion? preguntó esta con el timbre de voz mas grato que jamás se ha oido.

—Sí.

—Me ha detenido la reina...

—¿Y cómo vas sola?

—Porque presumí encontrarte en el camino, y como nuestro amor es un secreto, no quise que nadie me acompañase para no tener que privarme de hablarte si te veia.

—Harto el secreto me pesa, Blanca mia, pero muy pronto no sera tal.

—¿No me engañas? preguntó la doncella, fijando una mirada afanosa en el marqués.

—No. Los inconvenientes que hasta ahora se habian opuesto á que diésemos á conocer nuestros amores, van á desaparecer, y entonces diré al mundo que te adoro.

—¡Qué feliz soy!

—Mañana temprano vendré á verte, y entonces te diré cuanto pasa. Ahora separémonos: este sitio no es el mas á propósito para hablar.

—¿No vuelves esta noche?

—No; tengo que desempañar un encargo de importancia del príncipe y no me dejará tiempo para volver.

Una sombra de tristeza anubló el semblante de la jóven.

—Temo, dijo, que tu amistad con el príncipe te sea fatal.

—¿Por qué?

—¿Acaso ignoras lo que todo el mundo sabe? Su ruina está cercana, y sus amigos y confidentes se hundirán con él.

—Nada temas, Blanca; mi conciencia está tranquila porque mis acciones son buenas. Si profeso amistad al príncipe es porque lo veo abandonado de todos, de todos perseguido, y aunque él se haya buscado sus desgracias, me inspiran estas compasion. Su

falta de prudencia lo pierde, y por eso quiero estar á su lado, para contener con mis consejos los arrebatos de su carácter impetuoso. ¡Infeliz!

—¿Lo salvarás? No, y tus sacrificios serán estériles. Sus enemigos son muchos y muy poderosos, el primero su mismo padre. Ya sabes que desde el dia del torneo el rey se muestra contigo mas que indiferente, y esto en él dice mucho porque es asaz disimulado. Guardate, no espongas tu vida por pretender inútilmente salvar la de otro.

—Te repito que nada temas: yo puedo fácilmente justificar mi conducta.

—Si te dan lugar...

—Blanca, si no estuviese acostumbrado á oirte siempre augurar lo mas triste, tus palabras me darian miedo.

Iba la doncella á contestar, pero sintiéronse en aquel momento pasos por el corredor que torcia á su derecha.

—Viene gente... aléjate, dijo en voz baja.

Y despues de recibir un beso de despedida de su amante, apagó la luz y quedó inmóvil y arrimada á la pared.

Mientras el marqués se alejaba, acercáronse los que hácia allí caminaban, que segun el ruido de sus pasos debian ser dos, y parándose muy cerca de la jóven, dijo uno que por el acento parecia el mismo embozado que habló con los asesinos.

—Ya veis hasta qué punto lo cegaría el coraje, que queria haberlo hecho matar de modo que todos conociesen que se hacia por órden suya, para que asi sirviese de escarmiento á los amigos del príncipe.

Blanca se estremeció.

—Afortunadamente, prosiguió el caballero, pude disuadirle de tan descabellada idea, si bien no de que se ejecutase su plan.

—¡Pobre marqués! Os confieso, amigo mio, que tanto como aborrezco al príncipe, me interesa la vida de ese mancebo; porque estoy seguro de que solo un sentimiento de generosidad le mueve á proteger á don Cárlos.

—Me sucede lo mismo que á vos, pero voy á advertiros una cosa porque sois mi verdadero amigo. Si el rey me ha dicho que

os confie este secreto, no ha tenido otra mira que probar vuestra lealtad. Nadie sino vos, despues de S. M. y yo, sabe que esta noche debe perder la vida el marqués bajo el puñal de un asesino, y si el golpe se frustra, tan bien combinado como está, es porque alguien le ha dado aviso...

—Os comprendo.

La doncella se oprimió el pecho con las manos y tuvo que hacer un grande esfuerzo para no caer en tierra y para ahogar un grito de espanto y de dolor. Todo lo habia comprendido: acababa de saber que su amante sería asesinado aquella misma noche, y no le era dado salvarlo porque no podia moverse de allí sin ser descubierta. ¡Horrible situacion! ¿Qué hacer? Ni aun el consuelo tenia la desdichada de desahogar su dolor siquiera con un leve gemido. ¿Y quién era aquel hombre, principal agente, al parecer, del sangriento plan del rey? No pudiendo salvar á su amante, hubiera dado la mitad de su vida por conocer al que servia de instrumento al monarca, para vengarse despues. Seguirlo era casi imposible porque él llevaria cuidado de ocultarse el rostro dentro del alcázar, y aun en la calle, sin contar con que la dama no podia ir tras él por toda la villa. Su viva imaginacion suministróle un medio, y á la idea de que conoceria á aquel hombre, pareció quedar algo mas tranquila. Faltábale saber cuando y donde se asesinaria al marqués, porque si esto habia de ser muy tarde, quizas podría darle aviso para que evitase el golpe.

Los caballeros continuaron su conversacion.

—Ya veis, dijo el descubridor del secreto, que el asunto es delicado.

—No quisiera, amigo mio, que me hubiéseis confiado semejante secreto.

—Lo hago de órden de S. M.

—¡Pobre marques!... Pero en fin, si está probada su traicion con la carta, merece el castigo que se le impone. Con todo mucho temo que no sea alguna intriga...,

—No, la carta es de Egmont, no tengais duda, y esto, con la atrevida desvergüenza que tuvo en el torneo...

—Es bastante.

—Tal considero.

—De manera que mañana...

—El cadáver del marqués amanecerá junto á Santa María. Hace mas de una hora que lo esperan sus asesinos.

—Entonces, quizas en este momento...

—Tal vez.

Sintióse Blanca desfallecer al oir estas últimas palabras. Su amante espiraba quizas en aquel momento: lo aguardaban sus asesinos; él debia haber salido ya del alcázar. Sin embargo, era muy posible que hubiese encontrado á algun amigo, que se hubiese detenido algunos instantes... Tal vez corriendo se le podia salvar aun.

La infeliz jóven se decidió á arrostrarlo todo, y no pensó sino en ir en seguimiento de su amante para gritarle, siquiera desde lejos, «¡retrocede, que van á asesinarte!» Entonces hizo un movimiento para envolverse en su ancho albornoz, y la vela escapóse de entre sus dedos.

Al ruido que se produjo, quedó inmóvil la doncella, y los desconocidos dijeron á la vez:

—¿Viene gente?

Y á pesar de que nada volvieron á oir, repuso el uno:

—Separémonos.

El que parecia agente del rey se dirijió por el mismo pasillo en que estaba la doncella, y cuando su ancha capa rozaba al pasar con el albornoz de esta, sintió que le quitaban violenta y ligeramente el sombrero, y que una persona se alejaba, corriendo por el opuesto lado.

—¡Ira de Dios! exclamó el caballero echando mano á la daga.

Luego escuchó, pero reinaba el silencio mas profundo.

—Han espiado nuestra conversacion, repuso, y me han quitado el sombrero para conocerme... ¡Oh!...

Quedó parado algunos instantes, pero reflexionando que nada adelantaba con aguardar allí, resolvióse á ir en busca de un nuevo sombrero, para salir del alcázar y averiguar si ya habia sido asesinado el marqués.

—Si se ha dado el golpe, no tengo cuidado, murmuraba, por-

que el rey me protejerá; pero si aun no ha salido el marques, estoy perdido, porque, si bien el rey creerá lo que yo le diga con respecto á este chasco, me acusará de poco prudente: sin contar con que mañana vendrá el marques á devolverme mi sombrero, pero á darme tambien una estocada. Y su brazo y su destreza son temibles porque no tiene rival en el manejo de las armas. ¡Ira del infierno! Hace un cuarto de hora que deseaba que se salvase, pero en este instante no anhelo otra cosa mas que su muerte porque de ella pende mi vida.

En esto llegó á la puerta de un aposento, que sin duda debia ser el que habitaba, como de la servidumbre real, porque llamando, y despues que le abrieron, penetró en él como el que entra en su casa.



CAPITULO II.

Celos contra celos.

La doncella corrió como si huyese de la muerte. En pocos instantantes atravesó pasillos, se dejó atras habitaciones, y sin reparar que alguno la miraba con estrañeza, salió por una de las puertas del alcázar y siguió corriendo hasta llegar cerca de Santa María. Á nadie encontró por el camino. Esparció una mirada afanosa, y nada vió. Allí debian estar los asesinos de su amante, pero este no habia salido del alcázar puesto que no estaba tendido en tierra, ó si habia salido estaba en salvo. Tal pensó y fijóse nuevamente su mirada en el templo: entonces le pareció ver, aunque muy confusamente, unas sombras en los pardos muros. Estremecióse y horrorizada dió algunos pasos hácia atras.

—Todavía aguardan, murmuró. Veamos si está en el cuarto del príncipe; no hay que perder un instante... ¡Dios mio, salvadlo y tomad mi vida!

Sus lábios secos y abrasados por la fiebre dejaron escapar un suspiro, y luego se dirijió otra vez al alcázar en busca de su amante. Su cabeza se ardia, su corazon palpitaba con estremada violencia, y sus fuerzas se acababan por momentos. Sosteníala únicamente su propio dolor. A no ser de noche hubiérase podido ver su rostro desencajado, descompuestas todas sus facciones, y

el estravío de su mirada hubiera causado espanto. Cuanto sufria en aquellos instantes supremos, no lo podemos esplicar porque hay dolores cuya intensidad apenas puede concebirse. Blanca adoraba al marques, el marques era su sola ilusion, su afeccion única, porque la infeliz jóven huerfana desde su infancia, sin pariente alguno, no habia tenido á quien amar, y su primera pasion fué tan viva como siempre lo es la que abriga un corazon ardiente y reune en sí la intensidad de todas las pasiones.

Mientras su débil planta se ponia otra vez sobre los umbrales del palacio, en una de sus habitaciones, adornada suntuosamente, hallábase un jóven sentado en un ancho sillon.

Su continente era altivo, y dura la espresion de su semblante, al que daba imponente severidad su ancha frente. Sus negros ojos tenian una viveza extraordinaria y parecian animados por el fuego de un alma ardiente. No fijaba en ningun punto por mucho tiempo su inquieta mirada, pero en los pocos instantes que acostumbraba á dirijirla á cualquier persona, parecia clavarla como una saeta penetrando hasta el corazon.

Sin embargo, aquella severidad, aquella dureza de espresion en el rostro del mancebo que retratamos, debia ser hija de circunstancias especiales, porque á veces, y con bastante frecuencia, no habia semblante mas burlon, mirada de mas loca alegria, ni palabras mas francas que las suyas.

Su frente y sus megillas tenian esa palidez mate que indica la falta de salud, y aunque parecia de constitucion algo endeble, sus formas eran esbeltas y sus movimientos tenian elegante desembarazo.

Una sombra de profunda tristeza solia en momentos dados anublar su frente, y entonces se entreabrian sus lábios con una espresion de amargura agena de sus veinte y dos años de edad.

Tal era el príncipe don Cárlos, hijo de Felipe II.

Vestia con elegancia, aunque con algun descuido, un rico traje de terciopelo azul oscuro con profusion de bordados de oro.

Despues de meditar algunos momentos, dió muestras de impacientarse y miró á todos lados con su acostumbrada viveza. Sin duda aguardaba á que llegase alguno, y cumpliéndose sus deseos,



DON. CARLOS DE AUSTRIA.

abrióse una puertecilla secreta que habia junto á un armario de ébano incrustado de nácar, y el marqués de Poza se presentó.

—¿Sabeis que hace mucho rato que dieron las once? dijo el príncipe sin dar tiempo al marqués para que saludase.

—Ya lo sé, pero no siempre puede uno aprovechar el tiempo como quisiera. Me han detenido, y si hubiese mostrado prisa, tal vez....

—Siempre, interrumpió don Cárlos, quereis llevar el disimulo hasta la exageracion, amigo mio.

—¿Y qué ha de perderos sino la falta del que en vos se nota? ¿Ignorais que vuestro padre me mira recelosamente hace algunos dias?

—Es cierto, marqués, pero ya es en vano que disimulemos porque somos demasiado conocidos.

—No tenemos la misma opinion.

—Bien, bien, amigo mio, os reconozco mas astucia, mas tacto, mas pradencia, pero ahora lo que necesitamos es mucha energía, mucho arrojo y mas actividad.

—No hemos malgastado el tiempo; ya sabeis que esta noche debe quedar todo concluido, y si los flamencos nos dan las seguridades que exijimos, antes de tres dias habreis perdido de vista á Madrid.

—Habremos perdido, querreis decir.

—¿Insistis todavía en que os acompañe?

—Sí, marqués.

—Os acompañaré, pero tened entendido que la reina peligra si no queda en Madrid una persona que vele por ella.

La espresion del semblante de D. Cárlos varió al oir nombrar á la reina. Tornóse apacible su mirada, pareció dilatarse su frente, y haciéndo que el marqués se sentase para tenerle mas cerca, le preguntó:

—¿Habeis visto esta noche á la reina?

—No, señor.

—Yo no he querido ir á su cuarto porque me dijeron que estaba allí mi padre.

—Por lo mismo debiérais haber ido.

—¡Marques!

—Os repito que ha de perderos vuestra falta de disimulo.

—¿Amais mucho á Blanca? dijo el príncipe cuya frente se oscureció.

—Ya os lo he dicho muchas veces, mas que á mi vida.

—¿Y no habeis tenido nunca celos?

—Nunca.

—Entonces, amigo mio, no sabeis lo que es padecer. Ver á mi Padre junto á su esposa, es para mí el mas horrible de los tormentos. ¡Oh!... Cuando la mira, cuando toca una de sus manos, me arde la cabeza y el corazon, parece que un espeso velo se pone ante mis ojos, y olvidando que es mi padre me arrojaria sobre él para hacerlo pedazos.

Agitáronse repentinamente todos los miembros de D. Cárlos, y brillaron estraordinariamente sus pupilas.

—¿Y estrañais entonces que vuestro padre, con los sagrados derechos de esposo, se muestre severo, sospechando que su hijo intenta manchar su honra?

—¿Dónde están esos derechos? repuso arrebatadamente el príncipe. ¿Quién se los dió? ¿Por ventura, no son hijos de la traicion mas fea? La muger á quien mi padre hizo su esposa, estaba destinada para mí, él mismo me la habia prometido, yo la amaba como la amo ahora, con toda mi alma, como nadie en el mundo amó, y el que me la arrebata, sea quien fuere, es mi enemigo, mi mas mortal enemigo porque me roba mi felicidad, mi reposo, mi existencia. «Ama á tu prometida para que seas buen esposo,» me decia mi padre; y cuando mi pasion, por él alentada creció hasta lo infinito, su despótica autoridad hizo ley de su capricho, y trocando sus palabras, me dijo friamente: «olvida á tu prometida porque en vez de ser tu esposa lo será mia, será mañana tu madre.» Y la hizo su esposa, la hizo mi madre, y la ví entre sus brazos respondiendo con caricias á sus caricias.... ¡Oh! prosiguió apretando los puños, ¡Felipe II no es mi padre, es mi rival, mi mayor enemigo! ¡Y quereis que disimule mi pasion para que el rey no tenga celos!... ¡Imposible! Rebosa en mi pecho el coraje, y en vano procuro contenerlo. Amo á la reina,

ya lo sabeis, y esta pasion me abrasa el alma, me despedaza el corazon porque no la veo satisfecha; y mi padre lo comprende asi, está convencido de que es imposible apagar el fuego de este amor, y tiene celos. La virtud de la reina, virtud que me mata, hace vano el coraje de su esposo, y ya que este no puede con tal achaque dar motivo á su sed de venganza, me hiere como á hombre, como á príncipe, como á caballero, hiere á mis amigos, y me obliga con su proceder á que me convierta en conspirador, como el último de sus vasallos, para tener así motivo de castigarme.

—Y por eso es en vos imprudencia darle las armas con que quiere heriros.

—¿Y qué hacer? ¿Puedo retroceder acaso? ¿No tengo empeñada mi palabra real con los de Flandes? ¿Hé de abandonar á esos buenos vasallos y leales amigos de mi noble abuelo, al furor del de Alba? Está dado el primer paso y ya no hay mas que morir en la demanda. ¿Quereis seguirme?

—Os lo dije una vez.

—Bien, amigo mio; no hay tiempo que perder: el baron os aguarda desde las once. Id, pues, mientras tanto que á solas con mi pasion intento que el sueño cierre mis ojos. Al amanecer os espero, y si como es de presumir, quedan esta noche allanadas todas las dificultades, mañana prepararemos nuestro viaje, y que Dios nos proteja.

El marqués salió.

—¡Isabel, Isabel, esclamó el príncipe, no sé si tendré fuerzas para alejarme de tí!

Luego se acercó al armario de que hemos hecho mencion, y sacando una cajita de plata, abrióla y estampó en su interior un ardiente beso.

Dentro de aquella caja habia un retrato de muger.



CAPITULO III.

Lo que puede suceder por salir por una puerta secreta.

Blanca habia recorrido todo el alcázar, habia vuelto dos veces á Santa María y preguntado otras tantas en el cuarto del príncipe si estaba allí el marques; pero como este habia entrado por la puerta secreta sin ser visto de nadie, le contestaron negativamente.

Ya empezaba la infeliz jóven á abrigar la esperanza de que su amante hubiese salido del alcázar, y tomando camino opuesto al de Santa María, se encontrase libre de sus asesinos; pero no del todo satisfecha, porque nadie lo habia visto salir, quiso por última vez ir en su busca, y si no le encontraba, enviarle á su casa un aviso.

Cuando principiaba á bajar la escalera principal del alcazar, el marques pisaba los últimos escalones de otra reservada y salia del palacio seguido de un escudero.

La doncella caminaba precipitadamente á pesar de que se sentia próxima á desfallecer. Flaqueábanle las piernas, y si otra vez hubiese tenido que repetir sus idas y venidas, le hubiera sido imposible dar un paso. Sosteníala únicamente, como ya dijimos, su mismo dolor, y parec a imposible que sus delicados miembros

resistiesen por tan largo rato agitacion tan violenta sin un momento de reposo.

Envuelta en su ancho albornoz, bajo el cual guardaba el sombrero del desconocido, que aun no se habia detenido á examinar, no sintió, como tampoco antes habia sentido, el aire húmedo y helado que cada vez soplaba con mas fuerza. Cuando estuvo fuera del alcázar intentaron sus ojos descubrir algun bulto en medio de la oscuridad, pero nada vieron. Escuchó por si el eco de algunas pisadas llegaba á sus oidos, pero solo percibió el acompasado andar de los centinelas.

—Quizás vaya delante de mí, murmuró, quizás en este momento levantan sobre su corazon un puñal.... Corramos.

Y siguió su camino con tal rapidez, que á los pocos instantes se sintió ahogada por la fatiga.

—No puedo mas, dijo. ¡Dios mio, fuerzas, fuerzas hasta salvarlo, y luego quitadme la vida!... ¡Ah!... Siento oprimido el corazon.... será la fatiga... No, es un presentimiento horrible....

Levantó al negro cielo sus mas negros ojos, y exclamó con acento desesperado:

—¡Fuerzas, Dios mio!

Luego sacudió la cabeza, sus miembros se contrajeron, y el poder de su voluntad pareció devolverle algun tanto las deseadas fuerzas. Volvió á correr; dilataronse extremadamente sus pupilas, y distinguió á lo lejos una confusa sombra que caminaba delante de ella.

—¡Es él! exclamó. ¡El corazon me lo dice!

Su cabeza estaba trastornada.

—¡Va á morir... ya se acerca!...

Redoblóse la velocidad de su carrera, volaba, no corria, pero era imposible alcanzarlo, muy dificil acercarse á distancia que pudiese oir un grito salvador.

Los ojos de la doncella seguian ávidamente la sombra que parecia tocar ya á las paredes del templo.

—¡Dios mio, gritó con el acento de una loca, manifiesta tu justicia!

Y avanzando gran trecho, logró ponerse al alcance de la voz.

Abrióse entonces su boca para gritar, «¡huye marqués!» pero ahogáronse las palabras en su garganta, porque á sus oidos llegó otro grito desgarrador, grito de muerte.

Sonó luego el choque de espadas, y otro lamento de agonia se oyó.

Algunos momentos despues, la doncella abrazaba el cuerpo de su amante, y mientras sostenia en sus rodillas la noble cabeza de este, elevaba al cielo una mirada que era una blasfemia.

—¡Blanca! murmuró el marqués.

Y tras esta palabra exhaló el último suspiro.

La desdichada jóven cayó sin conocimiento entre la sangre del marqués de Poza y de su fiel criado que tambien estaba gravemente herido.

CAPITULO IV.

Quien era el embozado que perdió su sombrero.

Estaba la mañana fria como las caricias de una setentona y nublada como el rostro de un alguacil.

Faltaban cinco minutos á las siete segun marcaba un reloj de péndola, con caja de concha y adornos de bronce cincelados, que habia en un aposento del alcázar real.

Aquel aposento era el despacho del católico monarca Felipe II, á quien muchos cognominan el *Prudente*, y no pocos el *Grande*.

Arrimados á una de las paredes, admirablemente pintadas de caprichosos adornos, veíanse dos grandes armarios de caoba con primorosos tallados, goznes, cerraduras y remates de plata, que contenian libros y papeles. A otro lado habia una gran mesa con cubierta de damasco verde cuyo fleco de oro tocaba á la alfombra traida de Alemania y en que se veia reproducida con maestría la pintura de un lienzo que se conservaba en palacio, representando la memorable victoria de San Quintin. Un retrato del emperador Cárlos V habia en la pared de enfrente, y en la restante el hueco de un balcon que daba á uno de los patios interiores del edificio.

No carecia de puerta aquel aposento. Teníala á la izquierda de la mesa y dando frente á un magnífico espejo de Venecia, formado de dos pedazos: de manera, que sentado Felipe II en un ancho sillon delante de la mesa, casi daba la espalda á la puerta y veia en el espejo el semblante de los que entraban, sin duda para arreglar el suyo como mejor le acomodase.

Habia diez ó doce sillones de encina tapizados de terciopelo verde sujeto con clavos de plata, y en el centro de la habitacion un enorme brasero del mismo metal, sostenido por tres leones hábilmente cincelados.

Felipe II se hallaba de pié cerca del brasero, dándole la espalda y cruzadas detras las manos. Miraba al balcon como si contemplase la niebla que empañaba los cristales, pero una profunda arruga que se marcaba en su entrecejo, y la inmovilidad de sus pupilas, denotaban que no era aquella contemplacion lo que en tales momentos lo tenia tan absorto. Alguna negra idea, algun desagradable recuerdo ocupaba su imaginacion.

Tenia entonces Felipe II cuarenta años, y muchos de sus cortados cabellos estaban ya blancos como la nieve, así como en su barba se veia tambien brillar algun plateado hilo.

Era aquel monarca de noble presencia, y de tan severo y altivo continente, que ni aun sus mas íntimos privados pudieron mirarle nunca sin sentirse poseidos del profundo respeto que imponia su persona. Siempre grave y cuidadoso hasta de sus mas insignificantes maneras, hubiera sido un esclavo de la régia dignidad, si su severo carácter no hubiese hecho en él una costumbre la seriedad. Ni á grandes señores ni á privados perdonaba la centésima parte de una reverencia, segun era de su autoridad celoso; llevando su dignidad hasta el extremo de que ni en el seno de su familia, ni en los momentos de mas cariñosa intimidad que concedia á su desgraciada esposa, dejó de ser nunca un grave cortesano cuyas palabras y acciones pasaban antes por el crisol de una refinada etiqueta.

Su mirada era penetrante y dura, pero á la vez reposada, sin que en su inalterable rostro se pintase nunca, ó por lo menos muy raramente, la alegria ó el enojo.



FELIPE II.

Vestia un trage de terciopelo negro bordado de oro, y rodeaba su garganta una de aquellas golillas ó cuellos rizados y engomados que hacian parecer á la cabeza un melon colocado en un plato de blanca porcelana.

Al cabo de cinco minutos, ni un instante mas ni menos, de la meditacion del católico rey, y al dar siete campanadas en el mencionado reloj, abrióse la puerta y apareció en el dintel un caballero cuya calidad debia sin duda dispensarle de ser anunciado.

El recien llegado frisaba en los cincuenta escasamente. Era de elevada estatura y nobles maneras. Rodeaban su frente, un tanto escasa, negros cabellos cortados al estilo de la época, y en los que la edad no habia podido todavía colocar un hilo blanco. Movíanse, como pesadamente, bajo sus espesas cejas, dos ojos negros, redondos y de empañadas pupilas. No era mal cortada su recta nariz, ni mal trazada su boca de gruesos lábios por entre los cuales, y contrastando con su negro bigote, asomaban dos hileras de blancos y menudos dientes. Ligeramente morena era la tez de sus megillas cubiertas de espesa barba.

A primera vista no se podia formar ni bueno ni mal concepto de aquel hombre.

Vestia de finísimo paño verde con algunos bordados de oro porque así se lo permitia su rango, y llevaba una capilla de la misma tela y color, sin faltarle la gorguera en forma de plato. Calzaba guantes amarillos que junto á su ropilla verde lo acusaban de mal gusto, y ceñia una larga espada con empuñadura de acero.

Este caballero era Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, ayo del príncipe don Cárlos y uno de los cortesanos en quien Felipe II depositaba su confianza. Merecíala efectivamente porque era bueno y leal, y la rectitud y nobleza de su carácter habrian dejado mejores recuerdos, si con voluntad mas firme hubiera resistido á ser instrumento inocente de las criminales intrigas de su muger á quien amaba ciegamente y de la que no era amado ni respetado.

Parecia que una sombra de profunda tristeza oscurecia su

semblante aquella mañana, como la niebla oscurecia tambien la luz del sol. Su rostro estaba pálido y su mirada inquieta.

Felipe II fijó en su favorito una escudriñadora mirada.

—El cielo guarde á V. M., dijo Ruy Gomez con turbado acento y haciendo una profunda reverencia.

—Mucho has madrugado hoy; sin duda tienes que comunicarme alguna noticia de importancia.

—Señor, el madrugar es en mí costumbre añeja; en cuanto á noticias, ningunas tengo que comunicar á V. M., porque ya habrá sabido el suceso de anoche.

—No sé á lo que te refieres, dijo el rey aparentando la mayor indiferencia.

Ruy Gomez miró á todos lados, y como si no supiese que decir permaneció silencioso.

—¿No contestas? repitió el monarca.

—¿Acaso no han dicho á V. M. que anoche asesinaron junto á Santa María?...

—Ya lo sé.

—Pues es lo único de que tenia que hablar á V. M.

—Tenias que hablarme, repitió Felipe acentuando estas palabras. ¿Acaso sospechas quienes sean los asesinos?

—Hé querido decir, señor, que era la única noticia que tenía que dar á V. M.

—Bien, bien; pero sabes...

—No será muy dificil, repuso el cortesano.

Y miró al rey como si quisiese adivinar lo que pasaba en su interior; pero este nada dejaba traslucir en su semblante.

—¿Con que lo crees fácil? Me alegro, porque quiero que se castigue ese crímen.

—¿Tiene en ello empeño V. M?

—El empeño de la justicia.

Ruy Gomez quedó pensativo por algunos instantes, y luego repuso:

—Señor, el marques de Poza era criminal de alta traicion, y su muerte es un justo castigo de la Providencia.

—No es esa razon bastante poderosa para castigar aseni-

nando. Dios lo dispone todo, mas sin embargo, á los reyes nos toca hacer cumplir las humanas leyes sin examinar los decretos divinos. Por otra parte, ya comprenderás que no se habrá asesinado al marqués para castigarlo, sino para vengar alguna ofensa particular. Si el noble mancebo era, como tú dices, traidor, cosa que no está probada, á mí me toca hacer pública justicia para escarmiento saludable y para satisfacer á la sociedad ofendida.

Sin duda Ruy Gomez deseaba traer á este punto la cuestion, porque apareció mas tranquilo su semblante.

—Es verdad, señor, dijo; pero para castigar públicamente á un criminal, es menester tambien hacer público su crímen y las pruebas de este.

Felipe II volvió á examinar de nuevo el rostro de su favorito, y fijando en él una mirada penetrante le dijo repentinamente:

—Tú has hecho asesinar al marqués.

Ruy Gomez dió un paso atrás, quedó inmovil y sorprendido, palideció su frente y no pudo contestar una palabra.

—¿Por qué has mandado asesinar al marqués? le preguntó severamente Felipe.

—Señor.... balbuceó el de Eboli.

—Contesta.

—¿Por que sospecha V. M. que yo?...

—Tú has sido. Defiéndete, si es que tiene defensa tu crímen.

—Pues bien, señor, yo he dispuesto que se castigue al marqués, porque era criminal de alta traicion.

—¿Y por qué castigarlo ocultamente y sin mi permiso?

—Vuelvo á repetir á V. M. que las pruebas de su crímen no podian hacerse públicas. ¿Hubiera preferido V. M. entregar al marqués á los tribunales, á trueque de revelar un secreto de Estado y de mezclar en el proceso un nombre que solo debe pronunciarse con respeto?

A su vez palideció Felipe II.

—Ruy Gomez....

—Señor, repuso este, sacando un paquete de cartas, V. M. pronunciará mi sentencia.

Y doblando la rodilla inclinó humildemente la cabeza y entregó al rey aquellos papeles.

Desdoblólos el monarca, y uno por uno fuelos examinando. Eran cartas del príncipe don Cárlos á los diputados flamencos, y apuntes del marqués sobre los proyectos de fuga del príncipe y sobre la rebelion de los Paises Bajos.

—¡Oh! murmuró el rey, oh!...

—Señor, repuso el de Eboli; para acusar al marqués era preciso haber publicado esas cartas.

Por la frente del monarca corrieron algunas gotas de frio sudor.

—¡Mi hijo! exclamó con amargura.

Y luego se dejó caer sobre un sillon como si le faltasen las uerzas.

—Ya vé V. M., dijo Ruy Gomez, que seguia de hinojos, que era imposible castigar públicamente al marqués de Poza.

El monarca guardó silencio por largo rato, y al fin dijo:

—¿Y por qué no has contado con mi permiso para matar, ó como tú dices, castigar al marqués?

—Porque V. M. no hubiera aprobado mi plan.

—Tienes razon; yo no me hubiera decidido á semejante cosa porque aun no sé si un rey está autorizado para castigar sin mas pruebas que su propio convencimiento.

—¿Y esas cartas, señor?

—Es cierto; estas cartas son una prueba irecusable de que el marqués conspiraba.

—¿Me perdona V. M.?

—No ha sido tu intencion cometer un crímen, sino castigar á un enemigo de la religion y del trono.

—Y como en la rectitud de V. M. no cabia la idea de un asesinato que era indispensable para acabar con un enemigo de la religion y del trono, con un enemigo que precipita en el camino de la perdicion eterna al heredero de vuestra corona, por eso, señor, á trueque de incurrir en el enojo de V. M., he hecho lo que creo un servicio de suma importancia para la tranquilidad del reino y dara la integridad de nuestra santa fé. Si me he equivocado, aquí

está mi cabeza. No quiero que V. M. apruebe el crímen, sino que me perdone y me ampare, en gracia del fin que me propuse.

Meditó el rey, y luego contestó:

—Por esta vez, quede en el olvido tan fatal secreto; pero entiende que no quiero salvar mi trono en cambio de un crímen. Absuélvate el presente un sacerdote; yo como rey, premiaré tus servicios olvidándolo. Si los tribunales te acusan, defiéndete; mas nò esperes mi amparo para proteger la injusticia. Levanta, pues.

—De aqui no he de moverme, señor, hasta alcanzar una gracia. He pedido á V. M. perdon y amparo; tengo lo primero, pero no me es menos necesario lo segundo. No pido que V. M. mande á los jueces que tuerzan su rectitud si se me acusa; pero sí le pido que esto lo evite, porque si así no lo hace V. M., llegará á suceder, y entonces mi nombre, señor, tendrá una mancha, porque á los ojos del mundo yo no sería otra cosa sino el asesino que ruin y villanamente sácia en su víctima la sed de una particular venganza.

—Evitar sin que aparezca que protejo la injusticia, lo haré si puedo. Otra cosa no la esperes.

—Gracias, señor; es todo lo que pido y todo lo que creo que necesito.

—¿Témes ser descubierto?

—Si, señor.

—Habla.

Ruy Gomez, mas tranquilo ya, se puso de pié.

—Para la ejecucion de mi proyecto, dijo, tuve necesidad de comunicárselo al comendador Maldonado, y cuando anoche le hablé de ello al final de la galería que conduce á los roperos, fuimos escuchados.

—¿Y os conocieron?

—Solo á mí.

—Pues en aquel sitio no debia haber luz alguna.

—Estaba completamente á oscuras. Ya sabe V. M. que no hay por alli puertas ni ventanas por donde pueda escucharse, y como reinaba el mayor silencio, nos creimos seguros.

—Lo comprendo; alguien estaba oculto y os escuchó. Pero

esto no puede ser motivo sino para una hablilla; jamás será una prueba.

—Señor, si no hubieran hecho mas que escuchar, nada tendria que temer mas que la murmuracion de la córte; pero es el caso que sentimos ruido, nos separamos, y apenas habia yo andado seis pasos, sentí que repentinamente me quitaron el sombrero.

—¿Y desaparecieron con él?

—Exactamente.

—¿Y qué hicistes entonces?

—A pesar de mi sorpresa, eché mano á la daga; pero nuestro espía desapareció como una ráfaga de viento, y todo volvió á quedar silencioso.

—¿Es decir?..

—Que por el sombrero me habrán conocido y no será ya una sospecha mas ó menos incierta, sino una seguridad la que se tendrá de que yo he preparado la emboscada al marqués.

—Has sido muy torpe.

—Y muy imprudente; pero ya ha sucedido.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Evitar que mi sombrero salga de palacio.

—¿De quien sospechas?

—De nadie, señor.

—El que te ha quitado el sombrero debe ser parcial de mi hijo, y amigo del marqués, y por consiguiente de la reina.

—Tal he pensado, pero como son muchos esos parciales...

—¿Crees que la reina ignora lo que acabas de referirme?

—¿Ha de saberlo ya?

—Al darle la noticia de la muerte del de Poza, le habrán enseñado el sombrero.

—Esa, señor, es la opinion de mi esposa.

—Que tiene mas talento que tú.

—Se lo reconozco, contestó el cortesano, á quien en vez de herir, lisonjearon las palabras del rey.

—Sin duda ella tambien ha sido la que se ha procurado estas cartas.

—Efectivamente; ella ha logrado ganar al ayuda de cámara

del marqués, y tambien ella me decidió á que se le matase sin permiso de V. M., porque como he dicho, no hubierais consentido en semejante cosa.

Levantóse el monarca y dió algunos paseos por la habitacion. Ruy Gomez esperó con afan las palabras del rey.

Despues de un largo rato paróse Felipe II, y dijo:

—Es preciso averiguar quien tiene tu sombrero.

—V. M. me honra demasiado.

—La reina lo sabrá. Hace algunos dias que las noticias cunden en la córte de una manera estraña. Veremos si por este acontecimiento llegamos á descubrir esa mano oculta que directa ó indirectamente se muestra mi mayor enemigo. Voy al cuarto de la reina; espérame aquí.

Y despues de ver en el espejo si estaba bien arreglado su traje, salió.

Ruy Gomez, pensativo y triste, se dejó caer en un sillon, y cruzando una pierna sobre otra, colocando sobre ambas su sombrero y descansando en la diestra la megilla, se entregó á reflexiones nada agradables.

—¡Oh! murmuró; si el rey supiese que he tomado su nombre... No siento mi cabeza muy segura sobre los hombros.

CAPITULO V.

—

¡Venganza!

MIENTRAS que en el cuarto del rey tenia lugar la escena que acabamos de referir, otra de muy distinto carácter pasaba en un gabinete octógono cuyas paredes estaban cubiertas de tela de seda azul con estrellas de plata.

Blandos divanes forrados de terciopelo con flecos de oro; cómodos sillones; mesas con remates de plata, modelos del arte, cubiertas de caprichosos juguetes ó de primorosos objetos de tocador; grandes espejos con lucientes marcos dorados, y todo aquello, en fin, que el lujo y el gusto refinado de una muger pueden inventar, se veia en aquel aposento cuya atmósfera estaba embalsamada por multitud de esencias que producian con su conjunto un perfume grato y aun embriagador.

Aquel gabinete era el tocador de la esposa de Felipe II.

En uno de los divanes se hallaba sentada Isabel de Valois, con el semblante triste y como si el dolor tuviera abatidos sus miembros. Su belleza era encantadora, y con razon se la tenia por una de las mugeres mas hermosas de aquellos tiempos. Nada mas dulce, mas angelical, que su rostro de aterciopelada blancura y de facciones tan delicadas y perfectas que no tenian igual. Rodeaban su ancha frente espesos bucles de negros cabellos , fi

nos y brillantes, que cayendo en desiguales rizos sobre sus redondos hombros y su nevada espalda, ocultábanse entre los anchos pliegues de una túnica de cachemira, de nítida blancura, que constituia todo su trage. Sus grandes y rasgados ojos parecian haber robado á lo noche su negrísimo crespon, y el encanto, la seduccion y la dulzura á los ensueños de un enamorado poeta, asi como á su boca podia tambien acusársele de haber quitado al mar sus corales mas finos y sus mas blancas perlas.

Calzaban sus diminutos pies chinelas azules de raso bordadas de plata, y sus brazos, mórbidos y tentadores como la promesa de un goce eterno, estaban casi del todo desnudos.

Tenia Isabel de Valois veinte y un años, y estaba, por consiguiente, en el mayor grado de su belleza.

En medio de aquella atmósfera embalsamada, trastornadora; en aquel misterioso retrete donde todo era resplandeciente, delicado, fantástico, mas que una muger, la hermosísima reina asemejábase á una celestial aparicion rodeada de todo el incomparable encanto de la sencillez y la belleza.

Hacia poco rato que acababa de levantarse, y suelto el cabello, esperaba á que llegase una de las doncellas que debian peinarla. Otro cualquier dia se hubiese impacientado por la tardanza de su sirviente, á quien habia mandado buscar; pero aquella mañana embargaban su imaginacion tan tristes recuerdos, que casi se habia olvidado de que le hacian esperar y de que podia ir á visitarla su esposo ante quien no debia presentarse con tan descuidada vestidura y sin recojer el cabello.

Por fin apareció en la puerta una muger. Su semblante estaba descompuesto; su mirada parecia la de una loca, y sus grandes ojos estaban rodeados en su parte inferior por un semicírculo amoratado que manchaba buena parte de sus pálidas megillas. Era desigual su paso, á veces débil, á veces firme en demasía, y en todos sus movimientos se notaba el mayor desórden.

Aquella muger era Blanca.

Llevaba la misma ropa que la noche anterior, y no habia dejado aun el albornoz, en que ahora se veian algunas manchas de sangre ,y bajo el cual se notaba un bulto.

—¡Venganza! gritó cayendo pesadamente á los pies de la reina.

Esta miró con ojos espantados á la jóven, y en su sorpresa solo pudo exclamar:

—¡Blanca!

—¡Venganza, venganza ya que no hay justicia!

—Levántate, Blanca, repuso doña Isabel. Tranquilízate, habla, ¿quién te ha ofendido?

La doncella miró con estrañeza á su señora, y luego dijo:

—¿Acaso no sabeis el crímen horrible que se ha cometido esta noche á las puertas del alcázar?

La reina palideció, y una lágrima asomó á sus ojos.

—Ya lo sé; ¿pero era por ventura tu deudo el desdichado marqués, para que así pidas venganza como si tratases de un hermano?

—Perdonadme, señora, el dolor me enloquece. Habia olvidado que vos ignorais que yo amaba ciegamente al marqués, que el marqués me amaba con frenesí.

—¡Desgraciada! murmuró doña Isabel sin poder contener el llanto.

Y levantando cariñosamente á la jóven, la hizo sentar á su lado. El sombrero de Ruy Gomez, todo ensangrentado, cayó sobre la pintada alfombra, y la reina dejó escapar un grito de horror.

—¿Qué significa esa sangre? dijo. Tu albornoz está manchado tambien.... ¡Habla, habla, esplícate!

Entre lágrimas y suspiros, é interrumpida por algunas exclamaciones de la esposa de Felipe II, contó Blanca los sucesos de la noche anterior.

El triste relato enmudeció sus lenguas por algunos instantes, hasta que la infeliz jóven prosiguió:

—¿Y no sabeis de quien es ese sombrero?

—¿De quien?

—De Ruy Gomez de Silva.

—¡De Ruy Gomez!

—Sí, señora.

—¡Miserable! exclamó la reina.

—¡Venganza, señora, venganza! gritó la doncella retorciéndose los brazos.

—¡Venganza! repitió doña Isabel con dolorosa amargura. ¿Ne acabas de nombrar al asesino de tu amante?

—Sí, señora, al rey.

—¡Y me pides venganza contra mi esposo!

—Ya sé que no puede alcanzarle, pero contra ese cortesano vil, de criminal servilismo, pueden saciarse mis iras y las vuestras porque no es el rey, es nuestro enemigo.

—¿Y piensas que no lo protegerá mi esposo?

—Os equivocais, señora. Si se le dice quien es el asesino del marqués y se dan de ello pruebas, no se opondrá á su castigo. Aunque fuese su misma persona la acusada, por hacer alarde de su rectitud hipócrita...

—Que es el rey, que es mi esposo, interrumpió severamente la reina.

—Perdonadme, señora. ¿No comprendeis mi dolor?

—¡Pobre niña!

—No lo dudeis, señora; el rey no puede decir ante la faz del mundo que un crímen quede impune; antes perderia la existencia.

Quedó la reina pensativa algunos instantes, y luego dijo:

—Tienes razon; yo misma acusaré á Ruy Gomez, y tú declararás cuanto has oido; pero que no se trasluzca tu amor, porque juzgarian apasionadas y parciales tus palabras.

—Sí, yo lo ocultaré en el fondo de mi corazon y lo ahogaré allí con toda la fuerza que me dá la sed de la venganza. Seré un testigo imparcial á los ojos del mundo, y aun me reiré para aumentar mi ódio.

—¿Tendrás fuerzas para tanto?

—Si pudiérais ver hervir mi sangre y arder mi corazon, no me preguntaríais si tendré fuerzas. Vos no sabeis lo que es el ódio y el deseo de la venganza; yo lo ignoraba tambien, no conocia mas que el amor, que lo creia la pasion mas ardiente y mas violenta de todas, pero me habia equivocado. Poned la mano sobre mi pecho y decidme si nunca habeis sentido latir un cora-

zon como late ahora el mio. ¡Oh.... parece que ha de desgarrarse en mil pedazos!

Habíase enrojecido el rostro de la doncella, y todos sus miembros estaban agitados á impulsos de un convulsivo temblor. Brotaban fuego sus negras pupilas, y á no verlo, hubiera parecido imposible que aquel angelical semblante pudiese tomar la espresion terrible de un demonio, pero de un demonio que acababa de caer de la mansion divina y no habia perdido aun su celestial belleza.

—¿Cómo has podido soportar tantos dolores? preguntó doña Isabel con ternura.

—¿Cómo habeis soportado los vuestros? ¿Acaso no sois tan desgraciada como yo?

La reina dejó escapar un hondo suspiro, y luego inclinó la cabeza sobre el pecho, quedando silenciosa y triste.

Despues de algunos instantes había desaparecido la espresion terrible del semblante de Blanca, y el abatimiento siguióse á la falsa energía que antes habia demostrado. Volvió el llanto á sus ojos y sintióse cada momento mas débil

Presentaban ambas jóvenes un cuadro interesante y que difícilmente se hubiese copiado, porque la mano del hombre no hubiera podido comunicar al lienzo la espresion dolorosa de aquellos semblantes.

Contrastaba con el negro albornoz de la doncella, todo manchado de sangre, la blanquísima túnica de doña Isabel, y con las formas de aquella, envueltas en su negro ropaje como si temiese las miradas de todos, los torneados brazos de esta, sus hombros hechiceros, provocadores, mostrando su blancura y seductora morbidez.

Los suspiros de dolor de aquellas desgraciadas mugeres se perdian entre los aromas que perfumaban el ámbito de aquel lujoso aposento, de aspecto triste entonces, porque la escasa luz que penetraba á través de los cristales de colores de una de sus ventanas, en vez de hacerlo mas misterioso y encantador, parecia tornarlo mas sombrio.

Lo que en el alma de aquellas dos mugeres pasaba, lo que

sufrian aquellos corazones, es casi imposible hacerlo comprender.

Pensaba la reina en don Cárlos, en su amor sin esperanza, y en la ceguedad de su esposo, que mal aconsejado por ambiciosos aduladores, dejándose arrastrar por sus celosos ímpetus, habia hecho víctima de su furor al desdichado marqués. Añadíanse á los tormentos de estas reflexiones el del muy duro que sufria viéndose esclava en los brazos de Felipe á quien no amaba y de quien tenia á veces que sufrir la severidad mas injusta. Isabel de Valois era inocente, y si bien amaba al príncipe, su virtud, por mas que de algunos sea negada, supo en todas ocasiones oponer á su pasion un duro freno. Condenáronla algunas apariencias, tendiéronle lazos en que inocentemente cayó, y la intriga supo aprovecharse de aquella candidez para perderla por perder al príncipe, temible enemigo de la hipocresía con que en aquellos tiempos comenzóse á minar el cimiento de la grandeza de España, que espiró al fin con el último aliento del mas desdichado de todos los monarcas, del imbécil Cárlos II el *Hechizado*.

Blanca entre tanto, horrorizábase con sus propios recuerdos. Parecíale tocar aun el cuerpo helado del marqués, y sentir humedecidas sus manos por la sangre que brotaba de su herido pecho. Aun resonaba en sus oidos el eco débil y entrecortado que murmuró su nombre con el postrimer suspiro, y parecíale escuchar el hipo violento y desigual precursor de la agonía.

En medio del profundo silencio que reinaba, oyese una voz que dijo:

—S. M. el rey.

Doña Isabel y Blanca se pusieron repentinamente en pié como movidas por un resorte, y un grito ahogado fué la espresion de su sorpresa.

La doncella miró á todos lados como si buscase alguna salida, y precipitadamente se ocultó tras el tapiz que cubria una puerta.

Por otra que habia enfrente entró Felipe II.

CAPITULO VI.

De como el sombrero de Ruy Gomez se hizo digno de la cabeza del rey.

El rey se acercó tranquilamente á su esposa, y cogiéndole una mano la besó ceremoniosamente.

—Como la mañana está fria, dijo, temí no encontraros levantada, y veo que en poco me equivoqué, pues segun estais debe hacer escasos momentos que habeis dejado la cama.

—No os esperaba tan temprano, señor, contestó algo turbada Isabel de Valois, y siento recibiros en este trage.

—Sentaos, repuso Felipe.

La reina, que al levantarse habia quedado sobre el sombrero de Ruy Gomez, procuró ocultarlo debajo de sus pies al tomar asiento, y lo consiguio fácilmente.

—Estais pálida y ojerosa, prosiguió el rey. ¿Habeis pasado mala noche?

—Apenas he dormido, y me incomoda un leve dolor de cabeza.

—¿Nada mas teneis? Parece que estais triste.

—No será estraño que lo parezca, porque no estoy alegre.

—¿Qué os sucede? preguntó Felipe II, examinando el semblante de su esposa.

—Señor, dijo esta con amargura, voy perdiendo la esperanza de que la intriga y la maldad desaparezcan de la córte. Cada dia

tenemos un ejemplo de que la maldad cunde, los rencores se encienden mas y mas, y de que no se perdona medio, por reprobado y criminal que sea, que no se ponga en juego para satisfacer ruines venganzas. Quedan impunes los delitos, y temo que llegue un dia en que, si para conseguir un fin cualquiera, necesitan vuestra sangre ó la mia, atenten contra nuestras vidas sin respetar nuestras personas.

—¿Por qué decis eso? interrumpió el rey como si no comprendiese el significado de las palabras de su esposa.

—Lo digo, señor, porque no pasa noche en que á favor de las tinieblas no se perpetre un crímen. Supongo que no ignorareis el que anoche, casi á las puertas del alcazar, se cometió en la persona de un noble muy principal.

—Ciertamente que no lo ignoro, y siento mucho que vuestros criados se ocupen en daros tan tristes nuevas apenas despertais. Ello es cierto que al fin habíais de saberlo, pero seria mejor cuanto mas tarde, porque sucede que si es desagradable la primera impresion que recibimos al despertar, la tristeza dura todo el dia sin que pueda desecharse. Tal me ha sucedido á mi, porque el marqués era un buen caballero, valiente y leal, muy leal para sus amigos, y siento que tamaña desgracia nos haya privado del cortesano mas galante, flor de nuestros saraos y rey de nuestros torneos.

—¿Y quedará impune tambien ese crímen?

—¿Cómo he de adivinarlo? Los tribunales se ocupan de instruir la causa, y de ella resultará el castigo de los asesinos, si se pueden encontrar.

—Probablemente no se encontrarán, dijo irónicamente la reina.

—¿Por qué no? repuso Felipe II que pareció no comprender á su esposa. Casi siempre, en esos casos, hay ojos que vean y oidos que escuchen.

—Pero á veces el miedo hace enmudecer las lenguas, y los que saben callan, porque procuran olvidar lo que vieron y oyeron.

—No soy de vuestra opinion. Si no descubren á los asesinos del marqués, será porque nadie los conozca, ó porque tal vez los

conozcan solamente sus enemigos, que eran muchos. ¡Ojalá que pudiera satisfacerse la justicia en esta ocasion!

—Puede ser que así suceda, dijo doña Isabel con intencion marcada.

—Hasta ahora nada se ha podido averiguar.

—Torpe anda la justicia.

—¿Sabeis, señora, que me llama la atencion el afan con que insistis en este asunto? Todas las noches ocurren lances como el de la pasada. No sale una vez el sol sin que alumbre un cuerpo sin vida, asesinado por quien pagó con oro aquella sangre, ó muerto en buena lid, disputando el corazon de una dama. Cuando llegan á vuestros oidos estos sucesos, os mostrais triste, es verdad, pero en breve los olvidais, sin ocuparos de lo que solo compete á la justicia. Muchos de los que han perecido de semejante manera, eran tambien nobles y buenos caballeros á quienes veiais frecuentemente en el alcázar, y sin embargo, nunca os mostrásteis tan celosa de que se castigase el crímen.

Algo turbaron á la reina las palabras de su esposo; empero resuelta á cumplir lo prometido á Blanca, y á satisfacer sus deseos, repuso:

—Si yo hubiese sabido alguna vez el nombre de uno de esos asesinos, aun siendo la víctima el último plebeyo, me habríais visto tan celosa de la justicia como me veis ahora; hubiera señalado con el dedo al matador, y vos, señor, cuya rectitud no tiene igual, lo hubiéseis castigado.

El rey palideció ligeramente.

—¿Conoceis acaso al asesino del marqués de Poza? dijo, fijando en doña Isabel una mirada penetrante.

—Lo conozco, contestó secamente la reina.

—Cuidado no os equivoqueis, repuso Felipe II con tono reconcentrado.

—Tengo pruebas, señor.

—¿Teneis pruebas?

—Sí.

—Veamos cuales son.

—Os las mostraré cuando me asegureis que para castigar al

delincuente no mirareis su calidad ni consultareis vuestro corazon.

—No es á mí á quien habeis de acusarlo, sino á los tribunales, y estos, señora, ni mirarán la calidad del delincuente, ni consultarán mi corazon.

—Pues bien, señor, lo acusaré á los tribunales.

—¿Olvidais quién sois?

—La reina, y por lo mismo la palabra justicia suena mejor en mi boca.

—Teneis un esposo á quien pedir permiso de todas vuestras acciones, dijo severamente Felipe II.

—Vos me lo otorgareis.

—Cuando conozca la prueba que habeis de alegar.

—¿La prueba?

—Sí,

—Vedla, señor, dijo la reina cuyos ojos parecieron iluminarse.

Y levantándose dejó descubierto el sombrero de Ruy Gomez, ajado y ensangrentado.

El rey no pudo contener un movimiento de sorpresa, y frunciendo el ceño, clavó en su esposa una mirada terrible.

Doña Isabel resistió aquella mirada con firmeza.

—¿Quién os ha dado esa prenda? dijo el rey con acento de profundo enojo.

—La Providencia la ha puesto en mis manos para que no quede impune el crímen.

—¿Quién os ha dado esa prenda? repitió Felipe II, levantando mas la voz.

Irguió la reina su noble frente, su semblante tomó una espresion de régia dignidad, y con acento firme contestó:

—Señor, si habeis pensado que vuestra cólera puede intimidarme cuando mi conciencia está tranquila, os equivocásteis. Cuando tengo la conviccion de que cumplo con un deber sagrado, deber impuesto por Dios, nada me hace retroceder. Niña y débil como soy, tengo un espíritu fuerte, una voluntad firme.

En el rostro contraido del monarca, se pintó el coraje de que estaba poseido, y como si quisiera anonadar con su mirada y su acento á doña Isabel, exclamó:

—¡Señora, hablais á vuestro esposo!

—Lo sé, soy vuestra esposa, pero no vuestra esclava.

—¡Soy vuestro soberano!

—¡Como á vasallo me tratais! replicó con amargo desden la reina. ¡Tambien me amenazareis con castigar mi rebeldía á vuestra autoridad suprema!...

Y dirigiendo á su esposo una mirada altiva, y apretando los puños porque sintió contraidos todos sus miembros, prosiguió, á la vez que sus ojos brillaban con vivísima luz:

—En mis venas tambien hay sangre real, y si como buena esposa he sufrido y llorado en silencio las humillaciones de vuestra aspereza y falta de galanteria, como muger, como noble señora, no toleraré el ultraje. ¡Me llamo Valois, y sabré hacerme digna de mi nombre!

—¿Sabeis lo que decis?

—Sí, estoy serena, y no como vos, ciega por la ira.

—¡Señora! gritó Felipe II, asiendo violentamente uno de los brazos de su esposa.

Palideció esta, pero un instante despues, sus megillas se enrojecieron como si la sangre fuese á brotar. Habíase despertado en su alma todo su orgullo de muger y de reina

—Si me ultrajais, dijo con reconcentrada voz, abandonaré este alcázar y correré á buscar amparo á la sombra del trono de mi hermano. Y si en vuestro loco despecho declarais á mi patria una cruda guerra, pensad que la fortuna puede no seros tan propicia como á vuestro padre en Pavía y á vos en San Quintin.

A no estar doña Isabel en aquellos momentos poseida de su orgullo; á no infundirle valor la exaltacion producida por sus amargos dolores y por la escena que con Blanca habia tenido lugar; si por sostener á los ojos de la jóven oculta por el tapiz, su dignidad de reina, y por querer probarle, impulsada por su amor propio de muger, que á nadie cedia en corazon, no hubiese hecho un supremo esfuerzo, indudablemente el valor le habria faltado para resistir la terrible mirada del rey.

Este se cruzó de brazos, levantó la cabeza orgullosamente y con esa severidad que no admite réplica, dijo:



ESTE SOMBRERO ÉS MIO.

—Vos me obedecereis.

—Otra vez, contestó la reina con energía.

—Ahora.

—Nó.

Felipe II quedó pensativo algunos instantes

—¿Os resistís? preguntó.

—Sí.

—Pues bien, acusad á los tribunales al asesino del marqués.

—Lo acusaré.

—¿Sabeis su nombre?

—Sí, señor.

—¿Es el del dueño de este sombrero?

—Sí.

—Pues pronunciadlo ante los jueces, repuso el monarca.

Y cojiendo el sombrero lo colocó tranquilamente en su cabeza.

—Este sombrero es mio, prosiguió.

La reina dejó escapar un agudo grito, y cayó sin fuerzas sobre el divan.

Su esposo salió del aposento sin mirarla siquiera.

Despues de algunos instantes, la desdichada Isabel de Valois elevó al cielo una mirada de tierna súplica, dos lágrimas asomaron á sus ojos, y luego se dirigió al tapiz tras el que se ocultaba Blanca. Levantólo y vió á la doncella inmóvil, con las manos sobre el corazon, los ojos extremadamente abiertos, y el rostro pálido y desencajado:

La pobre niña quiso hablar, pero no pudo; hizo un penoso esfuerzo, sus miembros se agitaron convulsivamente, y cayó sin sentido en brazos de la reina.

Aquellas mugeres fueron desde entonces dos amigas tiernas, dos hermanas á quienes solo la muerte podia separar.

CAPITULO VII.

Donde nos vemos obligados á dar algunas esplicaciones.

Nos vemos precisados á hacer algunas indicaciones sobre los asuntos políticos de la época en que tuvo lugar la presente historia, y sobre todo de los personages que mas relacion tienen con ella, para que el lector pueda comprender el valor de los sucesos que vamos á referir.

España estaba en el apogeo de su grandeza, pero de una grandeza á que no ha llegado ninguna nacion. Su nombre era respetado y aun venerado en todos los ámbitos de la tierra. En todas partes poseia estados de mayor ó menor consideracion; sus pendones ondeaban donde quiera; sus numerosos buques surcaban todos los mares sin encontrar rival, y el sol, en fin, como se decia entonces, no se ponia nunca para España. Era inmensamente rica, inmensamente poderosa. Sus navios y galeras llegaban contínuamente cargados de oro, plata y perlas y de esquisitos frutos del mundo descubierto por Colon. Sus ejércitos eran tan numerosos como la voluntad de sus monarcas lo queria, y tan temidos, que solo su nombre y su presencia bastaban para alcanzar la victoria.

Y sin embargo, tanta riqueza y tanto poderío, no satisfacian la ambicion sin límites de Felipe II. Para los dispendios consi-

guientes á su política, no alcanzaba el oro, que como arena, en montones traian aquellas naves; para su soberbia no estaba la haz del mundo bastante cubierta con sus peones y sus ginetes, y sus conquistas eran insignificantes pedazos de terreno de escaso valor; para su orgullo no bastaba la influencia que ejercia en todas las naciones, y el que estas no diesen un paso de importáncia en su política sin que se le consultase, y el que no decidiesen sin antes decidir él. Necesitaba ser rey de toda la tierra. El loco ensueño de la monarquía universal era el término de su ambicion. Lisongeábale su poder y su grandeza, pero solo porque habian de servirle para llegar á poseer todas las coronas y contar tantos vasallos como criaturas respirasen bajo el cielo.

Y tanto le ocupaba este proyecto, tan hacedero lo creia, que sinceramente abrigaba, mas que una esperanza, una conviccion de realizarlo. Y como la debilidad humana no puede guardar en su interior ni el esceso de la alegria ni el del pesar, porque salen al rostro y se escapan en las palabras como si rebosasen no pudiendo contenerse en el corazon, el gozo de Felipe por la esperanza, ó como hemos dicho, por la conviccion de que su ensueño llegaria á ser una realidad, rebosóse al fin y se esparció por el mundo, gravado en oro ú bronce, y bien significado con sus famosas palabras, *Jam illustrabit omnia.* (1)

Empero los mismos medios que Felipe empleaba para hacerse dueño del mundo, vinieron á producir el efecto contrario, es decir, que redujeron la estension de la monarquía y aniquilaron á España. Porque no siendo bastante todo aquel oro ni todos aquellos soldados, ni todo el talento de hombre alguno para tan loca empresa, gastáronse en un dia los recursos todos, tras las victorias vinieron las derrotas, tras la opulencia la pobreza, la miseria, y al fin la ruina y la muerte, como quien al empezar un combate que debe ser muy largo, emplea todas sus fuerzas y llega á sucumbir por falta de ellas. Porque sin duda Felipe II no tuvo presente aquella gran verdad de que «el esfuerzo no es la

(1) Este rey mandó acuñar unas monedas en que se veia representado un sol, y debajo las referidas palabras. *Ya lo alumbrará todo.*

fuerza, sino al contrario.» Porque solo se acordó de Otumba, de Pavía y de San Quintin, y creyó que todo estaba sujeto á su voluntad y á su poder, como si ambos no fuesen limitados, perecederos y mas débiles en quien mas los emplea.

A la muerte de Felipe II quedó el tesoro, no solo exhauto, sino empeñado, y desde entonces fué menguando nuestra riqueza y nuestro poder, sin que hoy queden á España mas que la vanidad de sus recuerdos y el orgullo legado por nuestros abuelos y que será inextinguible en nosotros. España no es hoy mas que un monumento cuyos desmoronados restos se contemplan con curiosidad por la generacion presente; un recuerdo que por su grandeza, por lo extraordinario, aun por lo fabuloso entretiene el entendimiento. Solo queda á los españoles de positivo un generoso corazon, su lealtad y su ruda franqueza, pero todo esto envuelto en harapos.

Felipe II era un verdadero tirano.

Su mano de hierro oprimia, ahogaba, cerrándose mas cuanto mas lastimero era el clamoreo de su víctima.

Su corazon era un diamante de esférica y pulida superficie, donde nada hacia mella, donde resbalaban todos los afectos sin poderse adherir á él.

La religion era el móvil y la guia de todas sus acciones; empero no ha podido aclararse como era de desear, si el fanatismo que demostraba era estudiado medio de su politica ó un verdadero sentimiento de su alma. Solo diremos que en mas de una ocasion supo no estar ni sumiso ni aun respetuoso con la Iglesia porque esta contrariaba sus miras políticas.

Nadie ha sido tan hábil hipócrita como Felipe II, asi como estudiando bien la historia de sus hechos, se comprende con facilidad que pocos hombres han poseido tan fecunda imaginacion como la suya, ni han tenido tanta facilidad para desenvolver tan vastos planes.

Nunca demostró el enojo en la descompostura de sus palabras. Para todos era cortés, y tenia siempre ambiguas frases para contestar á las peticiones que no eran de su agrado. Con

ellas dejaba contentos á cuantos de él solicitaban, pero con sus resoluciones no solia satisfacer á muchos.

Por esto corria en aquella época muy vulgarizado el dicho de que *Felipe II tenia su puñal muy cerca de su sonrisa.*

Cuando habia de fallar en asuntos que no tenian relacion con los de Estado, llevaban sus decisiones un fondo de recta justicia, y aun de severidad, que hasta por lo exagerada eran dignas de elogio. Pero si en algo se rozaban con la política, todo era pasion.

Su tiranía era como la electricidad cuando muchas personas se ponen en contacto con la máquina donde se desarrolla: el que esta mas distante siente mas sus efectos.

Bien lo probó así Flandes.

Aquel desdichado pueblo, víctima de España, juguete de la Europa, intentó romper las duras cadenas de su esclavitud, y mezclándose la religion á la política, encendiéronse los ánimos y la revolucion dejó ver sus sangrientos precursores.

Ni las instrucciones enviadas por Felipe, ni las medidas tomadas por la augusta gobernadora de aquel país, fueron suficientes á apaciguar á los flamencos, y haciéndose cada dia mas complicados estos negocios, llegaron á no entenderse los magnates, alma de la revolucion, y el gabinete de Madrid.

Para procurar un arreglo pensóse en que viniesen á la córte comisionados de aquellas provincias, á fin de tratar con el monarca los medios mas á propósito de conciliar todos los intereses.

Esta idea no desagradó á Felipe; pero ningun noble flamenco se atrevia á tomar el encargo, temerosos de ser, fuera de su país, el blanco de las iras del rey.

Usó este de sus ambiguas frases, de sus palabras benévolas, y aunque en contra de su voluntad, decidiéronse al fin á aceptar comision tan delicada, el baron de Montigny y el marqués de Bergen.

No haremos mencion de los horrores que antes y despues de la ida á Flandes del duque de Alva, presenciaron los flamencos, porque no conviene al propósito de nuestra narracion. La historia del reinado de Felipe II tiene un borron en esta página.

Es lo cierto que el rey pensaba desahogar su enojo en los comisionados de Flandes, y supo al fin inspirarles bastante confianza para que cayesen en el lazo que les tendia.

Desde el principio de los disturbios de aquel país, mostróse interesado por su suerte el príncipe don Cárlos, y á este se dirigieron en busca de apoyo Montigny y Bergen cuando llegaron á Madrid.

Acogiólos el príncipe benévolamente, y como sus mas vivos deseos eran los de marchar á Flandes á sosegar las discordias, prometióles seguir trabajando en este sentido y mostrarse luego tolerante y pacífico mediador.

Su pretension fué negada una y otra vez bajo frívolos pretestos, y su padre confirió este encargo al duque de Alva, mortal enemigo del príncipe, entreteniendo entre tanto á los comisionados flamencos sin permitirles volver á su patria.

Pasóse mucho tiempo así.

El marqués de Bergen enfermó, y con el fin de restablecer su salud, pidió licencia al rey para dejar á España. No le fué negada terminantemente, pero tampoco le fué concedida. Hízose su estado mas grave, llegando á inspirar sérios temores á los médicos. Entonces se le otorgó el permiso, pero ya no podia moverse de la cama sin riesgo positivo de su vida.

Tal era el estado de las cosas cuando dá principio la historia que narramos. Réstanos hablar del príncipe y hacer algunas indicaciones con respeto á Isabel de Valois.

El príncipe en su infancia, separado de su padre, habia sido educado por la hermana de este, la princesa doña Juana; y no se habia tenido con él todo el rigor que exigia su carácter violento que con la edad llegó á hacerse mas vicioso.

Quiso mas tarde el rey corregir los defectos de su hijo; pero en vez de separarlo insensible y dulcemente, paso tras paso, de la torcida senda por donde el descuido y la añeja costumbre le hicieron marchar, empleó la violencia, creyendo que en un dia podria destruirse la obra de muchos años.

No era este sistema á propótito para el carácter del príncipe; y su padre hubiese conseguido hacer de él un hombre de mucho

provecho, un gran rey, si hubiese empleado medios suaves.

Esta verdad puede demostrarse fácilmente.

Don Cárlos tenia, á mas de un claro y no comun entendimiento, un alma generosa y noble como no hay muchas,

Como prueba de lo primero, buscaremos en nuestro apoyo la opinion de tódos los escritores de su época, de todos los historiadores que les han seguido, pues unos y otros le reconocen ingenio privilegiado, citándolo como hombre decidor, de imaginacion viva y fecunda, y tanto, que uno de sus sirvientes tuvo la curiosidad de formar una lista de los dichos originales y llenos de agudeza de su amo.

Como prueba de lo segundo, solo diremos que gran parte del dinero que gastaba locamente, empleábalo en socorrer necesidades. Nunca tendió ante él la mano el pobre sin que el príncipe abriese liberalmente la suya para darle cuanto poseia. Y sucedió en muchas ocasiones, que no teniendo dinero, quitóse una rica sortija, desprendióse de una alhaja, y aun de una prenda de su vestido para hacer una limosna digna de un príncipe, sin dar importancia á su accion y como quien cumple con un deber sagrado.

Estos hechos, satisfactoriamente justificados con irrecusables documentos históricos; no han podido negarlos los mas apasionados defensores de Felipe II; y si para quitarles alguna parte de su valor han referido cómo el príncipe, siendo aun niño, tuvo un dia la complacencia de entretenerse en sacar los ojos, á un pájaro vivo, segun unos, segun otros, á una liebre, nosotros, en vista de sus acciones siendo hombre, no damos á esto otra esplicacion, que la falta de reflexion de los pocos años, y el descuido ó poca energía en los encargados de formar sus primeras ideas. Mirado bajo otro aspecto, no se comprenderia que el que tomaba parte tan activa en las desgracias agenas, encontrase un placer en causarlas.

Se nos ocurre preguntar á los que han querido presentarnos al príncipe como el tipo mas repugnante de malos sentimientos, ¿por qué cuantas personas estuvieron cerca de él á su servicio le cobraron cariño tan tierno y tan profundo, que ni el tiempo ni

la separacion pudieron borrar? Y no fueron solamente sus últimos criados á quienes tal vez interesó su prodigalidad; tenemos al respetable é insigne varon fray Honorato Juan, su maestro algunos años, que hasta en los últimos instantes de su vida demostró su tierno afecto á su discípulo, disponiendo que este pudiese variar su testamento si así le parecia. Y no debió hacerlo así para adular al padre, puesto que ya, no solo no podia esperar nada de él, sino que en aquella época solo podian ganar la voluntad del rey, los que se mostraban enemigos de su hijo.

Es cierto que don Cárlos levantó en uno de los momentos, tan frecuentes en él, de arrebatada cólera, su puñal contra el cardenal Espinosa y el duque de Alba, pero preciso es no olvidar que ambos eran sus enemigos, sus mortales perseguidores, y que á ellos debió el príncipe todas sus desgracias, sin esceptuar la de su muerte.

Tenemos la conviccion de que con mas acierto, con suavidad, con mas dulzura, se hubiera conseguido variar el carácter de don Cárlos, que era de por sí impetuoso y duro. Si se intenta labrar un diamante á fuerza de golpes, se hará mil pedazos antes que descubrir un solo reflejo; pero si el arte y la paciencia lo desgastan poco á poco, no habrá forma que no se le dé. Por el contrario, á una materia blanda es preciso darle la forma apetecida con un solo esfuerzo en el molde. No se trabaja lo mismo el bronce frio y duro que fundido.

Las desgracias del príncipe, el exagerado rigor con que fué tratado por su padre, el desprecio con que lo miró toda la córte, lo exasperaron, y de ahí la manera de obrar en los últimos años de su vida, como hombre á quien ciega el dolor, se vé abandonado y lucha sin esperanza.

Nadie mejor que la reina y don Juan de Austria, que se habia educado al lado del príncipe, lo podia conocer persona alguna. Aquella no podia tener tan mal concepto de él, puesto que tanto trabajó para casarlo con su hermana mas querida. Este le profesó un cariño sin igual, lo que significa bastante.

Una de las desgracias que mas dolorosa sensacion debió causar á don Cárlos, fué el casamiento de su padre con Isabel de

Valois. Habíasele prometido la mano de esta princesa, y cuando halagaba su corazon con la idea de que iba á ser dueño de tan rara belleza y virtud, hízola suya su padre. Los celos, y cuando son impotentes, cuando tienen que ahogarse en lo mas profundo del alma, trastornan la razon mas fria. ¿Qué estraño que este golpe colmase la desesperacion del augusto mancebo? Es indudable que amaba ciegamente á su madrastra, y tampoco cabe duda de que esta lo amaba á él, así como es seguro que su severa virtud se sobrepuso á su pasion. De acuerdo con nuestras opiniones queremos honrar la memoria de Isabel de Valois, declarándo que un detenido estudio de la historia nos ha dado la conviccion de que supo conservar pura y sin mancha su honra.

Para concluir diremos dos palabras sobre el caracter y sentimientos de esta desgraciada reina.

Era su caracter dulcísimo, apacible, benigno. Como ángel de paz, ocupóse siempre en llevar la conciliacion donde se hallaba la discordia, la templanza donde hervia el enojo, el consuelo donde corria el llanto. Trataba á sus doncellas como á cariñosas amigas, y escuchaba con bondadoso interes las súplicas del desvalido, procurando remediar sus desgracias. Sus sentimientos eran nobles y generosos cual ningunos.

El cariño de los españoles hácia ella rayó en adoracion, y el pueblo no la conocia sino por el nombre de Isabel *de la Paz,* así como sus compatriotas no le daban otro que el de *Oliva de la Paz.*

No nos dignamos refutar á los que han querido empañar la memoria de Isabel. Para nosotros, ni aun en el fabuloso enredo del drama es permitido al escritor la licencia de trocar en reputacion indigna la que fué espejo de las mas virtuosas. Empero bien castigado está el que demuestra la pobreza de su ingenio, no encontrando, para dar interés á los abortos de su pluma, otros resortes que los de trocar en detestables vicios lo que fueron respetables virtudes.

CAPITULO VIII.

—

Donde conocerá el lector al cardenal Espinosa.

Hay dias fecundos en acontecimientos, y era de estos uno, aquel en que Ruy Gomez refirió al monarca el robo de su sombrero.

Cuando Felipe II salia del tocador de su esposa, parábase á la puerta de una casa de la calle de Santiago un coche que iba tirado por cuatro grandes mulas. Ademas de dos lacayos que ocupaban la trasera, otros dos, á caballo, seguian detras, y todos ellos llevaban vestidos de paño negro y calzas del mismo color.

De la pesada máquina ambulante salió un hombre flaco, de estatura elevada y aspecto sombrio.

Escusamos describir su traje con decir que era el de un eclesiástico y que llevaba los distintivos de cardenal.

Frisaba en los cincuenta años.

Revolvíanse bajo sus espesas cejas, ya encanecidas, sus ojos redondos, verdes y pequeños, cuya mirada penetrante como una lanceta tenia la fascinacion aterradora é irresistible de la mirada de la serpiente.

Bajo su afilada nariz abríase una boca de lábios tan delgados que parecian hechos de pergamino, y bajo los cuales asomaban

dos hileras de dientes menudos en extremo é iguales sin discrepar la centésima parte de una línea.

Reflejábase en su semblante una mezcla de sentimientos contrarios que hacian imposible la significacion de su conjunto. Las genuflexiones de aquel rostro, que cambiaba instantánea y fácilmente, presentaban, ya la dulzura mas encantadora, ya la mas conmovedora humildad, ora la altivez mas imponente, ó bien la severidad mas respetable.

Aquel hombre era el cardenal Espinosa, inquisidor general, es decir, tanto como el rey ó mas que el rey.

Cuando hubo bajado del carruaje, entró en el espacioso zaguan de la casa, subió su ancha escalera y atravesó algunas habitaciones adornadas con lujo, y echando una bendicion por cada profundísima reverencia de los pages y lacayos, llegó á un gabinete donde se detuvo para preguntar á un doméstico:

—¿Duerme el señor marqués?

—No, señor, contestó respetuosamente el criado.

—¿Cómo ha amanecido?

—Quizás peor, repuso el sirviente.

Y luego levantó un pesado tapiz, dejando paso al cardenal.

Encontróse este en un aposento cuadrado, de cuyas paredes, tapizadas de azul, se destacaba una cama con cortinas de color de rosa.

Un hombre de mediana edad y rubios cabellos habia postrado en aquella cama.

Sus hundidos ojos de apagadas pupilas, su rostro pálido y enflaquecido, su trabajosa y agitada respiracion y su casi absoluta inmovilidad, eran señales que denotaban claramente el estado peligroso de su salud.

Fijos los ojos en un lienzo que habia en la pared, y en el que estaba retratada una muger hermosa con un niño en sus brazos, no se apercibió de la entrada del cardenal.

Detuvo este sus silenciosos pasos, contempló al enfermo con ávida mirada, y dando despues á su semblante una espresion de dulce tristeza, tosió ligeramente.

El caballero postrado hizo un esfuerzo y volvióse hácia el inquisidor.

—¿Cómo os sentís? le preguntó este, acercándose al lecho y sentándose en un ancho sillon.

—Lo mismo, contestó con voz débil el interpelado.

—Hace dos dias que no os he visto, y hoy antes de ir á palacio, me he detenido aquí por si despues mis muchas ocupaciones no me dejan tiempo para visitaros.

—Gracias, señor cardenal, por el interés que os tomais por mí.

—Ya sabeis, marques, que es obligacion de todo buen cristiano el visitar á los enfermos, y con mas razon si el paciente es un amigo.

—Gracias, gracias.

—Me parece, prosiguió el cardenal con melífluo tono, que vuestro semblante indica, mas que otra cosa, alguna mejoría.

—Podrá ser, contestó el enfermo exhalando penosamente un suspiro; pero yo me encuentro cada dia peor; se agotan por instantes mis fuerzas y presiento la muerte.

—No hay razon para que tengais semejantes ideas, que debeis desechar mientras el médico no os diga que estais en peligro. Sois jóven aun y robusto.... No temais.

—El temor de la muerte no me acongoja, sino el recuerdo de los seres queridos que están representados enfrente de mí.

—Vuestra esposa...

—Mi esposa y mi hijo, interrumpió el caballero mirando otra vez al cuadro. Vos, señor cardenal, no sabeis cuan horrible es la idea de morir lejos de las personas dueñas de todas nuestras afecciones; cuan tristísimo es pensar que no ha de ser la mano de una esposa querida la que ha de cerrar nuestros ojos, y que con el último suspiro no se puede estampar un beso de despedida en la frente del hijo de nuestros amores.

—Desechad, os repito, esas ideas; y hablemos de cualquier otra cosa, ó callad, que mas ha de conveniros esto en vuestro estado.

Hubo algunos momentos de silencio, y luego repuso el marqués:

—¿Decis, señor cardenal, que vais á ver al rey?

—En cuanto os deje.

—¿No os ha hablado de mí?

—Todos los dias.

—Tengo que pediros una gracia.

—Hablad.

—Si yo pudiera morir en brazos de mi esposa, creeria que el cielo me habia otorgado el mayor de los favores.

—Dios hace siempre favor á sus criaturas, aun con las mismas desgracias; pero nosotros no conocemos esto.

—Bien, pero yo moriré desesperado si espiro lejos de mi familia. Os lo confieso, señor cardenal, aquí me distraerian mis recuerdos y no podria pensar esclusivamente en mi salvacion.

—Mirad lo que decis, señor marqués; el tormento de vuestras dolencias os estravia la razon.

—Ya os he dicho que tenia que pediros una gracia.

—Vuelvo á escucharos.

—Sabeis que con toda la insistencia del que quiere salvar su vida, he demandado á S. M. repetidas veces su real permiso para volver á mi país.

—Lo sé.

—No ignorais tampoco que S. M. no ha tenido por conveniente otorgarme esa gracia.

—Despues que os hallais enfermo no os ha negado el rey la licencia.

—Pero tampoco me la ha concedido.

—Sin duda cree que no es prudente que os pongais en camino en el estado en que estais.

—No sé, señor cardenal, pero es lo cierto que no he podido moverme de Madrid, que me muero y que no volveré á abrazar á mi esposa ni á mi hijo. Ahora no puedo ser útil ni al rey ni á Flandes, y por consiguiente ningun objeto tiene mi permanencia en la córte.

—¡Pero como habeis de marchar?

—De cualquier modo, aunque sea en hombros de mis criados tendido en esta cama, si mis fuerzas no me permitiesen el ir sen-

tado en mi litera. Llegue yo á Flandes con una hora de vida que me dé tiempo para abrazar á mi esposa y bendecir á mi hijo, y aunque luego espire.

—Si os obstinais, no creo que S. M. se oponga á vuestra partida, haciéndole presente que preferis emprender un viaje, aun á trueque de perder la vida en el camino, mejor que procuraros aquí la salud con el reposo y los cuidados de vuestros amigos.

—¡Amigos!... Pocos son los que tengo, y de esos pocos, los mas allegados hacen bastante con cuidarse de sí propios.

—No os comprendo, contestó el cardenal.

—¿No es acaso verdad que mi compañero el baron de Montigny ha caido en desgracia del rey?

—¿Lo sospecha él así? preguntó el inquisidor sin contestar al marqués.

—No, ó por lo menos nada me ha dicho porque, conociendo mi estado, procura hablarme todo lo menos posible de nuestros desgraciados negocios.

—Es decir, que otras personas....

—Efectivamente, otras personas me han hecho indicaciones que me dan que sospechar.

Sonrióse el cardenal y contestó:

—¡Bah!.. hablillas de córte. Puedo aseguraros, señor marqués, que el rey se muestra al presente con vuestro amigo, tan afable como el dia en que llegásteis á Madrid.

El marqués hizo un gesto que observó atentamente el cardenal, pero sin poder decir cual era su significado. Tal vez quiso el enfermo demostrar desconfianza, no de las palabras del inquisidor, sino de la afabilidad que este decia demostraba el rey.

—¿Os satisface eso? prosiguió Espinosa.

—Sí.... pero olvidamos nuestro asunto principal.

—Es cierto.

—Yo tendria por señalada merced que habláseis á S. M. para que me permitiese salir de España. He empleado ya la influencia de todos mis amigos, sin obtener resultado alguno. Vos podeis mucho, señor cardenal, y aunque por consideraciones de Estado no opineis que es conveniente mi regreso á Flandes, como cris-

tiano, como sacerdote, compadeceos de mí, pensad que pronto no perteneceré á este mundo y que nada valgo ya en él, y haced, como un acto de caridad, que el rey me conceda esta gracia. Si como no es de esperar recuperase mi salud, yo os juro á fé de caballero, volver á Madrid aun cuando sepa que vengo á morir en un patíbulo ó en una hoguera, si es que se me considera delincuente. Pero que abrace yo á mi esposa, que dé un beso á mi hijo. Os lo ruego por vuestra salvacion. Vos no sabeis lo que es una esposa, lo que es un hijo, pero sí lo que es la caridad.

Y el desdichado marqués volvió los ojos hácia el retrato y derramó una lágrima que debió salir de lo mas recóndito del corazon. En aquellos momentos sufria mucho. Su situacion era muy amarga. Sentíase próximo á morir en estraña tierra, sin parientes ni amigos, y no podia dar el último adios á su familia.

Bien sabia el marqués que el cardenal Espinosa era su mayor enemigo, pero sin medios ya para lograr su deseo, sin esperanza, hizo el doloroso sacrificio de suplicarle.

Cruzó el cardenal sus manos, hizo un gesto de resignacion, y dijo:

—Dios os dará consuelo.

—¿Nada me prometeis? repuso el marqués.

—Sí, os prometo hablarle á S. M., y con tal empeño, que si es verdad que en algo me tiene, no tardareis en emprender vuestro viaje mas pronto de lo que os parece.

—Por Dios, señor cardenal, no me hagais concebir una esperanza que haya de desvanecerse, porque entonces mis tormentos no tendrian comparacion.

—Os repito que haré cuanto pueda.

—Entonces ya estoy seguro de conseguir mi deseo. No os pareis en condiciones, sean cuales fueren las que S. M. ponga. Decidle que despues de abrazar á mi familia haga de mí lo que quiera, y aunque me quite la vida lo bendeciré.

—S. M. es demasiado generoso para imponer condiciones, mucho mas cuando no hay para ello motivo.

—¿Cuando podré saber la contestacion?

—Muy pronto, quizás dentro de una hora.

—En seguida despacharé á mi esposa un correo para que mientras yo llego á la frontera, camine ella en sentido opuesto, y de este modo tardaré menos en abrazarla.

Ilumináronse por un instante los ojos del marqués, y exhaló un tierno suspiro.

—¿Y habeis recibido noticias de Flandes? preguntó el cardenal á la vez que se ponia de pié.

—Esta mañana muy temprano he tenido cartas.

Un rayo de alegria brilló en el semblante del inquisidor.

—No quiero perder un momento, dijo. Voy á ver á S. M.

—El cielo os guie.

Hizo Espinosa un último cumplimiento.

Cuando iba á bajar la escalera, acercósele un criado, y sin decirle una palabra, y despues de mirar si lo observaba alguien, puso en manos de su eminencia unos papeles.

Mientras el cardenal se dirigia hácia la puerta, murmuraba:

—¿Puede tenerse compasion cuando hay que castigar la heréjía?

CAPITULO IX.

Los dos grandes poderes del Estado.

Con el semblante que revelaba satisfacion, salia Ruy Gomez del aposento del rey, y con dos chispas de alegría en sus dos verdes pupilas, entraba el cardenal.

Aquel habia recuperado su sombrero, y este habia adquirido unos papeles de suma importancia. Mientras que en palacio se hacian desaparecer todos los indicios que pudieran esclarecer la justicia, en casa del marqués de Bergen se adquirian las pruebas necesarias para castigar lo que se suponian crímenes.

Hizo el rey sentar á Espinosa, despues de haber recibido de este la bendicion de costumbre.

Examinó atentamente el inquisidor general el rostro del monarca, advirtió que lo cubria una ligera palidez, y dijo para sí:

—Algun gravísimo acontecimiento ha tenido lugar.

Felipe II quiso leer algo tambien en los ojos del cardenal, pero nada adivinó en su tranquila mirada.

—Mucho me place, dijo el monarca, vuestra visita, porque tenia que consultaros sobre una duda que me ocurre.

—Tambien me place á mí llegar tan oportunamente. ¿Puedo servir en algo á V. M?

—Darme un consejo.

—En cuanto mi corto entendimiento alcance, lo haré.

Reflexionó el monarca algunos momentos, y luego prosiguió:

—En la pena que merece un traidor á la patria, no cabe duda, y mucho menos en la que incurre un herege.

—Es verdad, señor.

—Sin embargo, me ocurre una duda.

—¿Cuál?

—Si para castigar ambos delitos fuese menester hacer públicos secretos de Estado que comprometan la seguridad del trono, y menoscaben el prestigio de la autoridad real, ¿debe dejarse impune el delito para mantener la reserva?

—La resolucion de estas cuestiones, contestó el cardenal, depende de la apreciacion del secreto.

—Tal creo, señor cardenal, pero mis dudas no quedan del todo esclarecidas.

—Preguntadme, señor.

—Quiero saber si un monarca está autorizado para castigar secretamente esos delitos, evitando el escándalo que produciria la publicidad de las pruebas. Si estas las hay fehacientes, completas, sin que dejen lugar ni á la mas remota duda, creo que puede imponerse la pena sin remordimiento alguno.

—Tal es mi opinion tambien; pero no olvide V. M. que el convencimiento del crímen que le den las pruebras ha de ser frio, sin que pasion de ningun género incline la balanza del juicio del uno ó del otro lado.

Felipe II volvió á meditar y repuso luego:

—Se trata de los diputados flamencos.

—De ellos, señor, se ocupa hace algunos dias el santo tribunal de la fé. Hay ya formado un proceso secreto, ó como nosotros le llamamos, un protocolo en que están reunidas, anotadas y comentadas todas las pruebas que se han habido contra esos nobles. Algunas faltan; pero Dios que incesantemente vela por su Iglesia, las ha puesto ya en mis manos y vengo á entregarlas

á V. M. porque en ellas se citan ciertos nombres que no deben contenerse en el protocolo.

Y al concluir estas palabras, el inquisidor general dió á Felipe II las cartas que habia recibido del criado del marqués.

El monarca leyó ávidamente aquellos documentos. Un ligero carmin tiñó sus megillas que palidecieron despues.

En aquellas cartas de la esposa de Bergen y de los principales señores flamencos, se trataba de los asuntos políticos del dia y se nombraba al principe don Cárlos en cuanto al apoyo que de él se esperaba. Algunas firmas eran de conocidos protestantes.

Cuando el rey hubo concluido la lectura, miró al cardenal con adusto ceño, y dijo:

—¡Aun no me conocen!

—Ni á mí, contestó el inquisidor desplegando una dulce sonrisa. Si han creido que su calidad de representantes de su pais y el temor de que se aumentase el desórden político, era bastante á que yo dejase de perseguir su abominable herejía, se han equivocado.

—¡Y mi hijo! exclamó el monarca. ¡Oh!... el nombre de mi hijo, del que está llamado á ser escudo de la religion, mezclado con el de estos impíos. Ya sabrán cuanto pesa la justicia de Felipe II.

El cardenal nada contestó al rey que permaneció silencioso algunos instantes, y luego prosiguió:

—¿Habeis visto al marqués?

—Vengo de su casa.

—¿Y cómo se encuentra?

—Muy mal, señor; pero á pesar de su estado que apenas le permite moverse en la cama, insiste en que V. M. le dé licencia para volver á Flandes.

—No estará tan gravemente enfermo cuando piensa en hacer un viage.

—Le engaña su deseo, y me ha rogado encarecidamente que interceda con V. M. para que se le conceda el permiso que apetece.

—Ya presumireis que su peticion es una locura.

—V. M. determinará lo que quiera.

—¿Creeis que debo otorgarle la licencia?

En cuanto á los asuntos de Estado, á V. M. toca resolver.

—El marqués de Bergen permanecerá en Madrid y yo me encargo de imponerle el castigo merecido. Pero como quiero tranquilizar completamente mi conciencia, y tener siempre medios con que acallar las acusaciones de mis enemigos, voy á enseñaros unos documentos que no son de menos importancia que los que me habeis traido.

Y Felipe II dió á leer al cardenal las cartas que le habia entregado Ruy Gomez.

—Esos documentos, añadió, unidos á los otros, no dejan ya duda alguna en cuanto á los delitos del marqués y del baron.

El inquisidor general leyó detenidamente aquellos papeles, y devolviéndolos al rey, le dijo:

—Señor, V. M. determinará lo que tenga por conveniente. Es este un asunto demasiado espinoso para que yo me atreva á inclinar el ánimo de V. M.

—Ya está inclinado; mi resolucion está tomada.

El inquisidor se levantó.

—Señor, dijo. me voy si V. M. no me necesita.

—¿No os ha rogado el marqués que os intereseis conmigo para que le conceda el permiso de volver á Flandes?

—Sí, señor.

—Pues bien, podeis decirle que está cumplido su deseo.

—¡Señor!...

—Ya sabeis que soy el protector de la Iglesia católica, y mas de una vez os he dicho que si peca mi mano yo mismo la cortaré.

El cardenal desplegó su habitual sonrisa y salió.

Felipe II permaneció meditabundo. Hé aquí lo que decia para sí:

—Otorgando la licencia al marqués, el baron no desconfiará, y mientras este permanece tranquilo, aquel intentará en vano emprender su marcha, porque no se lo permitirá su enfermedad. ¿Mejorará su salud? Dicen que está muy malo, que su vida peligra, y aunque es habilisimo el médico que lo asiste, puede equivo-

carse ó no alcanzar la ciencia á curar al paciente. Hoy otorgo al marqués la licencia, y convido á comer al baron, que cuando salga de palacio irá ya seguido de un espía de toda mi confianza.

Concluidas estas reflexiones, escribió el rey una larga carta, y cerrándola y sellándola puso en el sobre lo siguiente:

«A Ruy Gomez, en su propia mano. Que no se abra ni lea delante del portador.» (1)

Aquella carta contenia las instrucciones necesarias para que Ruy Gomez anunciase oficialmente al marqués que se le habia concedido la licencia; pero esto en el caso de que se tuviese la seguridad de que no podia contarse con su vida, y además le prescribia que tuviese prevenido el secuestro de los bienes de Bergen para que si llegaba á probarse su rebeldía, quedasen incorporados á la corona.

Aunque esta carta se conserva y tambien otros documentos de mucha importancia histórica, la muerte del marqués de Bergen es uno de los acontecimientos misteriosos del reinado de Felipe II. Hay quien asegura que el marqués murió envenenado, y que se le dió esta clase de muerte para evitarle otra mas deshonrosa, alcanzando esta gracia su amigo, que lo era muy mucho, Ruy Gomez de Silva. Otros ni niegan ni aseguran lo del veneno, concretándose únicamente á recoger datos y exponerlos con algunas reflexiones. Nosotros valemos menos que Cabrera, Letti, Prescott, y otras autoridades históricas, y no nos atrevemos á fallar.

---

(1) Es copia literal.

CAPITULO X.

Amor y virtud.

La noche habia llegado y eran las once.

Felipe II, encerrado en su gabine, conferenciaba con Ruy Gomez de Silva y con el cardenal, despues de haber dado las buenas noches á su esposa.

Isabel de Valois acababa de retirarse á su habitacion particular despues de despedir á los cortesanos que, segun costumbre, habian concurrido á su agradable tertulia diaria. La desdichada reina hubiera querido llorar aquella noche, porque sentia oprimido el corazon; pero habíase visto precisada á sonreir y hablar mucho.

Hallábase en un aposento cuadrado, y estaba recostada en un sillon cerca del fuego de una chimenea de mármol.

Vestia un riquísimo trage de brocado de plata con adornos de menudas perlas en las costuras de las mangas y en el pecho, y al rededor de su noble frente relumbraba una diadema de brillantes.

Isabel dejó memoria de elegante esplendidez, como lo aseguran algunos apuntes de su tiempo, que dicen nunca se puso dos veces un mismo vestido.

Mientras al amor de la lumbre pensaba en los sucesos de la noche anterior y de aquel dia, el príncipe Cárlos, meditabundo tambien, contemplaba la luna desde un balcon de su aposento que daba á uno de los patios del alcázar.

Dilatábanse algunas veces los lábios del noble mancebo para dar paso á una sonrisa, tan irónica y amarga, que sin duda el mas profundo dolor la producia.

Otro balcon habia frente al en que estaba el príncipe, pero allí no daba la luna, ni habia luz en el aposento á que pertenecia, y por consiguiente, era muy difícil que se distinguiese á una muger que colocada á la parte de adentro, tenia fija su mirada en el hijo de Felipe II.

De la boca de aquella muger salian de vez en cuando algunas palabras, y aun solia proseguir largos monólogos con apasionado acento y dulce voz. Sin duda, ó estaba enamorada ó loca, en lo que podrá no haber mucha diferencia.

Escuchemos lo que decia, ya que la oscuridad no nos permite examinar su rostro, aunque sí distinguir que estaba de pié y comprimiendo su corazon con una de sus manos.

—Tal vez, murmuraba, cree ver retratada su belleza en el espejo de la luna. Tal vez su enamorada mente se la hace aparecer en el espacio.... ¡Oh!.. Y yo te contemplo, te devoro con mis ojos, te persigo donde quiera, espio todas tus acciones y tengo que ahogar la rábia de los celos al verte adorar á otra muger, pensar en ella noche y dia... No, yo no puedo vivir asi.... antes es preferible la muerte.

Calló luego; pero al cabo de un gran rato viéronse en medio de la oscuridad brillar sus ojos como dos luciérnagas, y oyósele proseguir:

—¡Cárlos, Cárlos, tú no sabes los efectos de las pasiones en la muger! Yo te adoro, y el amor que por tí siento me produce un frenesí cuyas consecuencias pueden ser fatales para ambos. Sé mio; piensa que el desprecio me ofende tanto que haré que mi cariño se convierta en ódio. El dia en que yo me convenza que nada debo esperar de tí, que es imposible, enteramente imposible que mi pasion se vea satisfecha, te aborreceré; pero será tan pro-

fundamente, que no habrá mal que no me complazca en causarte, que no habrá medio, por criminal que sea, que yo no ponga en juego para perderte, para separarte de esa muger á quien adoras. Y ese dia no está lejano ya, se acerca por instantes, quizás llegue con el nuevo sol de mañana, si, como presumo, un nuevo desprecio á mí, y una nueva prueba de amor á la reina, das esta noche.

Rechinaron los dientes de la dama, brillaron mas sus ojos y ahogó en su garganta un rugido de cólera.

—¡Ya no puedo más! exclamó. ¡O mio ó de nadie! El es mi tormento mas horrible. ¿Por qué vivir en esta agonia? Antes que nada es mi reposo. Príncipe, esta noche espira el término que debe decidir de la suerte de ambos: tú eligirás entre mi amor sin límites y mi ódio.

Volvió á quedar silenciosa, clavó su mirada en don Cárlos, y permaneció inmóvil.

Pocos momentos despues, entró un criado en el cuarto del príncipe, y este le preguntó:

—¿Sigue el rey en su aposento?

—Sí, señor, y antes de entrar en él se despidió de la reina.

—Que nadie penetre aquí mientras que yo esté fuera. Si viniese alguien á verme dí que me he acostado, ó lo que mas te plazca, á fin de que nadie sepa que he salido.

—Bien, señor.

Don Cárlos salió del aposento y atravesó algunos pasillos oscuros ó mal alumbrados.

Una muger, envuelta en un ancho albornoz con que procuraba ocultarse el rostro, lo seguia. Era la misma á quien hemos visto en el balcon.

Llegó el príncipe á las habitaciones de la reina, pero en vez de entrar en la antecámara donde se sentia hablar á algunas damas, torció á la derecha por un corredor, luego á la izquierda, y penetrando en un gabinete donde solo habia una moribunda luz, abrió una puertecilla y se encontró frente á su madrastra.

La muger que lo habia seguido detúvose en aquel gabinete.

Cuando vió don Cárlos á la reina, desapareció de su semblante

el sombrío velo que casi siempre parecia cubrirlo; su mirada altiva y desdeñosa tornóse, aun mas que dulce, humilde y tímida; y aquella severidad, aquel adusto ceño donde siempre se estrellaba el rigor de su padre y la audacia de los cortesanos, cambióse en la tranquila calma propia de su edad.

—Al fin os atrevísteis, le dijo la reina, á pesar de mi prohibicion.

—Y vos me aguardábais, contestó al sentarse el príncipe, puesto que os encuentro sola.

—Temia vuestra desobediencia.

—Perdonadme, señora, repuso don Cárlos con triste acento; poco ha de incomodaros ya mi presencia.

—¿Qué decis?

—Que no tardaré muchos dias en abandonar este alcázar donde tanto he padecido.

—¡Don Cárlos!

—Señora, anoche acabaron de decidirme mis enemigos á tomar esta determinacion. El noble marqués de Poza ha sido la primera víctima; á él le seguirán Bergen, cuya existencia concluirá quizás esta noche, y Montigny luego. ¿Quién sabe si yo estoy tambien designado para satisfacer las iras de mi padre?

—Vos mismo os perdereis.

—Ya estoy perdido y no quiero, señora, precipitaros en mi caida. Si perezco, sea lejos de vos.

—¿Y por qué habeis de perderme?

—¿Por qué?.... ¡Ah!.... ¿Lo ignorais acaso? Porque os amo y mi pasion es un crímen á los ojos de mi padre, pero un crímen de que os acusa á vos lo mismo que á mí.

Palideció el rostro de Isabel, y su mirada se fijó como distraida en la alfombra que cubria el pavimento.

—¿Es verdad que estais convencida de que no me equivoco? prosiguió el príncipe.

—Don Cárlos, no me hableis de vuestro amor, os lo suplico.

—¿Y cómo callarlo?... Imposible, señora, imposible. El silencio mengua mi existencia, y si os viese y callase me ahogarian las palabras con que os digo que os adoro. Poco he de importu-

naros ya, os lo repito; dejadme que los dias que me restan de estar á vuestro lado tenga al menos el consuelo de hablaros de mi pasion. Concededme esta gracia, es la última que os pido, ya que otra no puedo alcanzar.

—¿Y qué adelantareis con que yo os escuche?

—¡Qué adelantaré!... ¡Ah!... Vos no lo comprendeis porque no amais.

La reina miró á don Cárlos tristemente, é hizo un esfuerzo para ahogar un doloroso suspiro. Empero entreabrióse su hechicera boca como si fuese á sonreir, y en vez de sonrisa, un gesto de profunda amargura contestó al príncipe.

Este se pasaba en aquellos momentos las manos por su abrasada frente, y no se apercibió de aquel gesto tan significativo.

—Señora, prosiguió el desdichado: el dia en que os ví en brazos de mi padre, se trastornó mi razon, y desde entonces no puedo esplicar lo que siento en mí. Os juro que he procurado con toda la fuerza de mi voluntad, fuerza que sabeis no es muy escasa, apagar esta pasion; os juro qué he querido hacer triunfar los deberes de hijo sobre los celos de enamorado; empero han sido estériles cuantos sacrificios me he impuesto, cuantas luchas ha sostenido mi juicio con mi corazon. Siempre ha vencido este; cada dia ha palpitado por vos con mas violencia; cada hora se ha avivado mas el fuego que lo abrasa.

—¡Don Cárlos! exclamó Isabel con tono suplicante.

—Señora, dejadme concluir; ya os he dicho que las palabras me ahogan. Tal vez no tenga otra ocasion como la presente para hablaros, y quiero que sepais lo que siento cuando os miro, cuando me acuerdo de vos, que es noche y dia, por si puedo haceros comprender lo que es una pasion como la mia, ya que vos no la habeis conocido.

—¡Callad, callad, siquiera en nombre de esa pasion!

—No, no callaré. Siempre me habeis visto obediente, sumiso á vos; pero ahora tengo tal necesidad de hablar, que es superior á mi deseo de obedeceros.

Isabel sintió un ligero frio que recorria todo su cuerpo, y luego le pareció que su frente y sus megillas se abrasaban.

Don Cárlos prosiguió con arrebato:

—Cuando os veo, señora, siento encendérseme interiormente el pecho, oprimírseme el corazon hasta dejarme sin aliento, y.....

—¡Por Dios! le interrumpió la reina. ¡Callad, callad!

El príncipe abrió extremadamente los ojos, pasóse las manos por la frente, bañada en sudor, y cambiando repentinamente el aspecto de su semblante, miró con tristísima dulzura á Isabel y se dejó caer, como agotadas sus fuerzas, en el respaldo del sillon que ocupaba.

—¡Perdonadme, dijo con desfallecida voz! La compasion que os inspiro os atormenta. ¿Qué derecho tengo para que me escucheis? Ninguno. Mis penas, mias son, y á solas he de devorarlas. Pero estoy loco, señora, ya os lo he dicho. ¡Perdonadme siquiera porque el tormento que os doy es el esceso del cariño que os tengo!

De los ojos de la reina brotaron dos lágrimas.

—¡Llorais!... ¡Ah!.. ¡Por Dios, no lloreis! prosiguió con tierno afan don Cárlos. Esas lágrimas me matan porque yo las saqué á vuestros ojos. ¡Antes hubieran sido gotas de sangre arrancadas de mi corazon! ¡Ménos doloroso me hubiera sido!... ¡Oh!... ¡Dios mio, matadme, atormentadme, enviadme toda clase de desdichas, pero hacedla feliz, enmudeced mi lengua antes que haga verter nuevo llanto á sus ojos!

—No, don Cárlós, vos no me haceis llorar, son mis desgracias. Vos no sabeis ni adivinais lo que encierra mi corazon.

—¿Qué os falta para ser feliz? Esto os lo he preguntado muchas veces. Os ama vuestro esposo, os respetan vuestros amigos, os adora vuestro pueblo... ¿Qué os falta para ser feliz?

—No intenteis saberlo si no quereis ser mas desgraciado de lo que sois.

—¡Más desgraciado! ¿Puedo acaso serlo? Padeciendo los dolores de un amor sin esperanza; los tormentos de unos celos que no se pueden desahogar con el desagravio; abandonado de todos, siendo mi padre mi mayor enemigo, y sintiendo acabarse mi vida en fuerza de mis tristes pesares, ¿puedo esperar mayores desgracias?

—¡Abandonado de todos! repitió tristemente Isabel. ¡Cuán injusto sois con vuestros amigos!

—¿Dónde están? Vos, señora, me quereis por compasion, y casi sería preferible que me odiárais si no me habeis de amar como yo os amo. Á cuantos inspiro lástima me demuestran tambien cariño; pero yo no quiero esa amistad porque me siento herido en mi orgullo de hombre.

—¿Olvidais á Honorato Juan, á vuestro tio el de Austria y á la infanta vuestra segunda madre?

—Teneis razon, ¿pero de qué me sirve su leal cariño? Es para mí un tormento, porque cuantos me aman son tan desgraciados cómo yo. ¡Y el único consuelo de mi vida, el que endulzaría, el que borraría todos mis dolores, que es vuestro amor, me lo niega la suerte!... Perdonad, vuelvo á hablaros de lo que os atormenta. Perdonad, que esta es la última vez, pero permítidme que os pida un recuerdo á mi memoria cuando deje de existir, pero un recuerdo de ternura como la mia.

Los ojos del príncipe habíanse animado nuevamente.

—¡Amadme despues que muera, y esta sola esperanza me hará feliz!

Isabel de Valois irguió la cabeza, miró á su alrededor como temerosa de que oyesen sus palabras, y al cubrirse sus megillas de un subido carmin, dijo:

—Quizás, don Cárlos, en algun tiempo, cuando os tenian prometida mi mano, dejé encender en mi pecho la pasion que me pedis; pero hoy se abre á nuestros piés un abismo que nos separa; no intenteis pasar al opuesto lado, porque si á inpulsos de un supremo esfuerzo consiguiérais salvarlo, mi mano misma os precipitaría á su fondo.

El príncipe dejó escapar un grito, y con el semblante descompuesto por la emocion violenta que le habian producido las palabras de Isabel, chispeantes de pasion los ojos, secos los lábios por la fiebre de su amor, y palpitándole el corazon con violentos y desiguales latidos, se arrojó á los piés de la reina y cogió una de sus manos arrebatadamente.

—¡Vos me amais! exclamó.



Y COJIENDO UNA DE LAS MANOS DE ISABEL, ESTAMPÓ EN ELLA UN ARDIENTE BESO.

Y estampó un apasionado beso en la mano que apretaba convulsivamente.

Levantóse súbitamente la reina.

Sus megillas estaban en extremo pálidas y agitados sus miembros.

—Yo amo á mi esposo, dijo con voz insegura y ahogada.

—Vuestra lengua miente, yo creo á vuestros ojos que me han dicho la verdad.

—Soy vuestra madre.

—¡Sois la muger á quien adoro y que una mano traidora me ha robado!

—¡Príncipe!

—¡Señora, compasion, que me estais matando!

—¿No sois feliz con que os ame despues de vuestra muerte? Yo tambien lo soy con la esperanza de que bendecireis mi virtud cuando mi vida acabe. Antes que vos, moriré, yo os lo aseguro, porque me falta un consuelo que vos teneis; pero si así no sucediese, yo amaré vuestra memoria, os lo prometo.

Salió la reina del aposento porque sentia que las fuerzas la abandonaban.

El príncipe quedó inmóvil por largo rato. Luego levantó la cabeza, miró á su alrrededor como si quisiese conocer el sitio en donde estaba, levantóse, y apoyándose en los muebles ó en la pared, salió con lentos pasos para volver á su habitacion.

Siguiólo como antes la misma muger cuyo andar era tambien inseguro.

Aquella noche habian padecido horriblemente tres corazones sin que ninguno de ellos entreviese ni la mas remota esperanza de alivio. Por el contrario, un porvenir de negras angustias se habia presentado ante ellos.

Cuando el príncipe se hubo encerrado en su aposento, su enamorada espia murmuró:

—Será, puesto que así lo quiere. El la adora, ella le corresponde. Esa virtud de que ha hecho alarde sucumbirá ante la

fuerza de la pasion con que lucha. Pero antes lo estorbaré yo aunque tenga que llamar en mi auxilio al infierno.

Y chispeando sus ojos en medio de la oscuridad de un pasillo por donde se internó, alejóse precipitadamente.

Ya la conoceremos.

Dejémosla dormir ahora, si es que la rábia de los celos no ahuyenta el sueño de sus ojos.

CAPITULO XI.

Donde se dá á conocer un nuevo personaje.

No se divisaba en el horizonte ni la mas ligera nube.

Doraba el sol las arenosas cumbres de los montes, plateaba las cristalinas trenzas de los arroyos y hacia brillar como espejos las pizarras que cubrian los campanarios y las redondas cúpulas de las iglesias.

Era domingo, y en las afueras de la puerta de Segovia y en las orillas del Manzanares, bullian millares de personas de ambos sexos, que se disponian alegremente á preparar un cabrito ó un par de gallinas para comerlos sobre la yerba, ó que se paseaban disfrutando del agradable calor del sol de aquel sereno dia.

El mayor número de aquellas personas pertenecia á la clase obrera. Todos iban engalanados con sus mejores vestidos, y en sus rostros se pintaba la alegria, salvo en alguno cuyas narices, por desgracia de fino olfato, percibia el olorcillo de la carne asada, regalo que en mucho tiempo no habia fortalecido su estómago.

Por la parte del Campo del Moro veíase en una ventana del alcázar real la cabeza de una muger que contemplaba distraidamente la muchedumbre que se esparcia en la llanura.

Tendria aquella muger treinta años, pero su tersa frente y sus megillas conservaban toda la frescura de su primera juventud, y sus ojos todo el fuego de sus primeras pasiones.

Era hermosa, muy hermosa.

Además de los atractivos de su belleza, tenia los de su estudiada coquetería, esos atractivos que llegan á poseer algunas mugeres de cierta edad, debidos á la esperiencia en amorosos achaques; atractivos que vienen á suplir los que se perdieron de la inocencia, de la candidez, de los pocos años.

Los ojos de aquella muger eran grandes, negros, espresivos, de atrevido mirar, imponente á veces, á veces dulce y embriagador. Ancha su frente y recta su nariz. Su boca de rojos lábios y blanquísimos dientes, siempre un poco entreabierta, daba á su rostro mayor espresion de profundo desden, de picante mofa ó de provocativa gracia.

Penetrando en el aposento en que se hallaba, podia verse que era de elevada estatura, y adivinarse que pertenecía á la primera nobleza, segun la altivez de su continente y la riqueza de su vestido y adornos.

Era, efectivamente, doña Ana de Mendoza y de la Cerda, esposa de Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli.

En su espresivo semblante se revelaba una inteligencia no comun, á la vez que un impetuoso ardimiento en toda clase de pasiones.

Ya dimos de esta muger una ligera idea cuando dijimos que su esposo era un instrumento de sus locuras. Añadiremos ahora, que sin ella, habria faltado en la córte de Felipe II el alma á la intriga, á la murmuracion y á toda clase de enredos.

Eran de todos conocidos sus artes; pero fascinadora como la sirena, vencian sus atractivos la mas cuidadosa prevencion, y no habia quién, con el propósito mas firme de guardarse, no se dejase llevar tras sus hábiles engaños.

Olvidamos decir que el leve, muy leve tinte moreno de su cútis, daba á su belleza mayor gracia, la hacia mas arrebatadora.

Cuando la princesa, al cabo de algunos momentos, se hubo

cansado de estar á la ventana, fué á recostarse en un divan forrado de terciopelo azul y guarnecido con franja de oro, que formaba parte de los lujosos muebles de aquella habitacion; estendió, cruzados graciosamente, sus diminutos piés, entre el largo pelo de una piel de oso, blanca como el armiño, y sobre la cual resaltaba el color café de su calzado bordado de oro. Arregló, en desiguales arrugas, su vestido de seda del mismo color que sus zapatos, y con adornos de alhamares y trencillas del precioso metal, y apoyando en una de sus manos la cabeza, quedó pensativa.

Poco á poco su semblante fué cubriéndose de una sombra de profunda tristeza, y cuando parecía que de sus ojos habian de brotar dos lágrimas, fué desapareciendo gradualmente aquella dolorosa espresion, para dar lugar á otra completamente opuesta, de ódio, de coraje y de rabioso despecho.

Eran dignos de observarse los cambios de aquella fisonomía, y la verdad con que en ella se pintaban alternativamente todos los sentimientos.

Enderezóse su talle con un movimiento de varonil energía, salió de sus ojos una terrible mirada, y luego exclamó:

—¡Antes lo mataría yo misma! ¡El triunfo siempre es mio, si nó de mi deseo, de mi venganza; y antes que dejarme vencer, me clavaría en el corazon un puñal!

Púsose ambas manos sobre el pecho, oprimióselo y prosiguió:

—¡Corazon, corazon! ¿por qué te encendistes en un amor que ha sido despreciado? ¡Si no eres digno de mí, yo te arrancaré y en mil pedazos hecho sabré pisarte con toda la fuerza de mi enojo, con todo el orgullo de mi alma, con cuanto desprecio me inspira tu debilidad!... Pero nó, tú serás, como siempre, el corazon de doña Ana de Mendoza, obediente á mis mandatos, sumiso á mi voluntad.

Hizo luego un esfuerzo y exclamó:

—¡Tranquilízate!

Y recostándose nuevamente, fué serenándose su rostro hasta que apareció tranquilo, así como indiferente su mirada.

A tiempo compuso su esterior, porque en aquel instante apareció su esposo.

—Guárdeos el cielo, dijo al entrar.

Y dando un beso en la frente á doña Ana, sentóse cerca de ella en un sillon.

—Parece que estais triste, le contestó la princesa.

—Tal vez.

—¿Qué os sucede?

—Me cansa ya la córte.

—¡Que os cansa la córte!

—Sí, porque cada dia se aumentan las intrigas, las conspiraciones....

—Ahora empezais.

—Si no me retiro á mis tierras á vivir tranquilamente á vuestro lado.

—No hareis tal, le dijo doña Ana.

—¿Por qué?

—Porque donde quiera que vayais os amenazará la muerte, y es preciso que antes de adoptar otra vida esterminemos á nuestros enemigos.

Ruy Gomez hizo un gesto de mal humor.

—Siempre lo mismo, dijo. No hemos salido de un enredo cuando otro se presenta.

—¿Os quejais de mí? preguntó la princesa mostrándose ofendida.

—No me quejo de vos; pero quisiera que no os ocupáseis de nada de lo que sucede en palacio.

—¿Soy acaso vuestra pupila ó vuestra esposa? contestó doña Ana con altivez. ¿Así agradeceis el interés que me tomo por vos? ¿Cuántos lazos os han tendido que yo no haya desbaratado? ¿A qué, sino á mis consejos, debeis el favor de que gozais? ¿Quién ha rebajado el crédito y ha menguado la influencia de Antonio Perez que iba eclipsando el sol de vuestra fortuna?

—Bien, señora, es verdad; pero si no hubiese habido intrigas no hubiese yo tenido enemigos, y entonces....

—¡Y quereis vivir en la córte, gozar del favor del rey y no mezclaros en intrigas!... Hoy está trastornada vuestra razon por algun pesar. ¿Qué mal habeis causado al príncipe? Ninguno; y sin

embargo, os aborrece y hará que os asesinen si no os defendeis, es decir, si no intrigais.

Ruy Gomez se pasó las manos por la frente.

—Teneis razon, dijo. Mi cabeza está trastornada hoy. ¿Sabeis lo que pasa?

—¿Qué?

—El marqués de Bergen acaba de espirar entre mis brazos, invocando el nombre de su esposa y de su hijo, y..... esto me ha afectado.

—¡Pobre marqués! dijo doña Ana, haciendo un gesto de fingida compasion.

—Señora, el marqués era mi amigo leal, y sus opiniones políticas no podian amenguar el cariño que yo le tenia.

—¿Acaso le habeis dado vos la muerte?

—¿Y por eso no he de sentir su desgracia?

—Vuestra conciencia está tranquila, y por consiguiente...

—Por consiguiente me fastidio en la córte, os lo repito.

—Bueno es, repuso la princesa, que demostreis sentimiento por la muerte del marqués; siempre es bueno guardar las apariencias....

—¡Señora!..

—¿Necesitais que os enseñe vuestro papel?

—Estais hoy terrible.

—Eso mismo me deciais hace dos dias.

—Y sin embargo seguí vuestros consejos.

—¿Os pesa?

—Sí, me pesa.

—¿No teneis ahora un enemigo menos?

—Pero tengo un remordimiento más.

—¿Preferís vuestra ruina?

—¿Y quién os dice, señora, que el marqués de Poza hubiera sido la causa de ella?

—¿Aun no estais convencido de que era la mas poderosa ayuda del príncipe? ¿Qué no hubiera este llevado á cabo contando con aquel?

—¿Y no pensais vos las fatales consecuencias que puede traer el haber tomado el nombre del rey?

—Si lo hubiéseis hecho como cosa vuestra, todo el peso del crímen hubiera caido sobre vos; y fingiendo, como habeis fingido obedecer las órdenes del monarca, nadie se atreverá á exigirle á este la responsabilidad de la muerte del marqués.

—¿Y si sabe que he abusado de su nombre?

—Nadie habrá que se atreva á decírselo. Ya comprendeis que vuestro temor es una quimera.

—Dejemos este asunto; replicó el de Eboli.

—Teneis razon; el tiempo que hemos de gastar en discutir sobre lo que ya hemos hecho, puede emplearse en discutir sobre lo que debemos hacer.

Ruy Gomez hizo un gesto de mal humor y repuso.

—¿No estais cansada de tanta intriga?

Mirólo desdeñosamente su esposa, y le dijo:

—¿Habeis pensado haceros partidario del príncipe para sustituir al marqués?

—Ya no quiero ser partidario de nadie.

—¿Estais decidido á sufrir resignado vuestra ruina?

—¿Y por qué han de arruinarme?

—Porque la guerra está declarada abiertamente, y no hay mas que vencer ó morir.

—No mostrándome contrario á nadie me dejarán en paz.

—Os dejarán en paz cuando os hayan asesinado.

—Exagerais, señora.

—¿No creeis al príncipe capaz de todo? ¿Qué le habia hecho el cardenal Espinosa para amenazarle con su mismo puñal? ¿Acaso no intentó tambien hundirlo en el pecho del duque de Alba? ¿El que atentó contra la vida de un príncipe de la Iglesia y de uno de los primeros nobles de Castilla, no atentará contra la vuestra? ¿Pues por qué ha de respetaros mas cuando sois ménos? El que no respeta la religion; el que en nada tiene las mas altas dignidades; el que declara á su padre mismo la mas traidora guerra, es capaz de todo, porque, ó está loco, ó no tiene corazon.

Ruy Gomez quedó silencioso y meditabundo.

—¿Quereis, pues, permanecer tranquilo?

—Tan aturdido estoy, señora, que ya no sé lo que quiero.

—Bien, replicó doña Ana, cuyos ojos se animaron. Perded el tiempo con vuestra indecision; dejad que vuestros enemigos se preparen, que os den el último golpe, y entonces vendreis á mi para que os aconseje, para que os ayude, para que os saque del apuro. Pero entonces ya no habrá mas que sucumbir y verlos gozar en su triunfo, si para ello os dejan con vida.

—¿Y qué hemos de hacer? replicó con impaciencia Ruy Gomez.

—¡Qué hemos de hacer!... Inutilizarlos, defendernos; hé aquí lo que tenemos que hacer.

—¿Olvidais que se trata del heredero del trono?

—Se trata de un enemigo, y nada mas.

—Con el que nó podemos hacer lo que con el marqués de Poza.

—Por de pronto, replicó doña Ana, podremos defendernos.

Ruy Gomez inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó pensativo. Su esposa se levantó, y asiéndolo violentamente de un brazo, obligólo á acercarse á la ventana.

—¿Véis, le dijo, ese pueblo que bulle á nuestros piés?

—¿Y qué me importa ése pueblo?

Los ojos de doña Ana brillaron extraordinariamente.

—¿Qué os importa ese pueblo? Haced la guerra á medias al príncipe, no penseis sino en que se le encierre en una prision, y entonces, ese pueblo se agrupará en derredor de este alcázar y pedirá la cabeza de Felipe II, y sacará en sus hombros triunfante á don Cárlos, y lo aclamará por su rey, porque hoy le llama su padre, le dá el dictado de generoso, de noble, de protector de los desvalidos.

—Contra ese pueblo hay lanzas y arcabuces.

—No, porque tras esos que veis irán muchos, y luego los de Flandes y toda la Europa, y los arcabuces serán del que tenga mas numeroso partido, y harán fuego sobre el mas débil. Y entonces las hogueras que hoy se encienden para quemar á los hereges, las encenderán estos para quemar á los católicos. Y los cadalsos que se levantan ahora para que en ellos se espie la trai-

cion y la rebeldía, se levantarán para vos y para mí, porque entonces nosotros seremos considerados rebeldes y traidores. Y yo seré ultrajada, y el último villano y el mas criminal de los asesinos, recibirá en premio de su adhesion al rey nuestros títulos y nuestras riquezas por este confiscadas.

—¡Oh, no! exclamó Ruy Gomez. Eso no puede suceder.

—Sucederá porque sois débil, porque no teneis valor ni aun para defenderos.

—¿Me llamais cobarde? dijo Ruy Gomez levantando la cabeza con orgullo.

—¿Y qué es sino cobardía declararse vencidos al principio de la lucha?

—Señora, señora....

—Dejadme.

—Y bien ¿qué hemos de hacer? exclamó el de Eboli como desesperado.

—¿Aun no me habeis comprendido? replicó con amargura doña Ana.

Su esposo se estremeció.

—¡Sángre! murmuró sordamente.

—¿Acaso os pido que la derrameis? ¿No es el príncipe don Cárlos un herege, un traidor á su rey y un mortal enemigo de su padre, cuya honra ni siquiera ha respetado? ¿Pues por qué no ha de recibir el castigo de sus crímenes? ¿Acaso su noble estirpe le dá derecho para ser impunemente criminal? ¿No es bien conocida la severa rectitud de Felipe II? ¿Por qué, pues, ha de estrañarse que castigue á su hijo?

—¿Y quién se lo propone?

—Antes de que yo os conteste, decidme si estais decidido á obrar.

—¿Y si me niego á ello?

—Ya sabeis lo que os espera.

Ruy Gomez dió algunos paseos por la habitacion. y luego dijo:

—Estoy decidido á todo.

—Entonces, repuso doña Ana, combinemos nuestro plan.

Y luego se sentó tranquilamente. Aquella muger extraordina-

ria, génio del mal en la córte de Felipe II, causa de tantas desgracias, estaba dotada de una voluntad firme sin igual, que dominaba todos sus arrebatos á impulsos de sus deseos, ó se dejaba llevar de sus ímpetus cuando quería arrebatar á los demás.

Bien sabia la noble dama que habia de vencer la resistencia de su esposo, y que este sería, como siempre habia sido, el instrumento ciego de su voluntad y de los caprichos de su orgullo. Unas veces dominado por la pasion que le inspiraba su esposa, y otras por el temor de que esta se separase de su lado, nunca el príncipe de Eboli tuvo propia voluntad, viéndose siempre obligado á ahogar sus buenos instintos.

Despues de algunos momentos de silencio, prosiguió doña Ana.

—No es menester que aconsejeis al rey que castigue á su hijo; basta solo con que hagamos de manera que llegue á comprender, á convencerse de que el príncipe atenta contra su honra de esposo y contra sus derechos de monarca. En esto no haremos mas que prestarle un servicio á que estamos obligados como vasallos leales. Yo creo que en un momento dado firmaría don Felipe una sentencia de perpétuo encierro contra su hijo.

—Y aun de muerte, si llegaran á probarse los extremos que habeis indicado.

—En cuyo caso, ni vos, ni yo, ni nadie tendría responsabilidad alguna, porque el rey está en su derecho de castigar al príncipe como á hijo y como á vasallo.

—¿Y con qué medios contamos para llevar á cabo ese proyecto.

—Los medios yo los buscaré; solo os pido que cuando se necesite obrar no vacileis.

—Entre mi cabeza y la de don Cárlos, la eleccion no es dudosa.

—Me place que hayais comprendido la cuestion.

—Proseguid.

—Por ahora no teneis que hacer mas sino cumplir las órdenes del rey, espiando cuidadosamente á Montigny.

—¿Y en cuanto á la reina?

—El príncipe se obstina en que ella corresponda á su amor. Anoche fué á visitarla; los seguí, y escuché cuanto hablaron. Ella quiso hacer alarde de su virtud; pero le confesó al fin que lo amaba. El rey puede tener noticia de estas entrevistas, y aun sorprender alguna, y entonces el esposo ultrajado, y ultrajado por el hijo; el rey deshonrado por el rival de su amor y de su autoridad; el hombre herido en la fibra mas delicada de su corazon, hará todo lo que puede hacerse para satisfacer su venganza.

—Es verdad, pero los medios....

—Mañana al Escorial. Allí hay jardines que inspiran amor; un cielo puro y una soledad que arrebatan la mente de los enamorados; bosques misteriosos donde se pierde el que está triste y suele encontrar á solas á quien no pensó ver sino acompañado.

—Y nada de estraño tiene, interrumpió Ruy Gomez, que haya ojos que miren, y oidos que escuchen lo que se hace y dice en medio del silencio de la noche y al resplandor de la luna.

—Venceremos, exclamó doña Ana con diabólica alegría.

—Si no estuviese ya comprometida mi cabeza....

—No es tiempo de retroceder, replicó la dama.

Y acercándose á su esposo, reclinó en un hombro de este su hermosa cabeza, y abrasando con el fuego de los suyos los enamorados ojos de don Ruy, prosiguió:

—Quiero que aniquilemos á nuestros enemigos, y no pensar despues sino en amaros.

CAPITULO XII.

Quién era el diablo de palacio.

Cerca de las habitaciones de la reina, habia una cuyas ventanas daban á un espacioso patio con aspecto de jardin porque en él crecian multitud de plantas llenas de flores en la primavera.

Aquella habitacion, con paredes tapizadas de tela de seda color de rosa con listas blancas, con preciosos y variados muebles, y adornada con mas gusto que ostentacion, era la que ocupaba la bellísima Blanca, doncella de Isabel de Valois. Tenia el aposento una puerta de entrada, y otra que conducia al interior donde se hallaban dos dormitorios separados únicamente por una pared.

Ocupaban aquellos dormitorios, uno la doncella, y el otro un page que estaba á su servicio.

Tras un armario de la primera habitacion, diz que habia una puerta secreta. Allá veremos si era verdad.

Las once de la noche serian.

Era el primer dia que Blanca se levantaba del lecho donde la habia tenido postrada una violenta fiebre.

La reina la habia visitado porque la queria como si fuese una hermana ó una hija.

Cerca de un brasero de cobre donde brillaba un monton de carbones encendidos, hallábase la doncella sentada en un ancho sillon con forro de tafilete azul y grandes clavos dorados.

Su esbelto talle estaba envuelto en una larga túnica de seda morada con listas negras. No llevaba ni el mas sencillo adorno.

Los dorados cabellos de la jóven estaban recogidos atrás con un cordon que sujetaba á la vez la trenza que formaban.

Sus megillas estaban pálidas en estremo y apagado el brillo de sus ojos. Sus miembros estaban enervados por la debilidad, y sus movimientos eran pausados.

Cerca de ella, y recibiendo en el rostro el lleno de la luz de una lámpara de bronce que habia sobre una mesa, hallábase tambien un jóven de rara é interesante belleza.

Tendria catorce años.

Bajo sus arqueadas cejas negras moviánse sus grandes ojos, negros tambien como el azabache, brillantes como carbunclos, y espresivos como las palabras del primer amor. La frente era ancha y despejada, pero á pesar de sus pocos años, arrugábase fácilmente. Su delgada nariz era levemente aguileña, y su boca. de frescos y rosados lábios, movíase con tanta gracia para hablar, que al escucharle dejaba siempre suspenso el ánimo de sus oyentes. Algo moreno era su cútis, pero esto nada quitaba á su belleza.

Observando atentamente el semblante de aquel hermoso niño, notábanse las señales de una precocidad moral nada comun.

Sus formas eran esbeltas y denotaban mayor agilidad y fuerza que la propia de su corta edad.

Vestia de terciopelo encarnado con botones de oro, y del cinturon de tafilete del mismo color, con ribetes de galon tambien de oro, pendia una daga de estrecha hoja, con empuñadura de plata que remataba en su parte superior con una roseta de diamantes.

El talento y la gracia de aquella criatura habíanle hecho tan célebre en la córte, como si hubiese sido un personaje de importancia.

Era de carácter vivo, de imaginacion fecunda. Recibia con

tinuamente chanzas de todos los cortesanos, y para contestar, siempre habia un chiste en la punta de su lengua, ó mas bien una picante alusion. Aunque muchas veces heria el amor propio de algunos señores, queríanle todos, y aun el mismo rey le habia cobrado particular aficion, intentando en varias ocasiones llevárselo á su servicio; pero Blanca se habia negado siempre á esto, porque amaba al page como á un hermano.

Teníanle muchos por atolondrado, segun el aturdimiento que se advertía en casi todas sus acciones, pero observado cuidadosamente, y en particular cuando estaba solo, se hubiera creido, al verle meditar con el ceño adusto, que era un hombre de madura experiencia con las formas de un niño.

Presentábase ante todos sereno, burlon y altivo, y nunca pudo nadie conseguir, ni aun el mismo rey con toda su severidad, turbar su ánimo, alterar con la confusion su alegre semblante, ni hacerle bajar la cabeza sino para saludar con una cortesía siempre exagerada y un tanto picante.

Como todos los seres no comunes, el hermoso page tenia privilegios de que no gozaban ni aun los principales nobles, y estos privilegios, nadie se los habia concedido, pero tampoco nadie se los negaba. Tenia franca entrada en todas partes y á todas horas, sin esceptuar las habitaciones de los reyes ni de las damas; y estas jugaban con él tan descuidadamente como se juega con un niño.

No habia rincon del alcázar donde no se le encontrase cuando menos se le esperaba, ni puerta secreta que lo fuese para él. Lo mismo le sucedía con respecto á las personas, pues conocia con todos sus detalles la historia de cuantos nobles de mas ó menos categoría entraban en el palacio real. No era estraño, porque escuchaba todas las conversaciones, espiaba las acciones de todos, y no habia intriga de que no estuviese al corriente ni noticia que él no hiciese cundir el primero. Nadie se reservaba de él, de nadie era temido, porque no habia quien pensase que bajo aquel infantil exterior, y entre aquella alegria y loco aturdimiento, se abrigase un corazon de hombre maduro, hubiese una ima-

ginacion pensadora y de tan recto juicio como si fuese hija de los muchos años.

La historia de aquel niño no tenia nada de extraordinario. Su padre habia sido un hidalgo pobre, pero honrado y valiente, que habia muerto al servicio de su patria, encargando el cuidado de su hijo, ya huérfano de madre, al padre de Blanca, su amigo y protector. Este murió poco despues, y su hija y el de su amigo quedaron de corta edad. La niña poseia un patrimonio que producia una buena renta, y era de noble alcurnia: el niño era pobre y no mas que simple hidalgo de nombre poco ó nada ilustre. Blanca fué educada por un tio suyo como correspondia á su clase, y el huérfano pobre sirvió de page desde la edad de seis años á la esposa del tutor.

Por muerte de los tios de la doncella volvió esta á quedar sola, y recomendada á Isabel de Valois, entró en su servidumbre, llevándose consigo al huérfano.

Esta es la historia del page.

Su nombre de bautismo era Luis, el de su familia, Lopez, aunque muchos le llamaban abispa, ó bachiller abispa, por lo picante de sus palabras.

Hallábase, como hemos dicho, cerca de la doncella, recostado en un sillon, y en aquellos momentos su mirada era triste.

Largo rato permanecieron ambos silenciosos.

De los ojos de la jóven brotaron dos lágrimas. El page dejó escapar un suspiro y luego apretó los puños con infantil coraje.

—¿No os acostais, señora? preguntó al fin el niño con un timbre de voz dulcísimo.

—Todavía no, contestó Blanca.

—Ya es bastante tarde.

—No tengo sueño.

—¿Cómo lo habeis de tener? No cesais de llorar noche y dia.

—¿Tengo otro consuelo?

—¿Es que pensais quitaros la vida?

—Me la quitará el pesar.

—Entonces me queda poco tiempo que vivir.

—¿Por qué?

—Porque si moris, moriré tambien yo, repuso Luis con voz ahogada.

—Tú tienes un gran porvenir, replicó la doncella, mirando con ternura al niño.

—Sin vos nada quiero.

—¡Pobre criatura!

—Vos me hareis dasgraciado.

—¿Y cómo he de olvidar al desdichado marqués? ¿Cómo borrar de mi corazon el recuerdo de su cariño?

—¿Ha de ser eterno vuestro dolor? Ya acabará, señora, ó dejareis de existir. Si lo primero, procurad hacer breve el término de tanta amargura; si lo segundo, mas que vivir así, clavad en vuestro pecho un puñal.

—Razon tienes; para vivir así es preferible matarse; pero hay un Dios que lo prohibe.

—Pues bien, respetad en todo los designios de ese Dios que ha permitido la muerte del marqués. Ahora quedamos nosotros en el mundo para vengarnos.

Y la mirada del page se animó, y enderezóse su talle con energía.

—¡Oh... la venganza! exclamó la doncella con tono sombrío. Oye, Luis, mi alma no es susceptible sino de dos sentimientos, el del amor mas profundo y el del aborrecimiento mas cruel y exagerado. Yo he nacido, lo mismo para sacrificarme á una persona, que para sacrificarla si me ofende. En mí no pueden abrigarse sino afectos extremos. Si yo pudiera vengarme quedaría mas tranquila.

—Pues bien, señora, nos vengaremos. No nos son desconocidos los asesinos del marqués: contamos con la proteccion de la reina, con la del príncipe y quizás con la de don Juan de Austria. Nuestro primer cuidado debe ser ayudar á don Cárlos para que nos vengue á todos.

—¿Y qué valdrá al príncipe nuestra ayuda?

—¿Me teneis en tan poco?

—No, al contrario, creo que eres mas temible que la mayor parte de nuestros enemigos. No hay para tí secretos en palacio,

ni nadie sospecha lo que vales. ¿Pero cómo hemos de luchar con el rey, con el cardenal, con Ruy Gomez y su esposa?

—¿Cómo?... yo os lo diré.

Brillaron los negros ojos del page y se movieron con rapidez. Luego prosiguió:

—Lucharemos apurando su paciencia. Hace dos dias que medito mi plan y lo creo seguro. Los perseguiremos por todas partes, los espiaremos, y cuando piensen dar un golpe, nuestra habilidad lo frustrará. Siempre estaremos donde menos piensen encontrarnos, pero es preciso que jamás nos vean, porque en el momento en que fuésemos conocidos seriamos fácilmente aniquilados: por consiguiente, debemos obrar de modo que suceda lo que con el sombrero de Ruy Gomez.

—Comprendo, Luis: es menester que toquen los efectos sin que conozcan las causas.

—Eso mismo os queria decir, pero no acerté.

—¿Y tendrás valor para esa grande obra?

—¿Acaso no lo tengo para burlarme de todos los cortesanos, para echarles en cara sus defectos? ¿Todavia no me conoceis?

El hermoso niño se levantó, y poniendo la diestra sobre su pecho, abriendo extremadamente sus negros ojos, radiantes de luz vivísima, y dando á su semblante una espresion de energía estraña en sus pocos años, prosiguió:

—Hay aquí un corazon, señora, que en valor no cede al de don Juan de Austria, ni en nobleza al de Isabel de la Paz. Siento hervir en mis venas la sangre, como si por ellas corriese fuego, y bullen en mi cabeza tantas ideas, que imposible seria ponerlas en ejecucion todas, porque no bastaria para ello el transcurso de un siglo. ¡Y no tengo mas que catorce años!... ¡Voto á tal!... Creen muy fácil poder burlarse de mí porque ven mis manos débiles como las de una muger, y esto hiere mi amor propio hasta el punto de desesperarme, porque me siento capaz de cruzar un acero con cualquiera de esos fanfarrones que insultan con sus miradas y se creen invencibles. ¿Veis esta daga? Regalo es del príncipe y busco noche y dia la ocasion en que hundirla en el pecho de cualquiera de sus enemigos.

Y apretando los puños con ira, hizo rechinar las perlas de su boca.

El semblante de Blanca se habia reanimado tambien.

—Sé que tienes un corazon valeroso y noble; pero al fin eres un niño.

—¿Qué necesitais, señora? ¿La ayuda de las fuerzas de un gigante ó de la astucia de una serpiente?

—La astucia para atacar, y el valor para no retroceder.

—¿Poseo esas cualidades?

—Sí.

—¿Qué mas quereis?

—Nada.

—Entonces comencemos nuestra obra. Luchemos, igual es la partida. Cuatro son ellos, cuatro nosotros. Suyo es el poder, y á la sombra del trono pueden ocultar sus iniquidades. Nuestra será la astucia, y si un trono no puede hacernos sombra, seremos invisibles, que es aun mayor seguridad. ¿A qué aguardais? ¿Qué temeis?

El page mostró en su rostro y en sus ademanes la impaciencia.

Contemplólo Blanca con entusiasmo y aun estrañeza, pues á pesar de que conocia todo lo que encerraba de extraordinario y precoz el alma de aquella criatura, nunca la habia visto elevarse á tanta altura.

Dilatóse el corazon de la doncella, y sintiendo como nunca los deseos de vengarse, huyó el llanto de sus ojos y asomó á ellos la viva luz de su ardiente entusiasmo y de su reconcentrado aborrecimiento hácia los enemigos de su infeliz amante. Como ella misma habia dicho, el esceso de sensibilidad de que la habia dotado la naturaleza no le permitia abrigar afectos sino en el último grado de intensidad, ni aborrecer sino con toda la exageracion de un pecho el mas endurecido. No es muy estraño tampoco que asi le sucediera, porque las mugeres de gran corazon suelen tocar los extremos, y segun las circunstancias de su vida, ó son exageradamente buenas, mostrando un fondo de abnegacion no comun, ó exageradamente malas, no dejando ver

un solo sentimiento noble. Es mas raro en los hombres el poseer espíritu de tales condiciones; pero consiste en que las acciones de estos son casi siempre hijas de la meditacion, resultado del juicio, mas ó menos sano, y las de aquellas lo son de las impresiones. El hombre falla y obra despues que examina y juzga; la muger da á los acontecimientos tanto valor cuanta fuerza tiene la impresion que le causan, y esta es la medida á que se ajusta para fallar y obrar.

—¿Y qué hemos de hacer ahora? preguntó Blanca con arrebato.

—Expiar para convertir en humo sus planes.

—Ya no lloro. Comencemos.

—Ahora os debo yo preguntar, como vos hicísteis, si tendreis fuerzas.

—¡Si tendré fuerzas para vengarme!... ¡Oh!... ¡Aun tengo en mis manos la sangre caliente que brotaba la herida del marqués! ¿Qué hemos de hacer? ¿A dónde hemos de ir?... Habla, dispon y verás si es que me engaña mi deseo. ¿Sabes lo que es la sed de la venganza?

Y la doncella se levantó con firmeza y oprimió entre sus manos uno de los brazos del page.

—¡Que si sé lo que es la sed de venganza!... Sí, lo sé porque amaba al de Poza como á un hermano; porque amo al príncipe que es el único que no ha herido mi amor propio de hombre encerrado en mi cuerpo de niño, á pesar de que para todos tiene siempre el sarcasmo en su boca. Asesinaron al marqués y conspiran contra la vida de don Cárlos. El me dió esta daga, ya os lo he dicho, y la guardo para derramar la sangre de los que intentan perderlo.

El pagecillo apretó la rica empuñadura del arma, y de sus ojos brotó fuego en su mirada terrible.

—Luis, dijo la dama, no hay tiempo que perder.

—Mejor lo sé que vos.

—Entonces...

—Acostaos porque necesitais descansar: yo salgo para espiar á la puerta de la habitacion de doña Ana. Esta noche, á las doce, debe visitarla el rey.

—¡Luis!

—¿Habeis creido que S. M. es tan virtuoso como su esposa, y que la princesa de Eboli corresponde al amor de su marido?

—Esas son murmuraciones de los cortesanos.

—Esas son verdades que yo las he hecho cundir.

—¿Y en qué te fundas para creer que el rey no es fiel á su esposa?

—En lo que he visto y he oido. Sentaos y os contaré lo que anoche pasó.

Sentóse la doncella y dijo:

—Habla.

—Por casualidad, sin duda, estaba anoche el rey junto á doña Ana, durante la reunion en el cuarto de la reina. Hablaron de mil cosas indiferentes, y cuando S. M. vió que cada cual se ocupaba exclusivamente de la persona que ténia á su lado, es decir, cada galan de su dama, fué bajando la voz. Yo me hallaba sentado en un taburete detrás del sillon en que el rey estaba, y á medida que este bajaba la voz, yo roncaba con mas fuerza figiéndome dormido.

—¿Y qué oistes? preguntó Blanca, poseida de la mas viva curiosidad.

—Lo siguiente. El rey dijo á la dama:

—»No os opongais porque mayor será mi empeño.

—»Pero señor, contestó doña Ana, pensad que me exponeis demasiado.

—»No tengais cuidado, repitió S. M. ¿No os basta que yo os lo asegure? Vuestro esposo tendrá ocupacion para toda la noche fuera del alcázar. Ya lo sabeis, mañana á las doce iré á vuestro cuarto.»

—Y en seguida se levantó el virtuoso marido, sin escuchar á doña Ana, evitando de este modo una nueva negativa.

Blanca quedó pensativa, y al cabo de algunos instantes dijo:

—¿Estás seguro de no haberte equivocado?

—Mañana os lo diré. Esta noche veré entrar al rey en el cuarto de la princesa; tal vez escuche lo que hablen, y despues que os lo refiera todo, veremos si aun os queda alguna duda.

—¡Que escucharás lo que hablen! dijo admirada la doncella.

—Tal vez, os repito, no me sea imposible, y mañana correrá de boca en boca y palabra por palabra la conversacion que tengan. ¿Desconfiais de que pueda llevar á cabo mi plan? Allá veremos. Os juro que he de hacerles creer que el diablo está en el alcázar y los persigue.

—¿Con qué podré pagarte?

—Con el beso que ha tantos años me dejais estampar en vuestra frente antes de acostaros.

Y el hermoso niño estampó un ósculo fraternal, de inmensa ternura, en la purísima frente de Blanca.

Tras aquel beso inocente brotó una lágrima de los ojos de ambos.

Luis sacudió su hermosa cabeza, envolvióse en una capa de paño azul, y poniéndose airosamente una gorra de terciopelo encarnado con pluma blanca, salió del aposento.

CAPITULO XIII.

Dos llaves para una cerradura.

Reinaba el mas profundo silencio en todo el alcázar. En sus largos pasillos se encontraba raramente alguna moribunda luz.

Las doce acababan de dar, y por un largo corredor vióse pasar un bulto, que despues de andar largo trecho, paróse, miró á una puerta que estaba cerrada, luego se acercó á un farol que, colgado en la pared, ardia milagrosamente, y dando un soplo á su ténue luz, dejó á oscuras todo el corredor.

Cualquiera que hubiese tenido la facultad de ver en medio de las tinieblas, habria podido observar que el bulto, cuidando de no hacer ruido con sus pasos, fué á ocultarse en el hueco de una puerta que habia casi enfrente de la én que poco antes fijara su atencion.

Pocos momentos despues, por uno de los extremos del corredor, sintiéronse nuevas pisadas, desiguales como quien camina á tientas, y parándose la persona que llegaba, en el mismo sitio que la anterior, oyóse el chirrido de una llave que daba vueltas en la cerradura, abrióse la puerta, y volviendo á cerrarse, quedó todo en silencio.

Aun no habian transcurrido cinco minutos cuando sonó otra vez la cerradura y la puerta se abrió cerrándose de nuevo.

Dos personas habian entrado, y aun á riesgo de no caber en la habitacion, entremos tambien nosotros con todos nuestros lectores.

Estamos en el mismo aposento en que aquella mañana vimos á la princesa de Eboli.

Una lámpara de plata de esquisito trabajo esparcia sus vivos resplandores é iluminaba el rostro hechicero de doña Ana de Mendoza que se hallaba sentada en el divan que ya conocen nuestros lectores.

Los negros ojos de la princesa radiaban con ese estraño brillo de la pasion, que deslumbra los ojos, enciende el alma y turba el entendimiento. Estaban sus rojos lábios entreabiertos con esa espresion provocativa que el largo y profundo estudio de las pasiones enseña á las mugeres, y de su boca parecia salir un perfume embriagador que, borrando el recuerdo de todo, dejaba viva no mas que la idea del goce anhelado.

Hacíase mas arrebatadora su belleza con la ancha túnica blanca de cachemira con flores de plata que cubria su cuerpo, dejando ver sus anchas mangas la mitad de sus torneados brazos, así como el descuido de un largo schal permitía, aunque difícilmente, ver la parte mas seductora de uno de sus redondos hombros. Como por un olvido asomaba uno de sus lindos pies, calzados con ricos chapines de seda bordados de plata. Escusamos decir que la casta gorguera no ocultaba su mórbida garganta, y que en vez del ridículo peinado de entónces, sus cabellos estaban recogidos con gracia y sencillez. De otro modo no hubiera estado tan seductora.

Junto á ella, y sentado tambien en el divan, hallábase Felipe II.

En el semblante del monarca se pintaba una viva inquietud; sus megillas estaban rojas como el carmin, y sus encendidos ojos fijaban en la princesa afanosas miradas. No era en aquellos momentos el rey, severo, magestüoso, con la dignidad y altivez que tanto le distinguia de sus vasallos; era el hombre, no mas que el hombre esclavo de la pequeñez de una pasion impura. Sus manos estaban convulsas y su cuerpo inquieto como quien no tiene el espíritu sosegado.

Con voz un tanto ronca y comprimida, con breve acento, decía:

—No, no me habreis permitido venir para darme el último desengaño, para estar, como siempre, esquiva, para gozaros con mi tormento y verme humillado á vuestros piés sin lograr el término á mis afanes.

—¿Por qué habeis venido, señor? dijo doña Ana con dulce acento. No estais aqui con mi licencia ni yo os he hecho concebir esperanza alguna. Me mandásteis terminantemente que os diese una llave de mi habitacion, y he obedecido; que os aguardase esta noche sin ceremonia, como si hubiese de recibir á mi esposo, y cumplo con vuestra órden. Mas, no puedo otorgaros porque no soy libre, pertenezco á otro hombre.

Y al concluir estas palabras bajó los ojos con una hipocresía que sedujo mas al rey.

—Ya comprendereis, señora, repuso Felipe II, que si he venido aquí no ha sido con intencion de volverme con mi deseo. No me habeis dado esperanzas, es verdad, pero por eso os las pido, ó para hablar con exactitud, busco la realidad. La esperanza ya me la forjé porque no os he creido tan dura de corazon que siquiera por lástima dejeis de corresponderme. Ya veis, señora, si me humillo, y esto os probará la fuerza de mi amor, porque me conoceis bien.

La princesa fijó en el rey una mirada tan seductora que le hizo estremecer á su pesar.

—Señor, dijo, vuestras palabras me hacen mucho daño, porque no puedo cumplir vuestros deseos. ¿Olvidais que soy casada? Fuera yo libre y con la vida pagara la honra que me haceis. Poco es mi amor para pagar el vuestro, porque vos sois grande, muy grande, pero... ¿No veis que lucha mi virtud de esposa y mi corazon de muger? Evitadme, señor, este tormento.

—Es decir, repuso el rey pasándose las manos por la frente, que me amais......

Doña Ana hizo un movimiento como si en fuerza de la situacion en que se hallaba se hubiese decidido á arrostrarlo todo, y dijo:

—Pues bien, señor, sabedlo de una vez: yo os amo, y os amo como vos me amais, mas tal vez y mucho tiempo hace, pero he ocultado esta pasion en el fondo de mi pecho porque asi me lo mandaba mi deber, y he procurado alejaros de mí para evitar la lucha horrible que en estos momentos me desgarra el corazon. Empero, os lo repito, ante esa pasion están mis deberes y moriré antes que faltar á ellos.

—¡Doña Ana! exclamó el rey.

Esta abrió extremadamente sus grandes ojos, separó de la frente sus negros cabellos, y como si verdaderamente luchase en su interior su pasion y su virtud, prosiguió con arrebatado acento:

—Sí, os amo, señor, como á nadie amé, porque yo me enamoro solamente de lo grande, de lo sublime, de lo heróico, y nadie os iguala en corazon, á vos no se parece ningun hombre. El orgullo y la vanidad son los móviles mas poderosos de las pasiones en la muger; quizás tengan mucha parte en la mia, pero sea cual fuere la razon, yo os amo y padezco.

—¡Doña Ana, doña Ana! exclamó el rey apoderándose de una de las manos de la princesa. Me enloqueceis, os adoro; sois digna de mí, no os pareceis á las demas mugeres y por eso mi pasion es mas violenta, no se parece tampoco á la que otras me inspiran. Yo tengo necesidad de amar, de ser amado de un ser grande, de corazon no comun, que me engrandezca á sus pies y no que me torne en pequeño y mezquino entre sus brazos.

La princesa retiró su mano de la del rey, y con acento suplicante dijo:

—Idos, señor, idos, compadecedme; vos sois mas fuerte que yo, débil muger; dadme ejemplo de valor, alentad mi virtud. ¡Idos, idos!... ¡Por compasion!

—¡Irme!... No puedo; mi voluntad es poca; mi ser está encadenado á vuestros ojos... ¡Me matais, señora!

Y el monarca sintió abrasado su pecho y trastornada su cabeza.

Doña Ana habia conseguido su objeto, que era hacer creer al rey que lo amaba, y para ello habia tenido buen cuidado de

no decir que las prendas personales habian encendido su corazon, porque esto podia ser muy dudoso para quien veia encanecer sus cabellos. Como prueba de desinterés para asegurar el convencimiento del monarca habia mostrado su resistencia, que por otra parte debia avivar mas y mas los deseos del monarca. Su triunfo era seguro. Ya no le quedaba que hacer otra cosa mas que corresponder, pero como quien en un momento de locura olvida sus deberes.

El rostro de Felipe II estaba descompuesto. Movíanse desconcertadamente sus encendidas pupilas, y sus manos temblaban como si fuese presa de una horrible convulsion.

El momento habia llegado.

La astuta princesa cruzó las manos, fijó en el rey una mirada de fuego, apoyó en las rodillas de este sus torneados brazos, y dejándose caer de hinojos, exclamó:

—¡Por compasion... alejaos... que las fuerzas me faltan!

Sintió el monarca abrasadas sus rodillas al contacto de aquellos brazos; quiso contemplar el hechizo de los hombros de aquella muger, descubiertos por el desórden de su trage, pero una nube cubrió sus ojos, un peso enorme aturdió su cabeza; las palpitaciones violentas de su corazon le quitaron el aliento. Nada vió, nada oyó. El rey no era ya mas que hombre, pero hombre en el último extremo de la degradacion moral, pequeño, miserable, esclavo.

CAPITULO XIV.

Una cerradura con dos llaves.

Media hora despues, el rey se despedia de la princesa, diciéndole:

—Al salir el sol, en camino para el Escorial.

—Sed prudente, señor. Mucho temo que alguien observe que habeis venido.

—Nadie me ha visto, á nadie he encontrado. Ahora, por ser mas tarde, debe sucederme lo mismo con mas razon.

Doña Ana encendió una lámpara pequeña y acompañó á Felipe II.

Cuando llegó á la puerta que daba salida al corredor, sacó una llave y quiso introducirla en la cerradura; pero encontró un obstáculo.

La princesa acercó la luz, y el monarca probó otra vez á colocar la llave. Tampoco pudo.

—¿Por qué no entra? dijo.

Y examinando el interior de la cerrrdura, vió que por la parte de afuera habia otra llave.

Su rostro palideció.

—¡Os han seguido, nos han espiado y de muy cerca! exclamó doña Ana. ¡Estoy perdida!

—¡Vive Dios que han de pagar cara su curiosidad! dijo el rey apretando los puños.

—Difícil será averiguarlo. ¿Qué ha podido saberse de quien quitó á mi esposo el sombrero?

—Nada, es verdad.

—Cuando se encuentre al uno se habrá dado con el otro: todo es obra de una misma mano, no me cabe duda.

—Obra del diablo, señora, cuando se me escapa tan hábilmente.

Al cabo de algunos momentos, y con bastante trabajo, logró el rey dar vuelta á la llave que estaba puesta por fuera, y empujándola con la suya, la hizo caer.

—No salgais, señor, dijo la princesa. Tengo miedo. ¿Quién sabe si algun enemigo?...

—¡Pluguiera al cielo que se pusiese frente á frente!

—Señor....

—Felipe de Austria no conoce el miedo, repuso el monarca.

Y desnudando su puñal, salió con serena frente.

El corredor estaba solitario, pero habian vuelto á encender el farol.

Felipe II recogió la llave y vió que habia atado á ella un pedazo de papel. Acercóse á la luz y leyó lo siguiente:

«El diablo regala á S. M. esta llave para que la conserve con el sombrero de Ruy Gomez de Silva.»

—¡Miserables! exclamó el monarca fuera de sí. ¡Guay del villano que así se atreve á provocar mi enojo; en poco estima su cabeza!

Entonces sonó una carcajada al extremo del corredor.

—¡Por satanás! gritó Felipe.

Y se precipitó corriendo hácia aquel lado.

A nadie encontró.

La oscuridad lo detuvo.

—Me espian, murmuró despues de meditar algunos momentos.

O es verdaderamente el diablo ó ha de pagar caro su atrevimiento.

Quiso dominar la emocion porque estaba dominado, y aunque consiguió bastante un esfuerzo de su voluntad, no quedó del todo tranquilo. Infundiéronle miedo el silencio y la oscuridad que lo rodeaban, y se alejó precipitadamente de aquel sitio, volviendo la cara atrás á cada paso.

Entre tanto decía á sus solas la princesa de Eboli:

—¿Con que en palacio hay quien me gane en astucia, quien me pueda vencer en la intriga?... ¡Alerta, doña Ana!... Yo puedo mas que el diablo..

CAPITULO XV.

El baron de Montigny.

Cuando Felipe II entraba en la habitacion de la princesa de Eboli, atravesaba uno de los patios del alcázar un hombre embozado en una ancha capa negra. Procurando caminar por los sitios mas oscuros, seguíale á veinte pasos otro hombre, envuelto tambien en negra capa. Parábase el primero, y el segundo se paraba tambien; si aquel apretaba el paso, este lo imitaba. Parecía, en fin, su sombra, ni mas ni menos.

Sin duda el espiado habia advertido tan tenaz persecucion, porque hacia movimientos de impaciencia, y algunas veces murmuraba, apretando á la vez el mango de su puñal:

—¡Ira de Dios!... poco me costaría acabar con esa sombra.... pero no, ese sería el triunfo completo de mis enemigos.

Dejó el patio, entró en un pasillo estrecho, tortuoso y oscuro, siguió hasta el fin de él, subió una estrecha escalera, y abriendo una puertecilla, entró.

Su perseguidor se detuvo, y pocos instantes despues, otro hombre que parecía seguirle á su vez, acercósele.

—Vos, aquí, le dijo el primero.

El recien llegado quedóse, y el otro desapareció.

Entre tanto el perseguido habia atravesado una antecámara,

y entrando por una puertecilla disimulada entre las flores de los tapices de la pared, encontróse en un aposento que ya conocen nuestros lectores.

Era el del príncipe Cárlos.

Hallábase este sentado cerca de un gran brasero.

Su rostro estaba mas pálido que de costumbre, su mirada mas severa, y sus facciones mas contraidas.

El que habia entrado era un caballero que tendria poco mas de treinta años, de noble presencia, de enérgica mirada y desembarazados movimientos.

Sus ojos eran azules, blanco su rostro, y su barba rubia, fina y lustrosa, remataba en punta en su parte inferior. Su frente era espaciosa, altiva, arrogante. Por sus formas denotaba fuerzas no comunes y ejercitadas.

Vestia de negro, con calzas del mismo color y botas bastante anchas de piel de gamuza, con espuelas de oro. A pesar de la sencillez de su traje, conocíase que era hombre de buen gusto y acostumbrado á seguir la moda con todo rigor, sin embargo de que, en lugar del sombrero usado entonces, alto y de estrecha ala, tan ridículo como el de nuestros dias, lo llevaba de opuesta forma, negro y con una pluma larga y flexible del mismo color, sujeta con un broche de gruesas esmeraldas.

Era aquel caballero el baron de Montigny, uno de los diputados de Flandes y compañero del desgraciado marqués de Bergen que habia espirado en la mañana de aquel dia, por la torpeza de un médico que le recetó un veneno por recetarle un calmante.

—Señor, dijo despues de saludar al príncipe, es preciso tomar pronto, muy pronto, una determinacion, ó estamos perdidos.

—¿Qué ocurre, baron? preguntó don Cárlos mirando fijamente al flamenco.

—Mis sospechas se han convertido en realidad: mi desdichado amigo el marqués de Bergen ha sido envenenado.

—Ya sabeis que apoyé vuestra sospecha

—Aun os falta saber otra cosa.

—¿Una nueva desgracia?

—Estoy preso.

—¡Preso! repitió admirado el príncipe. No os comprendo. Os veo aquí, con vuestra espada ceñida, sin gente que os guarde, dueño de salir y entrar á vuestro placer... No os comprendo.

—Es muy sencillo. Desde ayer me espian, siguiendo todos mis pasos, de dia, de noche, á caballo, á pié, en mi litera...

—¿Y conoceis á vuestro perseguidor?

—El que casi siempre me sigue es un hombre á quien nunca he visto; pero á veces suele ser tambien mi sombra el mismo Ruy Gomez de Silva.

—¡El miserable que pagó los asesinos del marqués de Poza!

—Y el veneno de mi amigo.

—¿Y no habeis hundido en su pecho vuestra daga? dijo el príncipe cuyos ojos chispearon á la vez que se contraian los músculos de su rostro. ¡Dios de Dios! ¡Por vida de Judas que habeis sido mas que prudente!

—¡Oh! exclamó Montigny. Eso quiere el rey, que yo mate á mi espía para tener un crímen de que acusarme y hacer que me corten la cabeza, ya que no puede darme un veneno.

—Teneis razon.

—Pero no ha de lograrlo: el dia en que atente contra mi vida, ó ha de pagar asesinos diestros y valientes, ó ha de dar un ejemplo de tiránica arbitrariedad entregándome al verdugo.

—No hay remedio; mi padre me obliga. Contad conmigo, baron, y partamos, dejando á España. Aquí arden de dia las hogueras, brillan de noche los puñales, y solo puede contar segura su vida, el que adula y se presta á ser instrumento vil de la crueldad de mi padre. Correis peligro, me amenaza á mí tambien, y todos sucumbiremos. Vamos á Flandes: allí, si el sanguinario duque de Alba no ha cortado las cabezas de todos nuestros amigos, pelearemos y moriremos en defensa de la humanidad; y si llegamos tarde, Alemania me dará un asilo desde el cual lloraré las desdichas de mi patria infeliz. ¿Qué esperamos aquí? Yo, tras una exhortacion del cardenal, una hoguera de la inquisicion; vos, tras una sonrisa de Felipe el Prudente, el puñal de un asesino... ¡Oh!... ¡Torpe anduvo mi brazo cuando solo amagó mi daga sobre la cabeza del inquisidor y del

verdugo que mata sin descanso la flor de la nobleza flamenca!

Y el impetuoso mancebo se levantó, paseó precipitadamente de extremo á extremo de la cámara, y luego, cruzándose de brazos, dijo á Montigny.

—Y bien, ¿qué hacemos?

—Vos, marchad, y yo tambien, si puedo burlar la vigilancia de mis espias, ó si estos no se truecan mañana en las puertas de hierro de un calabozo. Pero de cualquier manera, vos corred á Flandes, y si yo me quedo á morir en España, decid á mi esposa que para ella ha sido mi último recuerdo.

Estas últimas palabras las pronunció el baron con tono ahogado. Habíase casado pocos dias antes de venir á España; así es que su pasion por su esposa, jóven y de no comun belleza, estaba tan viva como antes de su matrimonio. Siempre es horrible morir, pero en los primeros dias de la luna de miel, y separado del objeto de su amor, es mas horrible aun.

—Sí, marcharé. Hasta ahora no tengo todo el dinero necesario para mi viaje, pero lo completaré dentro de pocos dias.

—¿Teneis ya decidido quien ha de acompañaros hasta la frontera?

—Vos y el capitan.

—¿Nadie mas?

—Nadie. ¿En quien he de tener confianza para asunto tan delicado? Con la ayuda de mi tio don Juan de Austria, puedo contar para todo menos para mi fuga.

—¿Le habeis participado vuestro proyecto?

—Sí.

—¿Y cuál es su opinion?

—Se opone y ha procurado persuadirme á que no lo lleve á cabo, apoyando sus razones en que por nada debo ser rebelde á mi padre. No obstante que es contrario á mi plan, guardará el secreto, porque es noble como su padre: no el mio, sino él, ha heredado el corazon de mi abuelo

—Mucho siento que don Juan no esté de nuestra parte.

—Perdemos un amigo leal y valiente.

—Y de prestigio.

—Me queda el capitan.

—De ese solo os servirá su brazo.

—Es lo que mas necesito hasta llegar á Flandes. Es valiente y arrojado sin igual: sus fuerzas corresponden á su cuerpo de gigante.

—Me parece que cuando nos hayamos alejado algunas leguas de Madrid, conviene que se reunan con nosotros algunos hombres, bien pagados, decididos á todo, y que nos puedan ayudar en cualquier encuentro.

—¿Y si nos venden?

—Es que no deben saber á quien acompañan.

—No parece mala esa idea, repuso el príncipe despues de meditar algunos instantes.

—Una vez en Flandes, tendreis á vuestras órdenes un ejército.

—Entonces me conocerá el duque de Alba.

—Estamos, pues, convenidos.

Don Cárlos se dió una palmada en la frente.

—Me ocurre una idea, dijo.

—¿Cuál?

—Mañana quedareis libre

—¿Cómo?

—Convenimos en una hora cualquiera. Vos venis á palacio y yo espero á los alrededores. Si os sigue el de Eboli, lo detengo, le hablo, y mientras, vos os perdeis de vista, vais á vuestra posada, montais á caballo, y salis de Madrid. Si os sigue un villano cualquiera, lo detengo, le mando volver atrás, y si no me obedece, lo mato.

—¿Quereis perdernos?

—El caso es que vos podais escapar, y yo, con decir que aquel hombre me ha faltado al respeto, me ha amenazado ó que quiso atentar contra mi vida, quedo absuelto.

El príncipe habia concebido un plan como todos los que concebia, violento, de rápida ejecucion, y sin cuidarse de que el disimulo entrase para nada en sus consideraciones. En esto era el reverso de la medalla comparado con su padre.

El baron de Montigny meditó, y como el que ha perdido la

esperanza, acogió el primer camino que se presentaba á su vista, aceptando el proyecto del príncipe.

—Bien, dijo. ¿Os parece buena hora las nueve de la mañana?

—Sí.

—Os dejo, pues, señor, y voy á encontrarme con mi espía.

—¿Se ha quedado en la escalera escuchando?

—Sí, señor.

—Entonces salid por esta otra puerta.

—Mucho temo encontrarlo por cualquiera de ambas partes.

—Probad.

—Lo haré así.

Despidióse el baron y salió por la puerta principal; pero apenas hubo puesto el pié en la galería, cuando vió un bulto inmóvil á poca distancia.

Tomó á la derecha Montigny, y el bulto lo siguió.

—Ven, ven, voto al diablo, murmuró el flamenco. Ven que quizás mañana á las nueve hagan contigo lo que quiere hacer conmigo el que te envia.

CAPITULO XVI.

El rey se enfada y Ruy Gomez gana una partida de ajedrez sin mirar al tablero.

A las seis de la mañana del siguiente dia salió el rey de su cuarto, vestido con ropilla de paño gris con alhamares de oro, calzas aplomadas y botas de piel de becerro con espuelas de plata.

A la misma hora hallábase el príncipe don Cárlos tambien vestido con ropilla y calzas verdes, y botas como las de su padre, pero tan exageradamente anchas en su parte superior, que apenas le permitian andar. La mayor parte de los jóvenes de la nobleza habian adoptado poco tiempo hacia esta moda, y el príncipe se distinguia entre todos por su estravagante exageracion. Algunos escritores de aquella época dicen que podia llevar un par de pistolas en los cañones de sus botas, y aun añaden que con este objeto se las mandaba hacer tan holgadas. Felipe II veia con disgusto esta estravagancia y hasta prohibió terminantemente á su hijo que usase aquel calzado. Pero el príncipe lo hacia ensanchar mas cuanto mayor era el disgusto de su padre.

Al mismo tiempo que el rey salia de su aposento, dejaba el de la reina su doncella Blanca que acababa de vestir á su señora con un trage de camino de terciopelo verde.

Todos se acababan de vestir como para emprender un viage; doncellas, gentiles hombres, criados, y todos iban y venian, arreglando equipages para no tener mas que ponerse en marcha, á la primera indicacion de S. M.

Y sin embargo, el católico rey no habia dicho á nadie que se trataba de salir de la villa.

La noticia de la ida al Escorial habia cundido sin saber cómo. A nadie habia causado estrañeza porque eran muy frecuentes las escursiones al real sitio de San Lorenzo; y si todos se preparaban antes de recibir una órden espresa, era para mostrar celo por el servicio del rey, no haciéndole esperar.

Felipe II no estaba de muy buen humor aquel dia; apenas contestaba á los saludos de los palaciegos, y las arrugas que se marcaban entre sus cejas, y su mirada torva, daban que pensar á muchos. El chasco de la llave lo tenia cabiloso y disgustado, y el disgusto en aquel monarca era mas que profundo enojo en cualquier otro hombre.

Cuando salió de su cuarto se dirigió al de la reina.

—La voy á sorprender, murmuraba. Tal vez me dirá que por qué no le he avisado con mas anticipacion para que hubiese tenido tiempo de prepararse. Quizás duerma aun. Habrá de levantarse, peinarse, vestirse, y el tiempo que en esto emplee tendré que esperar... Y cada minuto me parece un siglo. Desde el suceso de anoche estoy deseando abandonar el alcazar por algunos dias.

Así discurriendo llegó á una habitacion donde en torno de un brasero hablaban y reian algunas doncellas. Preguntóles por su esposa y le contestaron que ya estaba levantada. Pasó á otro aposento y repitió á unas damas de honor la misma pregunta, y estas le dijeron que la reina estaba ya vestida.

Se hizo anunciar, y pasó adelante.

Isabel de Valois estaba, como siempre, bellísima. Su talle, de forma encantadora, dibujábase con esactitud bajo su traje de terciopelo, abotonado hasta la garganta. La falda del sencillo vestido era larguísima, como para montar á caballo. En su negra cabellera se prendia un velo blanco de fina gasa, y en aquellos

momentos se entretenia en sacudir un latiguillo con puño de oro.

Felipe II se sorprendió al ver á su esposa en aquel trage.

—El cielo os guarde, señor, dijo la reina acercándose á su esposo.

—Señora... murmuró este.

Y maquinalmente estampó en la frente de aquella un helado beso.

—¿Os gusta mi vestido? le preguntó Isabel.

—¿Vais á pasear á caballo?

—¿Pues no hemos de partir para el Escorial al salir el sol?

—¿Quién os lo ha dicho?

—Todos y nadie.

—No os comprendo.

—Mis doncellas han visto que vuestros criados preparan los equipages, enganchan las mulas á los coches, ensillan los caballos, y en fin, que se dice en todo el alcazar que vamos á marchar. ¿Pensábais tal vez ir solo?

—No.

—Como nada me habeis dicho......

—Es que no lo he pensado hasta hace una hora, al despertar, y aun no he dado ninguna órden.

—Entonces...

—Hace algunos dias que suceden en palacio cosas estrañas, dijo el rey con pausado tono.

—Esta la es, y mucho.

—Alguien hay dentro del alcazar que se ocupa de mis asuntos mas de lo que debiera.

—¿Decis que á nadie habeis comunicado vuestro pensamiento de ir al Escorial?

—A nadie.

—Parece cosa de hechiceria, señor.

—Parece cosa del diablo, contestó con aspereza Felipe.

—¿Y qué hemos de hacer? preguntó la reina mostrándose confusa.

—Marchar.

—Cuando gusteis, señor.

—Pero segun veo pensais ir á caballo.

—Sí.

El rey hizo un gesto de disgusto. Sin duda se le desbarataba algun plan con la determinacion de su esposa.

—La mañana está muy fria, dijo.

—Pero despejada.

—Pero el aire...

—No se siente; y á caballo se conserva mas el calor.

—Para una distancia corta, bien.

—Si me canso entraré en el coche.

—No puedo permitir que os espongais á la humedad de la mañana, que os repito está muy fria.

—Si me lo prohibis... dijo la reina con alguna amargura.

—No, no; es solamente un consejo.

—¿Cómo vais vos, señor?

—A caballo, por hacer mas corto el camino departiendo con los de mi servidumbre.

—Bien, así os acompañaré, y ambos conseguiremos un mismo fin, el de hacer mas agradable el tiempo.

El rey hubiera hecho un segundo gesto de disgusto, pero dominóse y dejó asomar á sus labios una sonrisa.

—Puesto que estais preparada, dijo, voy á dar algunas órdenes, y á mandar aviso al cardenal y á otros caballeros.

La reina despidió á su esposo con una sonrisa.

—¿Conseguirán burlarse de mí? murmuró el monarca dirigiéndose otra vez á su aposento.

Luego mandó decir á su hijo que se preparase, pero el mismo criado que llevó la órden volvió anunciándole que el príncipe estaba dispuesto media hora hacía.

Mostróse impaciente Felipe, y dió con aspereza nuevas órdenes.

Mientras estas se cumplian, don Cárlos mandó tambien decir al baron que fuese inmediatamente al alcazar, y despues de un rato, y cuando calculó que podria encontrar á este en la calle de la Almudena salió solo y con intento de poner en ejecucion su plan de la noche anterior.

Nadie estrañó verlo salir solo y á semejante hora, porque las contínuas estravagancias del arrebatado mancebo no causaban ya sorpresa.

—Quiera Dios que lo siga un villano, decia, y que me falte al respeto: asi tendré ocasion de desahogar mi cólera.

Al llegar á la esquina de Santa Maria vió al baron seguido á alguna distancia por Ruy Gomez, y contestando al respetuoso saludo de aquel, pasó de largo y acercóse al favorito de su padre.

—Me alegro mucho de encontraros, le dijo con amistoso tono.

—Dichoso ha de ser para mi el dia, contestó el de Eboli respetuosamente, cuando tan bien principia la mañana. Vos sois, señor, la primera persona á quien hablo, y no es poca dicha tanta honra en el primer saludo.

—¿Vais al alcazar?

—Sí, señor.

—Pero no será tan de prisa que no podais acompañarme.

—Aunque me aguarda S. M., estoy á vuestras órdenes.

Durante este corto diálogo, el baron de Montigny habia tenido tiempo de doblar la esquina, y dando vuelta al templo, fué á salir á la calle de San Nicolás.

Creyóse libre, y el príncipe lo creyó así tambien; por lo cual, satisfecho y hasta orgulloso del buen éxito de su plan, llevóse á Ruy Gomez de Silva por la parte opuesta, y hablándole del viaje al Escorial y de sus proyectos de caza, lo entretuvo largo rato.

—Está la mañana muy fria, dijo al fin. Volvamos á palacio por si es hora ya de marchar.

—Corto ha sido el paseo, señor, le contestó Ruy Gomez.

—Pero muy provechoso, repuso con tono de burla don Cárlos.

—No sé por qué. El frio de la mañana jamás es provechoso.

—Es cuando está el cuerpo mas ágil, cuando se puede correr mejor, y sobre todo, á caballo.

—¿No os gusta montar por la mañana?

—Mucho, pero no siempre tengo tiempo para hacerlo.

—Envidia tengo al que en estos instantes, sobre una yegua fogosa, suelta la rienda y el pecho sobre el arzon, vuele como un rayo sin que nadie le preceda, sin que nadie le siga, sin que un edificio, ni un árbol, ni una mata le quiten una sola ráfaga de viento que respirar ni le estorben para ver que tiene delante mucho campo suyo sin un pequeño inconveniente que detenga su carrera.

—Eso mas parece una huida que un paseo, contestó el de Eboli acentuando bien sus palabras.

—Dadle el nombre que mas os plazca; pero es lo cierto, que correr solo, enteramente solo, en completa libertad, debe ser muy grato.

—No parece sino que estais preso.

—Lo digo en nombre de los que lo estén.

—Y si logran escaparse...

—¿Quién os dice, repuso don Cárlos con marcada alegria, que no habrá alguno que á estas horas lo haya logrado?

—Yo sé de algunos que lo desean, pero que no lo alcanzarán, contestó Ruy Gomez con aire de satisfaccion.

—Se burla la vigilancia mas esquisita.

—Cuando son torpes los guardianes.

—Los mas, lo son.

—Los menos se escapan.

—Si yo me propusiera salvar á alguno...

—Si yo fuese el encargado de vigilarle...

—Por si ese caso llega os desafio con las armas de la astucia, dijo el príncipe con tono de burlona chanza.

—Para entonces, señor, cuidad de que al sacar á vuestro protegido de un calabozo no lo encerreis vos mismo en una mazmorra.

—Teneis mucha seguridad.

—Y vos muy poca esperiencia.

—Ea, buen Gomez, estoy muy contento desde que os encontré, y no quiero reprenderos por vuestra vanidad.

Y don Cárlos rióse á carcajadas, segun estaba de alegre y gozoso.

—Yo, repuso el cortesano, reboso tambien de alegria, porque desde que os encontré, y durante nuestro paseo, he combinado una jugada de agedrez que os hará perder la primera partida que juguemos.

Y Ruy Gomez de Silva desplegó á su vez una sonrisa maliciosa, que no fué de buen agüero para don Cárlos.

Ya habian llegado al alcazar.

Subieron la escalera y separáronse, yendo el príncipe á su aposento y el de Eboli en busca del rey, sin duda para referirle lo que acababa de suceder.

Cuando aquel llegó á su cuarto, pensando en la distancia á que se hallaria de Madrid el baron, encontróse frente á frente con él.

CAPITULO XVII.

—

El príncipe se convence de que ha perdido la partida.

—¡Ah! exclamó el príncipe sorprendido al ver á Montigny.

—¡Señor, dijo este con voz ahogada por el coraje, marchad á Flandes, vengad á la humanidad, vengadme: á mí no me queda mas esperanza que morir en esta tierra de maldicion!

—¿Cómo os encontrais aquí?

—Mis perseguidores lo preveen todo, sus planes están bien meditados.

—Esplicaos.

—Ya me visteis partir, libre al paracer. Así lo pensé tambien yo, y palpitante el corazon de gozo, tomé á buen paso la vuelta de Santa María, crucé la calle de San Nicolás, y atravesando el derrumbadero que la domina, pensaba llegar en pocos momentos á mi posada, montar en mi yegua que ya debian tenerme ensillada, y salir á todo escape de la villa. Pero hé aquí, señor, que volviendo la cabeza para regocijarme en ver que nadie me seguia, noté un bulto, fijé la atencion, y fácilmente me convencí de que era el mismo hombre que me persigue como mi sombra.

—¡Vive Dios! ¿Y habeis tenido bastante calma para no matarlo y escapar?

—No, en aquellos momentos, ciego de cólera, nada reflexioné, y desesperado volví con intencion de hundir mi daga en el pecho de aquel miserable.

—¿Y al fin no lo hicisteis? preguntó don Cárlos con ansiedad.

—¿Cómo hacerlo? Si yo corria hácia él, huia de mi; si me alejaba, me seguia ... ¡Oh!...

—¡Miserables!

—¡Vengadme, señor!

—Os vengaré, me vengaré á mí mismo. Por eso el mal caballero Ruy Gomez sonreia con aire de triunfo.... Me ganó la primera partida de ajedrez: no será así cuando no haya en el tablero otro rey que yo.

Montigny movió tristemente la cabeza.

—¿Dudais de que yo me siente en el trono?

—De todo dudo. Vuestros enemigos os combaten con armas de que vos careceis, y la lucha no es igual. Y al fin, vos teneis la esperanza de conservar la vida; pero yo... yo no tengo otra que la de morir como el desdichado Bergen ó como el noble Poza.

—¡Oh, si me dejan la vida, tarde ó temprano me vengaré!

—No teneis mas salvacion que la fuga á mi país.

—Donde muy pronto estaré.

Los ojos del príncipe brotaban fuego, paseábase con desiguales pasos por la habitacion, y de su boca salian horribles amenazas.

—Ya que yo no puedo salvarme, salvaos. Dentro de algunos instantes nos separaremos, y por lo que pueda ocurrir durante vuestra ausencia, es decir, por si en vez de espiarme me aprisionan y se apoderan de mis papeles, será prudente que guardeis vos algunas cartas que nos pueden comprometer.

—Teneis razon.

—Esta mañana muy temprano he recibido otra con las nuevas mas lisongeras.

—¿Qué os dicen?

—En vez de diez mil hombres, podeis contar con veinte mil.

—¡Ah! exclamó el príncipe en el mayor transporte de alegria.

—Cinco mil que hallareis en la frontera; igual número que se os reunirá en diferentes veces en el camino, y diez mil que están dentro de Bruselas, provistos de armas y municiones, y que aguardan vuestra llegada para dar el grito de venganza. Esto es sin contar los numerosos cuerpos de fracciones que hoy hacen frente al sanguinario duque de Alba.

El baron entregó á don Cárlos un paquete de cartas.

—Tomad, le dijo. Además de las cartas y documentos que aquí van, encontrareis una estensa instruccion que os servirá de mucho para obrar en Flandes. Una vez allí, ya sabeis que nada os hará falta, ni gente, ni dinero, ni gefes del mas popular prestigio que os obedezcan y ayuden.

—¡Cuántos tesoros diera el rey por el que tengo entre mis manos!

—Eso se piensa y se calla, dijo una voz dulce.

Y á la vez abrióse la puertecilla secreta que ya conocemos, y apareció el gracioso page.

Miráronlo, sorprendidos y no sin algun enojo, el príncipe y Montigny.

—¿Por qué escuchas? le dijo don Cárlos con aspereza.

—Porque así evito que escuchen otros, y os enseño á ser prudente.

—Este niño, dijo el baron.....

—Lo quiero como á mi hermano, interrumpió el príncipe. Es nuestro mas fiel amigo, y aunque os parezca insignificante su ayuda, puede valernos de mucho. Debiera enojarme porque nos espia, pero no me enfada su curiosidad aparente, porque sé que es interés, y acaba de rocordarnos que debemos obrar con cautela.

Y besó con cariño en la frente al page, diciéndole:

—¡Quién fuera tan astuto y tan prudente como tú y tan fuerte como el capitan!

—Señor baron, dijo entonces Luis, yo tengo mas sed de venganza que vos porque me han herido en el alma. Esto es un secreto que no os importa, pero sí mucho el saber que no soy un amigo inútil ni un enemigo insignificante. Observad si está hoy

de mal humor el rey. Alguna amarga contrariedad debe tenerlo enojado. Cual es, y quien la causa, todos la ignoran: sábelo Diós y el diablo que, para vuestro gobierno, os diré que está en el alcazar, desde la muerte del marqués de Poza. ¿Os reis?..... Bien, no importa, pero sí el que os alejeis porque antes de cinco minutos vendrán á avisar á S. A. para que se ponga en marcha. Por esta parte está Ruy Gomez de Silva; por la otra el hombre que os persigue; salid por donde hayais de encontrar el rostro que os parezca menos feo. Ruy Gomez se queda en Madrid.

—¿Cómo lo sabes? le preguntó don Cárlos.

—El diablo me lo ha dicho. Vuelvo á repetiros que está en el alcazar. Señor baron de Montigny, ya habeis dado á S. A. las instrucciones necesarias para su viaje á Flandes; ahora tengo yo que darle las mias para su viage al Escorial.

Y el pagecillo hizo una reverencia, y el flamenco se dispuso á alejarse sin acertar á decir una palabra.

—Guárdeos el cielo, baron.

—Señor, él os conserve y proteja.

Quedaron solos el príncipe y el paje.

—Te escucho, dijo aquel.

—Ireis á caballo.

—Bien.

—Si vuestro padre camina al lado de la reina, vos, entretanto, decís galanterías á doña Ana de Mendoza.

—¡A doña Ana! exclamó don Cárlos dando un paso atras involuntariamente.

—Sí, señor, á doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli.

—Lo haré si es preciso.

—Si por el contrario, vuestro padre va á la portezuela del coche de las damas, vos os colocais al lado de la reina, que irá á caballo, y la hablais, y os reis, y la mirais dulcemente.

—¿Qué mas he de hacer?

—Solamente eso.

—Ahora esplícame lo que te propones.

—No tengo tiempo... ¿Sentís pasos?... Vienen á llamaros de parte del rey.

Y el paje se escapó por la puerta secreta.

Efectivamente: un gentil hombre entró para decir al príncipe que habia llegado el momento de marchar.

CAPITULO XVIII.

Bullicio y confusion y una desvergüenza del príncipe don Cárlos.

El sol se elevaba en el azul horizonte, transparente y puro, con toda la magestad del rey de las estrellas, á cuyo fulgor oscurece el de los mas encendidos luceros.

Atronadora confusion percibíase en los anchos patios del alcázar real y á sus puertas. Señores y pages, damas y escuderos, perros y caballos, iban y venian, encontrábanse y tropezaban, hablaban, gritaban y reian, sin que aquel estrepitoso ruido pudiese ahogar el de las pisadas y relinchos de los corcelos, el de las armas y les coches, ni el de los ladridos ó ahullidos, en todos los tonos, de las numeroras trahillas.

Allá juraba un escudero, acullá cantaba un page ó gritaba una dama sesentona.

Este llamaba á aquel, aquel al otro, el otro al que mas lejos estaba de él, y ninguno contestaba, y todos repetian sus gritos, y sus patadas y sus relinchos los caballos, y sus ladridos los perros, y su ruido los carruajes.

La voz de los hugieres, colocados de trecho en trecho en la ancha escalera de mármol, anunció á SS. MM.

Todos quedaron inmóviles, callaron todas las bocas, fijáronse en un mismo punto todas las miradas, y solo quedaron cubiertas

las cabezas de las mugeres y las de algunos grandes de España.

El eco de los clarines y atabales repitióse en las tortuosas bóbedas del alcázar, haciendo estremecer sus macizos y seculares arcos de ladrillo y dura argamasa.

Apoyábase Isabel de Valois en el brazo izquierdo de su esposo, y aunque caminaba magestuosamente y levantaba la frente con altivez, habia tal espresion de bondad en su rostro, brotaba de sus lábios una sonrisa tan dulce, que todos la contemplaban poseidos del mas cariñoso interés y respeto.

Felipe II, mas que nunca severo, hacia bajar con su mirada penetrante y dura cuantos ojos se abrian para mirarle. Ante su frente se doblaban todas, mas que con respeto con temor.

Dos palafreneros, con casaquines galoneados de oro, acercaron al rey un hermoso caballo negro de española raza con riquísimos jaeces, y un gentil hombre le tuvo el estribo.

A la reina aproximaron un potro, de sangre pura árabe, blanco como la espuma de un torrente, y cubierto con mantilla de seda azul salpicada de estrellas de plata y recamada de largos flecos del mismo metal.

Numerosa tropa de caballeros, pages y escuderos, seguia al rey, y no menos numeroso era el acompañamiento de damas que llevaba la reina.

Felipe II se despidió del Cardenal Espinosa dándole un abrazo.

El cardenal bendijo á los régios esposos.

—Siento que no nos acompañeis, le dijo el monarca.

—Ya sabeis, señor, que me es imposible.

Cabalgaron los reyes.

Dióse la señal de partida y todos se apresuraron á montar en sus corceles ó á entrar en los coches.

Caballero en un hermoso cuartago de negro pelo, el paje de Blanca iba y venia en todas direcciones, hablaba con todos y reia á carcajadas. Su rostro infantil, alegre y burlon, formaba el mas opuesto contraste con el del rey.

Cuando la numerosa comitiva se habia puesto en marcha, bajó el príncipe don Cárlos, seguido de su servidumbre, y pa-

reció complacerse en llegar despues que todos como le hubiera agradado llegar antes. Su estravagancia le hacia gozar con no parecerse á nadie, ni noble ni plebeyo.

Teníanle ensillado un potro de sangre pura alemana, de castaño pelo, brioso y potente.

Contemplólo el príncipe, y luego, mirando á su alrededor, dijo:

—¿No está el cocinero de la iglesia? (1)

Sus criados confusos, aparentaron no comprenderle y callaron.

—¿Estais sordos? repitió don Cárlos.

—Si V. A. tiene á bien esplicarse...

—Hablo del que asa á los herejes, del cardenal Espinosa.

—Ya se ha ido.

—Sin duda por no ver mi caballo, porque ha venido del pais de la herejia, repuso el príncipe.

Y sonrió irónicamente.

En seguida cabalgó, y volviéndose á los de su servidumbre, les dijo:

—Estais en libertad de caminar como mas os plazca. Quiero ir solo.

Y partió, obligando á su corcel á encabritarse y á saltar á medida que corria.

Diez minutos despues sabia ya el cardenal que el príncipe lo habia calificado de una manera indigna y repugnante. Pareció caerle en gracia al buen inquisidor la desvergonzada ocurrencia, porque desplegó una sonrisa y repitió:

(1) Don Cárlos no habló nunca con respeto, ni aun con decoro, del cardenal Espinosa, á quien llamaba *curilla*, y contra el que, como hemos dicho, levantó su puñal. Estas y otras faltas de prudencia, que herian vivamente á personajes de tanta valia como lo era entonces un inquisidor general, contribuyeron mucho á la ruina del príncipe, porque supieron esplotarlas sus enemigos, calificándolo de adicto á la Reforma. Don Cárlos era mordaz; sus palabras ajaban descaradamente á cuantos no queria. (*Histórico.*)

—¡Qué loquillo, que loquillo!

Pero en seguida dijo allá para sus adentros.

—No tardaré mucho tiempo en asarte para dar un banquete á los herejes flamencos. Entonces si que podrás conocer toda mi habilidad en el arte de cocina.

Y palidecieron sus mejillas y sus ojuelos brillaron extraordinariamente.

CAPITULO XIX.

El rey se desespera y el page se divierte.

Aturdidos por la confusion que reinaba en los patios del alcazar, no hemos podido fijárnos detenidamente en cada uno de los personajes mas principales de nuestra historia, y solamente hemos hecho mencion de algunos, con la ligereza propia del que se apresura á montar á caballo para seguir al rey. Porque nosotros vamos tambien á caballo; hay que andar algunas leguas, y de otro modo nos cansariamos. No entramos en un coche porque desde su interior no pódriamos ver lo que pasa.

Veíase á lo largo del camino del Escorial una prolongada hilera formada por caballos, mulas, literas y coches, llevando todos ellos sobre sí, caballeros, damas, pajes, escuderos y soldados de la guardia del rey.

Este, al lado de su esposa, y seguido de algunos nobles, caminaba á buen paso.

En el tercer coche de los que rodaban detras de S.S. M.M., iba una dama sin mas compañia que la de una doncella.

Aquella dama era la esposa de Ruy Gomez de Silva.

En otros carruajes que seguian al suyo, iba el resto de la alta servidumbre de la reina, es decir de sus damas de honor y doncellas de noble alcurnia; pero no con tanta holgura como

doña Ana, sino de cuatro en cuatro ó de seis en seis en cada enorme cajon.

Blanca, prensada en uno de estos, ni fijaba sus miradas en ningun punto, ni hablaba con sus alegres compañeras. Parecía absorta en una profunda y triste meditacion. Estaba pálida y ojerosa; pero bellísima, arrebatadora como siempre. Un rayo de sol se quebraba en sus sedosos rizos de oro é iluminaba su frente de mate blancura y sin igual nobleza. En aquellos momentos no ardia en su cabeza la chispa enloquecedora de la venganza; desgarrábase su corazon con un recuerdo dulcísimo, pero triste, horrible.

Sus lindas compañeras dirijiánse miradas significativas y señalaban con un leve y disimulado gesto á la infeliz jóven que tanto sufria; empero pasaban para ella desapercibidos gestos y miradas, porque entonces embargaba su mente una sola idea, y nada veia, nada oia.

—Está enamorada de alguno que no le corresponde, decian para sí los que la observaban.

El príncipe, un tanto separado del camino, miraba á todas partes como si buscase á alguno entre aquella multitud.

Cuando mas embebido estaba en su investigacion, sintió tras él el galope de un caballo, y volviendo la cabeza, vió al travieso pajecillo.

—No viene, dijo este al príncipe.

—¿Quién?

—El que buscais.

—¿Sabes á quien busco?

—A Ruy Gomez de Silva.

—¿Se ha quedado en Madrid?

—Para vigilar á nuestro amigo el baron.

Don Cárlos apretó los puños y se mostró impaciente.

—No os dé cuidado, le dijo Luis. Mejor es que no venga; así podreis con mas libertad ir al lado de su esposa.

—¿Insistes?

—Sí, señor.

—Ahora puedes esplicarte.

—Voy de prisa.

—¿A donde?

—A hacer una importante advertencia á mi señora y vuestra fiel aliada doña Blanca.

—No será negocio tan urgente.

—Nos observan, señor. Id al lado de la de Eboli. Mirad, muchos caballeros desean acercarse á ella, pero hasta ahora ninguno se ha atrevido.

—Tímidos están, y es mas estraño, no viniendo Ruy Gomez.

—Pero viene el rey, dijo el page á la vez que espoleaba su cuartago y se dirigia hácia el coche en que iba su señora.

El príncipe se acercó á la portezuela del de doña Ana.

Al ver á don Cárlos, sintió la princesa una emocion que no le era desconocida, pero acudiendo á su mente el recuerdo de los desprecios recibidos, dominando su amor propio á su antigua pasion, ya casi extinguida por el despecho y la sed de venganza, regocijóse con la idea de si la fortuna le daría ocasion de pagar con duros desdenes el desden amargo del príncipe.

—Solo camina el sol, dijo este á la noble dama con galante tono.

—Y como la mañana está fria vos lo buscais, señor, contestóle la princesa sonriendo coquetamente.

—No sé por qué estraña causa no siento el frio, por el contrario, tengo calor, y mucho, repuso don Cárlos, siempre dispuesto á manifestarse en contradicion con todos menos con su madrastra.

—Entonces alejaos del sol.

—El de vuestros ojos no quema, deleita solamente la vista.

Las megillas de doña Ana palidecieron. Su amor propio acababa de recibir una nueva herida, y confiada en el apoyo que encontraria en todo caso en el rey, atrevióse á contestar despreciativamente al príncipe, diciéndole:

—Donde no hay corazon no hay sentimiento, y ni el fuego del sol abrasa, ni el frio de la nieve hiela.

No pareció desconcertarse don Cárlos; por el contrario, se-

reno y acentuando muy marcadamente cada una de sus palabras, contestó:

—Cuanto mas vale una joya mas se oculta, y no se muestra á quien no sabe apreciarla. Mas agradece un puerco una bellota que la perla mas preciada. (1)

A desvergüenza tal, opuso doña Ana el mas despreciativo silencio, y volviéndose á mirar al opuesto lado, casi dió al príncipe la espalda.

Este decia entre tanto para sí:

—Las últimas palabras del paje me han hecho comprenderlo todo. El caso es que mi padre me vea reir y hablar con la princesa.

Y luego añadió en voz alta.

—Señora, no os mostreis ofendida porque me he defendido con las mismas armas que me habeis atacado. Cualquiera calificacion me hubiese sido menos dolorosa que vuestras palabras al decirme que no habia en mi pecho corazon, precisamente en los momentos en que lo sentia palpitar de gozo al contemplar vuestra belleza.

—Ni vos, dijo arrebatadamente doña Ana, con ser heredero del trono, ni vuestro padre con estar sentado en él, teneis derecho de ofender á una dama de mi clase. ¿Tales galanterías acostumbrais á decir á la señora de vuestros pensamientos? Si á ese lenguaje se ablanda su corazon de diamante, si con semejantes palabras turbais su razon para que olvide su virtud, ruin pecho encubrirá su amor mas ruin.

La lucha de desvergüenzas habia empezado.

Esta vez el príncipe sintióse herido mas aun que doña Ana. Poco ó nada le hubiera importado al mancebo verse despreciado, insultado; pero ofender, aunque indirectamente, á la reina, al

(1). No estrañen nuestros lectores que en boca de un príncipe que habla con una señora, pongamos frases tan groseras. Ya hemos dicho que cuando hablaba con una persona á quien no queria, sin mirar el sexo ni la clase de esta, ajábale descaradamente el amor propio y hasta la dignidad. Llegó el caso de que un dia se quejasen al rey unas damas de honor, ofendidas por la desvergüenza de don Cárlos que las habia tratado como á despreciables mugerzuelas. Véase la historia.

ángel de sus ensueños, á la blanca paloma, pura y sin mancha, cuya limpia virtud era espejo de virtudes, cuyo generoso corazon era inimitable modelo de nobleza y de ternura, ofenderla, repetimos, era despertar en su pecho el mas rabioso coraje, herir la fibra mas delicada de su enamorado corazon.

El príncipe, de impetuoso carácter y ardiente imaginacion, arrebatábase fácilmente, y se le veia pasar en un segundo de la burla y el sarcasmo á la mas ciega cólera.

Ilumináronse sus pupilas, enrojeció su rostro, y levantando la ira su pecho, exclamó con voz ahogada.

—¡Señora, si os ofendo ofendedme, pero no suene en vuestra boca el nombre de la muger á quien yo pueda amar! Si la conoceis, callad y respetadla; si no la conoceis, abrigad con respeto tambien la sospecha de quien pueda ser, porque de otro modo, ¡vive el cielo! que no respondo de mi.

La princesa sonriose con aire de triunfo.

Don Cárlos rechinó los dientes y siguió al lado del coche.

—Tendré presente vuestro aviso, dijo doña Ana. Hagamos las paces y hablemos de otro asunto.

Mientras así hablaban estos ireconciliables enemigos, el rey, como dijimos ya, caminaba delante al lado de su esposa y seguido de muchos principales caballeros.

Durante el camino que llevaban andado no habia perdido el monarca de vista á su hijo, y so pretesto de dirigir la palabra á los de su comitiva, volvia frecuentemente atrás la cabeza.

Tomaba el rey por plática de amor la que solo era de punzantes agravios entre doña Ana y el principe; y cada amarga é irónica sonrisa de este, esplicábasela aquel como la espresion de una tierna galantería.

El rostro severo de Felipe II palidecía frecuentemente ó se tornaba de color de púrpura. Convencido estaba de que su hijo no podia amar sino á la reina, pero ¿no era posible tambien que aquel hijo enemigo de su padre, por contrariarlo en todo, por vengarse con las mismas armas con que fuera herido, fingiese amor á la de Eboli? Quien habia espiado al monarca la noche anterior

podia haber dado aviso de la aventura á don Cárlos y aun á la reina.

No pasaban desapercibidas para los cortesanos las alteraciones del rostro de Felipe II, y aun Isabel de Valois, con su penetracion de muger, empezaba á sospechar lo que su doncella le habia ocultado, porque esta no hizo mas que darle instrucciones para el camino, como se las dió el page al príncipe.

En tanto que, como hemos dicho, don Cárlos hacia las paces con doña Ana, y mientras que Luis recordaba con disimulo á su señora que no era el dolor sino la venganza lo que debia abrigar su pecho, la reina, fingiendo como todos, mostrábase complacida y hablaba al rey, procurando llamarle mas la atencion cuando lo veia volver la cabeza atrás.

Llevaban dos horas de marcha.

—¿No os cansais de ir á caballo? preguntó á su esposa el rey.

—Nó, contestó Isabel. Ya sabeis que es un ejercicio que me agrada mucho y al cual estoy acostumbrada.

—Gran trecho de camino ocupa lo comitiva, repuso Felipe volviendo la cabeza con pretesto de esta observacion.

—Y bien escoltados van los carruajes. No hay una ventanilla por donde no asome una ó dos cabezas de mis damas que se rien al escuchar las galanterías de vuestros gentiles hombres y escuderos.

—Teneis razon, dijo el rey mirando á su hijo.

—El coche de doña Ana de Mendoza es el mas solitario, prosiguió la reina. Solo al príncipe se vé cerca de él. Miradlo, señor; y por cierto que su conversacion parece animada... mal gesto pone: cualquiera diria que se ha declarado á la princesa y que se vé desdeñado.

Esto mismo pensó el manarca y su frente palideció.

Isabel de Valois rióse y los cortesanos rieron; pero Felipe II los miró con marcado enojo, y luego dirigiéndose á un gentil hombre, le dijo.

—Veamos si vuestro caballo puede seguir al mio en la carrera.

Y partió veloz como el viento, llevado por el fogoso bruto, y

seguido del cortesano que hacia tambien volar á una briosa yegua.

Cuando corrieron buen trecho, el rey volvió la rienda, y emprendiendo nueva carrera hácia la comitiva, llegó á donde estaba su esposa, y como si no pudiese contener de pronto á su caballo pasó y fué á parar junto al coche de doña Ana, á quien cortesmente saludó despues de acercarse á la portezuela.

—Honra sin igual es, dijo la princesa, la de ser escoltada la sierva por el señor.

Vió don Cárlos que su padre se disponia á entablar conversacion, y espoleando á su corcel, fué á reunirse con la reina.

Una mirada ardiente y afanosa fué el saludo del príncipe; una sonrisa dulce, angelical, fué la contestacion de Isabel.

Felipe II vió la mirada y la sonrisa, como antes habia visto los ademanes y gestos. Su primer impulso fué volver al lado de su esposa; pero una pregunta de doña Ana lo detuvo.

Tras la mirada del príncipe y la sonrisa de la reina siguió una animada conversacion, y entonces nadie que hubiese oido á don Cárlos sus anteriores groserías, lo hubiese conocido por sus palabras dulces y de tan espresiva y delicada galantería como nunca salieron de boca del mas pulido cortesano.

Hablaron de todo: de la estacion, del Escorial, de Madrid, de caza, de caballos; pero no habia asunto que no diese ocasion á la fecunda inventiva del príncipe, para decir á su madrasta los cumplidos y galanterías mas oportunas y delicadas.

Los gentiles hombres que seguian á la reina participaron tambien de las atenciones y buen humor del mancebo, y no faltó alguno que dijese al que llevaba al lado:

—No sé por qué dicen que el príncipe es una fiera.

Doña Ana de Mendoza se quejaba al rey, pero este no escuchaba apenas las quejas porque iba muy preocupado con las sonrisas y las miradas de su esposa.

—¡Vive el cielo! decía para sí. ¿Será esto una burla meditada?... ¡Oh!...

Y sin querer, clavaba sus espuelas en los hijares de su caba-

llo, y lo refrenaba al mismo tiempo á impulsos de la contraccion involuntaria de sus músculos.

Al fin el celoso monarca, perdiendo la paciencia, despidióse de la de Eboli, y corrió hasta llegar al lado de su esposa, al mismo tiempo que, mezclándose entre la real comitiva, acercóse al travieso page, dejando ver en sus delgados lábios la mas picante sonrisa.

A la llegada de su padre volvió don Cárlos la rienda y fué á colocarse nuevamente junto al coche de doña Ana.

Trabajosamente pudo Felipe contener una exclamacion de cólera; pero enrojecióse su rostro y dos gruesas gotas de sudor corrieron por su frente.

—Advierto, señor, dijo atrevidamente el page dirigiendo la palabra al rey, que el caballo que monta V. M. ya no se espanta de los coches.

—Al rey se le habla cuando él se digna preguntar ó dar su licencia, replicó con áspero tono Felipe.

El hermoso Luis, sin desconcertarse en lo mas mínimo, repuso:

—He hablado por órden de V. M.

—¡Por órden mia! repitió el monarca mas admirado del atrevimiento del rapaz que enojado de su falta de respeto.

—Sí, señor. Cosa de un mes hace, cuando vuestro caballo se espantaba al menor ruido, y sobre todo al de los coches, tuve la honra de decir á V. M. que con el tiempo se le corregiria ese vicio á su mas corredor corcel. V. M. negó, yo insistí, por supuesto con vuestra real licencia, y entonces, señor, me dijísteis: «Si me equivoco, recuérdame mi error cuando llegue el caso, para confesar que eres en esta materia mas inteligente que yo, y para regalarte veinte escudos de oro en premio de tu talento.» Ya vé, pués, V. M., que he tenido la honra de dirijirle la palabra con su real licencia y obedeciendo su soberana órden.

El rey dijo para sí:

—¿Me habrá hecho esta observacion inocentemente ó con estudiada malicia, aludiendo á que me he acercado al coche de la princesa?

Y luego examinó el rostro del pajecillo, y viendo en él pintada toda la candidez de los pocos años, tranquilizóse.

Los cortesanos fueron mas astutos ó mas maliciosos porque presumieron la verdad, traduciendo las palabras de Luis por unas de sus tantas picantes y de estudiada intencion.

—Los veinte escudos te los dará mi tesorero, aunque el diablo se lleve á mi mejor lebrel si me acuerdo de semejante cosa.

—¡El diablo, señor!... Cerca está por cierto.

Estas palabras hicieron volver repentinamente la cabeza á Felipe, y examinar de nuevo el semblante del pajecillo.

—¿Por qué dices que está cerca?

—Porque todos, señor, aseguran que está en el alcazar, y supongo que vendrá entre la corte.

—Veo que V. M. ignora lo mas interesante que sucede en su real casa.

—Esplícate, dijo Felipe II mostrando mas interés del que aparentemente tenian las palabras de Luis.

—Aseguran, señor, que en las altas horas de la noche recorre el diablo todo el palacio, sube y baja escaleras, atraviesa habitaciones, se filtra por las paredes, apareciendo ó desapareciendo maravillosamente, apaga los faroles encendidos y con su sola mirada enciende los apagados, y en fin, muchas cosas que no recuerdo en este instante. No sé si esto me lo habrán contado para infundirme miedo porque saben que soy supersticioso; pero es el caso que así se dice. Yo nada he visto ni quiero ver.

—¿Y quién te ha contado eso?

—Unos mozos de cuadra.

Efectivamente, el paje, con la habilidad que le era propia, habia hecho cundir estas hablillas, sin que al cabo de media hora de decirlo, pudiese nadie averiguar de donde salió la primera noticia.

—¿Teneis noticias de ese cuento? preguntó el rey á sus gentiles hombres.

—Yo, dijo uno de ellos, he tenido ocasion para reir un buen rato al oirselo contar á mi mayordomo, aunque no esactamente como lo ha referido el page.

Felipe II frunció el ceño y nada contestó.

—Tú podrás vencerme, decia el pagecillo para sí, pero ha de costarte por lo menos muy malos ratos.

Siguió la comitiva envuelta en una nube de polvo.

Escusaremos decir á nuestros lectores los puntos donde se detuvo el rey para descansar y comer.

Era la una de la tarde y caminaban.

La reina siempre á caballo.

El príncipe junto al coche de doña Ana.

El page yendo y viniendo hácia todos lados.

Blanca, animada unas veces cuando la venganza se despertaba en su imaginacion, triste y abatida otras cuando el recuerdo de su amor perdido atormentaba su corazon de fuego.

Felipe II apenas habia comido. Veíasele desasosegado; hablaba con aspereza á los gentiles hombres y con frialdad á su esposa. Su hijo habia conseguido irritarlo, contrariarlo su esposa, y encontrar el page ocasiones mil en que decir agudezas que no le eran muy gratas.

—¿Quereis correr vuestro caballo? preguntó Isabel á su esposo.

La inquietud del monarca pareció encontrar un remedio en lo que le proponia la reina. Necesitaba agitarse, hundir sus espuelas hasta las entrañas de su corcel, desahogar en el noble bruto su furor ya que no podia manifestarlo á nadie.

—Sí, contestó.

—¡Seguidnos! dijo la reina á los gentiles hombres. ¡Que nos siga tambien la guardia!

Y partieron como centellas.

Tras los regios esposos seguian algunos caballeros, y tras estos la numerosa escolta.

Y se dejaron atras el resto de la comitiva, y perdiéronla al fin de vista, y corrieron mas, y siempre corrieron, y á las cuatro de la tarde, los caballos, cubiertos de blanca espuma, abiertas las anchas narices, ensangrentados los hijares, detuviéronse ante el magnífico y maravilloso monumento de la grandeza española y de la magnificencia del señor de dos mundos.

Estaban en el Escorial.

Felipe II se dirigió á un aposento adornado suntuosamente, y dejándose caer en un blando divan, dió á sus criados la órden de que nadie entrase sin que él hubiese llamado.

—¿Y he de ser impotente contra ese demonio oculto que me persigue? dijo con voz reconcentrada. ¡Guay del que así se atreve á provocar á Felipe II!

La reina, molida, estropeada, débil de cuerpo y de espíritu, tuvo necesidad de acostarse.

Lo mismo sucedió á nuestros cortesanos.

Cuando los palafreneros cubrian con mantas á los corceles, el pagecillo entró con su cuartago en una de las cuadras.

—¡Diablo, dijo, y como me duelen los huesos!

CAPITULO XX.

El capitan Pero Leon.

Seis horas despues, es decir, á una bastante avanzada de la noche, la régia comitiva llegó á las puertas del monasterio de San Lorenzo del Escorial.

Fatigados los viageros, incómodos con el frio que se dejaba sentir bastante, no se mostraban nada complacidos de la escursion, en la cual, por otra parte, habian echado de menos el alegre bullicio que en iguales ocasiones compensara el cansancio. Cualquiera hubiese dicho que aquel dia, las negras alas de un espíritu diabólico y mal intencionado habian oscurecido con su pavorosa sombra la cordial alegria que todos esperaban para sentir menos las fatigas del viage.

No podremos decir con seguridad, si es que el mal humor de Felipe II no dejó á sus cortesanos suficiente libertad para chancearse unos con otros y galantear á las damas, ó si los tristes y misteriosos acontecimientos que en pocos dias habian tenido lugar en la córte, teníanlos tambien pensativos, cavilosos, y en ese estado de distraccion involuntaria á que generalmente conduce el deseo de adivinar el desenlace de los negocios públicos de alguna importancia.

Cuando las damas y caballeros se apearon de sus coches y cabalgaduras, dejaron entrever su mal humor, ya riñendo por frívolos motivos á sus sirvientes, ya murmurando con poca reserva de la conducta del rey y de los caprichos de la reina.

Poco á poco, y en medio de la confusion y el bullicio, fueron separándose unos de otros, internándose por distintos corredores y galerías, y repartiéndose en apartadas habitaciones despues de preguntar por el rey y saber que este á nadie recibia por hallarse sumamente fatigado.

Una hora despues, y cuando casi todos reposaban en tranquilo sueño ó se disponian á acostarse, un embozado de mediana estatura, y cuyos ligeros pasos apenas producian el menor ruido, bajó una estrecha escalera, atravesó un patio, y siguiendo á lo largo de un pasillo completamente oscuro, llegó á un postigo y detúvose junto á él. A un movimiento de sus brazos separóse algun tanto la capa de su cuerpo, escapándose el ténue resplandor de alguna linterna que sin duda ocultaba bajo sus pliegues.

Inmóvil y silencioso aguardó muy cerca de un cuarto de hora, hasta que oyendo un silvido por la opuesta parte, respondiendo él con otro, y volviendo á ser contestado, introdujo una llave en la cerradura del postigo, y abrióle cautelosamente.

Otro embozado apareció por la parte de afuera, y sacando el primero con la una mano la linterna, y levantando con la otra un afilado puñal, examinó cuidadosa y rápidamente al recien llegado.

—Por Santiago, dijo este, que no os sorprenderá ningun espia. Sois mozo prevenido, y con el tiempo nada tendreis que envidiarme.

—Menos palabras, seor fanfarron, y mas silencio, contestóle el otro, cuyas facciones pudieron verse á la luz de la linterna.

Era el travieso page de Blanca.

Al recien llegado no lo conocen aun nuestros lectores, y aprovechando la ocasion de que quita airosamente el embozo de su capa, diseñaremos su retrato.

Era de elevada estatura, enjuto de carnes, pero la anchura

de su pecho, y la energía de sus ademanes, denotaban una fuerza no comun y ejercitada continuamente.

Sus facciones eran escasamente regulares, analizadas una por una; pero no desagradaba el conjunto de todas ellas. Sus redondos ojos, negros y de penetrante mirada, asemejábanse por su brillo en la oscuridad á los de un gato montés, y á menos que la burla ó el sarcasmo les comunicase cierta estraña alegria, veíase siempre en ellos una espresion terrible, casi fiera. Era un tanto larga, delgada y aguileña su nariz, y muy pronunciada en la parte superior la curva de su contorno. Claros y desiguales dientes guarnecian su ancha boca, y cubria sus lábios un áspero, espeso y negro bigote, descuidadamente retorcido. Parecia ser estrecha su frente, cubierta casi en su totalidad por su sombrero de fieltro de color de ceniza, con larga pluma encarnada, que á fuer de aventurero soldado, inclinábase sobre su oreja derecha, tocando al estremo de la ceja. Y decimos soldado, porque tal parecia en su porte marcial.

Vestia una ropilla, un si es no es estropeada de grueso ante, calzas coloradas de lana, con tanta sobra de puntos como falta de zurzidos, y anchas botas con largas espuelas de acero. De su cinturon de cuero de incierto color, pendia una larguísima espada de tosca y maciza empuñadura, de ancha hoja, fino temple é inseparable y querida compañera de su dueño, asi como una daga cuya punta debia haber hecho muchas veces conocimiento, con el corazon de los franceses ó de los turcos.

Su sombrero no estaba á la moda del dia, porque eran anchas sus alas, y no mas que de mediana altura su copa.

Por de pronto, baste saber á nuestros lectores que el nuevo personage á quien acaban de conocer, era efectivamente un soldado que entre el fuego de los arcabuces habia pasado desde los quince años de su edad en que quedara huérfano de padre y madre, y que su valor habíale valido el empleo de capitan á los veinte y seis años. Pero no muy afortunado, perdió este empleo, á consecuencia de una reyerta, producida por su carácter impetuoso y su ruda franqueza.

Diez meses hacia que se hallaba en la córte, sin mas ocupa-

cion que la de pasear dia y noche, y sin mas amparo que el de su bolsillo vacío y su estómago devorador.

—Entrad, dijo el page, y caminad con cuidado, porque esas malditas espuelas que llevais hacen tanto ruido como las cadenas que de noche arrastran los espíritus malos.

—Dios de Dios, esclamó el soldado. Pues mas hijares han roto, que pelos teneis en vuestra cabeza.

Cerró Luis el postigo, ocultó nuevamente la linterna, y repuso:

—Cojeos de mi capa, y seguidme:

Y luego ambos caminaron, dejando atrás el pasillo, el patio, y algunos corredores, y llegaron á la puerta de un aposento, donde entraron despues de mirar si alguien los observaba.

Entremos con ellos, y nos encontraremos en una habitacion iluminada por dos bujias, y en la cual hallábase la interesante Blanca sentada en un ancho sillon.

Saludóla el soldado con mas muestra de buen afecto que pulida cortesanía, y sentóse sin guardar mas cumplimientos.

—Voy á llamarlo, dijo el pagecillo.

Y desapareció por otra puerta, para volver despues de algunos momentos, acompañado de un nuevo personage.

Era el príncipe don Cárlos.

Cruzáronse algunos saludos, dirigiéronse mutuamente ligeros cumplimientos, y formando un medio círculo, cada cual acomodose en un ancho sillon.

El atrevido Luis, sin tomar la venia de sus superiores, que allí lo eran todos, rompió el silencio que empezaba á reinar.

—Señor, dijo al príncipe, aqui tenemos ya al señor Pero Leon que aguarda vuestras órdenes. Ya es tiempo de resolverse á tomar un partido. Vuestros enemigos no pierden momento ni ocasion. Ganan terreno, y pronto nos aventajarán, si no hacemos otra cosa mas que maldecirlos y quejarnos de nuestra suerte. Ellos cuentan con todos los medios, y no hay escrúpulos en su manera de obrar, con tal que consigan sus fines. Si no les hacemos la guerra, ó mejor dicho, si no nos defendemos con la resolucion y cons-

tancia con que somos atacados, nuestra perdicion es segura.

El príncipe pareció reflexionar algunos instantes, y luego contestó.

—Razon tienes; nuestra ruina es cierta si no aprovechamos los instantes. Sin embargo, no se me alcanzan para mi salvacion otros medios que el de mi fuga. Hablad, señora, continuó dirigiéndose á Blanca; vos estais tan interesada como yo en este asunto. Teneis una ofensa que vengar; yo ciento.

Los ojos de la doncella se animaron; enrogeciéronse sus tersas y blancas mejillas, y con reconcentrada voz, dijo:

—Vos lo habeis dicho, señor; yo tengo una ofensa que vengar, pero trastornada por el dolor mas acerbo, hasta aqui solo he pensado en esa misma venganza, en ver correr la sangre del ruin Gomez de Silva, como vi brotar la del marqués de Poza de su noble pecho. Sangre, venganza, esterminio para los verdugos de mi generoso amante; eso quiero no mas: solo en eso he pensado, sin ver otros medios que los de un puñal que atraviese el corazon, y un grito que estremezca la conciencia en el momento de la agonia.

A su vez animóse la mirada de don Cárlos, centellearon sus ojos, y apretando los puños, exclamó:

—Vive el cielo, señora, que tanto el corage me ciega, que como vos, la sed de venganza ha ocupado esclusivamente mi pensamiento. Ruines, villanos, mal nacidos mis enemigos, me han atacado con armas dignas de su miserable bajeza. No hay fibra de mi corazon donde no me hayan herido con alevosa mano, y pluguiese á Dios que en lo hecho quedasen sus maldades. ¿Cuál ha ser mi opinion? Venganza, sangre, esterminio para todos ellos.

Mientras asi el príncipe hablaba, el pagecillo con sonrisa casi burlona escuchaba atento.

—Por mi ánima, dijo, que vuestros planes no pueden tener enmienda. Tales son, que no hay como calificarlos de desacertados. Venganza, sangre, esterminio... lindas palabras. Para llevar á cabo vuestros proyectos, no se necesita sino un puñal para ir asesinando uno tras otro, al rey, á su confidente don Ruy Gomez de Silva, á doña Ana de Mendoza, al revendo cardenal, y

á la mitad de los cortesanos en fin, ó á casi todos ellos. Esto es muy fácil; basta para llevarlo á cabo un brazo que no tiemble; una persona que pudiendo hacerse invisible, entre en todas partes y á todas horas, mate y destruya, y.... Bah, bah, acabo de convencerme de que habeis perdido la cabeza.

Y soltando una burlona carcajada sin otro miramiento, miró alternativamente al príncipe y á la doncella.

Estos bajaron los ojos como avergonzados de que aquel niño les diese una leccion de diplomacia cortesana.

—Si tu corazon, dijo don Cárlos, ardiese como el mio, si graves ofensas hubiesen trastornado tu razon, no podrias quizás tan friamente combinar planes, burlándote de nuestro justo enojo.

Los negros y rasgados ojos de Luis se iluminaron súbitamente, arrugóse su entrecejo, pintóse en su semblante la mas sombría espresion, y repuso á la vez que se golpeaba el pecho con su delicada mano.

—Si vuestra mirada pudiese penetrar aquí, veriais como hierve en mi corazon hiel mas amarga que la que enardece el vuestro. Apenas conocí á mis padres; no tuve hermanos; negóme el mundo amigos verdaderos, escepto vos y doña Blanca. A esta lo debo todo; en sus brazos me he dormido en mi niñez; sus alhagos y caricias han endulzado mis amargos pesares de huérfano y de pobre; su tierna solicitud, su fraternal cariño, sus cuidados de madre me han hecho felíz cuando debí ser desgraciado. Para mí no ha habido otra madre, otra hermana, otra amiga, otra protectora sino ella, y mis afecciones todas, cuanta ternura encierra mi corazon, para ella han sido. Para ella mi amor filial, mi amor de hermano, mi cariño de amigo, hasta mi adoracion para ella han sido, porque nunca vi sino á Dios en el cielo, y á Blanca en la tierra para levantarles en mi pecho un altar.

Por las megillas de Luis corrieron dos gruesas lágrimas, pero recobrado luego de su tierna emocion prosiguió con vehemente acento:

—Una sola afeccion tambien abrigaba el corazon de doña Blanca, y al herirla el aleve puñal de un asesino, hiriendo el pecho de su amante, desgarraron el mio, y mas que á vos, y tanto como

á ella, atormentóme el dolor, y la sed de venganza me irrita sin cesar. ¡Que no estoy como vos herido...! ¡Ah!... Si porque al parecer friamente medito la venganza habeis pensado que mi corazon helado está tambien, os engañásteis, señor, porque deseo el esterminio de vuestros enemigos tanto como vos. Ni el miedo me contiene, ni la calma me aconseja; en mi cuerpo de niño hay un corazon de hombre ; y en mi burlona sonrisa un veneno que me abrasa los lábios. Empero como deseo que no se frustre mi venganza, domino mi dolor y mi arrebato , y en vez de gastar el tiempo en gritar venganza y sangre, busco los medios de aniquilar á nuestros enemigos.

—¡Bravo por Dios! exclamó el capitan. Hablais como un Salomon, y si no nos dirigiesen vuestros consejos, estoy seguro que de nada servirian, ni mis fuerzas, ni los deseos de venganza de S. A. Hablad, hablad, y decid lo que hemos de hacer.

—No fué mi intento ofenderte, dijo el príncipe. Reconozco tu buen acierto, y quiero que propongas tu plan.

Meditó Luis algunos instantes, y luego dijo:

—Lo primero que debemos procurar, es desunir á nuestros enemigos para vencerlos mas fácilmente. Ya habreis comprendido lo que yo no os he esplicado esta mañana con claridad. La princesa de Eboli es desde anoche la manceba de S. M. Un hombre enamorado hace cuanto le pide su dama, y como el rey lo está de la esposa de don Ruy , esta será en adelante la que con respecto á nuestros asuntos y á los de la reina, dirija y decida. Ahora bien, nuestro primer cuidado debe ser que cunda la existencia de estos amores para que lleguen á oidos del príncipe de Eboli, que es celoso como un turco. Asi se indispondrá con su esposa, y aborrecerá al rey, no dándole por otra parte lugar el corage de sus celos á entender en intrigas de la córte. Despues debemos hacer de modo que estos amores concluyan, para que tampoco puedan obrar de acuerdo estos enemigos.

—¿Y con qué medios, preguntó Blanca, cuentas para llevar á cabo esa obra?

—Lo primero, repuso el page, está casi hecho, porque á estas horas se murmura ya en la córte de los amores del rey, y estas

murmuraciones no tardarán en llegar á oidos de don Ruy. Lo segundo es tambien bastante fácil. Doña Ana tiene sus puntos de coqueta, y puede inspirar celos á S. M. por la misma razon que se los inspira á su marido, es decir, porque ella es jóven, y ellos viejos, y tiene tantos galanteadores como mancebos hay en la villa. Sin ir mas lejos, hoy, de vos, señor, estoy seguro que tuvo celos, y á estas horas os teme tanto cuando se acuerda de su esposa, como cuando piensa en su querida.

—¡Y exige de la reina virtud! dijo el príncipe con amargura.

—Esa es la condicion humana, añadió la doncella.

—Ese es el egoismo, interrumpió el page. Pero nada nos importan estas consideraciones; sepamos si aprobais mis proyectos.

—Desde luego, dijo don Cárlos.

—Pero hasta ahora, repuso Blanca, solo propones medios para inutilizar á nuestros enemigos, y esto solo no me contenta; necesito tambien la venganza.

—La venganza despues, cuando no puedan defenderse.

—¿Y qué he de hacer, preguntó el capitan, en todos estos enredos?

—No os faltará ocupacion, repuso Luis. Si S. A. nada tiene que mandaros, voy á disponer de vuestra persona.

—Ahora te toca disponer, dijo Blanca. Veamos en que se vá á ocupar el señor Pero Leon.

—Ordénale como gustes, añadió don Cárlos.

—Vos, señor capitan, prosiguió el page, no teneis otra ocupacion que la de pasearos, y vuestra holganza os habrá dado ocasiones mil en que conocer á cuantos vagos hay en la córte. Ahora os poneis en camino, volveis á Madrid, y vais á saber si ha ocurrido alguna desgracia al señor baron, porque todo debe temerse. Si así hubiera sucedido, venís otra vez á darnos aviso, y sino, os ocupais en buscar dos ó tres hombres de tanto corazon como vos, y mudos como una piedra, á los cuales tendreis dispuestos para que á una órden vuestra os sigan. Tambien buscareis una casa en un barrio apartado, y apropósito para encerrar en ella á una persona.

El príncipe y Blanca se miraron sin acertar á comprender el

proyecto del pagecillo. Este advirtió la estrañeza de sus señores, y repuso:

—¿Habeis olvidado á un enemigo que, aunque incapáz de hacernos por su parte daño alguno, porque tiene buen corazon, es sin embargo muy adicto al rey, y por obedecerlo puede tambien trastornar nuestros planes? Es hombre de no escaso entendimiento, y como creo que no merece el que se le dé una puñalada, y es por otra parte preciso inutilizarlo, discurro que se le encierre mientras pueda ser peligroso.

—No recuerdo quien sea, dijo Blanca.

—¿Olvidais, señora, que si sorprendísteis la conversacion de don Ruy Gomez fué porque hablaba con otro?

—Tienes razon; pero creo demasiado atrevido el intento de encerrar al comendador, á mas de que me parece muy dificil conseguirlo.

—Mas os admirareis cuando os diga que el encierro que ha de prepararse, sirva tambien en último caso para el cardenal Espinosa.

—¡Luis!

—Señora, justo es que el inquisídor general se vea encerrado por ser demasiado católico, ya que él encierra á tantos, por sospechas de que no lo son.

—Bien, exclamó el príncipe frotándose las manos. Eso me gusta mas que nada. ¡Vive Dios, hermoso paje, que he de regalarte mi mejor caballo por tu feliz idea! Mis mejores botas, es decir, las que mas enojo causan á mi padre, daria por ver al cardenal enjaulado.

—No me regalareis nada, porque no soy vuestro amigo. Contened los ímpetus de vuestra alegria, y no os goceis con la victoria ántes de alcanzarla.

—Luis, repuso la doncella, eres demasiado atrevido, y mira que tus planes no aceleren nuestra ruina. ¿Sabes quién es el cardenal Espinosa?

—El hombre mas astuto de Castilla. Pero tambien son muy astutos los tigres, y nuestro señor rey don Felipe II tiene enjaulado uno, cogido por un niño de diez y seis años. ¿Qué ha de

valerle al cardenal su poder ni su astúcia cuando no conoce al enemigo que lo persigue, y por consiguiente no puede sospechar que le tienden un lazo? Si no está ya en mi poder es porque de nada nos hubiera servido encerrarlo; pero si mañana, con hacerle desaparecer consiguiéramos la victoria, pronto llegaría á vuestros oidos la noticia de que el inquisidor general se habia perdido.

—Tu atrevimiento, dijo Blanca, es propio de un niño.

—Es propio, repuso Luis, del que tiene que habérselas con enemigos muy poderosos.

—¿No temes las consecuencias?

—Nada temo.

—¡Bien por mi ánima! exclamó el capitan: ¡Si tuviéseis veinte años!....

—¿Estás resuelto? repitió la doncella.

—Resuelto á todo, señora. Sé que en esta partida juego mi cabeza, pero es mi deber vengaros y salvar al príncipe.

Y se iluminaron los ojos del pagecillo.

—No desistas de tu plan, repitió don Cárlos, y te ruego que no dejes para el último estremo el encierro del cardenal, porque quiero que mi buen Baltasar de Cisneros me escriba desde el villorro donde está desterrado unos versos á este propósito.

—El desterrado vendrá, dijó Luis, porque necesitamos el ausilio de su cabeza. Pero no perdamos un tiempo precioso. Señor, dad al capitan con que pueda comer y vaciar algunas botellas á vuestra salud, mientras dure su ausencia, y que inmediatamente se ponga en camino.

—Volaré mas que el viento, vaciaré un par de botellas, y luego encomendadme otras comisiones de mas importancia, porque mi tizona se queja amargamente de su ociosidad.

—Ya os daremos que hacer. Se acerca el gran dia, y entonces quizás os quejeis por tener que egercitar demasiado vuestras fuerzas de Sanson.

El príncipe sacó un puñado de monedas de oro y plata, y las dió al capitan.

—¿No teneis que darme ninguna órden mas? preguntó este.

—Prudencia y exactitud.

—Ya sabe V. A. que para tales casos solo me acuerdo de que tengo manos y espada, pero no lengua.

—No perdamos mas tiempo, interrumpió Luis.

—Guárdeos el cielo, repuso el capitan.

Púsose este de pié, imitóle el page, y ambos, despues de sasaludar á don Cárlos, salieron de la estancia, provistos de la linterna.

CAPITULO XXI.

Lágrimas de amor y diablura del page.

Dos corazones enamorados se comprenden con una mirada.

Poco despues de haber salido del aposento el page y el capitan, una lágrima de inmensa ternura asomó á los azules y hechiceros ojos de la bellisima Blanca, y el príncipe sintió oprimido el corazon como si tambien quisiese llorar.

¿Qué producía este mágico efecto, este cambio tan opuesto y repentino en aquellos dos séres?

La doncella se habia acordado de las horas de amorosa ternura pasadas junto á su desdichado amante, y esta idea comunicóse al alma del príncipe por medio de esas misteriosas y desconocidas simpatías, cuyos impulsos y poderosa fuerza no acierta el hombre á esplicar.

Hallábase Blanca aquella noche bajo el influjo de una tris-

teza superior á su voluntad, y por eso la hemos visto casi silenciosa durante la anterior escena, y sin que á su fecunda imaginacion acudiese una sola idea con que ayudar los planes del pagecillo. Difícilmente habia podido contener el llanto; desgarrábase su corazon por un tormento insufrible, y este mismo tormento encendió por un instante su deseo de venganza, para pedirla, como ya vimos, con el afanoso anhelo de una loca.

No menos triste se hallaba don Cárlos. Habia sufrido mucho durante el dia; solo algunos momentos desahogó su cólera maltratando á doña Ana, pero su dolor habíase acrecentado despues, llegando á convertirse en frenética desesperacion cuando vió partir á su padre al lado de la reina, envueltos ambos en una nube de polvo. Los celos se apoderaron de su alma.

Quería don Cárlos hablar de su madrastra, y la doncella de su perdido amor; pero aquel adelantóse á esta, interrogándole.

—¿Hace mucho rato que habeis dejado á la reina?

—No, señor, contestó la dama.

—¿Cómo se encuentra?

—Muy cansada.

—¿Duerme ya?

—Creo que sí.

—¡Feliz ella!

—Por lo menos está acostada.

—No dormirá, repuso el príncipe. Es tambien muy desgraciada, y el sueño huye de los ojos de los que padecen.

—Tan desgraciada como vos y como yo.

—Es verdad, señora: como nosotros, un amor sin esperanza amarga su existencia. ¡Cuán dichosa hubiera sido á mi lado! Hoy en vez de las caricias de un esposo tierno y apasionado, solo vé la severa etiqueta y el helado tratamiento de un hombre cuyo corazon no palpita sino á impulsos de ambiciones exageradas. Gratos y atormentadores son á la vez los recuerdos de aquellas horas de mágico embeleso en que bajo las altas bóvedas del Louvre, pasé junto á ese ángel de amor y de ternura, oyendo de su boca palabras de un cariño que en vano horribles conveniencias habrán intentado estinguir. No, ese cariño vive aun,

arde en su pecho como la eterna lámpara que alumbra al destino. Así me lo decía su corazon, así me lo aseguraron sus lábios, y... ¡Dios mio, Dios mio! prosiguió pasándose las manos por su ancha frente. En aquellos momentos hubiera yo querido no amarla como la amo, para no respetarla como la respeto, y... Estoy loco, estoy loco.

Y sacudiendo la cabeza como si quisiese desechar una pesadilla horrible, oprimióse el pecho con las manos, y exhaló un suspiro profundo, desgarrador.

El llanto corrió con mas abundancia por las tersas megillas de la doncella, y otro suspiro no menos doloroso, contestó al del mancebo.

—Y no hay remedio para mi mal, prosiguió don Cárlos con lánguida voz. Y la veo, y la tengo á mi lado, y la adoro, y sé que me adora, y sin embargo su virtud, como una valla de durísimo cristal, me permite verla junto á mí pero impidiéndome el llegar hasta ella. Vos, señora; comprendereis mi tormento; vos que como yo amais á una vision á quien perciben vuestras miradas, pero que es impalpable á vuestras manos.

Blanca elevó al cielo una mirada tan tierna y sublime como los cantares de Salomon, y con acento dulcísimo exclamó:

—¡Dios mio, Dios mio, ten compasion de los que en esta tierra de desdichas lloran sin consuelo! ¡Una vision! Sí, amo un recuerdo que en mis sueños de dolor aparéceme en forma celestial de encanto desconocido. Mis ojos lo ven, pero vanamente intentan asirlo mis manos. Entonces lo adoro mas que nunca, porque mas que nunca aparece encantador, y lucho con mí misma, el corazon se me desgarra, y exhálase el alma por mi boca con tristísimos gemidos. Tal es mi dolor; el mismo es el vuestro; pero viera yo vivo al que tanto amaba y trocárame por vos.

—Vos, señora, olvidareis, porque todo en este mundo se olvida; yo mientras exista la reina, la amaré, sufriré, y cada dia mas ardiente mi pasion cuanto mas imposible se hace satisfacerla, solo tengo ante mis ojos un negro horizonte cubierto de espesas nubes, cuyos rayos acabarán mi vida con tanta desespe-

racion como son desesperadas las horas horribles de mis presentes tormentos.

Nada contestó la doncella. Sus nacaradas manos llevaron á sus ojos un pañuelo de finísimo lino para enjugar el copioso llanto que regaban sus megillas.

—Y no encuentro una ayuda, prosiguió don Cárlos, nadie hay que siquiera por compasion intente amenguar los rigores de la virtud de doña Isabel.

Creyóse Blanca aludida y contestó:

—Si no hay quien interceda en pró de vuestros amorosos deseos, no es porque falte algun corazon generoso dispuesto á endulzar vuestra pena; empero la virtud de doña Isabel de Valois es superior á todo.

—Muy poderosa es la constancia, replicó don Cárlos.

—¿No la habeis vos tenido?

—Sí, pero no en tantas ocasiones que pudiera hacerla valer. Si cuando yo no puedo demandar á la reina compasion porque me es imposible acercarme á ella, otros lábios le recordasen mi nombre, le hablasen de mis sufrimientos y de mi amor, tal vez el tiempo, ayuda la mas poderosa, venceria los escrúpulos de una virtud que hasta ahora ha sabido sobreponerse á todo.

—Perded esa esperanza, porque no ha faltado quien de esa manera ayude vuestros deseos.

Estremecióse violentamente el príncipe, miró con incomparable afan á la doncella, y preguntóle precipitadamente:

—¿La habeis hablado de mí? ¿Cuando? ¿Qué os ha dicho? ¿Mostróse complacida? ¿Pintóse en su semblante una chispa siquiera de su amor?... ¡Oh!... Hablad, hablad, repetidme cuanto saliera de sus lábios.

—¿Qué si se pintó en su semblante una chispa de su amor? Salió envuelto en sus lágrimas, mezclado en sus suspiros y bien espresado en las quejas de su dolor.

—¡Con que me ama!... soy un insensato al haceros esta pregunta... ¡proseguid, proseguid!

—Nada puedo deciros. El llanto, los suspiros y las quejas delatan su pasion, pero no la confiesan sus palabras, porque su

dignidad de reina y su virtud de esposa enmudecen sus lábios. Mas que vos es desdichada, señor; compadecedla tanto como la amais.

—¡Mas desdichada que yo!

—Si, mas aun, porque vos teneis el consuelo de decir que la amais, y podeis sin riesgo dejar que la tristeza asome á vuestros ojos, mientras que ella tiene que dar una sonrisa al mundo, en tanto que se despedaza su corazon.

El semblante de don Cárlos varió repentinamente. Animáronse sus ojos, apretó los puños con fuerza convulsiva, y exclamó:

—Y mi padre es el autor de tan amarga desgracia... ¡Oh!... Y el mundo me exige sumision, respeto, ciega obediencia porque es mi padre y mi rey. No, no es mi padre, porque se goza atormentándome lentamente, porque un padre sacrifica su vida por la felicidad de un hijo, y el mio, para satisfacer sus ambiciones, me la arranca del corazon con traidora mano. No es mi rey, porque yo no rindo vasallage á quien no solo esclaviza mi cuerpo, sino que intenta esclavizar mi razon y mis afecciones. ¡Oh, cuanto tarda el dia de la venganza!

Esta última palabra no solo secó instantáneamente el llanto de la doncella, sino que animó su semblante y dió á sus ojos estraordinario brillo. Entreabriéronse sus lábios para hablar, pero en aquel instante fué interrumpida por la presencia del pagecillo que con burlona sonrisa formaba el mas opuesto contraste con los melancólicos y compungidos rostros de los enamorados.

—Poco ha faltado, dijo, para que tengamos un desagradable tropiezo.

—¿Qué ha sucedido? preguntaron á la vez el príncipe y Blanca.

—Llegábamos á la escalerilla de caracol, cuando sentí un leve roce tras de nosotros, y volviendo la cabeza, cata aquí que me veo un bulto que nos seguia. Apresuramos el paso, y apresurólo tambien nuestro perseguidor. Llegamos al postigo, salió el capitan, y dispúseme á tornar aquí; pero siempre el bulto en mi pos, no me dejaba un solo paso. Quieren saber quien soy, dije á mi coleto, y lo conseguirán si son mas astutos y mas lige-

ros que yo. Y corriendo de derecha á izquierda, subiendo y bajando, probé á perder de vista á mi perseguidor. En vano, porque siempre lo encontraba tras de mi. Ignora que se las há con el diablo, repetí para mis adentros. Y emprendiendo nuevamente mi carrera, hice como si aturdido ya no supiera por donde escaparme, corrí á su encuentro, bien recatado el rostro, y al chocar como involuntariamente contra él, saqué mi linterna cuyo cristal rompióse en sus narices. No egecuté tan torpemente mi evolucion, que no le viese el semblante á mi espía poco cuidadoso de ocultarlo en su sorpresa; y ¿sabeis con quien me encontré? Con la mismísima señora doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli.

—¡La princesa! exclamó don Cárlos.

—Estamos perdidos, añadió Blanca.

—La perdida es ella, prosiguió el page riendo á carcajadas.

—¿No te conoció?

—Linda torpeza hubiera sido darla semejante gusto.

—¿Cómo pudiste librarte de su persecucion?

—Muy fácilmente.

—Sepamos.

—Con mi linterna en la mano, porque no es bueno dejar prendas que se pueden reconocer como el sombrero de don Ruy, ya apagada la luz emprendí otra vez mi fuga.

—¿Y te siguió?

—Por supuesto; pero antes que pudiera reponerse del susto, le tomé una buena delantera. No era esto bastante, y considerándolo yo asi, entreme por la puerta de una habitacion del piso bajo, que conozco muy bien, cerrela tras de mi, pero sin echar llave ni cerrojo, y mientras doña Ana se entretenia en empujar la puerta, salté por una ventana que da al patio chico, y aqui me teneis sano y salvo, sin mas pérdida que la del cristal de mi linterna.

Y mostrando el estropeado mueble, soltó una nueva carcajada.

El príncipe y la doncella, á pesar de su tristeza no pudieron menos de sonreir con la travesura del page.

—Y ahora, dijo este á don Cárlos. idos á vuestro aposento, y nada os importe que os vean entrar en él, con tal que no sepan que salis de aquí.

—No dudo, replicó el príncipe, que pronto harás creer á los cortesanos, y aun al mismo rey, que el diablo está en palacio y los persigue.

Y luego, envolviéndose en su ancha capa, salió dejando solos al page y á la doncella que todavia hablaron hasta una hora muy avanzada de la noche.

CAPITULO XXII.

De cómo doña Ana hizo que el rey se decidiese á bailar.

Dos dias habian trascurrido desde que la córte llegara al Escorial.

Aprovechaba el príncipe don Cárlos todas las ocasiones que se le presentaban para causar enojo á su padre, galanteando descaradamente á la reina.

Doña Ana de Mendoza, libre de la presencia de su marido, sin escuchar los celos impertinentes de este, como ella decia, entregábase á las dulzuras de su nuevo amor, es decir, fingia á solas con el rey, que era completamente dichosa por hallarse á su lado, lejos del bullicio, y dedicada esclusivamente á su cariño. Y en efecto, casi era dichosa, mas no por ver satisfecha una

pasion que no sentia, sino porque meditaba un plan horrible que debia darle por resultado la ruina de Isabel de Valois, su rival inocente, y ya lisongeábase con el buen éxito de su trama infernal.

Fastidiábase el rey á veces, y todo el tiempo que los encantos de la princesa no daban grato solaz á su pasion.

Blanca, sacudiendo al fin la torpeza causada por su dolor, meditaba, averiguaba, y ya en union con el travieso page combinaba planes, ya con la reina lloraba su desdicha, hablando de su amor sin esperanza.

Es la condicion humana tal, que mas se ocupa de lo que no puede poseer, perdiendo inutilmente el tiempo, que de aquello que le es fácil alcanzar con escaso trabajo y poquísima constancia. Esto sucedia á aquellas dos mugeres: la satisfaccion de sus amorosos deseos era un imposible, y por eso justamente ningun otro asunto era objeto de sus largas conversaciones.

Este era el estado de nuestros amigos y conocidos; el resto de los cortesanos fastidiábase á su placer, porque el intenso frio apenas les permitia abandonar sus habitaciones.

El cielo estaba despejado, brillaba el sol y parecia comenzar uno de esos hermosos dias de la estacion de las nieves.

Penetraba la luz con variados reflejos por los vidrios de colores de dos anchas ventanas de una espaciosa habitacion adornada suntuosamente.

Cerca de una gran chimenea donde chisporroteaban gruesos palos de encina, y sentada en un sillon de alto respaldo con forro de terciopelo carmesí galoneado de oro, hallábase doña Ana de Mendoza, absorta al parecer en contemplar la acompasada oscilacion de la péndola de un reloj que tenia enfrente, y que señalaba las ocho y media.

Como siempre, estaba encantadora.

Un riquísimo vestido de terciopelo azul de Utrech con alhamares de oro; un chal de blanquísima cachemira con estrellas de plata, y azules chapines primorosamente bordados, amen de la incómoda y ridícula gorguera, constituian su trage.

Inmóvil permaneció algunos minutos, al cabo de los cuales,

paseando su mirada por la alfombra de Persia que hollaba con sus piés, y fijándola luego en las llamas de la chimenea, murmuró.

—Mucho tarda, y no es esto buen presagio. ¿Tendremos algun nuevo suceso? No seria estraño: hace algunos dias que parece ocuparse el diablo de nuestros asuntos. La aventura del sombrero, la de la llave, la de la linterna y otros mil acontecimientos rarísimos empiezan á darme que temer. ¿Quién será ese enemigo que tan hábilmente se oculta? Ni es el príncipe, ni la reina, ni don Juan, ni acierto quien pueda ser porque á ninguno conozco de los que viven dentro del alcázar que tenga ingenio para tanto.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, quedó pensativa y al cabo de largo rato volvió á decir:

—No lo acierto.

Levantóse el grueso tapiz que cubria la puerta y Felipe II entró. Sus ojos brillaron al encontrarse su mirada con la fascinadora de la princesa.

—Grande ha sido mi cuidado, señor, de que algun nuevo disgusto os impidiese venir temprano.

—Tan amenudo se suceden los disgustos, contestó el rey sentándose junto á doña Ana, que apenas me causan novedad. Háme detenido una nueva locura de mi hijo.

—Os ruego, repuso la princesa con fingido interés, que tengais compasion del príncipe, cuya razon no debe estar muy sana.

—Toda mi paciencia es poca.

—Tened mas y mas, señor.

—Es imposible.

—¿Y qué habeis de hacer?

—Emplear el rigor, ya que otro medio no me queda. Ahora me he visto obligado á tratarlo con bastante dureza.

—¿En qué os ha faltado?

—A mí en escuchar con insolente altaneria mis reconvenciones, y antes á un caballero, atreviéndose á darle una broma asaz pesada.

—Referidme el caso, señor, porque las ocurrencias del príncipe tienen mucho de ingeniosas y mas de divertidas.

—No para mí, replicó el rey frunciendo el ceño.

—Bien, dijo para sí la princesa, ya lo he exasperado contra su hijo. Prosigamos.

Y luego añadió en voz alta.

—Decidme, si gustais, lo que ha sucedido.

—El buen comendador Maldonado, prosiguió Felipe, persona á quien sabeis estimo en mucho por sus nobles prendas, fué hace poco á saludar á mi hijo, y este, dando con disimulo una órden á uno de sus criados, hizo con frívolos pretestos pasar á otra habitacion al caballero. Despues de un rato despidióse este, volvió á la cámara donde lo habia recibido mi hijo, y tomando su sombrero, salió.

—Hasta ahora nada encuentro que pueda escitar vuestro enojo.

—Porque ignorais que dentro del sombrero del comendador habia hecho mi hijo poner un gran pedazo de nieve, que fué á descansar sobre el cráneo desnudo de pelo de mi fiel vasallo.

La princesa soltó una carcajada estrepitosa, y rió aparentando un gran regocijo.

—¡Señora! exclamó el rey.

—¿Y qué hizo el comendador?

—¿Qué habia de hacer? Sorprendido y sin acertar al pronto lo que le acontecia hechó á rodar su sombrero, y corrió como un desesperado, mientras que el heredero del trono de dos mundos, se divertia con tan grosero entretenimiento.

Doña Ana queria á toda costa exasperar el ánimo del rey contra el príncipe, y volvió á soltar la carcajada.

—¡Señora! repitió Felipe II.

—¿Y habeis tomado seriamente esa locura de jóven?

—¿Acaso es para reirse de ella?

La princesa observó atentamente el rostro del monarca, y contestó:

—Pero calaveradas de mas trascendencia os debian haber acostumbrado á mirar semejantes niñerias como cosa que no merece la pena de llamar la atencion.

—No sé cuales sean esas calaveradas mayores á que os referís.

—Dígolo, señor, porque conmigo misma os habeis lamentado de la conducta del príncipe en asuntos de mayor gravedad.

—Es cierto que son mas trascendentales los delicados asuntos de Estado en que mi hijo ha tenido el atrevimiento de entrometerse.

—Tampoco me refiero á eso, sino á los disgustos que con respecto á negocios de familia os ha dado.

El rey palideció.

—Mal principio, dijo, tiene nuestra entrevista de hoy.

—Razon por la cual debe tener bueno y provechoso fin.

—No os comprendo, repuso el monarca con algun disgusto.

—Siento, señor, haberos desagradado, replicó doña Ana, con tono de hipócrita humildad. Pero como entiendo que no hay para vos asuntos de mayor interés que los de familia, mirados bajo cierto punto de vista, y como por otra parte vos me habeis dicho que si algo me ocurre que pueda tranquilizar....

—Mis escrúpulos de esposo consecuente, interrumpió Felipe II á la vez que su rostro palidecia mas y mas.

—Vos lo habeis dicho, señor.

—Sí, yo lo he dicho: lo repito. ¿Podeis acaso darme una prueba que ante mi conciencia justifique la falta que como buen esposo he cometido?

—Para vuestra conciencia no hay mas que la absolucion de un sacerdote; pero para que á vuestros mismos ojos no engrandezcaiz mas que la vuestra la virtud de....

—Mi esposa, volvió á interrumpir el monarca. Hablad claramente: nada temais. ¿Podeis darme alguna prueba incontestable de que la reina ha faltado á sus deberes? Si es así, hacedlo, y ¡vive Dios! que pronto vereis cuán cumplido soy en castigar la falta.

La princesa desplegó una sonrisa maliciosa, y dijo:

—Vos no quereis esa prueba.

—¿Que no la quiero?

—O mejor dicho, para obtenerla no hareis lo que es indispensable hacer. Vos, señor, sois esclavo de ciertos principios de exa-

gerada rigidez, y dudo que tengais atrevimiento para romper las cadenas de esa esclavitud, ni por un solo instante, ni para alcanzar nada.

—En verdad que estais incomprensible.

—¿Quereis dar un baile, señor?

El monarca fijó una mirada de sorpresa en su querida, y dijo:

—Señora, ó mi razon está ofuscada, ó vos la habeis perdido. Cada vez os comprendo menos.

—¿No quereis una prueba de la culpabilidad de vuestra esposa y vuestro hijo?

—Sí.

—Pues dad un baile y la tendreis.

Felipe II reflexionó por algunos instantes, y luego dijo:

—Doña Ana, hablemos como quien somos, y esplicaos.

—Decidme antes si estais decidido á trueque de que se enoje el cardenal, á dar un baile antes de volver á Madrid.

—¡Un baile aquí, dentro del mismo templo de Dios!

—En el templo, no, sino en vuestro palacio, que está junto al templo.

—Bien; y si me decido ¿qué sucederá?

—Decidme antes que os habeis decidido.

Volvió el rey á quedar pensativo, y despues de hacer un brusco movimiento, exclamó:

—Daré el baile.

—Muy bien. Ahora, añadid que será en uno de los salones del piso bajo con puertas al jardin, y que una parte de este estará iluminado para que puedan pasear en él los concurrentes.

El monarca hizo un gesto de admiracion.

—¿Habeis perdido el juicio, señora? ¿quién ha de pasear en el jardin en una noche de invierno? ¿Quereis que mueran de pulmonia casi todos mis cortesanos, y aun yo mismo?

—Lo que quiero es que se paseen en el jardin; que ocultos en sus bosquecillos se digan ternezas damas y galanes, y....

—Basta, señora, basta. Os comprendo perfectamente; pero eso es irealizable.

—Es decir, que no quereis tener una prueba...

—¡Oh! si quiero, pero...

—¡No quereis! repitió con ironía la princesa.

—¿Quereis que digan de mi lo que yo acabo de decir de vos?

—¿Que estais loco? Ya os tendrán por cuerdo.

—Y además...

—¿Que sois un herege? Ya os tendrán por buen católico, cuando os vean castigar el adulterio.

—Ese proyecto es descabellado, repitió Felipe, que luchaba entre su deseo de obtener una prueba, y su repugnancia en seguir los consejos de su querida.

Mirólo esta atentamente, y luego prosiguió:

—No hablemos mas de este asunto. Habeis venido á verme, y veros deseaba yo. Me amais, yo os amo: ¿qué importa lo demás? Amense en buen hora tambien los otros ¿Por qué hemos de amargar sus placeres? ¿No queremos para nosotros libertad? Justo es pues que los demas la tengan: no seamos egoistas.

—¿No comprendeis que me estais atormentando?

—Por eso os digo que no hablemos más sobre este asunto.

—Ya habeis dicho cuando podia decirse

—¿No me mandásteis hablar con franqueza?

—Teneis razon.

—Perdonadme, pues, señor, sino he comprendido que debia callar... Dejemos esto, dejemos esto.

—Ya es tarde.

—Ningun interés tengo en este asunto.

—Yo sí.

—Entonces...

—Proseguid, señora, proseguid.

—Soy de opinion, repuso doña Ana, que dejeis las cosas como están: el tiempo lo aclarará todo...

—No, no, interrumpió Felipe.

—Como gusteis, señor.

Profundas arrugas se marcaron en la ancha frente del monarca, que agitado y tembloroso levantóse y midió la habitacion á largos pasos.

—No, dijo con voz reconcentrada; no se gozarán ¡vive el cie-

lo! en sus delicias. Todo lo arrostraré, á todo estoy decidido.

—¿Habeis variado de opinion?

—Se dará el baile.

Levantóse la princesa, cogió entre sus manos las convulsas del monarca, y fijando en este una mirada seductora, provocativa, iresistible, le dijo con dulce y lánguido acento:

—Olvidaos ahora de este asunto, y acordaos solamente de que os adoro.

Poco á poco fuese calmando la agitacion de Felipe II, y un tierno diálogo siguióse.

Dejémoslos entretenidos en su amorosa conversacion, para volver á la coronada villa en busca de los personages que en ella han quedado.

CAPITULO XXIII.

Noticias de Flandes.

Eran las ocho de la mañana.

El baron de Montigny descansaba en un ancho sillon forrado de cordobán verde, y tachonado con grandes clavos de cobre en forma de estrellas.

Tenia delante un enorme brasero, y á su derecha una ancha mesa con cubierta de paño carmesí con franja de plata.

El rostro del baron revelaba profunda tristeza, y parecía entregado á sérias meditaciones, segun la inmovilidad de sus ojos y de todos sus miembros.

Poco rato trascurriera de aquel modo, cuando su ayuda de cámara entró en el aposento, anunciándole que el señor Pero Leon aguardaba sus órdenes.

Mandó el baron que pasase el ex-capitan.

—Guárdeos el cielo, dijo este presentándose un momento despues, y haciendo una reverencia nada pulida.

—Sentaos, buen capitan, y decidnos que nuevas corren por la villa.

—El pueblo, señor, como ya hace algunos dias, entusiasmado con su príncipe cuyas desgracias llora, acusando de ellas á su padre.

—Eso ya es viejo.

—Pero nuevo será el que grite el populacho sin miedo al rey ni á la inquisicion.

—¿Creeis que llegue á suceder semejante cosa?

—Si en todos los pechos latiesen corazones como el mio, ¡voto á mi abuela, que diz murió en olor de santa, que ya hubiera sucedido!

—Si todos tuviesen vuestro valor y vuestros puños de hierro, ningun rey podria gobernar sin pedir antes licencia á sus vasallos para dar sus órdenes.

—¡Por el diablo mas cornudo del infierno, señor baron, que ya se hace insufrible la tiranía del señor rey! Mucho confía en su voluntad y en sus ejércitos, sin contar con la cólera de sus vasallos. ¡Voto á mis espuelas, que si acaba en paz su vida, bien puede tenerlo por milagro!

Sin duda entusiasmado el valeroso Pero Leon hubiese continuado en sus denuestos contra la magestad católica, á no interrumpirlo el ayuda de cámara, que entró para decir al baron como un enviado de Flandes acababa de llegar con pliegos de aquella tierra.

Un instante despues recibió el de Montigny dos cartas de manos del correo, y mandando á este que se alejase, quedó de nuevo solo con el ex-capitan.

—De mi esposa, exclamó Montigny despues de mirar el sobrescrito de una de aquellas cartas.

Y sus ojos brillaron de alegría.

—De la gobernadora, añadió examinando la letra de otro pliego.

Si mal no recordamos ya hemos dicho que el baron de Mon-

tigny se habia casado poco tiempo antes de su salida para España, con la hija del príncipe de Epinoy, y estaba aun, como suele decirse, en la luna de miel, por mas que algun aventajado novelista á quien debemos respeto por su no comun erudicion, ponga en boca de Montigny las palabras *mis hijos*. (1)

Como esposo enamorado aun, posponiendo los negocios públicos á sus cuidados de amante, rompio antes el sello de la carta de su esposa

A medida que la leia veíase palidecer su rostro, y animarse su mirada, concluyendo por hacer una exclamacion de ira.

—¡Miserables! gritó.

—¿Teneis malas nuevas? le preguntó el capitan.

—No quedará un noble flamenco que no perezca bajo la sanguinaria cuchilla del feroz duque de Alba.

—¡Nuevas egecuciones, señor baron?

—¿Sabeis lo que sucede?

—Si me lo decís....

—El noble conde de Hoorne ha sido preso.

—¡Voto al diablo!

—Nuestras esperanzas van siendo cada vez mas débiles. ¡Qué va á ser de mi patria!

—De manera, repuso el capitan, que ese monstruo no dejará un flamenco con vida. Así no habrá quien se revele contra los edictos. Por Satanás, que cada dia estoy mas pesaroso de no haberlo ensartado con mi tizona. Verdad es que esto me hubiera

(1) La persona á quien aludimos es verdaderamente respetada por nosotros. Hacemos esta aclaracion para evitar que se tome en otro sentido nuestra calificacion de erudito. Debemos al autor aludido algunas lecciones; pero sin amenguar nuestro agradecimiento ni nuestro sincero cariño, disentimos en cuanto á sus apreciaciones históricas y algunas de sus noticias, como son la muerte de Bergen, ó sea Mons, la de Ruy Gomez de Silva, el lugar del casamiento de Felipe con Isabel de Valois, el no haber hablado esta al príncipe Cárlos hasta algunos años despues de su matrimonio, y otros hechos. No quiere esto decir que nosotros no nos tomemos ninguna libertad para acomodar á la fábula ciertos acontecimientos justificados en la historia, siendo el objeto principal de esta nota para los que lean ambas novelas.

costado el pescuezo; pero ¿qué importa? yo he de morir algun dia, y al menos se hubiera evitado tanta desgracia.

—Veamos, dijo el baron, lo que me anuncia la Gobernadora.

Y abriendo la carta de esta, leyó con rapidez los pocos renglones que contenia; y despues que una amarga sonrisa vagó en sus lábios, murmuró:

—¡Pobre señora! ¡Con cuánta buena fé cree las palabras del hipócrita rey! Ved aquí, señor Pero Leon, que S. M. dice á su buena hermana que pronto me dará licencia. ¿Y para qué?

—No puede ser, observó el soldado, sino para ir á Flandes.

—O al otro mundo, replicó el baron con amarga ironía, porque no espresa el rey á donde trata de enviarme.

—Mal pensais, señor baron.

—El tiempo dirá si me equivoco, repuso este.

Y luego llamando á su ayuda de cámara, dióle órden para que entrase el portador de las cartas.

—¿Cómo habeis dejado á Bruselas? preguntó Montigny al correo.

—Aquello, señor, es un horrible lago de sangre. No hay cabeza por noble y respetable que sea, que esté segura sobre sus hombros. Desde que sale el sol hasta qne se pone, arden las hogueras y el hacha del verdugo no cesa de descargar sus terribles golpes. Emigran á centenares las familias, dejando desiertas las poblaciones: los campos están incultos por falta de brazos; abandonados los talleres de nuestras renombradas fábricas. Todo el mundo huye despavorido; el terror se ha apoderado de todos los corazones, y ancianos y mancebos, mugeres y niños no ven otra salvacion que la fuga. Reina en las ciudades un silencio pavoroso, solo interrumpido por el martilleo de los que levantan cadalsos sin número, por los golpes del hacha del verdugo, ó por el crugido de los haces de leña donde se convierten en cenizas millares de inocentes.

Palideció el baron al escuchar esta tristísima pintura, y por su ancha frente corrieron gruesas gotas de frio sudor.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó; ¿cuando se cansará tu justicia de permitir tan inhumanos horrores? ¡Ay, Felipe, y te llaman

prudente, cuando eres verdugo! Si prudencia es la hipocresía, bien mereces entonces ese dictado.

—Dios nos proteja, murmuró el correo.

—Decid, ¿envia el duque de Alba con mucha frecuencia mensageros al rey?

—Al llegar yo á Madrid, ha llegado uno de ellos.

—Traerá la noticia de la prision del conde de Hoorne

—Probablemente.

—Id á descansar.

Salió el enviado flamenco, y el baron preguntó al soldado:

—¿Qué pensais, pues?

—Yo nada pienso, sino que el rey es un tirano sin corazon, y como no puedo acabar con él de cuatro mandobles, me contento con ejecutar fiel y lealmente las órdenes del desgraciado príncipe.

—¿Qué habeis adelantado en sus encargos?

—Todo está hecho. Tengo tres hombres á pedir de boca, valientes como tres Cides. El uno tuvo la desgracia de que le cortasen los turcos la lengua, y por consiguiente no puede hablar. En cuanto á la casa, ya está buscada; tiene un subterráneo que en nada cede á los calabozos de la Inquisicion. Está situada cerca de la puerta de Moros en un callejon sin salida, y por el cual ningun otro edificio tiene entrada.

—Puesto que vuestra comision está terminada, no tendreis inconveniente en volver al Escorial para decir al príncipe lo que me escriben de Flandes, porque es posible que el rey oculte la noticia de la prision de Hoorne. Añadidle que he sabido por mis confidentes en Navarra y Cataluña, que don Ruy Gomez de Silva, por órden del rey, ha dado á los gobernadores de aquellos distritos la de que tomen precauciones para evitar mi fuga, en caso de que yo pudiese verificarla, burlando el cuidado conque se me espía y que es probable, ó mas bien seguro, que esa misma órden se haya comunicado á las demás plazas fronterizas.

—Si me lo mandais, iré al Escorial, porque una vez que he cumplido todos los encargos que el príncipe me habia hecho, creo que mas que perjudicial, será provechoso mi viage.

—Tal creo, porque ¿quién sabe la conducta que el rey pensará seguir ahora?

—No determinará nada en nuestro provecho.

—Ciertamente. La prision de Hoorne es un acontecimiento de mucha importancia y que debe cambiar el aspecto de los asuntos de Flandes.

—¡Dios de Dios! exclamó el capitan apretando los puños.

—Bueno es que el príncipe esté prevenido.

—A caballo pues.

—Si, marchad.

—¿Necesitais algo?

—Nada, señor baron. El príncipe me dió un puñado de oro cuando salí del Escorial.

Despidióse Pero Leon, y Montigny volvió á entregarse á meditaciones mas profundas y tristes que antes.

CAPITULO XXIV.

Nuevas diabluras.

El cardenal Espinosa estaba confuso, aturdido y hasta colérico. Sabia que el rey habia mandado un espreso desde el Escorial para que se invitase á toda la nobleza para asistir á un baile, y este era el motivo de su enojo. Nada se le habia participado á él, y semejante reserva juzgábala ofensiva á su calidad. Por otra parte, escocíanle sus escrúpulos religiosos, y temia que Satanás hubiese soplado al oido del monarca, porque de otro modo era imposible que este se hubiera decidido á dar un baile, diversion la mas profana, en la misma casa del Señor.

Gestos y exclamaciones, amen de algunas cruces hechas sobre su frente y sobre su pecho, indicaban el descontento del cardenal.

Esto acontecia en la misma mañana en que recibió Montigny las cartas de Bruselas.

El disgusto del inquisidor general no evitó que las damas de la nobleza se apresurasen á preparar sus mas ricos aderezos para lucirlos en la fiesta, y que tanto estas como los mancebos invitados, se regocijasen con la idea de lo que habian de divertirse y de las conquistas amorosas que ya contaban como seguras.

El camino del Escorial se vió aquel dia cubierto por numerosos trenes, y á las ocho de la noche la octava maravilla no tenia rincon donde no se alojase una persona.

El valiente Pero Leon habia llegado tambien, y procurando nó ser conocido de nadie, á favor de la confusion que reinaba, llegó al aposento del príncipe don Cárlos.

Divertíase este en alegre conversacion con el pagecillo, cuando entró el ex-capitan.

—¡Vos aquí! exclamó el príncipe.

—¿Qué malas nuevas nos traeis? le preguntó Luis.

—Ya están cumplidas vuestras órdenes, señor, dijo el soldado.

—¿Y á qué habeis venido?

—A comunicaros las noticias que el baron de Montigny ha recibido de Flandes.

—No serán nada buenas, repuso el page.

—En verdad, nada buenas son.

—Esplicaos.

—El duque de Alba sigue haciendo de las suyas; es decir, quemando y degollando poblaciones enteras.

El príncipe apretó los puños y rechinó los dientes.

—Torpe de mí, dijo, que no lo maté.

—Me acuso de la misma falta, repuso el soldado.

—Proseguid.

—El conde de Hoorne ha sido preso.

—¡Oh!... exclamaron á la vez don Cárlos y el page.

—Pero S. M., prosiguió Leon, ha prometido á vuestra tia, que muy pronto dará licencia al baron de Montigny.

—Para ir al otro mundo, replicó Luis, como el marqués de Bergen.

—Eso mismo ha dicho el señor baron.

—Tal vez no se equivoque.

—¿Qué mas teneis que decirme? preguntó don Cárlos.

—¿Os parece poco lo dicho, señor?

—Es preciso acelerar la egecucion de nuestros planes, observó el pagecillo. Por de pronto, no veo ya salvacion para el señor de Montigny.

—¿Crees, replicó el príncipe, que ahora?....

—Creo que la vigilancia de Ruy Gomez se convertirá en la de un carcelero.

—Imposible; mi padre no se atreverá á tanto.

—Menos que vuestro padre es el duque de Alba, y sin embargo se ha atrevido á mas.

—¿Qué debemos, pues, hacer?

—Despues del baile de esta noche, contestó Luis, os lo diré.

—¿Qué esperas del baile?

—Mucho malo, señor, porque S. M. no es hombre que baile por pura diversion.

—Segun eso, opinas.....

—Que alguna trama infernal se prepara, y que la princesa de Eboli debe ser la autora.

—¿Crees que debe volverse inmediatamente á Madrid el capitan?

—Sí, señor.

—Marchad, pues; no abandoneis un solo instante á Montigny, y venid volando si algo ocurre.

—¿Qué más novedades hay? preguntó el page.

—El pueblo está irritado.

—¿Por qué?

—Porque se cree que el heredero del trono es víctima de su padre, y que la reina á quien tanto aman todos, llora mucho, porque es muy desgraciada.

—No se equivocan, murmuró el príncipe.

—Eso mismo aseguro yo á mi gente, repuso el capitan, y cuando llegue el dia de la venganza, ¡por Santiago! que ya verán lo que vale mi tizona.

—Idos, pues.

Partió el soldado, y mientras corria camino de Madrid, Felipe II, encerrado en su gabinete, leia por centésima vez los despachos recibidos de Flandes.

Despues de meditar algunos momentos, murmuró:

—Pésame de tanta sangre. Es preciso el castigo, pero me parece exagerado... con todo, el duque que está sobre el terreno debe conocer mejor que yo lo que es necesario hacer. Preso ya el conde de Hoorne, y juzgado quizás á estas horas; muerto el marqués de Bergen, y dueño yo de su correspondencia, creo que es tiempo de deshacernos de Montigny sin temor alguno.

Volvió á meditar largo rato y luego añadió:

—Estoy decidido. El cardenal aprobará esta medida, y holgaráse de ella la princesa. La ocasion es la mas oportuna, porque mi hijo lo ignorará todo hasta que ya esté egecutado. Prudente será guardar la mas completa reserva sobre la prision de Hoorne. No ha de saberlo ni doña Ana, ni el cardenal, ni aun Ruy Gomez. Veremos si el diablo de palacio lo averigua.

Luego se puso á escribir, y despues de firmar, cerró y selló un pliego dirigido al conde de Chinchon, alcaide del alcázar de Segovia.

Aquel pliego contenía la órden para encerrar en el referido alcázar al baron de Montigny, con prevencion de no dejarle salir de la fortaleza ni de dia ni de noche, pero dispensándole las atenciones compatibles con la prision, como era la de conservar los criados que le habian acompañado y disponer libremente de sus intereses. El baron debia ser conducido al alcázar por los guardas del rey.

Cinco minutos despues un ginete corria á todo escape, llevando la órden de arresto.

Cuando Felipe II salió del aposento, encontró á uno de esos cortesanos aduladores, y que no pierden ocasion de alabar á los

príncipes cuanto hacen, aun cuando sea una torpeza ó un acto de injusticia.

—Señor, dijo, ruego á V. M. se digne admitir mi mas sincera y cumplida enhorabuena.

El rey lo miró sorprendido.

—¿Por qué? le preguntó.

—Porque á estas horas tendrá la religion y V. M. un enemigo menos.

—¿Ha muerto algun herege?

—¿Acaso, señor, los despachos que V. M. ha recibido de Flandes no anuncian la prision del conde de Hoorne?

Felipe II frunció el entrecejo, y replicó con aspereza:

—¿Quién os ha dado esa noticia?

—Señor, balbuceó turbado el cortesano, siento haber enojado á V. M.

—¿Quién os ha dado esa noticia? repitió el monarca.

—Señor, no hay nadie que la ignore... corre de boca en boca, y aun se añade...

—¿Qué se añade? interrumpió el rey con mas marcada ira cada instante.

—Perdone V. M.

—Decid ¿qué se añade?

—Que vá á formarse causa al baron de Montigny, á quien se encerrará en una prision.

Comprenderán nuestros lectores que la noticia del arresto de Hoorne la habia hecho cundir el page con su acostumbrada habilidad, y él mismo habia añadido lo de la prision de Montigny, no porque lo supiese, sino porque presumia muy fundadamente que así debia suceder.

El rey á pesar de su gravedad y de su esquisito cuidado en no dejar ver en su esterior lo que pasaba en su interior, no fué dueño de contener una exclamacion de cólera. Y alejándose, decia para sí:

—Que se haya sabido la prision de Hoorne, fácil cosa es, si el enviado de Flandes ha hablado con alguno de este asunto; pero

que tan pronto se haya divulgado el arresto de Montigny, parece obra de Satanás, porque para que todos hayan llegado á saberlo, es indispensable que la noticia haya corrido antes de que yo firmara la órden. ¿Quién se ocupará de mis negocios hasta el punto de adivinar mis pensamientos? No parece sino que efectivamente el diablo está en palacio, y que mientras yo escribia la órden de arresto de Montigny estaba leyéndola á mi lado. Aqui debe haber algun misterio que no acierto á comprender. Ya se aclarará, y ¡guay del que se atreve á provocar mi enojo!

Siguió á lo largo de una espaciosa galería, y al final de ella, encontró al travieso page, que con ojos espantados y volviendo á cada paso la cabeza atras, caminaba apresuradamente. Al notar su agitacion y la fingida descompostura de su semblante, preguntóle el monarca:

—¿Qué te ha sucedido?

—Amparadme, señor, exclamó Luis con turbado acento.

—Habla ¿qué te sucede?

—Señor, si no me defiende V. M., dejaré el servicio de doña Blanca, y me alejaré de la córte, aunque sepa que he de morir de hambre.

—Bien, pero dí ¿qué te ha sucedido?

—Parece que todo el mundo se ha conjurado contra mí, para hacerme morir de miedo. Ya sabe V. M. que soy supersticioso; nadie ignora esto, y se empeñan en hacerme creer que el diablo está en palacio, pintándomelo de la manera mas horrible.

—Y tienen razon, contestó con amarga ironía el monarca.

—¿Tambien V. M?

—Todos lo dicen... lo aseguran...

—Yo creí, señor, que fuera estratagema para ahuyentarme esta noche del baile, y en particular del jardin, porque tienen miedo á mis picantes chanzas.

—Pues yo te mando que no faltes al baile.

—¿Me protegerá V. M.?

—Sí.

—¿Contra el diablo?

—Contra el diablo, á quien espero ver arder en la plaza del Arrabal, antes de quince dias.

—V. M. me inspira confianza.

—Vé á engalanarte, que la hora se acerca.

Saludó el page al monarca, y dirigióse al aposento de su señora.

Felipe II entró en el de la reina.

CAPITULO XXV.

La diablura mas diabólica.

Nueve campanadas acababa de dar la sonora del gran reloj de San Lorenzo.

Toda la parte del colosal edificio que constituye el palacio de los reyes se hallaba iluminada con profusion de lámparas, bugías y vasos de colores. Los salones del piso bajo, sobre todo, parecían presa de un incendio, y una parte del jardin, la mas cercana á las puertas de estos salones, estaba tambien iluminada con multitud de caprichosos farolillos de distintos colores, colgados de las ramas de los árboles, ó colocados en las anchas cornisas y arquitraves del edificio, haciendo aparecer ténue y opaco el clarísimo resplandor de la luna, que despejada de nubes y con cándida faz, parecía querer tambien disfrutar de la vista del magnífico y alegre espectáculo que se preparaba.

Los salones estaban llenos de caballeros y damas, todos

engalanados con riquísimos trages cubiertos de oro y de fina pedrería, donde rielaban los destellos de las antorchas.

Era intenso el frio, pero como habia previsto doña Ana de Mendoza, no arredraba á los galanes el airecillo húmedo y sutil, para aprovecharse de la sombra de los bosquecillos con ventaja de sus amorosos galanteos. Acá y acullá, ora sentados al borde de una fuente, ya bajo los desnudos troncos de un emparrado, veíanse parejas de personas de ambos sexos que como por casualidad se habian encontrado y departian dulcemente.

Tambien en los salones, esperando la llegada de la real familia, aprovechaban el tiempo, ya en citarse para tal ó cual bosquecillo del jardin, ya en buscarse los unos á los otros, ó en murmurar la falta de gusto en el rizado de una gorguera, la pobreza en el bordado de un vestido, ó el disgusto que mostraba en su semblante alguna dama porque no tenia á su lado un galanteador que regalase sus oidos con amorosas mentiras. Empero lo que mas ocupaba la atencion de las personas graves y sesudas, era la estravagancia de S. M. que daba un baile en las habitaciones de verano, casi á cielo descubierto, y en una noche en que el frio se dejaba sentir mas que nunca.

—O se ha vuelto loco el rey, decia un obeso caballero que lucia la cruz de Santiago, ó quiere que la nobleza muera mañana de las pulmonías de esta noche.

—Siempre se os ocurre, señor marqués, hacer la oposicion á todos los actos de S. M., replicó una vieja con trazas de ambulante esqueleto, y que parecía querer cubrir su descarnada osamenta á fuerza de oro y pedrería. Vosotros los hombres dedicados esclusivamente á la diplomácia y á los sérios negocios del Estado, no sois capaces de comprender la poesía de esta clase de diversiones.

—No encuentro otra poesía que un aire frio como la nieve, á no ser que hagais referencia á la facilidad que tienen los amantes de poderse hablar sin ser observados en los rincones del jardin, aunque no creo que esta sea la clase de encanto por la cual os mostrais defensora.

—No os diré que sí, repuso la dama haciendo un gesto de sesentona coquetería, pero tampoco vos antes de saberlo debeis asegurar que no sea ese encanto el que me llena de placer.

—Suponía, señora, que á vuestra edad...

—¿A mi edad? gritó la vieja á la vez que sus ojos brillaban como los de un gato. ¿Y qué tiene que ver mi edad? ¡no soy acaso doncella y tan doncella como la que mas presume de estar galanteada en estos salones?

Sin duda la discusion hubiérase acalorado, á no interrumpir todas las conversaciones la voz de los ugieres que anunciaron á SS. MM.

Reinó un silencio profundo.

Inclináronse todas las cabezas.

No hubo una sola mirada que no se dirigiese á un mismo punto, es decir, á la puerta principal del salon.

Felipe II se presentó en él acompañado de su esposa.

El rostro del monarca estaba como siempre severo, y su frente altiva.

Su mirada de águila recorrió con rapidez toda la estension que ante sí tenía.

Vestia un riquísimo trage con bordados de oro, entre cuyas labores brillaban gruesos diamantes y finísimas perlas. Ostentaba en su pecho la roja cruz de la órden de Santiago, y rodeaba su cuello el toison de oro.

La reina estaba deslumbradora con la riqueza de su vestido y fascinadora con el encanto de su belleza.

Su trage era de seda, blanco, bordado de oro y salpicado de diamantes. Guarnecía el corpiño y mangas un ancho fleco formado de hilos de perlas. Sus mórvidos y torneados brazos ceñian riquísimos brazaletes de fabuloso valor, y entre las trenzas negras de su caprichoso peinado, enredábase la diadema real, destellante como una cinta de fuego. Pero la blancura de las perlas no era tan trasparente como la de su cútis. El brillo de los diamantes parecía opaco comparado con el de sus ojos, y no hubo un solo cortesano que al admirar tanta belleza, dejáse de pensar

que eran inútiles tantos ricos adornos para engalanar la hermosura cuyos encantos eran tan superiores al oro y á las perlas.

El semblante de Isabel de Valois estaba como siempre, dulce, tranquilo, angelical.

Centenares de cortesanos rodearon instantáneamente á los regios esposos, que contestaron con cumplido afecto á todas las felicitaciones.

Los reyes ocuparon sus asientos; pocos instantes despues un torrente de gratas armonias anunció á los cortesanos que comenzaba el baile.

Los jóvenes vinieron del jardin, y los viejos, por la confusion sofocados, salieron en gran número del salon.

Los bailes de aquella época no eran los de nuestro siglo. Entonces se bailaba para lucir la soltura y elegante desembarazo en hacer una cortesía, sin que el brazo rodease la cintura, sin que la cintura sintiese la opresion del brazo, sin que se confundieran los alientos, sin que las miradas tan de cerca se cruzasen, que apenas quedara espacio entre los ojos para recibir la luz. Ahora se suda bailando, y entonces se sudaba de ver bailar, fastidiados por la pesadez de la danza. No es estraño, puesto que hoy todo es al revés de entonces

Pasemos dos horas sin entrar en detalles que de nada sirven á nuestro propósito.

El rey hablaba ya con este, ya con el otro cortesano, ó dirigía galantes frases á las damas.

La reina escuchaba á unos y á otros, y para todos tenia una sonrisa que en nada amenguaba su dignidad, y palabras benévolas que todos escuchaban con placer.

El príncipe Cárlos paseábase unas veces melancólicamente, y otras con alegre semblante. Muchas damas presumidas sufrieron el tormento de sus osadas desvergüenzas, y otras el sonrojo de sus picantes bromas.

El pagecillo lo recorria todo con su acostumbrada alegria, y tan pronto veíasele en uno como en otro estremo del salon, ya en el jardin, ó ya se le perdia de vista. Para todos tenia oportu-

nas y chistosas contestaciones, é intencionadas preguntas que solian no agradar á los interpelados.

Blanca, bellísima, encantadora, con cuyos hechizos solo podian competir los de Isabel de Valois, mostrábase á todo indiferente, aunque procuraba esforzarse para aparecer tranquila. Rodeábala siempre un sin número de enamorados, que hubiesen dado la mitad de su vida por ver correspondida su pasion. La belleza de Blanca era proverbial, y tanto mas codiciada, cuanto que no habia un solo galan por noble, rico y hermoso que fuese, que hubiera podido alcanzar de ella ni siquiera una mirada que respondiese á la suya. Y esto era causa de que se digese en la córte, que en aquella belleza sin igual se encerraba un corazon de hielo, y aun muchos la llamaban *la estátua de mármol y oro*, aludiendo á la blancura de sus carnes y al color de sus cabellos. Con todo, en el fuego de sus negros ojos se adivinaba que su pecho encerraba un corazon ardiente.

La princesa de Eboli llamaba tambien la atencion por su indisputable hermosura y por la riqueza de su vestido y adornos. Como habia corrido la voz de que era la querida del rey, todos la adulaban y hacian para con ella un alarde de exagerado respeto y distincion.

Todos pues estaban confundidos en la muchedumbre, hasta el rey y la reina. Olvidóse el frio, y vióse lleno el jardin con crecido número de cortesanos entre los que se hallaba doña Ana de Mendoza, sentada en un banco de piedra.

El rey, que como uno de tantos iba y venia, encontróse con ella, al parecer casualmente, y sentándose á su lado, le dirigió la palabra.

Isabel de Valois salió tambien al jardin, y parándose á hablar con una dama, acercóse el príncipe don Cárlos.

La dama, que algunas veces habia esperimentado ya las desvergüenzas del príncipe, temerosa de volver á sufrirlas, alejóse con un frívolo pretesto.

Oculto tras un rosal, el alegre page observaba alternativamente al rey que hablaba con doña Ana, á la reina que escu-

chaba á don Cárlos, y á Blanca que contestaba friamente á los requiebros de un caballero.

La princesa de Eboli no perdia tampoco uno solo de los gestos y ademanes de don Cárlos y de Isabel de Valois, á pesar de que se hallaban á alguna distancia de ella.

Escuchémoslos.

—Señora, decía el príncipe á su madrastra; si quereis pasear, os acompañaré, á menos que os sea enojosa mi compañía.

—Don Cárlos, contestó la reina, ¿os habeis acercado á mí para atormentarme? ¿cuándo os he dado á entender que me fuese enojosa vuestra presencia?

—Vuestra reserva....

—Mi prudencia direis mejor. ¿Ignorais acaso que vuestro padre sospecha de vuestra conducta, y aun de la mia?

—El rey, ropuso don Cárlos que rara vez daba á su padre el nombre de tal, el rey, señora, está bastante entretenido en estos momentos para que pueda acordarse de nosotros. ¿No lo veis?

—No sé donde está.

—Miradlo, añadió el príncipe señalando al banco en que su padre departía con doña Ana.

Las megillas de la reina se tiñeron de un vivo carmin. Los celos, si no los de su amor los de su dignidad personal, la atormentaron.

—¿No os parece muy justo, prosiguió don Cárlos, que la reina hable con el príncipe, cuando el rey se entretiene con la pricesa? Observad, observad como se inclina al oido de doña Ana, casi sus lábios tocan los cabellos de la hermosa señora. Toda la córte los contempla.

Tornóse pálido el rostro de Isabel, brillaron estraordinariamente sus negros ojos, y un ligero temblor agitó sus miembros.

—¡Oh!... murmuró con acento ahogado.

—¿Quereis pasear? volvió á decir el príncipe.

—Si, sí, paseemos. Dadme vuestro brazo.

¿Sabeis, lectores, lo que el príncipe sintió cuando el brazo de la reina descansó en el suyo? No encendió su pecho el fuego de la

pasion. Un frio glacial recorrió todo su cuerpo, y por su rostro lívido corrieron gruesas gotas de sudor. Anubláronse sus ojos, estremeciéronse sus miembros, y casi le faltó el sentido.

Aquel trastorno no duró sino algunos instantes. La reaccion obró sus efectos. La palidez de sus megillas cambióse en encendida púrpura; el frio de su cuerpo en ardiente volcan, que pareció inflamarle el corazon, y el espanto de sus ojos en húmeda y lángida mirada, delatora de su pasion.

—Señora, exclamó con tembloroso acento, si no me habeis de amar, matadme.

—Don Cárlos, contestó la reina visiblemente agitada; por compasion siquiera, no me hableis de vuestro amor. Si tanto es vuestro cariño, no me atormenteis, que mas sufro callando y aparentando desdenes, que vos con todos los rigores de vuestro padre.

Algunas palabras tristes y llenas de amargura, siguiéronse á las últimas de Isabel, y cruzando alamedas y llegando sin advertirlo á donde no habia otra claridad que el resplandor de la luna, abundantes lágrimas regaron el mullido césped y la azulada arena.

A regular distancia, por el lado de la izquierda de los enamorados, seguíalos sigilosamente el pagecillo, y á la misma distancia, y por la parte de la derecha, doña Ana de Mendoza los espiaba tambien.

La reina y don Cárlos llegaron á un espeso bosquecillo, en cuyo centro, y al pié de un frondoso castaño habia un banco de piedra.

El misterioso silencio de aquel parage era solo interrumpido por el murmurio de un arroyuelo y por el leve crugido de las hojas del castaño, blandamente movidas por el céfiro. Parecióles encantador aquel lugar á los tristes enamorados, y queriendo Isabel reparar las fuerzas que le habian robado sus violentas emociones, y cediendo á los ruegos encarecidos de don Cárlos, sentóse junto á este.

Todo lo habia observado el pagecillo; nada se habia escapado á doña Ana de Mendoza. Brillaron los ojos de esta con diabólica

alegría, y volvió atrás sus pasos apresuradamente. No habia reparado la noble señora en Luis, que procuraba ocultarse tras árboles y matas, y que volviendo tambien atrás, corrió como aquella hácia la parte del jardin que estaba iluminada.

Pocos momentos despues doña Ana de Mendoza entró en el salon, y acercándose al rey le dijo precipitadamente:

—Si quereis convenceros de que los corazones enamorados tienen bastante calor para no sentir el frio de la noche, seguidme disimuladamente.

El monarca palideció y de sus ojos se escaparon dos centellas.

—¿Estais segura? preguntó.

—Seguidme, os repito, dijo la princesa.

Y con ligero paso dirigióse de nuevo al jardin, y el rey tras ella.

Entre tanto el diablillo de la córte decia á Blanca que estaba á la puerta del salon.

—No os detengais un instante ó están perdidos.

—Si, corramos, contestó la doncella.

—Mirad, añadió el page; allá vá doña Ana de Mendoza y tras ella el rey. Para llegar mas pronto saltemos por encima de las matas y aplastemos las flores. Ellos entre tanto perderán tiempo rodeando por las alamedas.

Señora y page echaron á andar, y cuando ya no podian ser observados, corrieron.

—¿Por qué no les avisastes? dijo Blanca.

—¿No comprendeis que nada se adelantaba porque ya los habian visto? Es preciso hacer creer al rey que la princesa se há equivocado.

—¿Y qué haremos para conseguirlo?

—Ya os lo diré; corred mas á prisa, que esta victoria depende solo de las piernas.

—Y efectivamente, la salvacion de la reina y de don Cárlos era solo cuestion de ligereza. Un solo instante podia perderlos ó burlar las intrigas de doña Ana.

Esta y Felipe II corrian tambien.

—Aun no puedo creerlo, decía el rey.

—Lo vereis, señor, y entonces no os quedará duda. Oculto tras los rosales podreis escuchar lo que hablan, y cuando esteis convencido de que su conversacion no es inocente, los anonadais con vuestra presencia.

Rechinó los dientes el monarca, y contestó:

—Los pulverizaré con todo el rigor de mi enojo.

Llegaron al bosquecillo, y cautelosamente internóse el rey en él. Llegó á sus oidos un confuso murmullo de palabras. Acercóse mas, y tambien la princesa, que quería presenciar su triunfo y abatir el orgullo de la reina.

Felipe II conoció la voz de su hijo, y mirando á través de las espesas matas, no pudo ver en medio de la oscuridad sino dos bultos, blanco el uno y negro el otro. Parecióle que una espesa nube se ponía delante de sus ojos: los celos y la ira lo cegaban.

Habia llegado á tiempo. Sin duda Blanca y el page por seguir camino mas escabroso habian perdido algunos instantes.

La reina estaba perdida.

Don Cárlos levantóse de su asiento, y postrándose de hinojos, exclamó:

—Os adoro... por compasion siquiera, decidme que correspondereis á mi pasion, desechando vuestros escrúpulos vanos.

La reina se puso de pié, y turbada sin duda, no contestó.

—Esta vez, murmuró doña Ana al oido del rey, hemos vencido al diablo, protector de vuestra esposa y de vuestro hijo.

Ya no quedaba al monarca la mas remota duda. Habia visto y oido. Bien hubiera querido escuchar la contestacion de su esposa, pero mal contenido por su ciega ira, sin aguardar un instante mas, púsose de un brinco delante de la reina y de su hijo.

Este, al ver á su padre, exhaló un grito de espanto y de sorpresa, y quedó inmóvil y de rodillas.

Isabel de Valois inclinó la cabeza sobre el pecho; cubrióse el rostro con las manos y exhaló tambien un agudo grito.

El cuadro era interesante y contemplábalo con satánica alegría doña Ana de Mendoza que se habia colocado al lado del rey.

—¡Miserables! gritó este.

Y sus ojss brillaron como dos fosfóricas luces.

Luego, con todas las fuerzas de su desesperada rábia, asió de un brazo á Isabel de Valois, y prosiguió:

—¡Así ultrajais mi honra!... Bien hace en ocultar el rostro, lleno de vergüenza la esposa adúltera... No descubrais la frente, no, que está infamada.

La reina, separó de su rostro las manos, y levantando la cabeza, exclamó:

—¡Pura está mi frente!

El monarca abrió estremadamente los ojos; pintóse en su semblante la sorpresa, y dando un paso atrás, dejó escapar un grito entre admirado y confuso.

Aquella muger no era Isabel de Valois; era su doncella Blanca.

—Señor, dijo esta, si porque el hijo de V. M. se ha atrevido á decir galanteos á una dama, os creeis con derecho para injuriarla...

No la dejó el rey proseguir.

—Señora, le contestó, si basta que el rey con ser rey, os pida perdon...

—Señor, olvidaos de esto, repuso Blanca.

La princesa de Eboli entre tanto se sostenía en el tronco de un árbol, porque le faltaban las fuerzas. Aquella derrota no solo habia frustado sus planes, sino que habia herido su amor propio de una manera inconcebible.

—Pláceme, dijo Felipe á su hijo, el ejemplo que dais. Pase por esta vez, y en adelante sed mas cauto, y aprended á respetar á las damas.

Levantóse don Cárlos, y alejóse fingiéndose confuso, pero no sin dirigir antes á la de Eboli una mirada de triunfo que se clavó como un puñal en el corazon de la dama.

Fuese tambien Blanca por distinto lado, y el monarca con tono severo, dijo á la princesa:

—Señora, me habeis obligado á hacer un papel ridículo. Mañana, y aun quizás esta misma noche, el suceso que acaba de tener lugar, correrá de boca en boca y llegará un dia en que yo sea objeto de burla de mis vasallos.

—Señor, os juro por mi alma que la reina estaba aquí.

—La reina no, sino una muger vestida de blanco como ella.

—Soy despreocupada, señor, pero acabaré por creer que el mismo diablo nos persigue.

Cuando el rey volvió al salon vió á la reina entretenida en escuchar los chistes del pagecillo.

Un cuarto de hora despues estaba ya dada la órden para volver á Madrid al dia siguiente.

A solas en su habitacion, exclamaba la princesa de Eboli:

—¡Y así abaten mi orgullo!..... ¡Oh!..... La mitad de mi vida daría por saber quien és ese demonio invisible que trastorna todos mis planes. La doncella debe estar en el secreto, puesto que esta noche ha hecho el principal papel.

—¿Se habrá equivocado doña Ana? murmuraba entre tanto el rey encerrado en su aposento.

Ni el uno ni la otra pudieron cerrar sus ojos al sueño hasta la madrugada.

Isabel de Valois habia recompensado al pagecillo con un maternal beso, y habia derramado abundantes lágrimas en el seno puro y noble de su doncella, mientras la estrechaba entre sus brazos con fraternal cariño.

CAPITULO XXVI.

El tesoro del page.

El monarca y su córte habian regresado á la imperial y coronada villa.

Andaba mal humorado el rey, triste la reina, enojado el príncipe y desesperada doña Ana de Mendoza, mientras que Ruy Gomez de Silva proporcionábase algunos dolores de cabeza, esforzándose por desenredar allá en su magin el enredo tegido por el travieso page.

Blanca lloraba á veces, triste y desconsolada, escitaba su enojo su vengativo deseo, ó abatida quedaba en un estado de aparente tranquilidad, que no era sino la tregua del dolor, para volver este luego con mas fuerza.

En uno de estos momentos de calma, hallábase cuando vamos á presentarla á nuestros lectores.



ESTE ES MI TESORO, DIJO.

Sentada en un sillon de alto respaldo, puestos los piés en un taburete, y cerca de una ventana, escuchaba la doncella al travieso Luis, á la caida de la tarde.

—Tus diabólicos enredos, decia, habrán de descubrirse al fin y no podrás llevar á cabo todos tus planes por que no siempre tendrás recursos para ello.

—Con tal, replicó el page, que yo pueda entrar y salir en todas las habitaciones, y escuchar cuanto se habla, no necesito mas medios.

—Pero eso no te será siempre posible.

—Un solo secreto tengo para vos, y quiero participároslo.

—Te escucho.

—Tengo un tesoro.

—¡Un tesoro!

—Si, señora, y de tanto valor, que el rey no lo tiene igual, y por el mio en ciertos momentos daria hasta cuanto posée.

—No te comprendo. Siempre será alguna de tus bromas.

—Esperad un momento, señora.

El pagecillo levantóse de su asiento, entró en otra habitacion, y salió á poco con una caja de nogal como de un pié de largo y poco menos de ancho.

—Aqui está mi tesoro, dijo.

—¿De dónde has sacado ese mueble que nunca lo he visto?

—De donde lo he sacado lo sabreis despues. Ahora voy á enseñaros mi tesoro, y á referiros como vino á mis manos.

Y sentándose en el taburete donde Blanca tenia los piés, colocó sobre sus rodillas la caja.

La doncella miró con estrañeza al pagecillo, y creyó que este habia inventado un cuento cualquiera para distraerla de sus tristes pensamientos.

—Estoy impaciente por que aclares ese enigma.

—Pronto cesará vuestra curiosidad.

—Ya te escucho.

—Primero ved en lo que consiste mi tesoro, repuso Luis, y abrió la caja.

Contenia esta en su fondo un paquete de pergaminos y otro de papeles, y sobre estos habia tantas llaves, que apenas aquellos se podian ver.

Blanca examinó todo aquello, y despues de algunos instantes de meditacion, dijo:

—Por lo que antes me has indicado, comprendo el objeto de esas llaves, y en verdad, que en tu poder son un tesoro; pero ¿qué significan esos pergaminos y papeles?

—Vais á saberlo.

—No pierdas un instante.

—Sin duda no habreis olvidado que murió en este alcázar, hace cosa de cinco meses, un viejo escudero retirado ya del servicio, á causa de sus muchos años, y cuya antigüedad como criado del rey, y de su padre el emperador, se desconocia de puro remota. El buen hombre, de quien siempre me acordaré con ternura, me profesaba un especial cariño, y me decia: «serás un hombre de provecho, y yo me moriré con la satisfaccion de haber contribuido á tu suerte. En mi testamento te dejo por único heredero». Yo me reia del pobre viejo, por que todo esto lo creia una broma. Hasta aqui nada os he dicho que no sepais, como tambien que cerré sus ojos cuando exhaló el último suspiro. Una mañana, la misma del dia en que murió, encontrábame solo con él y despues de exhortarme á que le escuchase con atencion religiosa, me dijo lo siguiente: «El fin de mi vida ha llegado: no me quejo, por que he vivido ciento cinco años, y justo es que al cabo de este tiempo pague el tributo de que nadie se exime. Ya sabes que siempre te he demostrado mucho cariño, y este ha nacido en mi corazon por dos razones; la una, por que eres el vivo retrato de un hijo que tuve, y que á la edad de ocho años fué degollado por los moros; y la otra por que descubres prendas de gran mérito. Segun las trazas, destinado estás como yo, á pasar tu vida en medio de la corte, y como esta parece que tendrá su asiento en adelante en este alcázar, quiero legarte un tesoro que en su dia podrás apreciar.» Y señalándome el zócalo del muro, me dijo que tocase un resorte que en él oculto habia, y por medio

del cual abríase una puertecilla que cerraba una como alhacena y donde estaba esta caja. Mostróme como yo á vos, los pergaminos, papeles y llaves, y luego prosiguió: «En esos pergaminos están hábilmente dibujados los planos de este palacio con todas sus habitaciones; descon cidos pasillos de comunicacion, puertas y escaleras secretas, con una esplicacion la mas clara de todo esto. Obra es, sin duda, del sábio alarife que construyó el alcázar. La escritura esta en arábigo, pero como yo he hecho toda mi vida la guerra contra los moros, y conozco sus costumbres y su lengua como la de Castilla, he empleado mis ratos de ócio en ponerlo en romance. Una gran parte del alcázar es todavia desconocida. Por el centro de sus gruesos muros corren largas galerías, y hay muchas escaleras: las puertas secretas son tantas que de cada diez puede decirse que no se conoce mas que una, y muchas de ellas están hoy inutilizadas por haber sido cubiertas con tapices ó muebles. Estas tienen una señal, segun verás en la esplicacion, para que puedas cononocerlas. Las llaves son las de todas las puertas, sin esceptuar una, del alcázar. Cada llave tiene un número que corresponde á otro igual de la clave que te dejo escrita, para que sepas á que cerradura pertenece. Tienes bastante ingenio para que yo tenga qué hacerte conocer el valor de este tesoro.» Y efectivamente, yo habia comprendido que aquella caja podria serme mas útil que el oro. Dióme luego algunos consejos, hijos de su esperiencia, hablóme de los reyes Católicos, de Felipe el Hermoso, del emperador y de su hijo, y se disponia á referirme algunas historias, que tal vez me hubieran sido de gran provecho, cuando sobreviniéndole una congoja, no pudo proseguir. A las pocas horas espiró entre mis brazos. Lloré su muerte, como ya sabeis, y guardé mi tesoro.

—¿Pero dónde lo has tenido? preguntó la doncella admirada de la relacion que acababa de oir.

—Examinando los planos, vi que en ese aposento habia otro nicho semejante al en que habia estado guardada esta caja, y en él lo he tenido. Despues, cuantos momentos he estado solo, me he dedicado á revisar los planos con tanto ahinco, que gra-

vándolos en mi memoria, pudiera dibujarlos de nuevo sin tenerlos delante.

—¿Y son exactos?

—Ya comprendereis que mi curiosidad no quedaria satisfecha con ese estudio, y á estas horas, no hay escondido pasillo, escalera oculta, ni secreta puerta que yo no haya reconocido. He probado todas las llaves, que abren y cierran perfectamente; y ved aqui esplicado el cómo pude penetrar tras el rey en el aposento de doña Ana.

—Pero aquella diablura te costó la pérdida de una llave.

—Pérdida que puede darse por bien empleada, á trueque del trastorno que hemos causado, mucho mas, cuando el aposento de doña Ana tiene una entrada secreta que solo yo conozco, y por la cual penetraré cuando sea necesario.

—Es decir...

—Que soy mas rico que Felipe II, porque poseo un tesoro que en ocasiones dadas es de incomparable precio.

—Tienes razon.

—Y ahora, decidme si podré sostener mis diabluras por mucho tiempo, y si los medios con que cuento para llevarlas á cabo son de alguna importancia.

—Confieso que con tus pergaminos y llaves puedes burlarte de rey y de toda su corte.

—Ya habeis visto mi tesoro, y conoceis su historia. Vuelvo á guardarlo, por si alguno entrase inesperadamente.

El pagecillo lo hizo asi, y colocándose nuevamente á los pies de su señora, prosiguió:

—Lo que nos importaria ahora, seria burlar la vigilancia de los carceleros del baron de Montigny. Este es asunto al que por de pronto debemos dedicar toda nuestra atencion, por que si bien apurados estamos por acá con nuestros asuntos, corre el flamenco riesgo mayor y mas cercano.

—Difícil lo veo.

—Pero no imposible.

—Imposible, no. ¿Tienes algun plan?

—Si, señora.

—Sepamos cual es.

—Lo primero que debe hacerse es que el capitan Leon marche á Segovia, y procure entrar como soldado al servicio del conde de Chinchon. De este modo tendremos de nuestra parte á uno de los que deben vigilar á Montigny.

—No seria poco, puesto que tambien contamos con la ayuda que puedan prestar los criados del baron.

—Precisamente iba á deciros eso mismo.

—Prosigue.

—Poco tengo ya que deciros. Una vez que se consiga que el señor Pero Leon esté en el alcázar, lo demas lo pensaremos con conocimiento de la localidad y demas circunstancias.

—¿Has comunicado tu plan á don Cárlos?

—Todavia no, por que esperaba saber vuestra opinion.

—Es conforme á la tuya.

—El capitan deberá llevarse consigo á esos tres hombres que ha buscado, y de los cuales el uno parece que es un consumado tunante, ingenioso sin iguial. Si fuese posible yo iria secretamente á Segovia, y durante mi ausencia diriais que me hallaba enfermo, para que asi nada sospechasen.

—Y despues que el baron esté en salvo....

—Pondremos en salvo al príncipe,

—Y luego...

—Luego nuestra venganza.

Y el pagecillo arrugó el entrecejo, mientras que las megillas de Blanca se enrojecian.

—Y que será cumplida, yo os lo juro, ó borro el nombre que me legó mi padre.

—Quiero vengarme, Luis, vengarme sin piedad, y cuando la sangre del marqués quede pagada con sangre de sus asesinos, un convento será mi refugio. En él pediré á Dios perdon de mi crímen, por que lo conozco, criminal es mi deseo de venganza; pero no puedo contenerlo, por que es mayor que mi voluntad.

—Nuestra venganza, señora, es un acto de justicia.

—No, Luis, es un crímen horrendo.

—Bien, llamadle como querais; pero yo me vengaré.

Siguiéronse algunos momentos de silencio, al cabo de los cuales, dispúsose la doncella para ir al cuarto de la reina.

El pagecillo envolvióse en su capa, y salió tambien, encaminándose á la pobre hostería donde tenia su posada el ex-capitan Pero Leon.

La noche tendió su manto.

CAPITULO XXVII.

Cómo se encontraba Montigny.

Tres dias habian transcurrido.

El baron de Montigny, sentado en una banqueta de encina, apoyando el codo derecho en una tosca mesa, y descansando en la mano la megilla, parecia entregado á profundas meditaciones.

La habitacion en que se hallaba era un cuadrilongo de bastante estension, de pardos muros de piedra y abovedado techo formado por arcos de rosca de ladrillo. Una pequeña puerta maciza y chapeada de hierro daba entrada á la habitacion. Frente á la puerta, y como á tres pies del suelo, habia una ventana cruzada con gruesos barrotes de hierro. Una cama en un rincon, y un brasero en el desnudo pavimento, completaban el mueblaje de la prision de Montigny en el alcázar de Segovia.

Por la parte de afuera rechinaron los cerrojos de la puertecilla, y abriéndose esta, entró el mayordomo del noble flamenco. La puerta se volvió á cerrar.

—¿Habeis convenido en algo? preguntó Montigny á su sirviente.

—Señor, si nos protege el cielo, creo que podremos vernos fuera de este sombrío castillo dentro de pocos dias.

—Esplícate, repuso el baron afanosamente.

—El señor Pero Leon está decidido á todo.

—No basta eso.

—Ha hablado con su camarada Diego, hombre que ya sabeis es de mucha esperiencia y de mas ingenio. Han meditado mil planes para conseguir vuestra evasion; pero entre todos uno les ha parecido preferible por su sencillez.

—¿Lo conoces?

—A manifestároslo vengo.

—Prosigue.

—Aprovechando la coyuntura de dar al campo esta ventana, han creido que no es difícil descolgarse por ella y ponerse en salvo.

—¿Y los hierros que la cierran?

—Los hierros ireis limándolos por la parte de afuera, para que la operacion no se note desde aqui; y cuando esté concluida, os descolgais á favor de una escala ó de una cuerda.

—¿Y con qué he de limar los hierros? Ya sabes que te registran cada vez que entras aqui, y que si la mas pequeña herramienta te encontrasen, nos colocaríamos en peor situacion de la que estamos, por que me vigilarian mas cuidadosamente, me privarian de toda comunicacion, y harian salir del alcázar á mis criados.

—Ya se ha pensado en eso, y se trata de encontrar medio para que llegue á vuestro poder una lima, sin necesidad de que os la traiga yo.

—¿Y han acertado con ese medio?

—Todavia no, señor. Diego cavila, y si no dá con él, marchará á la córte en busca del page, y este no dejará de sacarnos del apuro.

—En el page confío; pero no tanto en la habilidad de Diego, para que sepa despues poner en ejecucucian lo prevenido.

—Yo en ambos confío, señor, por que á cual es mas travieso.

—Esa confianza es hija del afecto que me tienes.

—Tened esperanza, que Dios protegerá vuestra inocencia.

—¿Qué mas noticias me traes?

—Ninguna, señor. ¿Quereis que me retire?

—Si nada tienes que hacer ahora, no me dejes. ¡Si supieras que triste es mi soledad! Sin mas aire que el de este calabozo; sin mas luz que la que penetra por esos vidrios; sin mas compañia que estos muros sombríos ... ¡Ah! esto es horrible.

—Si al menos me permitiesen acompañaros de dia y de noche...

—Ya sabes que nuestros carceleros nos han negado esa gracia. Tras esta soledad, vendrá el verdugo, y... te lo confieso, Juan, si yo tuviese la certeza de que no habia de realizarse vuestro proyecto de evasion, daria gracias al rey por que acortase los dias amargos de mi existencia, puesto que he de acabar mas ó menos pronto en un cadalso como mi desgraciado amigo con un veneno. ¡Dichoso él, que al menos murió en su casa, sin que el verdugo tocase su cuello, y sin que el patíbulo manchase su nombre.!

—Desechad esas ideas, señor.

—Bien conoces, Juan, que desgraciadamente son verdades mis palabras.

—Cuando todos nuestros planes se hayan frustrado; cuando nó nos quede ni un rayo de esperanza, pensad entonces en la muerte.

El caballero elevó una mirada de tierna súplica, y exclamó:

—¡Dios mio, Dios mio, tu conoces mi inocencia y la justicia de la humanitaria causa que defiendo! Si he de morir, salva al menos á mi desdichada patria de los horrores que hoy la tienen convertida en un lago de sangre y de amargo llanto, y salva á mi esposa, dále fuerzas para soportar sus dolores.

—Señor, repuso el sirviente con ahogado acento, antes que el

verdugo, vos os quitaréis la vida, si de esa manera seguis atormentándoos.

—¿Cómo desechar estas ideas? ¿cómo olvidar á mi patria y á mi esposa? Juan, cuando yo muera, que el corazon me dice que moriré en Castilla, corre á Flandes, y parte luego con mi esposa á lejana tierra, para que no sea el blanco de una nueva venganza de mis sanguinarios enemigos. Tú la acompañarás toda su vida: eres bueno y leal, y yo moriré con el consuelo de que tú sabrás ampararla mientras tengas una gota de sangre en tus venas.

Quiso el mayordomo cortar aquella tristísima conversacion y dijo:

—Ya sabeis que no me permiten permanecer mucho tiempo á vuestro lado. Si me lo permitís me retiraré.

—¿Vas á ver al capitan?

—Sí, señor.

—Dios os ilumine, repuso Montigny.

Y apretando la mano á su criado, despidiólo con el mismo afecto que si fuese un amigo.

Llamó Juan á la puerta, y abriéndole, salió.

Retirábase cabizbajo y triste, cuando en una oscura galeria encontró al señor Pero Leon.

—¿Qué habeis pensado? le preguntó en voz baja.

—Nada, amigo mio, ¡voto á Satanás! y creo que solo el page con su diabólica travesura podrá sacarnos del apuro.

—Entonces....

—Hemos determinado que Diego marche inmediatamente á Madrid.

—¿Cuando se vá?

—Dentro de media hora. Solo espera que le deis algunos escudos para los gastos de viaje.

—¿Algunos?.... muchos le daré, para que coma y beba y pueda sin temor reventar caballos. Los momentos son preciosos.

—Pues voy á verlo en seguida, por que me espera cerca del alcázar.

—Tomad, repuso el mayordomo entregando un bolsillo al capitan, y separémonos, no sea que nos observen.

—Todo marcha bien.

—¿Siguen teniendo confianza en vos?

—Asi parece.

—Dios nos proteja.

—O el diablo, con tal que salgamos adelante con nuestra empresa.

Separáronse, y tomaron por distinto camino.

Un cuarto de hora despues corria camino de Madrid, con la velocidad de una centella, un ginete caballero en una yegua torda.

CAPITULO XXVIII.

De cómo los amigos del baron encontraron lo que buscaban.

El llamado Diego, camarada del ex-capitan, habia regresado de su viage á Madrid renegando de su torpeza, por que no habia acertado con el sencillísimo plan que el page le trazó en pocos minutos.

Este plan, aprobado por el baron, su mayordomo y el señor Pero, era el mas acertado si una persona de habilidad no lo desgraciaba al ponerlo en ejecucion. Pero Diego era mozo de reconocido provecho para casos tales, y rayaba tan alta su habilidad para embaucar á cualquiera, como para dirigir con no comun acierto su puñal al corazan.

Habia en aquellos tiempos en la antiquísima ciudad de Segovia y en una estraviada callejuela sin salida un panadero que,

si no era tan antiguo como la noble ciudad, contaba por lo menos mas años de amasadores servicios que ningun otro de su profesion.

Era el tal panadero hombre de carácter franco, no poco amante de los escudos de buena ley, y mas aficionado á vaciar una botella de la Mancha que á cuidar del buen punto de la levadura. Llamábase Juan, y el nombre le cuadraba, si tenemos en cuenta que su carísima mitad, muger de arisco genio y asaz descontentadiza, entrometíase en todos los asuntos del establecimiento, y á fuerza de gritos é insoportable charlatanería, hacia dominar su opinion, en cuanto á las *reglas fijas*, palabras testuales, que debian observarse para atraer parroquianos y acrecentar las ganancias de su industria.

Juan era obeso hasta el punto de que su enorme barriga no le permitia llegar con las manos al mostrador, sopena de ocultar antes aquella debajo de este. Damiana, su muger, era por el contrario flaca hasta la exageracion.

Esta reñia constantemente con su marido para convencerlo de que los panes debian colocarse en forma piramidal sobre las tablas ó vasales de la tienda, y el panadero sostenia que puesto qne todos los vecinos de Segovia tenian necesidad de comer, lo mismo le comprarian su pan amontonado en desórden, que colocados artísticamente en forma de pirámide.

—Eres un animal, decia en cierta mañana, la misma en que Diego volviera de la córte, la panadera á su marido. Sábete que influye mucho el buen aspecto de la tienda, por que hay gran número de personas cuya estravagancia los hace caprichosos hasta el punto de comer mas bien con los ojos que con la boca. Pero tú no eres capaz de comprender esto, por que no has nacido sino para cómer y dormir.

—No lograrás convencerme, le contestaba su marido encasquetándose hasta el cogote su gorro blanco y arreglándose su blanquísimo delantal.

—Como he de convencerte, si eres demasiado bestia para comprender lo que te digo. Vete á la trastienda y déjame sola,

que ya verás si en poco tiempo no queda un solo pan en los vasales.

—Muger, arréglalo todo como quieras, pero déjame en el mostrador, por que hoy justamente deben venir á arreglar sus cuentas los que toman al fiado, y necesito estar aqui.

Damiana, no satisfecha con la contestacion de su marido, enfurecióse y suspendiendo la colocacion piramidal de los panes, replicó:

—¿Te parece que no sé lo que importan las cuentas del fiado? A fé á fé que he revisado las cañas mas de una vez al dia.

—¿Por ventura intento yo ocultarte los ingresos del establecimiento?

Y al pronunciar la palabra ingresos, se dió cierta importancia el bueno de Juan.

—Déjate de palabrotas de licenciado, que nada tienen que ver los ingredientes con los ducados que nos han de entregar los que comen todo el mes á costa de nuestro bolsillo.

—Está visto que las mugeres para nada sirven, replicó el panadero. Cuida de la limpieza de nuestros hijos, y déjame á mi el cuidado de los intereses de la casa.

—Me voy por no verte ni oirte, bestia, porque si proseguimos, no sé si tendré calma para no aplastarte las narices con un pan. ¿A quién debes las ganancias del establecimiento? ¿Quién si no yo aplacaba la furia de los corchetes cuando encontraban falto el pan?

Juan arregló nuevamente su delantal y su gorro, y exhalando un suspiro, exclamó:

—¡Ay, muger ó diablo! mas hubiera querido pagar cien multas, que aplacar la furia de los alguaciles con la dulzura de tus ojos.

Damiana mostró á su marido sus uñas amenazadoras, y replicó con destemplado acento:

—Villano, menguado, malandrin ¿dudas de mi virtud?

—De lo que dudo es de mi paciencia en ciertos casos.

—Mas vale no escucharte.

—¿Me dejarás?

Los gritos de un chiquillo interrumpieron aquella escena.

—Periquito llora, repuso el panadero.

—A tal padre tal hijo.

Y maldiciendo su suerte y su torpeza por haber desechado en su juventud las proposiciones de casamiento que le ofrecia un fabricante de monteras toledano, fuese en busca de su hijo.

—Gracias á Dios, murmuró el panadero, que ese demonio de muger, condenacion de mi alma, me ha dejado en paz. Bienaventurados los viudos, y mas aun los que no conocieron el matrimonio.

Limpió Juan el mostrador de su tienda, y restregándose las manos, disponíase á sentarse en un taburete de encina, cuando en la puerta de la calle apareció un hombre como de treinta años, de rostro enjuto, mirada picaresca, vestido decentemente, aunque á lo mas podia tenérsele por un higalgo pobre.

—¿Cuántos panes quereis? le preguntó Juan.

—Muchos si á mi gusto los amasais.

—No es vanidad, señor hidalgo; pero si vuesa merced toma lenguas, se convencerá de que en todo Segovia son mis panes los de mejor peso y mejor harina.

—El peso no me importa, ni la calidad tampoco; pero tengo ciertos caprichos que difícilmente me satisfacen, aunque los pago con largueza, y por eso os digo que seré buen parroquiano si me dais gusto.

En esto echóse el recien llegado de pechos en el mostrador, y haciendo seña á Juan para que se acercase, le dijo con tentador acento:

—¿Os amargarian cincuenta escudos?

El panadero abrió estremadamente los ojos, y una sonrisa espansiva dilató el perfil de su boca.

—¡Diablo! contestó; ¡cincuenta escudos en tiempos como los que atravesamos son un caudal!

—Vos, prosiguió el desconocido, no tendreis inconveniente en

hacerme un pan cada dia, tal y como yo os diga como lo quiero, si por él os doy el valor de treinta.

El panadero abrió la boca, y mirando á su interlocutor como para averiguar si trataba con un hombre falto de juicio, replicóle:

—No sé lo que he de contestar á vuesa merced, señor hidalgo, sin duda por que soy muy torpe en comprender vuestras palabras.

—Pero no sereis torpe para destapar una botella y destrozar un cabrito en un decir amen.

Juan quedó mas confuso.

El recien llegado continuó:

—Os digo esto por que ciertos negocios se tratan mejor cuando mano á mano se trasiega un buen jarro de vino.

El panadero, como quien adivina la mas escondida idea, replicó:

—Señor idalgo, nada mas me digais. Tengo mi tienda para ganar mi vida honradamente. Venis á proponerme un negocio sin duda de mucha importancia, y que requiere la mas prudente reserva.

—Noticias tenia de vuestra sagacidad, pero no en tanto grado, repuso el desconocido con cierta ironía que para Juan pasó completamente desapercibida.

—Tengo muchos amigos, y creo que os habrán hablado de mí como quien ya me conoce.

—Es decir que no tendreis inconveniente en acompañarme esta noche á la hostería del *Señor San José*, para que hablemos un rato mientras vaciamos un par de botellas y comemos una pierna de carnero.

—¿Inconveniente?... ninguno, señor hidalgo. Todas las noches acostumbro á vaciar una botella en esa misma hostería, á pesar de que mi muger está empeñada en quitarme esta costumbre.

—¿Es decir?....

—Que á las siete me tendreis en la hostería, donde beberemos el mejor vino, por que el tio Pedro me sirve como á su mejor parroquiano.

—No necesito advertiros...

—Basta, no soy tan torpe. Esto es un secreto para todos, y en particular para mi muger que es una bachillera sin igual.

—No sin razon me han dicho que sois el hombre de mas provecho de la ciudad de Segovia.

El panadero compúsose su puntiagudo gorro, y murmuró con aire de importancia:

—Pss... asi, asi; tengo buenos amigos...

—No os hagais el humilde, señor Juan.

—Esta noche acabareis de conocerme.

—Os aguardo, pues.

—No tengo mas que una palabra.

Y efectivamente, el panadero Juan, despues de una borrascosa discusion con su muger, salió de casa á las siete de la noche, y encaminándose á la hostería del *Señor San José*, encontró en ella al que por la mañana tomára por buen hidalgo, y que no era otro que Diego, el camarada del ex-capitan.

—Puntual habeis sido, dijo.

—De tal me precio.

—Bebamos y hablaremos, si asi os place.

—No he venido á otra cosa.

Dos botellas, dos vasos de estaño y una pierna de carnero asada animaron el rostro cándido del panadero, cuyas intenciones eran las de no desperdiciar tan buena ocasion.

A la primera embestida vaciáronse las botellas y desapareció la mitad de la carne. Diego hizo traer mas vino, y con fuerzas ya para sostener la mas animada conversacion, dijo el panadero:

—Vá acabándose nuestra cena, y aun nada hemos hablado del consabido negocio.

—Teneis razon, y mientras acabamos con lo que queda y comemos un pastel que nos están preparando, voy á proponeros lo que os ha de dar tantos escudos como pelos teneis en vuestras barbas.

—Os escucho, contestó Juan á la vez que empinaba su vaso y limpiaba con la lengua su bigote.

—Mirad, repuso Diego poniendo sobre la mesa una bolsa. Aqui hay cincuenta escudos de la mejor ley, y estos son para aquel panadero que quiera amasarme un pan tal y como yo le diga.

—Harina pura de flor...

—Es lo que menos importa.

—Entonces no os comprendo.

—Paciencia.

—Vuelvo á escucharos.

—Al panadero que quiera estos cincuenta escudos, le daré con ellos una lima.

—¡Una lima!...

—Exactamente. Esta, por ejemplo.

Y Diego sacó la mencionada herramienta.

—Por mi parte, repuso Juan, me contento con los cincuenta escudos, porque la lima es herramienta que para nada me hace al caso.

—A mí mucho.

—Esplicaos pues.

—A eso voy.

—¡Magnífico vino! repuso Juan trasegando otro vaso.

—Muy bueno, pero mejores son los cincuenta escudos.

—Porque con ellos se pueden beber muchos vasos.

—Continúo.

—Si, continuad.

—Esta lima debe introducirse en un pan.

—¡Qué capricho!

—Muy raro, pero que pagándolo bien, puede satisfacerse.

—Hasta ahora no veo el negocio que queríais proponerme.

—¿Os parece malo el llevaros consigo esa bolsa que contiene cincuenta escudos?

—Pero algo tendré que hacer para llevármela.

—Poco mas de lo que os he dicho.

—Lo que me habeis dicho...

—No me interrumpais, y lo sabreis todo.

—Cierro mi boca, señor hidalgo, contestó el panadero á la vez que mediaba la segunda botella.

—Es el caso que yo quiero que dentro de uno de vuestros panes pongais esa lima, y que ese pan no lo vendais á nadie sino á la persona que entre en vuestra tienda y os diga: «dadme un pan de los que son mejores por dentro que por fuera.»

Juan examinó de arriba á bajo á su interlocutor, y despues de meditar algunos momentos, le dijo;

—¿Sabeis que me he quedado en ayunas?

—Lo estraño en vuestra sagacidad.

—Qué quereis, esta noche estoy torpe.

—Es muy sencillo. No teneis que hacer otra cosa...

—Mas que introducir la lima en el pan, y venderlo á la persona que me lo pida segun me lo habeis dicho.

—Exactamente.

—Y por eso...

—Os doy ahora cincuenta escudos, y cada dia os darán por un pan un doblon de á ocho, y otros cincuenta escudos cuando el pan lleve lima ú otra cosa cualquiera en su interior.

—¿Y que dirá mi muger cuando me vea hacer esa operacion? ¿No sabeis que es una bachillera de todos los diablos, y que creerá que es un gran misterio lo que no es otra cosa que una estravagancia?

—Vuestra muger no debe saberlo, porque entonces os ganaríais en vez de los cincuenta escudos y del doblon de á ocho, una puñalada

El panadero dió un brinco, y miró con ojos espantados á su interlocutor.

—No os asusteis, le dijo Diego. La puñalada no sería sino en caso de que no obraseis con la debida prudencia; y los cincuenta escudos para premiar vuestro silencio y vuestro tino.

Quedó Juan pensativo por algunos momentos, y luego repuso:

—¿Sabeis que el caso no es tan sencillo como parece?

—La cosa la veo muy fácil.

Volvió á quedar pensativo el cándido panadero, y despues de una larga y profunda meditacion, repuso:

—Es decir, que yo gano los cincuenta escudos con aceptar, y el doblon de á ocho con dar un pan en que vaya introducida esta herramienta.

—Pero ya sabeis que si no cumplis fielmente vuestro compromiso...

—Hacedme el favor, amigo mio, de no repetir lo de la puñalada, porque me estremezco: ya sé que una indiscrecion me costaria la vida.

—¿Aceptais, pues?

—Me decido á todo, contestó Juan.

Y cogiendo la bolsa y la lima guardólas cuidadosamente.

—Ya viene el pastel. Concluyamos nuestra cena, y apuremos este vino al buen éxito del negocio.

Concluyeron con el pastel como habian concluido con la pierna de carnero, y despues que Diego enseñó á Juan la afilada punta de su daga, para que este no olvidase la pena que tenia si era traidor ó poco discreto, separáronse ambos, satisfecho el uno del buen éxito de su empresa, y el otro de haber ganado á tan poca costa cincuenta escudos.

Diego participó al ex-capitan lo que sucedia, pero el buen panadero tuvo el mas escrupuloso cuidado de ocultar á su muger el negocio en que se habia metido.

—Con pocas limas que me den, murmuraba caminando hácia su posada, podré comprar una casa en el mejor barrio de Segovia, y ningun panadero podrá competir conmigo. ¡Y entonces dirá mi muger que soy un bestia, y que para nada sirvo!

CAPITULO XXIX.

Dos brazaletes.

Dejemos á Montigny limar los hierros de su prision, y volvamos al alcázar para saber lo que en él sucedia.

Hallábase la reina en uno de sus aposentos, acompañada de Blanca y del travieso pagecillo, que con un brazalete en la mano parecia escitar vivamente la curiosidad de aquellas.

—Ya estoy bastante impaciente, decia Isabel de Valois á Luis, por que aclares el ponderado enigma que encierra el brazalete.

—Pronto vais á saberlo, señora; pero antes permitidme un desahogo de amor propio, diciendo que preparo al rey y á doña Ana la mas bonita intriga que puede imaginarse.

—Como tuya será, le dijo Blanca; pero ten entendido que no debes emplear tu ingenio y los medios con que cuentas en intri–

gas que solo te proporcionen un momento de diversion, sin provecho alguno.

—Paréceme, señoras, que aun no me conoceis. El chasco que preparo á doña Ana, podrá darnos muy buenos frutos.

—No interrumpas á tu page, dijo Isabel á su doncella, que estoy ansiosa por saber en qué consiste su intriga, y qué parte tiene en ella ese brazalete por el que me ha hecho pagar mil ducados.

La mencionada alhaja tenia un medallon cubierto con pequeños diamantes, y que muy bien podia servir de guardapelo.

—Mi intriga consiste en lo siguiente. Ya sabeis que todos los dias tengo costumbre de introducirme sin ser visto en esta ó en la otra habitacion, por si la casualidad me proporciona hacerme dueño de alguna intriga. Favorecióme la suerte el otro dia, y espiando á doña Ana de Mendoza, oculto tras un tapiz, pude ver que contemplaba un brazalete igual al que os presento. Llamóme la atencion que murmurase ciertas palabras como «mucho adelantaré con esto,» y permanecí en mi escondite por si alguna cosa mas averiguaba. Sin duda habíase empeñado la fortuna en protegerme aquel dia, por que á los pocos momentos trajéronle de parte de su pintor una cajita que contenia un retrato del tamaño de este medallon.

—Y ese retrato era, interrumpió Blanca....

—Del rey, añadió Isabel de Valois á la vez que palidecia.

—Lo habeis acertado, prosiguió el page. Aquel retrato era de S. M. Yo que de todo me propongo sacar partido, pensé el que podia reportar de semejante secreto, y haciendo vestirse con la misma librea del duque de Medinaceli á un hombre de mi confianza, le mandé ir á casa del platero de la princesa, para que le hiciera otro brazalete igual, so pretesto de que su señora no queria ser menos que la de Eboli. Todo salió á medida de mi deseo, y aqui está la alhaja.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ese es mi secreto.

—No para mi ¿es verdad? le preguntó la reina.

—Para todos, por que no quiero que os burleis de mi, si salgo mal con mi empresa.

—¿Eso temes?

—Si, señora, y estoy resuelto á callar.

—¿Y si te mando que me espliques lo que piensas hacer?

El pagecillo miró con picaresca gracia á la reina, y le contestó:

—¿Y vos, señora, que tanto me quereis, me quitariais la ilusion de sorprenderos con el resultado de mi intriga?

—No, si tal empeño tienes; pero siento que hayas escitado mi curiosidad para no dejarla satisfecha.

—Perdonadme, señora, en gracia del leal cariño que os profeso. Y pues la noche se acerca, y tengo que ver al príncipe, permitidme que me retire y que os deje queriendo adivinar lo que tan cuidadosamente os oculto, para que asi no penseis en cosas mas tristes.

—Tienes mi licencia, y perdonado estás en gracia, como tu dices, de tu leal cariño.

Salió el pegecillo, y la reina y Blanca quedaron silenciosas, pensando ya en la intriga de aquel, ya en sus desgraciados amores.

La noche llegó; pasaron las horas, y á una bastante avanzada, es decir, despues de las doce, un bulto cruzó las galerías del alcázar real, subió una estrecha escalera y atravesando un espacioso aposento, tocó un oculto resorte y se internó por una puerta secreta.

Era el pagecillo, que despues de encontrarse en una estrechísima galería de avobedado techo, sacó una linterna de debajo de su capa y caminó silenciosamente.

Largo rato anduvo á lo largo de aquel sombrío callejon por donde apenas cabia una persona, torciendo varias veces á derecha é izquierda, llegó al fin á una escalerilla en estremo pendiente, y por ella bajó con la mayor cautela.

Concluyó de bajar, y siguió adelante por un nuevo pasillo á cuyo estremo, despues de aplicar el oido al negro muro, tocó

un resorte, y abriéndose una puerta, pasó al otro lado despues de ocultar bajo su capa la linterna.

Reinaba en palacio el silencio mas profundo.

La reina se habia retirado temprano; el rey conferenciaba con Ruy Gomez de Silva y el cardenal Espinosa sobre los negocios de Flandes, y la servidumbre real dormía á pierna suelta, escepto la guardia que vigilaba en las puertas de palacio.

Una densa oscuridad rodeó al page cuando hubo traspasado la puertecilla secreta; pero él, habilísimo conocedor de todas las localidades del alcázar, sin ayudarse de su linterna, caminó poco á poco estendiendo hácia adelante uno de sus brazos y paróse al encontrar un tapiz que al levantar cuidadosamente dejó ver una ténue claridad.

Escuchó, pero nada oyó mas que un levísimo ruido como la agitada respiracion de una persona. Entonces inclinó el cuerpo y asomó la cabeza por entre el tapiz, y sin duda debió quedar satisfecho, porque una sonrisa de triunfo vagó en sus lábios.

Como á quien sus pasos causan miedo, así caminó el travieso page, y en breve se encontró en un aposento alumbrado como hemos dicho por una ténue claridad.

Aquel aposento era el dormitorio de doña Ana de Mendoza.

La noble dama, bajo las anchas cortinas de seda carmesí de su riquísimo lecho, descansaba y aun soñaba quizás con alguna intriga horrible.

Contemplóla el diablillo por algunos segundos, y examinando luego rápidamente los muebles todos de la habitacion, fijóse su mirada en un precioso armario de palo santo con incrustados de nacar que habia sobre una mesa de admirable trabajo.

El precioso mueble tenia puesta la llave, y esta circunstancia hizo brillar en los ojos de Luis toda la alegría de que se hallaba poseido.

Dirigióse, pues, al armario, y sin perder un instante, abriólo cuidadosamente, registró con una rápida mirada su interior, y brillaron mas sus ojos al ver una cajita de concha.

—Esta es, murmuró.

Y cogiéndola, sacó de ella un brazalete, y en su lugar puso el mismo que habia escitado la curiosidad de la reina. Ambos eran enteramente iguales.

Cuando hubo concluido esta operacion, volvió á colocar en su sitio la cajita, cerró el armario, y despues de mirar á doña Ana con desden, desapareció tras el tapiz.

Atravesó la habitacion que estaba oscura; llegó á la puerta secreta, y por último internóse nuevamente en el callejon por donde habia venido.

—¡Oh!... murmuró.

Y oprimiéndose el pecho, pareció contar las violentas palpitaciones de su corazon.

Diez minutos despues entraba en el aposento de Blanca, y entregando á esta el brazalete sustraido del armario de la de Eboli, le dijo:

—Tomad, señora, y no olvideis entregar mañana esta alhaja á la reina.

—¿Pero este brazalete?...

—Mirad, repuso el page.

Y levantando la cubierta del medallon, dejó ver un retrato de Felipe II.

—¡Ah! exclamó la doncella. Todo lo comprendo.

—Por ser quien sois os he descubierto este secreto; pero que nada sepa de él nuestra señora, porque quiero sorprenderla.

—Se cumplirá tu deseo.

Como la curiosidad de Blanca estaba satisfecha, pudo aquella noche dormirse muy pronto, pero no así el page que incansable siempre en proseguir sus intrigas, salió nuevamente, sin la linterna ya, y dirigióse por escusado camino á la habitacion del príncipe don Cárlos.

Aguardábale este sin duda, porque á pesar de ser hora tan avanzada de la noche, aun no se habia acostado.

—¿Ya es hora? preguntó el hijo del rey á Luis.

—Si, señor.

—¿Crees que nadie nos observará?

—Don Ruy y el inquisidor están con vuestro padre, y todos duermen en el alcázar.

—Entonces marchemos.

Y ambos, embozados en sus capas, salieron por la puerta secreta que tanto contribuyó á la muerte del marqués de Poza, y recatando el rostro pasaron por delante de los centinelas de la guardia esterior del alcázar y atravesaron, no sin estremecerse por un funesto recuerdo, la plazuela de las reales caballerizas y la calle real de la Almudena.

Tropezando á cada paso, porque en aquella época era el alumbrado público una cosa desconocida, y las aceras y empedrados cosa ni aun pensada, llegaron al cabo de un cuarto de hora á un estrecho callejon, sanos y salvos, á pesar de lo peligroso que era entonces atravesar á tales horas las calles de Madrid.

No sin algun trabajo y en fuerza de tentar las paredes, encontraron un postigo en el que Luis dió con la empuñadura de su daga un golpe, y luego tres muy precipitados.

A aquel llamamiento respondieron iguales golpes por la opuesta parte; y tosiendo entonces tres veces el pagecillo, la puerta se abrió.

—¿Qué buscais? dijo una voz desde adentro.

—Buscamos y encontraremos, respondió el page.

—Entrad, repuso la voz.

Y entraron, y cerróse el postigo, y todo volvió á quedar en silencio.

Y como la escena que vamos á referir es de distinto género que las anteriores, el lector nos permitirá que dejando aquí este capítulo, comencemos otro de no menos interés.

CAPITULO XXX.

Siguen trabajando los amigos del baron.

A oscuras y guiados por el hombre que habia abierto la puerta, el príncipe y el page siguieron un pasillo resbaladizo, y subiendo una estrecha escalera se encontraron en una habitacion sin mas muebles que un banquillo estropeado, una mesa viejísima y una mala cama.

Una lámpara de hierro alumbraba escasamente la sombría habitacion, en la que habia seis hombres de mala catadura acomodados en los muebles de que hemos hecho mencion.

Ni don Cárlos ni Luis se descubrieron el rostro al entrar, ni los que allí estaban hicieron mas que mirarlos con indiferencia, ni mas ni menos que si se tratase de la visita de dos camaradas suyos.

Despues de algunos momentos de silencio, el hombre que habia guiado á nuestros amigos dijo á los otros:

—Estos son los señores que han de pagaros, y aquí los teneis para recibir de su mano la recompensa, ya que de la mia no habeis querido porque yo no os inspiraba bastante confianza, y porque las instrucciones dadas por mí no las queríais obedecer.

—Así me place, contestó uno que estaba sentado en la mesa. Primeramente no hemos querido recibir dinero de tu mano, porque si te daban veinte, no nos hubieses entregado mas que diez; y segundo, porque si se desgraciaba el negocio, se hubiese luego dicho que era por falta de haber seguido con exactitud las órdenes dadas, ó por haberse trocado estas.

—Si no teníais otros inconvenientes, contestó el príncipe, todo quedará arreglado.

—¿Y quién sois vos? repuso otro.

—¿Qué os importa? añadió don Cárlos; os pago bien, y si mis monedas son de buena ley, lo demás os es indiferente.

—Tiene razon. Páguenos, diga lo que tenemos que hacer, y sea quien fuere.

El príncipe, siempre cuidadoso de no descubrir el semblante, sacó un bolsillo de terciopelo negro, vacióle sobre la mesa, y á la luz de la lámpara brilló un monton de escudos de oro.

Todas las miradas se fijaron ávidamente en el codiciado metal.

—Doscientos escudos, dijo don Cárlos. ¿Estais contentos?

—¿Qué hay que hacer? preguntó uno.

—Ir á Segovia y obedecer ciegamente las órdenes del señor Pero Leon. Se trata de procurar la libertad á un preso, y vosotros, á costa de vuestra vida tendreis que protejerle, hasta que llegue al punto en que no necesite vuestra ayuda.

—¿Y ese preso?...

—Es un hombre cualquiera, y esto tampoco os importa. Está preso en el alcázar, y una noche, todavía no sabemos cual, se descolgará por una ventana y montará en un caballo que ya le tendreis prevenido. Lo seguís, y de trecho en trecho encontrareis

nuevas cabalgaduras de refresco; y así caminareis hasta llegar al punto á donde debe dirigirse. Si por desgracia os sorprendiesen teneis que pelear, aun cuando sea contra fuerzas triples, hasta morir ó salvar al fugitivo. Si cumplis con vuestra obligacion y llevais á cabo la empresa felizmente, se os entregarán quinientos escudos mas. Si sois traidores, peor para vosotros, porque sois no mas que seis, y os vigilan doce.

—¿Nada mas tenemos que hacer?

—Nada mas.

—¿Y si ese preso no llegára á fugarse?

—Entonces estais libres de vuestro compromiso, y gastais á mi salud esos doscientos escudos.

Aquellos hombres parecieron consultarse con la mirada, y despues de algunos momentos de silencio, el que habia hablado primero dijo:

—¿Y quién á de buscar los caballos?

—Ya los encontrareis. En eso nada teneis que hacer. Os repito que solo se trata de acompañar en cierto viaje á una persona, y morir en su defensa si así es necesario.

—¿Y qué garantía tenemos de los quinientos escudos que se nos han de dar al concluir el negocio?

—La misma persona á quien acompañareis. Ella os los entregará al concluir el viage, y antes de salir de tierra de España. Si no cumple con vosotros, os será muy fácil tomar la venganza, entregando al fugitivo á la justicia.

Volvieron á consultarse aquellos hombres, y luego digeron:

—¿Cuándo hemos de marchar?

—Esta misma noche, por que mañana os habeis de presentar á vuestro camarada Diego para que os dé las órdenes que reciba del señor Pero Leon.

—Corriente.

Y uno tras otro, despues de haberse repartido los doscientos escudos, salieron de la casa.

Entonces el príncipe, descubriéndose el rostro, preguntó al que les habia abierto la puerta:

—Ya que hemos quedado solos, dí las últimas noticias que se hayan recibido de Segovia.

—Señor, media hora antes de que llegase V. A. ha estado aqui el mismo Diego.

—¿Ocurre alguna mala novedad? preguntó don Cárlos precipitadamente.

—Al contrario, señor, todo sale á pedir de boca, y si él mismo ha venido, es por que en nadie tenia bastante confianza para mandar á decir lo que sucedia.

—Esplícate.

—El señor baron recibirá una lima, una escala de cuerda y cuanto necesite para su fuga, dentro de los panes que le lleven para su comida.

—Magnífico, exclamó don Cárlos frotándose las manos alegremente.

—Los panes los recogerá el mayordomo del señor baron diariamente, y por este medio podremos mandarle avisos y cuantas instrucciones sean necesarias.

—¿Y dónde está Diego?

—Camino de Segovia.

—¿Tan pronto se ha vuelto?

—Para aguardar á los hombres que debíamos enviarle.

—¿Ha dicho algo de la vigilancia con que guardan al señor baron?

—No tiene mas libertad que la de que le sirvan sus mismos criados; pero estos sufren un escrupuloso registro cada vez que entran en la prision, para ver si llevan á su amo algun papel ó cualquiera otra cosa.

—¿Y cómo recibe entonces las cartas de su familia?

—Si quiere verlas ha de ser permitiendo que antes las abra el alcaide, y por eso cualquiera aviso que se le envie tiene que ir oculto en el pan.

—Ya sabes, repuso don Cárlos, que no puedes salir de aqui ni un solo instante.

—Lo sé, señor.

—Que á nadie has de abrir la puerta, sino á nosotros; y nada tengo que encargarte para si llegase el caso de que tuvieses que guardar en el subterráneo á alguna persona.

—Las órdenes de V. A. serán cumplidas, por que paga bien y por que tenemos mucho miedo á los puños del señor Pero Leon.

—Guárdete el cielo, repuso el príncipe.

Y alumbrados por el guardian del casuco, salieron y volvieron á encaminarse hácia el alcázar real.

Mientras tanto los seis hombres que antes hemos visto, corrian en sendos caballos por el camino de Segovia, y á la mañana siguiente á hora no muy avanzada entraban en la ciudad.

Muy poco antes habia llegado tambien el ingenioso Diego, y reunidos todos en un apartado aposento de una taberna, bebieron á la salud del que tan generosamente les pagaba, y recibieron órdenes para llevar á cabo felizmente la fuga del baron de Montigny.

Este entre tanto limaba los hierros de su reja, y á medida que adelantaba en la operacion, animábale la esperanza y desaparecia de su semblante aquella nube de profunda tristeza que parecia consumirlo lentamente.

Todo estaba dispuesto: los hierros de su prision se carcomian con rapidez, y poco faltaba ya para verlos completamente cortados. Aquel dia recibió el baron en el pan una escala de seda, y solo faltaba que llegase un dia de los muchos en que el alcaide no visitase el alcázar, para emprender la fuga por la noche, prévias las instrucciones que debia recibir de la misma manera que la lima y la escala.

CAPITULO XXXI.

Lo que contenian los brazaletes.

Aquella misma noche, á las once poco mas ó menos, Felipe II hizo una visita á su esposa como prueba de su tierno cariño al parecer, pero en realidad para saber si aquella detenia en su cuarto á doña Ana de Mendoza.

Isabel de Valois estaba aun ataviada con el mismo traje y los mismos adornos que le habian servido para recibir á su cuotidiana tertulia.

Llevaba un vestido de seda azul recamado de plata, y en una de sus muñecas brillaba un precioso brazalete, el mismo que el page habia sustraido del armario de la princesa.

Esta habia lucido en la tertulia de aquella noche otro enteramente igual, y esto habia llamado la atencion del rey, por

que el travieso pagecillo se habia permitido decir con su acostumbrada desvergüenza que doña Ana de Mendoza y la reina Isabel tenian el mismo gusto, y que lo que la una deseaba para sí, la otra lo codiciaba tambien.

Con pretesto de alabar la delicada eleccion en trajes y adornos de la reina, examinó su esposo el brazalete y le dijo:

—Si no me engaño, habeis regalado otro igual á la princesa de Eboli:

—No, contestó Isabel, y forzosamente ella lo habrá mandado hacer como el mio, por que ya sabeis que tiene envidia de cuanto yo poseo.

El rey fingió no comprender el doble sentido de estas últimas palabras, muy parecidas á las del page, y repuso:

—Y en verdad que es bonita alhaja.

—Para mi al menos, señor, vale tanto que por ninguna la cambiaria.

—¿En tanta estima teneis esa prenda?

—En tanta señor, que casi, casi, no titubearia en llamarla sagrada para mi.

Miró Felipe á su esposa como si quisiese leer en su semblante el significado de aquellas palabras, y no adivinándolo, dijo:

—Si no os esplicais mas...

—Es muy sencillo, repuso Isabel; lo que este brazalete encierra es naturalmente para mí, cosa que no tiene precio.

—¿Lo que encierra?...

—Mirad, añadió la reina.

Y levantando la tapa del roseton, enseñó á su esposo un retrato.

—Ese... soy yo...

—Ahora comprendereis por qué estimo en tanto esta alhaja.

—Gracias, señora, dijo Felipe á la vez que estampaba un beso en la frente de la reina.

—¿Os he complacido?

—¿Eso me preguntais?

—Ya veis, señor, que vuestra esposa os ama, y que cuando no os vé piensa en vos.

El rey, que solo habia ido á visitar á su esposa para saber si doña Ana se habia retirado ya á su cuarto, turbóse al pensar que en pago de su fingimiento, habia recibido una prueba de cariño verdadero. Y atormentado, aunque no mucho, por la conciencia, pensó en alejarse para ver si la acallaba olvidando.

—Debe ser tarde, dijo mirando un precioso reloj que tenia en frente.

—¿Ya os vais, señor?

—Espero á Ruy Gomez para despachar algunos asuntos de importancia.

—Entonces no os detengais, que primero es la salud del Estado.

El monarca salió, y yendo á su aposento, mandó llamar á Ruy Gomez de Silva.

—Toma, dijo á este cuando hubo llegado. Entérate del contenido de esos pliegos, y haz un apunte de lo mas interesante para que yo pueda despacharlos fácilmente. Voy al cuarto de mi esposa, y pronto volveré; pero si antes hubieses despachado, espérame, porque tengo que encargarte una comision para el cardenal Espinosa.

—Bien, señor.

—No te muevas de aquí, ¿entiendes?

—No me moveré.

Salió el rey de su aposento; pero en vez de dirigirse como habia dicho á don Ruy al de la reina, fuese derecho, y envuelto en su capa, al de doña Ana de Mendoza.

Aguardábale la noble dama sentada en el divan que ya conocemos, y junto al color verde esmeralda de la manga de su vestido, resaltaban los brillantes resplandores de la roseta del brazalete que el page le habia puesto en lugar del que tan hábilmente le robaba.

—En vos pensaba, señor, dijo la princesa fijando en Felipe una mirada ardiente y seductora.

Estremecióse el rey á su pesar.

—Escuso deciros, contestó, que en vos pensaba yo tambien.

Y sentóse junto á doña Ana.

—Estais encantadora, añadió, con ese trage, y teneis el mas delicado gusto para vuestros adornos.

—No soy sola, segun la opinion del page de doña Blanca.

—Ese page, señora, crece mas en picardías que en cuerpo, y al fin me veré obligado á poner coto á sus desvergüenzas.

—Sin duda lo dijo sin malicia. y á cuento de la casualidad de que la reina llevase un brazalete enteramente igual al mio.

—Casualidad, repuso el monarca, que á deciros lo que siento, me llama mucho la atencion.

—Mas á mí, no solamente por la igualdad de la alhaja, sino porque la reina no se ha puesto su brazalete hasta esta noche en que yo me he puesto el mio.

—¿Hace mucho tiempo que lo teneis?

—Mucho, señor; hace mas de tres meses.

—¿Y por qué lo habeis guardado hasta ahora?

—Porque como han dado en decir que el diablo está en palacio, he tenido miedo de que ese supuesto Satanás adivinase lo que mi brazalete contenia. Si esta alhaja no fuese mas que lo que aparenta, como sucede á la que tiene vuestra esposa, entonces...

—¿Acaso no es así?

—No, señor.

—Decís que contiene una cosa...

—¿Quereis verla?

—Sí, habeis picado mi curiosidad.

—Pronto quedará satisfecha, repuso doña Ana.

Y levantando el roseton como lo habia hecho la reina, sonrió á la vez que sus ojos brillaron con la alegría del triunfo que iba á alcanzar con la sorpresa que recibiria el monarca al ver su retrato Empero la sorprendida fuélo ella, al ver que el rey palidecía, y abriendo estremadamente sus ojos, dejó escapar un grito de cólera y no una dulce exclamacion.

—¿Qué os sucede?

—Señora, ¿habeis pensado burlaros de mí?

—¿Qué estais diciendo? replicó la princesa que no acertaba á comprender tan repentino cambio.

—¿Por ventura ignorais lo que encierra ese brazalete?

Doña Ana miró maquinalmente la alhaja, y á su vez escapóse de su boca un grito de espanto.

El brazalete contenia el retrato del príncipe don Cárlos.

—¡Esto es una infame traicion! exclamó la dama.

—No parece, señora, sino que desde el chasco del Escorial, os habeis propuesto burlaros de mí.

La princesa levantó la frente con orgullo, y despues de contemplar con desdeñosa mirada al rey, le dijo con amargura:

—¡Y toda vuestra grandeza sucumbe ante una intriga ruin, obra quizás del último de mis criados!

—Toda mi grandeza, señora, sucumbe ante una persecucion asaz terrible para vos y para mí. ¿Querreis aun hacerme creer que la dama del jardin del Escorial era la reina? ¿Intentareis probarme que es obra de un criado el cambio de vuestro brazalete?

—¿De quién puede ser?

—Ignorais una cosa.

—Sé que tengo un enemigo encarnizado, y esto me basta.

—Pero no sabeis que el brazalete de la reina, encierra mi retrato.

—¿Cómo?

—Acabo de verlo.

Los ojos de la princesa brillaron estraordinariamente. Agitáronse sus miembros á impulsos de la ira, y con voz ahogada exclamó:

—¡Sois un rey débil si no castigais tales ofensas!

—Señora ¿sabeis lo que acabais de decir?

—Si, señor, lo sé, y solo la debilidad puede dejar impune tan grave delito. Sois el juguete de un miserable que se burla de vos como pudiera hacerlo del ente mas despreciable y ridículo

—¿Quién es? ¿dónde está? exclamó el rey poniéndose de pié

y apretando los puños con rabia. ¿He de castigar á una sombra?. Y ni aun eso, por que la mano de mi perseguidor es tan invisible como hábil y tenaz. ¿Quién es ese enemigo? ¿lo conoceis? Nombradlo: dadme una prueba, y antes que salga el sol, vos la tendreis de cómo sabe Felipe de Austria vengar las ofensas.

—Lo conozco, señor.

—¿Y por que me ocultais su nombre?

—Por que no lo castigareis.

—Señora, apurais mi paciencia.

—Os repito que sois débil.

—¡Vive el cielo, doña Ana, que en vos he de descargar mi enojo si os obstinais en callar! Por quien soy que me estais insultando, y mucha es mi paciencia, y mas el amor que os tengo cuando sufro vuestras palabras.

—Si yo os digese, contestó la princesa mientras sus ojos brillaban con feroz alegria; si yo os digese que el original de este retrato es nuestro perseguidor ¿qué harias?

Anublóse el semblante del monarca, y contestó con tono sombrio:

—¿Teneis alguna prueba?

—¿Acaso la necesitais? ¿No hacia vuestro hijo el principal papel en la aventura del Escorial? ¿No lo hace tambien en la fea traicion que nos ocupa? ¿No está la reina mezclada en todo, ya por uno ó por otro concepto? ¿Qué mas quereis? ¿No es bastante lo que ya habeis visto?

—¿Y no es posible tambien que otra persona, de todos enemiga, intente por estos medios hacer castigar delitos que no existen para vengar asi particulares rencores?

—No, por que esa persona, ó habia de ser nuestro enemigo ó el de la reina y el príncipe. Ademas, ya habeis visto que todas sus intrigas dan por resultado frustrar nuestros planes, y salvar á vuestra esposa y á vuestro hijo de peligros como el que corrieron en el Escorial.

—Pero convendreis al fin en que no es mi hijo esa persona, sino otra que lo favorece. Vos no sabeis cual sea; tampoco yo,

y ni puedo castigar á mi esposa por que el príncipe requebraba á una de sus doncellas, ni puedo castigar al príncipe por que vos lleveis su retrato en un brazalete. Dicen que el diablo está en palacio, y en Dios y en mi ánima os confieso que sin ser supersticioso, acabarán por hacérmelo creer asi.

Convencióse doña Ana de Mendoza de que aun no era tiempo de dar el golpe que tenia intentado contra el príncipe; y casi arrepentida de haber ido demasiado lejos, conoció que no debia tratar de otra cosa que de calmar el ánimo del rey.

—Señor, dijo, ya llegará dia en que conozcamos al diablo; pero mientras asi sucede, siento que tan fácilmente consiga sus deseos, y que este último chasco haya concluido por hacer que V. M. pierda la confianza que en mi tenia.

—Doña Ana....

—¡Ay, señor, y cuán caras cuestan las afecciones de esta vida! interrumpió la princesa llevando su pañuelo á los ojos como si enjugase una lágrima.

—¿Os pesa, señora, haber correspondido á mi amor?

—No, ni jamás me pesará, pero pésame, si, de mi fatal estrella.

Volvió el rey á sentarse, y cogiendo entre las suyas una de las manos de la princesa, contestó con dulzura:

—Sois muy cruel, señora. Me atormentais cuando en nada os he ofendido.

—Soy muy desgraciada, señor, repuso la dama cuyos negros ojos se vieron bañados por el llanto.

—No lloreis, señora, que vuestro llanto me abrasa el corazon como si en él cayese convertido en fuego. Acercaos: vuelva la alegría á vuestro semblante, y no gastemos este precioso tiempo sino en amarnos mutuamente.

Doña Ana reclinó su cabeza en el pecho de Felipe II, y exclamó:

—Tengo muchos enemigos, y si vos no me amparais seré víctima de sus infames traiciones.

El corazon del monarca palpitó violentamente: sus brazos

oprimieron la cintura de la dama, y con vehemente tono dijo:

—¿Y quién ha de ofenderos, encanto de mi triste vida, mientras os cubran mi cetro real y mi corona? Si las sombras del misterio ocultan hoy á nuestros enemigos, la luz de la justicia me los mostrará mañana, y cada una de vuestras lágrimas les costará una gota de su sangre. Yo os amo: amadme vos; en nada mas penseis, que por vuestro reposo y felicidad velo yo.

Las megillas de Felipe II se tiñeron de encendida púrpura, y sus ojos brillaron con el fuego de la pasion.

Los de la princesa dejaron escapar una mirada ardiente y de irresistible provocacion.

Un cuarto de hora despues decía el rey, de vuelta en su aposento, á Ruy Gomez de Silva.

—Mañana temprano id á casa del cardenal Espinosa, y decidle que venga. Mejor será que conferenciemos aquí para aclarar de una vez cualquiera duda que pudiera ocurrirse. Vos estareis presente.

—¿Nada mas teneis que ordenarme?

—No, buen príncipe, retírate, que hora es ya de que descanses.

Cuando Ruy Gomez entró en su habitacion, le dijo á su esposa:

—¿Por qué no os habeis acostado?

—He querido esperaros porque hace ya muchos dias que vuestras ocupaciones apenas os permiten consagrarme algunos momentos.

CAPITULO XXXII.

Donde se demuestra que las mugeres son siempre la perdicion de los hombres.

Acercabase la hora en que el noble baron de Montigny debia verse libre ó perdido para siempre.

Eran las ocho de la noche, y el astuto Diego habia averiguado que el alcaide del alcázar saldría al dia siguiente para un pueblecillo cerca de la ciudad; pero esta grata noticia no habia podido comunicarla al señer Pero Leon, y pensaba en escribir un billete á Montigny dándole instrucciones.

El plan era que el baron acabase de limar al siguiente dia los yerros de la reja, y que á la noche, á las doce en punto se descolgase por la ventana. Como hemos oido al príncipe, habria caballos preparados que lo llevasen á Santander, y embarcándose en este punto en una chalupa, pasaria á San Juan de Luz.

Todo estaba dispuesto, y nada faltaba sino dar conocimiento de ello al baron.

Escribió Diego un billete con todos los pormenores necesarios, y encaminándose á la hostería donde acostumbraba cenar acompañado del panadero, entregó á este el papel, recomendándole el mayor cuidado y prometiéndole una buena recompensa si el billete llegaba con tanta felicidad á su destino como la lima y la escala.

Al dia siguiente abrióse la panadería, y Juan y su mnger comenzaron como de costumbre su sempiterna polémica sobre la colocacion de los panes. Pero el bueno del marido, temeroso de que su costilla trocáse en el arreglo el pan que contenia el billete, cedió á todo, y poniendo este en sitio separado, colocó los otros de manera que nada tuvo que oponer su exigente mitad.

Pero el diablo que todo lo enreda, hizo que Juan necesitase entrar en las habitaciones interiores, y que Damiana tuviese la tentacion de perfeccionar la obra de su marido.

Cuando hubo quedado sola, contempló la pirámide y despues de examinarla cuidadosamente, murmnró:

—Sobra un pan, que es el que mi marido ha puesto en aquella tabla. En esto nada tengo que criticarle; pero sí en que habiendo necesidad de separar uno, no hubiese sido este el torcido que justamente ha colocado en la punta del monton. Véase como si yo no perfeccionase lo que acaba de hacer, por cosa tan cencilla quedaría desgraciado su trabajo.

Esto diciendo, Damiana trocó el pan que terminaba el piramidal monton, por el que contenia el billete; y satisfecha ya, cedió el puesto á su marido que en aquel momento volvia para aguardar á que llegase el enviado del camarada Diego.

No se hizo esperar el mayordomo de Montigny, porque muy en breve llegó frotándose las manos y dando á Juan el doblon de costumbre, llevóse el pan que Damiana habia quitado de la parte superior de la pirámide.

—Negocio hecho, dijo el panadero con alegria. Por esta vez

hemos sido tan afortunados como siempre. Mañana seré el menestral mas rico de Segovia.

Echando cuentas del destino que habia de dar al dinero que le habia valido aquel negocio, paseábase de un estremo al otro de la tienda, cuando un soldado, de los que la guardia daban en el alcázar, llegó pidiendo un pan.

—Tomad, amigo mio, y que Dios os dé buena mano, le dijo Juan.

Y entrególe en cambio de no sabemos cuantos maravedises, el pan que la gruñona Damiana habia colocado en la parte superior de la pirámide, y que era el mismo que contenia el billete de Diego.

Esta torpeza debia necesariamente producir un fatal resultado; y asi fué que á las once de la mañana, cuando el soldado en cuestion se dispuso á comer, tropezóse de buenas á primeras con el billete dirigido á Montigny, y leyéndolo, quedó con un palmo de boca abierta.

—¡Voto al demonio, exclamó, y de cuantas astucias se valen los traidores! Pero afortunadamente el hilo de la conspiracion está en manos de un vasallo leal de nuestro católico rey. Bien pudiera valerme una buena recompensa el entregar este papel al mayordomo del preso; pero Dios me libre de semejante tentacion en desservicio S. M.

Luego, decidido á cumplir con su deber, encaminóse al cuarto del capitan de la guardia, á quien encontró solo.

—Mi capitan, le dijo, dentro del alcázar hay traidores.

—¡Traidores!

—Os traigo las pruebas.

—Veamos, repuso el capitan, hombre encanecido en el servicio de las armas y enemigo declarado de los flamencos.

El soldado le entregó el billete.

Leyólo aquel con detencion, y luego dijo:

—Estaba todo muy bien combinado, como cosa de quien trata con Satanas. Habeis prestado un servicio de mucha importancia y casi me atrevo á aseguraros que os valdrá vuestro título de alférez.

Inmediatamente el celoso capitan hizo que un criado del conde de Chinchon partiese á escape, para decirle que un asunto de muchísima importancia hacia urgentísima su vuelta.

A las cuatro de la tarde habia regresado el conde, y despues de conferenciar largamente con el capitan de la guardia, llamó al soldado, y entregándole el billete, le dijo:

—Haced que este papel llegue á manos del preso por medio de su mayordomo. Decidle como lo habeis encontrado, y que doliéndoos de la suerte del baron y para proporcionaros alguna recompensa, lo poneis en sus manos y le prometeis ayuda.

—Me tendrá por un traidor, exclamó el soldado sin decidirse á obedecer.

—El que reconquisteis vuestra honra queda por mi cuenta.

—Pero al menos no me obligueis, señor, á que acepte dinero alguno de esos hereges.

—Haced lo que os digo, tomad lo que os dén, que ya lo devolveremos, y habreis ganado vuestro título de alférez.

El soldado, acostumbrado á obedecer, no opuso mas resistencia y se fué en busca del mayordomo del baron.

Fácil le fué engañar al leal sirviente, de quien recibió algunos escudos, y la promesa de darle muchos mas cuando hubiese partido su señor.

Luego el mayordomo refirió al señor Pero Leon cuanto habia sucedido; pero este como soldado viejo, recelóse alguna emboscada, y aunque no dudó de la autenticidad del billete ni adivinó tampoco el golpe que se preparaba creyó que era muy prudente poner en salvo su persona, que no debia estar segura desde el momento en que el secreto de la evasion habia sido conocido por otras personas que su camarada.

Y en esto anduvo prudente el ex-capitan, por que si traicion habia, no salvaba á Montigny con perderse tambien él, sino que por el contrario se inutilizaba para servirle en adelante, y si no existia la traicion, tampoco trastornaba el proyecto de fuga, puesto que ya todo estaba combinado y arreglado, y con

descolgarse el baron por la ventana aquella noche, nada quedaba que hacer.

Comunicó sus temores al mayordomo, y tambien le hizo observar la circunstancia de la precipitada vuelta del conde, que no debia haberse verificado hasta el siguiente dia.

Estas observaciones fueron hechas por el mayordomo á su señor, pero el desesperado flamenco, convencido de que todo lo que podia sucederle era continuar preso hasta que el rey dispusiese de su vida, dicidióse á poner en práctica las instrucciones del billete, á pesar de hallarse en el alcázar el conde de Chinchon.

Disimuladamente, y aprovechando un momento en que de nadie era observado, salió el señor Pero Leon de la fortaleza antes del anochecer, y se fué en busca de su camarada Diego, á quien no encontró en su posada, porque se hallaba recorriendo los puntos en que tenia apostada su gente.

Así lo pensó, y bien pensado el ex-capitan, pero ocurriósele que no podia seguir buscando á su camarada, porque le sería imposible encontarlo hasta las doce de la noche en los alrededores del alcázar.

Todo eran peligros. El ir á buscarlo á aquella hora era tambien esponerse á ser cogido en el lazo que sin duda tendian á sus compañeros; pero como no era tampoco justo abandonarlos en medio del peligro, decidióse al fin á esperar la llegada de la hora convenida para la fuga y presentarse para probar si su tizona podia al menos salvar á cualquiera de sus amigos.

Así pensando empezó á recorrer las calles de la ciudad, cuando al estremo de una oyó algazara y notó confusion de bastante gente.

—¿Qué sucedera? preguntó á su coleto. Esperemos tras esta esquina, porqne sería imprudencia que un desertor se mezclase entre el bullicio.

Ocultóse, pues, tras una esquina, y á los pocos momentos pasaron algunos corchetes que llevaban preso á un hombre seguido de algunos curiosos y de una muger que gritaba desaforadamente, diciendo:

—Ya no hay justicia. ¿Así se lleva preso sin delito alguno al panadero mas honrado de la ciudad? Dejadlo, malandrines; ó si no os probaré que mis uñas saben sacar los ojos y arrancar las lenguas.

—Sujetad la vuestra y tornad á vuestra casa, le contestó el alguacil, si no quereis que os pongamos una mordaza y os llevemos á un calabozo para que mañana os emplumen por desvergonzada y bachillera.

—¿Mordazas á mí? Ya os lo diré, malos follones, ¿por qué llevais preso á mi marido?

—Preguntadlo al señor alcalde, que á nosotros no nos toca sino obedecer sus órdenes.

Y siguiendo adelante la comitiva, volvió á quedar la calle silenciosa.

El señor Pero Leon no dió importancia alguna á lo que acababa de ver, porque ignoraba que el preso fuese el panadero Juan, y la chillona hija de Eva su muger Damiana, causa inocente de la perdicion de Montigny.

CAPITULO XXXIII.

Cuantos males puede causar una muger.

ERAN las once de la noche.

Dormian casi todos los habitantes de Segovia.

En una de las habitaciones del alcázar hallábase el conde de Chinchon y el capitan de la guardia de la fortaleza, tratando sobre el contenido del billete tan casualmente interceptado aquella mañana.

—Fáltanos solamente, decía el capitan, que podamos echar el guante á los cómplices de Montigny.

—¿Desconfiais? le contestó el conde.

—Me dá mucho que sospechar la desercion de ese soldado, que en mi concepto debia ser un traidor.

—Entonces casi es seguro que han sospechado el juego, y ni el baron se descolgará por la ventana, ni lo aguardará su gente.

—Tal he sospechado.

—Con todo, no hemos de dejar de poner los medios.

—Pienso como vos, señor conde, y espero vuestras órdenes para ejecutarlas.

—En el billete se dice al baron que seis hombres lo acompañarán hasta su llegada á Santander. Por consiguiente, debemos presumir que tendremos que habérnoslas con ocho ó diez por lo menos; pero como estos estarán diseminados para no infundir sospechas, podemos contar con que doce soldados serán suficientes.

—Creo lo mismo que vos.

—Salis, pues, con vuestra gente; y recorriendo todos los alrededores y un trozo del camino marcado al baron, os vais apoderando de ellos y dejando, en lugar de cada uno, otro de nuestros soldados. Despues los traeis bien atados: os volveis al sitio por donde debe descolgarse Montigny, y esperais.

—Perfectamente. Vuestro plan me parece muy bien combinado, y las órdenes que acabais de darme serán fielmente egecutadas.

—Si conseguimos nuestro objeto, habremos adelantado mucho; porque no es lo mismo acusar al baron de su proyecto de fuga sin mas pruebas que el billete, que cogerlo *in fraganti* y sin que tenga la escusa de que un mal intencionado ha querido comprometerlo.

—Me ocurre una cosa.

—Decid cual es.

—Si llevo doce hombres y estos los voy dejando á medida que doy caza á los cómplices del baron, al fin no tendré gente con qué escoltar á los presos.

—Soy muy torpe, señor capitan, y os confieso que no se me habia ocurrido semejante cosa, bien sencilla por cierto. Llevaos veinticuatro soldados, y de este modo aseguraremos mas la empresa.

—Una cosa me falta saber.

—Os la diré con mucho gusto.

—Si el baron, ciego por la desesperacion que debe causarle nuestra sorpresa, intentase resistir? qué debo hacer?

—Contais con bastante gente para sujetarlo.

—Es verdad; pero si vá provisto de algun arma que haya recibido como la lima y debió recibir el billete, puede muy bien acontecer que en el primer ímpetu de su ira y antes de darnos tiempo á nada, intente alguna locura.

—Pues es preciso que obreis de manera que nada de eso pueda suceder.

—Bien, pero yo hablo en el caso de que á pesar de toda mi prevision, suceda contra mi voluntad. Y como al fin el baron no pasa de ser un reo de Estado á quien puede matar el último centinela si lo sorprende en el acto de la fuga, deseo saber si yo á su resistencia puedo oponer un golpe certero.

—No, señor capitan, es preciso que el de Montigny vuelva á entrar en el alcázar sano y salvo.

—No querrá guardarlo el rey, nuestro señor, para darle nuevamente la libertad.

—Y pensais que puede ser lo mismo dictar una sentencia hoy que dentro de un mes? Cuando el rey lo guarda, ordenando que se tengan ciertas consideraciones, ya sabrá lo que se hace. Vos egecutad lo que os tengo mandado, que si salis bien en vuestra empresa yo os recomendaré á S. M.

—Entonces ahora mismo me pongo en marcha.

—Si, será prudente que no perdais mucho tiempo por que ya han dado las once, y á las doce debe echar la escala el baron.

—Antes de esa hora os habré dado aviso de estar egecutadas vuestras órdenes, contestó el capitan.

Luego saludó al alcaide, y reuniendo veinte de sus soldados, salió silenciosamente del alcázar.

La noche era oscura y el cielo estaba cargado de nubes.

Apenas á seis pasos de distancia podia distinguirse una persona.

El capitan seguido de su gente dió una vuelta á todo el alcázar, pero á nadie encontró; y presumiendo que hasta el instante mismo de la fuga no se atreverian á acercarse alli los cómplices del baron, comenzó á caminar alejándose de la fortaleza

y partiendo desde debajo de la ventana de la prision de este.

—Mucho silencio, dijo á sus soldados, y fijad vuestrá atencion por si distinguís algun bulto á derecha ó á izquierda.

Los soldados abrigáronse bien con sus capas, y á medida que avanzaban terreno, dirigian la vista á todos lados por si descubrian á alguna persona.

Poco rato anduvieron, cuando acercándose al cpitan uno de sus subordinados, le dijo en voz baja.

—Me parece que detras de aquel trozo de tapia que hay á nuestra derecha, se ha ocultado un hombre.

—¿Estais seguro?

—No, por que con esta maldita oscuridad apenas pueden verse los dedos de las manos; pero creo no equivocarme.

—¿Uno no mas?

—Que yo haya visto.

—Venid conmigo, y vosotros dos, dijo volviéndose á los soldados que tenia mas cerca.

—¿Aguardamos aqui? preguntó otro.

—Si, aguardad, y estad atentos. Si doy un silvido acudid con las espadas desnudas.

Luego, dirigéndose hácia un sitio en que se levantaba un trozo de muro en medio de las ruinas de un edificio, requirió la espada y escuchó por si percibia algun ruidio.

El relincho de un caballo se dejó oir.

—Hay gente, murmuró el capitan.

Y desnudando el acero, llegó hasta el derruido muro del que le separaba muy poca distancia.

El capitan con el soldado que le habia dado aviso, se presentó por un lado de la tapia mientras que los dos restantes lo hacian por el otro, y al mismo instante dió un silvido por que vió que mas de un hombre y de un caballo se escondian alli.

—Alto, gritó á la vez que su tizona amenazaba atravesar á uno de los sorprendidos.

—¡Traicion! exclamaron estos.

—¡Alto, canalla! exclamó el capitan.

—Veremos de quien es la partida.

Y los tres cómplices de Montigny, por que tres eran, hicieron frente á los cuatro soldados con valor y destreza nada comunes.

Uno de ellos tuvo tiempo para montar en su caballo; pero los otros se vieron obligados á defenderse á pié.

—Entregaos, gritó el capitan.

—¡Antes morir, vive Dios!

—¡Aqui de los mios!

—Bien los necesitas si has de vencernos.

El choque de los aceros, las imprecaciones, los ayes y las amenazas, interrumpieron el silencio de aquella tenebrosa noche.

Todos los soldados que habian salido del alcázar estaban ya al lado de su gefe y acometian á los tres hombres con todo el valor y denuedo que da la seguridad de vencer, contando con tan superioros fuerzas. Sin embargo, aquellos tres hombres peleaban ayudados de su desesperacion, y aun no habian derramado una sola gota de su sangre, cuando habian hecho morder la tierra á dos soldados. Pero el número los sofocaba; reducíanlos por instantes á menos terreno, y naturalmente, á tan crecido número debian sucumbir.

—Cobardes, gritó el que estaba á caballo á la vez que echaba por tierra á uno de sus acometedores.

—Son muchos contra nosotros, le dijo uno de sus camaradas, y al fin moriremos. Tú que estás á caballo, corre y dá aviso á los nuestros para que no los sorprendan.

—Si lo dejamos marchar, gritó el capitan. Al del caballo, soldados; todos á él.

Pero este, obligando á saltar al noble bruto por cima de las cabezas de sus enemigos, y repartiendo innumerables cuchilladas, logró en pocos momentos abrirse paso y alejarse de aquel lugar.

La pelea siguió aun cerca de un cuarto de hora; pero el capitan no logró llevar presos á los cómplices del baron, por que estos, convencidos de que les aguardaba una horca, prefirieron morir matando á sus enemigos.

Volvió á reinar un profundo silencio.



COBÁRDES, GRITÓ EL QUE ESTABA Á CABALLO...

—¡Voto al diablo! exclamó el capitan limpiándose la sangre de una ligera herida que tenia en el brazo izquidrdo. Se han defendido como tígres y han logrado matar á cuatro de los nuestros.

Los soldados, despues de examinar sus cuerpos para ver si estaban heridos, se acercaron á su gefe para recibir órdenes.

—Tengo para mí, dijo este, que es inútil seguir adelante, porque ese miserable que se nos ha escapado habrá dado ya la voz de alarma entre los suyos, y en este instante se encontrarán muy lejos de aquí. Volvámos al alcázar y participemos lo ocurrido al señor alcaide.

Así lo hicieron, y el conde de Chinchon ordenó nuevamente al capitan que fuese á situarse al pié de la ventana de la prision de Montigny.

—¿Qué gente he de llevar?

—Creo que tendreis bastante con tres ó cuatro hombres, puesto que la gente del baron se habrá apresurado á huir. Con todo, y por lo que pueda suceder, mandaré que mientras se concluye este asunto una patrulla recorra los alrededores del alcázar para mayor seguridad.

Mientras esto sucedía, el capitan Pero Leon llegaba al sitío en que habia tenido lugar el combate. Vió seis hombres que yacian en tierra, y aunque la oscuridad no le permitió conocer á ninguno de ellos, adivinó lo que habia sucedido y dijo para sí:

—Todo se ha perdido ¡voto á cien legiones de condenados! Esperar aquí sería comprometerme sin provecho. El baron estará ya encerrado en seguro calabozo, y mejor haré en dar aviso al príncipe que en perder inútilmente el tiempo. Iré á pié hasta el primer punto donde pueda comprar un caballo.

Y diciendo y haciendo, el bravo capitan dirigióse hácia el camino de Madrid, cuando á los pocos pasos encontró un caballo sin ginete, y que era uno de los que tenian sus camaradas.

—El cielo me lo envia, murmuró el capitan.

Acercóse luego al noble bruto, y examinándolo, añadió:

—Es la yegua torda de Diego; la misma que habia prestado

al pobre Anton, que sin duda será uno de los que están tendidos allí.

El señor Pero Leon, dueño ya de una cabalgadura, partió como una centella.

Y mientras él corria, cuatro bultos inmóviles como cuatro estátuas negras se divisaban confusamente cerca del alcázar, por la parte de la torre donde tenia su encierro el baron.

CAPITULO XXXIV.

La fuga.

La vibrante campana del reloj de la catedral anunció la media noche.

No bien el último eco del metálico son se habia perdido repitiéndose en las lejanas cordilleras de montañas, cuando se oyó un silvido cerca de la maciza fortaleza, que como un gigante negro se levantaba en medio de la oscuridad.

Apenas el silvido habia sonado, cuando el baron de Montigny, que se hallaba de pié junto á la reja, puesta la mano en el pecho como para contener las palpitaciones de su corazon, estremecióse repentinamente, y cayendo de hinojos elevó al cielo una mirada suplicante, y exclamó:

—¡Dios mio, tú que desde el cielo ves mi inocencia; tú que

conoces el deber sagrado que me trajo á Castilla; tú que puedes apreciar el tierno cariño que profeso á mi esposa, y el intenso dolor porque es atormentada, protégeme con tu mano poderosa, ya que con tanta fé te adoro!

A la escasa luz de la lámpara que habia sobre la mesa, pudieron verse la palidez del rostro de Montigny y dos gruesas lágrimas que brotaron de sus ojos. El noble caballero, poseido en aquellos supremos instantes de la fé que le inspiraba su misma situacion, cruzó las manos y con tono humilde prosiguió:

—¡Si muero en esta empresa, ampara mi alma, Dios mio, y concédeme un lugar en la mansion de los elegidos! ¡Yo te pido perdon de todos mis pecados: concédemelo, ya que mi arrepentimiento es profundo y verdadera mi contricion! ¡Bendito sea tu nombre, Dios mio! ¡Si es tu voluntad que muera, yo me resigno gustoso y encomiendo á tu cuidado á la virtuosa compañera que gime lejos de mí!

Inclinó el desdichado caballero la cabeza sobre el pecho, y quedó silencioso algunos instantes. Luego enjugó el llanto que bañaba sus pálidas megillas, y levantándose se dirigió á la reja, á la vez que exclamaba:

—¡A muerte ó á vida!

Y su nerviosa mano asió los barrotes de hierro, y los arrancó al primer esfuerzo.

Luego se dirigió á la cama, sacó de entre los colchones una escala de seda, aseguróla á la ventana, y despues que la hubo dejado caer por la parte de afuera, dió un silvido y apagó la luz.

Contestáronle de la parte de afuera, y entonces, santiguándose, trepó por la ventana con el pecho agitado por la emocion que le producía la incertidumbre del resultado de aquella empresa.

Rápidamente, porque era robusto y ágil, bajó por la escala y en pocos segundos puso los pies en tierra.

Al volverse vió cerca de sí á cuatro hombres, y creyendo que eran los enviados del príncipe, les dijo:

—Gracias, amigos mios, no perdamos un instante.

—No lo perderemos, contestó uno de los cuatro.

Y dirigiéndose á los otros, añadió:

—¿A qué aguardais?

Antes que Montigny pudiese comprender que estaba entre sus enemigos, estos se apoderaron de su persona, y sujetándole fuertemente, le dijeron:

—Silencio.

—¡Oh!... exclamó el baron.

—Venid.

—¡Me han vendido! dijo el noble flamenco, y quedó abatido como si hubiese perdido todas sus fuerzas.

Inmediatamente le hicieron entrar en el alcázar, y lo encerraron en otra habitacion mas segura.

El baron quedó solo.

Representósele mas que nunca horrible la muerte que le esperaba y la situacion de su desdichada esposa. Solo, en medio de la oscuridad de su nueva prision, exacerbada su mente por la emocion violenta que habia sufrido al verse sorprendido por los soldados, y perdida ya del todo la esperanza única que antes endulzaba su pesar, sintióse próximo á desfallecer, y buscando á tientas el lecho que le tenian preparado, dejóse caer en él pesadamente.

Dos horas trascurrieron que dos siglos de tormentos horribles parecieron al desdichado baron, y rendido al fin su cuerpo y debilitado su espíritu, un sueño letárgico cerró sus ojos.

¡Horrible sueño!

Tras las realidades tristísimas de aquel aciago dia, fantásticas visiones atormentaron su espíritu. Vió separada de su cuerpo su cabeza: correr su sangre á torrentes, y acudir á devorar su cuerpo los carnívoros buitres. Esqueletos envueltos en anchos sudarios giraban en derredor, iban y venian, cambiaban de forma, y desaparecian al fin para dejar ver un ancho lago de sangre, en medio del cual espiraba su esposa ultrajada y perseguida por innumerables verdugos de rostro feroz. Horriblemente atormentado su espíritu, luchaba desesperado por socorrer á la muger á quien tanto amaba, y viéndola al fin exhalar el último suspiro,

salió de su pecho un grito desgarrador, abrió sus espantados ojos, y los ténues resplandores de la aurora se derramaron sobre su lívido semblante con tanta dulzura cuanta habia sido la violencia con que su horrible ensueño atormentára su espíritu.

Poco á poco á aquel estado de agitacion sucedióse una calma tan triste que hizo brotar de sus ojos abundante llanto.

Las lágrimas parecieron dilatar su pecho, y tranquilo, ó mas bien resignado, recibió una visita del llavero del alcázar que entró á preguntarle si necesitaba alguna cosa

—¿Qué ha sido de mis criados? dijo Montigny.

—Detenidos, señor; pero no mas que detenidos hasta que el rey decida lo que ha de hacerse.

—Decid al señor conde, que como merced especial, le agradeceré que haga presente al rey que mis criados no son criminales por mi conato de fuga, por que ellos no han hecho otra cosa que obedecer mis órdenes; es decir, servirme cumpliendo con su deber.

—¿Nada mas quereis?

—Nada mas.

—Cumpliré vuestro mandato.

CAPITULO XXXV.

Proyecto atrevido.

Cuchicheaban los sirvientes de Felipe II y comentaba cada cual á su placer la noticia que de boca en boca circulaba de haber intentado escaparse de su prision el baron de Montigny.

Eran las ocho de la mañana, y en el despacho que ya conocemos del católico rey, hallábase este decretando algunas comunicaciones.

El cardenal Espinosa entró, y despues de bendecir al monarca, saludó con su acostumbrada sonrisa.

—¿Qué noticias me traeis? preguntó Felipe al inquisidor general.

—Por el contrario, contestó este, yo espero que V. M. me dé con exactitud la que corre de boca en boca.

—Ignoro que haya ninguna nueva digna de mencionarse.

—¿Acaso el flamenco no ha intentado la fuga?

El rey quedó sorprendido y no contestó.

—¿Quién os ha dicho semejante cosa?

—Fué lo primero que supe al entrar en palacio, y nadie lo ignora.

—Señor cardenal, os confieso, que las cosas que suceden en el alcázar hace quince dias, me vuelven loco.

—¿Ignora V. M....?

—Lo ignoro todo, y ese grave acontecimiento de que me hablais, me es completamente desconocido.

—A mi vez confieso que me sorprende la ignorancia de V. M. en este asunto.

—En fin, ¿qué es lo que dicen?

—Que los parciales de Montigny habian conseguido enviarle una lima y una escala dentro del pan, y que todo estaba pronto para su fuga, que se hubiera efectuado, á no haber hecho la casualidad que se interceptase un billete en que se daban instrucciones á Montigny. Todo esto con los menores detalles.

—Señor cardenal, mi paciencia se apura y mi justicia será terrible. ¿Con que he de ser yo el último que sepa lo que sucede en mi reino, aun tratándose de negocios de tanta importancia?

—Comprendo, señor, que os disguste el ser el último en tener noticias de ciertas cosas; pero en la de que tratamos nada tiene de particular que suceda asi, porque los cómplices del baron serán los que hayan estendido la noticia, despues de llegar huyendo á la córte. Por mi parte os confieso que todo lo perdono, cón tal que sea verdad lo que se cuenta.

—¿Lo teneis por favorable acontecimiento?

—Y mucho, porque asi podrá V. M. hacer que se vigile mas rigorosamente al baron, que antes de ser acusado defiende su causa huyendo.

El rey quedó pensativo, y el cardenal prosiguió:

—No hay duda que el flamenco cuenta con aliados poderosos cerca de V. M., y descubrir quienes son estos, debe ser vuestro primer cuidado.

—¿De quién sospechais? preguntó el rey.

—Ya sabe V. M. que yo nunca sospecho de nadie, y esto mismo me sucedió con el marqués de Bergen, sobre cuya culpabilidad nada quise decir hasta que puse en manos de V. M. su correspondencia.

—¿Es decir, que si yo os hiciese nuevas indicaciones, averiguariais, quizás con buen éxito?

—Puede ser.

—Sospecho de una persona, cuyo nombre no quiero que se pronuncie mezclado con la traicion; y si vos tuvieseis medios de hacer vuestras averiguaciones sin que nadie, absolutamente nadie llegase á entender que yo abrigo semejantes sospechas, yo os diria ese nombre.

—Tal vez me sea posible complacer á V. M. En cuanto á la reserva, hablais con un sacerdote y esto solo debe tranquilizaros.

Felipe II quedó silencioso por algunos instantes, como si no estuviese aun decidido á manifestar lo que pensaba. Pero al fin, haciendo un esfuerzo é impulsado por la necesidad que tenia de correr el misterioso velo que ocultaba á sus enemigos, contestó:

—La juventud mal aconsejada fácilmente se estravia, y temo, señor cardenal, que tocando esos resortes que enardecen el espíritu y ofuscan la razon de los que no tienen esperiencia del mundo, hayan los enemigos del Estado y de la religion arrastrado á mi hijo don Cárlos á los bordes de un precipicio, en el cual caería fácilmente si mi prevision y mi energía no evitasen su perdicion.

—Pienso exactamente como V. M., repuso el inquisidor.

—Mucho me place que esteis de acuerdo conmigo, porque esto me tranquiliza en cuanto al temor que yo pudiera tener de ser demasiado ligero en mis sospechas.

—Ruego á V. M. que prosiga.

—Nada tengo que añadir, sino deciros que desearia saber si el príncipe protege á Montigny hasta el punto de haber tenido parte en la intentada fuga de este.

—Veremos, veremos.

—Si desgraciadamente fuese así, os ruego, señor cardenal, que esto sea un secreto para todo el mundo, sin perjuicio de que me sirva de gobierno para evitar la completa perdicion de mi hijo.

—De manera que si yo os presento una prueba de que el príncipe protege decididamente al baron, V. M. entonces...

—Castigaré á don Cárlos de Austria, interrumpió severamente Felipe II.

—Yo imploro en su nombre vuestra clemencia.

—No os anticipeis, señor cardenal.

Tras estas palabras siguióse todavía una larga conversacion sobre los negocios de Flandes, y á las once de la mañana llegó un correo de Segovia con la noticia que ya para nadie era una novedad.

—No me queda ya duda, dijo á solas Felipe II, de que mi hijo conspira decididamente contra mí. ¡Cuánto sufro, Dios mio, luchando entre mi deber de rey y mi amor de padre!

Entre tanto el príncipe estaba de muy mal humor por lo acontecido en Segovia, y juraba vengarse cruelmente de sus enemigos.

No habia quedado tampoco muy complacido el page de Blanca, y meditaba hacer pagar al rey la torpeza del panadero.

Despues de dar mil vueltas en su caletre á cien diabólicos proyectos, el travieso Luis encaminóse á la habitacion de la reina, y sabiendo que se hallaba sola pidió licencia para entrar.

Otorgósela Isabel y recibiólo con su acostumbrada benevolencia y cariño.

—¿Qué te trae á estas horas por aquí?

—Ya sabeis, señora, lo ocurrido al desdichado baron, que al fin será víctima de la justicia del rey. Ni vos, ni el príncipe, ni yo, ni ninguno de los que nos son adictos se escaparán de su enojo, escitado mas y mas por doña Ana de Mendoza. Es preciso, pues, terminar estos enredos, y ya que la intriga de la pulsera no fué bastante para que S. M. abandonase ese estravío...

—Cuidado, buen page, que el rey es mi esposo.

No turbaron estas palabras á Luis, que prosiguió acaloradamente:

—Pues bien, señora, vuestro esposo os falta y es preciso que vos os pongais entre él y su querida para defender vuestra dignidad de esposa y evitar vuestra ruina de soberana.

La reina clavó una penetrante mirada en el page, y turbada, ya por la audacia de este, ya por sus celos, no pudo contestar.

—¿Callais, señora?

—¿No adivinas que estás desgarrándome el corazon?

—No se remedian grandes males sin grandes esfuerzos. A las doce de esta noche irá el rey á visitar á la princesa.

—¿Y qué he de hacer? ¿Acaso pretendes que, olvidando mi dignidad de reina, siga los pasos de mi esposo para atajarle en su camino?

—Pretendo que en vez de doña Ana, os encuentre á vos, para ver si la vergüenza puede en él mas que la criminal pasion que lo tiene cegado.

Isabel de Valois miró al pagecillo largo rato, y pintóse en su semblante la admiracion que le causaba la atrevida proposicion de este.

—¡Que me encuentre en lugar de la princesa! murmuró.

—Exactamente, señora.

—¿Estás loco?

—¿Os parece locura un plan sencillísimo y que fácilmente se lleva á cabo?

—Me considero muy torpe junto á tí.

—Decidme si estais decidida á que esta noche, cuando el rey busque á doña Ana os encuentre á vos, y dejadme obrar, que todo saldrá á medida de nuestro deseo.

—¿Has pensado las trascendentales consecuencias que puede tener un paso de esa especie?

—Lo he pensado todo.

—¿Y si puede mas en el rey la cólera que la vergüenza?

—¿Teneis miedo á su enojo?

—Tengo miedo á que solo produzca lo que me propones, una acalorada escena.

—Acalorada será en verdad al principio, como lo fué la que

provocó el sombrero de Ruy Gomez; pero al fin creo que se conseguirá nuestro deseo. ¿Qué podrá el rey ante vos, pura y sin mancha, él, acusado por su conciencia?

—¿Y con qué medios cuentas para llevar á cabo tu plan?

—¿Estais decidida?

Meditó Isabel por largo rato, y como si intentase sacudir un pesado sueño, levantó la cabeza, movióla y contestó:

—Si.

—Pues esta noche yo vendré á buscaros.

Para decidirse la reina á aceptar lo que el page le proponia, tuvo que sostener una lucha terrible entre su dignidad de reina y su amor propio de muger. No estaba en su caracter dulce, pacífico y franco el intentar semejante intriga, pero obligábanla por una parte los celos de esposa ofendida, y por otra su deseo de acabar con la influencia que doña Ana de Mendoza ejercía sobre su esposo. Empero á pesar de estas consideraciones, costóle un inmenso sacrificio rebajarse hasta la pequeñez de sus vasallos, cuyas armas, en toda clase de luchas, no eran otras que la intriga.

—¿Sabes, le dijo al pagecillo, que si das un golpe en falso puedes comprometerme hasta el punto de que me pierda para siempre?

—Yo os juro, señora, poneros en la habitacion de doña Ana de Mendoza, y que el rey os encuentre allí.

—Bien, á todo estoy decidida. En ti confio: no olvides que en tus manos está la felicidad de la reina.

—Tened confianza en mí, contestó el page.

Y esto diciendo, se despidió de Isabel de Valois y pasó el resto del dia pensando como llevar á cabo su atrevida y peligrosa intriga.

Cuando llegó la noche y la hora de las diez, el travieso Luis envolvióse en su capa y salió á la calle.

Un cuarto de hora despues se encontraba en el miserable casuco donde ya le hemos visto con el príncipe y con los seis hombres que habian de acompañar á Montigny en su fuga.

En él encontró al mismo hombre que en la ocasion pasada les abrió la puerta, y á Diego con él, ambos entretenidos en vaciar un par de botellas y en comer un conejo con salsa de ajo y cebolla.

—¿Tenemos negocio? preguntó Diego al pagecillo.

—Y mas peliagudo, contestó este, que el de la escapatoria de Montigny.

—¿De qué se trata?

—De venir conmigo, introducirse en una habitacion y sorprender á una muger de la manera que yo os diga.

—¿Estorba?

—Por un rato.

—¿Y quereis, repuso el otro con feroz sonrisa que se quite de en medio?

—Por dos horas no mas. Luego es preciso dejarla en libertad.

—¿Vive en barrio muy apartado?

—En el alcázar, contestó el page.

Diego y su camarada dieron un brinco como si hubiesen sentido la picada de una abispa.

—¿En el alcázar? exclamaron. ¿Estais loco, señor page?

—¿Teneis miedo, señores fanfarrones?

—¡Miedo nosotros, voto á Satanas! No lo conocemos; pero el alcázar es un lugar tan respetable como la Inquisicion.

—¿Qué os arredra?

—Los mil ojos que pueden vernos, y la horca donde pueden colgarnos. A fé, á fé, que el rey tiene mas espías á su alrededor, que pelos en su cabeza.

—Nadie os verá entrar, y si el miedo no os hace torpes, todo quedará concluido sin que la tierra lo sienta. Cincuenta escudos por este negocio. Si acomoda, andando; y si no, hombres hay en la villa capaces de mucho mas.

—¿Qué hacemos? preguntó Diego á su camarada.

—Por mi parte estoy corriente. No puede sucedernos otra cosa sino que nos ahorquen y luego nos descuarticen, y como en esto hemos de venir á parar, poco importa que sea antes ó despues.

—En poco estimas tu pellejo.
—En nada; bastante ha servido.
—Decidios pronto.
—Estamos decididos.
—Entonces seguidme, y no olvideis traeros una mordaza para que la dama en cuestion no grite.

Media hora despues, el page, acompañado de aquellos dos hombres, entraba en el alcázar por un postigo que abrió con una de las llaves de su tesoro.

Atravesaron un sótano, subieron una estrecha escalera, y al final de un pasillo abrió el page una puerta secreta, y como tres fantasmas que se filtran por los muros, asi desaparecieron sin hacer el menor ruido.

CAPITULO XXXVI.

Del buen uso que el page sabia hacer de su tesoro.

Las once y media serian cuando doña Ana de Mendoza, acabando de entrar en su aposento y arreglando al tocador su rico trage, sentóse en un ancho sillon, é inclinando sobre el pecho su cabeza, quedó pensativa.

Largo rato pasó de aquella manera, y embebida cada vez mas en sus pensamientos nada vió de cuanto la rodeaba.

Aquella noche habia hablado con el cardenal Espinosa. Este habia puesto en su noticia parte de la conversacion que tuviera con el rey, y la dama y el Inquisidor debian verse al siguiente dia para tratar de sorprender los papeles del principe don Cárlos. Revolvia doña Ana en su cabeza proyectos mil que absorvian completamente su atencion.

Colocada delante de una chimenea cuyos resplandores hacian aparecer encendido su semblante, daba la espalda á una puerta cubierta con grueso tapiz, que se movió ligeramente como agitado por una ráfaga de viento.

Esto no produjo ningun ruido, y por consiguiente nada pudo notar la noble dama.

Algunos momentos despues, volvió á moverse el tapiz; pero entonces levantóse cuidadosamente, un hombre apareció y otro tras él.

Examinaron la habitacion; se convencieron de que la princesa estaba sola, y favorecidos por la casualidad de que se hallaba de espaldas á la puerta, adelantaron descalzos, el uno con la mordaza y el otro con un pañuelo doblado en forma de benda.

Conteniendo la respiracion, fija su penetrante mirada en la querida del rey como el tigre que acecha su presa, aquellos dos hombres llegaron hasta el mismo respaldo del sillon de doña Ana, y el uno por un lado y el otro por otro, arrojáronse repentinamente sobre ella, y sujetándola le taparon la boca y le amenazaron con sus puñales.

La princesa quiso exhalar un grito y no pudo: intentó huir y estorbáronselo las manos hercúleas de aquellos hombres en quienes habrán conocido nuestros lectores á Diego y su camarada.

—Silencio, señora, dijo este. No os movais, porque vuestros esfuerzos serán inútiles. Si gritais, antes de que la voz haya salido de vuestra boca tendreis dentro del corazon un puñal.

Y aplicando la mordaza á los lábios de la princesa, prosiguió:

—Esto es preciso por vuestro bien, porque asi evitaremos el mataros si cometeis la tonteria de pedir socorro.

Doña Ana miró con espanto á aquellos dos hombres, y pareciendo convencida de las razones que acababa de escuchar, dejó que le pusiesen la mordaza.

—¿Nos seguireis de buen grado, ó tendremos que llevaros por fuerza?



¡SILENCIO SEÑORA!

Doña Ana contestó afirmativamente con un moviento de cabeza.

—Venid pues.

Y vendándola antes los ojos, la guiaron hácia la misma puerta por donde habian venido.

Entonces apareció el page con una linterna, y lo siguieron silenciosamante.

La de Eboli obedecia como una máquina. Su sorpresa habia sido tal, que casi trastornada su razon, no solo no podia darse cuenta de lo que le sucedia, sino que le parecia un sueño.

Sin ninguna dificultad llegaron á la puerta secreta por donde ya vimos en otra ocasion entrar al pagecillo, y abriéndola este, siguieron el estrecho callejon, subieron la pendiente escalera, y una vez en el reducido aposento que tambien conocemos, dejó Luis en el suelo la linterna y dijo al oido á Diego:

—No le quiteis el pañuelo de los ojos hasta que yo vuelva á venir, y me aleje con una dama que me acompañará.

Y luego desapareció.

Un cuarto de hora despues, el travieso Luis acompañado de la reina, que cuidadosamente ocultaba su rostro con un ancho manto, entró nuevamente en la habitacion y pasó sin detenerse.

Por el camino que antes habia seguido doña Ana llegaron al dormitorio de esta, y una vez alli, Luis dijo á Isabel de Valois:

—Conoceis este aposento y los que le siguen, y sabeis tambien por las señas que os he dado el sitio en que la princesa acostumbra á recibir al rey.

Y sin esperar contestacion, dejó sola á la desgraciada Isabel.

Esta echó atras su manto, y á la luz de la lámpara vióse su rostro lívido como el de un cadáver, descompuestas sus facciones y estraviadas sus miradas como si la fiebre trastornase su cabeza.

Tornáronse sus espantados ojos acá y acullá, pero al fijarse en el riquísimo lecho de doña Ana, estremecióse todo su cuerpo y murmuró con acento ahogado:

—Manchado.... y yo aqui.. . yo en su lugar.... ¡oh!

Luego separó la vista de aquel punto, y con vacilantes pasos salió á la inmediata habitacion, y como desfallecida dejóse caer en el rico divan que ya conocen nuestros lectores. Empero instantáneamente y como si aquel asiento fuese de hierro candente, púsose en pie de un brinco, y exclamó:

—¡Oh!.... aqui.... no, no.... me abrasa....

Sus megillas aparecieron rojas como el carmin: corrió por su frente abundante y frio sudor, y con la mirada fija en el divan como si en él encontrase su deshonra, exclamó:

—Y ha sido aqui, aqui donde la esposa adúltera ha recibido en sus bra.... ¡oh!.... estas palabras abrasan mi lengua.... ¡Dios mio!

Pasó sus crispadas manos por la abrasada frente; no pudo proseguir porque sus lábios estaban tan secos que no le permitian hablar.

Púsose las manos sobre el pecho, oprimiólo con violencia, y pasados algunos instantes dijo:

—Hé ahí la dura ley del egoismo. Yo me casé sin amar al hombre á quien me entregaban: sacrifiqué mi reposo, la paz de mi alma por la de mi querido pueblo; torné en negra noche el sol de mis ilusiones de amor, anteponiendo mis deberes á mis afecciones; mi desgracia, mi eterno llanto y un horrible porvenir de tormentos, sellaron la paz que debia economizar á mi patria las preciosas vidas de sus hijos. Todo esto lo hice poseida de una abnegacion que yo sola conozco. Lucho noche y dia entre mi pasion y mi virtud, y si esta llegára á sucumbir ante el poder de la otra, mi esposo, con la autoridad inexorable de sus sagrados derechos, me llamaria adúltera y descargaria sobre mi cabeza todo el rigor de su justicia, toda su venganza. Y yo que al unirme á él, me encontré con un esposo enamorado, de severa rectitud, perseguidor incansable del estravío, y que su real palabra me juró ante el altar serme enteramente fiel, yo no tengo derecho para hacerme justicia, para satisfacer mi venganza. Mi liviandad arrancaria de los lábios de mi esposo una terrible sentencia contra mí; su debilidad no concederia á nadie derecho

para que lo sentenciase. Ante su conciencia no le faltarán razones con que atenuar su amoroso perjurio, y obtener un perdon que á mí me negaría, porque en igualdad de circunstancias, el perjurio por mi parte sería por él considerado como crímen que con nada puede borrarse, que con nada puede atenuarse, y cuyo perdon sería pernicioso ejemplo, causa de otras liviandades. ¡Y esta es la ley del egoismo! ¡Y es esta la justicia de los hombres! De los hombres, sí, pero no la tuya, Dios mio, que no distingues sexo ni clase.

Una violenta fiebre se habia apoderado de su ser. Ardíase su frente, desiguales latidos atormentaban sus sienes, y sentía oprimido el pecho como si sobre él tuviese un peso enorme. Una palidez mate cubria su rostro. Brillaban sus pupilas con ese fuego estraño que comunica la calentura, y sus miradas vagaban sin concierto como si buscase alguna cosa. Agitábanse sus miembros todos á impulsos de un convulsivo temblor, y sus rodillas, en estremo débiles, doblábanse á su pesar.

—¡Y he de ponerme ante ese hombre para que me desprecie su orgullo, para que como rey me mande sellar el lábio, para ver ultrajada mi desgracia misma!... ¡oh!... No, yo soy mas grande que él, porque es mas pura mi virtud. Yo, la hija de los Valois, la descendiente de poderosos reyes, moriré si veo ofendida mi dignidad, si me veo despreciada por otra muger que debe hablarme de rodillas. ¡Oh!... No, moriría atormentada horriblemente... No quiero esperarlo... Pero... ¡Ah!... las fuerzas me abandonan... Dios mio, Dios mio, ¿qué va á ser de mí?

La infeliz reina comprendió entonces todo lo crítico de su situacion, todo lo aventurado que habia sido seguir el consejo de un niño de gran corazon pero de ninguna esperiencia; de un niño impresionable como una muger, aunque terrible como un hombre, como el mismo Felipe II, y tras estas ideas parecióle que una nube oscurecía sus ojos, sintióse desfallecer, y dando maquinalmente algunos pasos fué á caer sin sentido en el mismo divan que le inspirára tanto horror.

CAPITULO XXXVII.

Del resultado que dió la intriga del page.

Eran ya mas de las doce, y la puerta que daba entrada á las habitaciones de la princesa de Eboli, se abrió dando paso á un hombre.

Era Felipe II.

Encaminóse al aposento en que solia recibirlo doña Ana, y despues que en él hubo entrado, dirigió una afanosa mirada al divan.

Súbitamente paróse; abrió estremadamente sus ojos y sintió palpitar su corazon con violencia. Luego se pasó las manos por la frente, pálida y helada, como si quisiese desechar una pesadilla, y su mirada ansiosa se fijó de nuevo en el divan.

—Es un sueño... murmuró. Imposible...

Y dando dos ó tres pasos hácia su esposa, como el que se acerca al borde de un precipicio con el temor de que resbale su planta, prosiguió con ahogado acento:

—Es ella... no me engaño... la veo... estoy despierto... si...

Y volvió á estregar sus ojos como si aun no diese crédito á lo que veian.

—La reina en este sitio... desmayada... Dios mio ¿qué ha sucedido aquí? ¿Qué significa esto?

Quedó por algunos instantes inmóvil y silencioso. Escuchó como el asesino cuando levanta el puñal sobre su víctima; miró á todos lados por si encontraba á alguien que le diese esplicacion de lo que veia, y luego, llegando hasta la reina, cogióle una mano, contempló su rostro pálido y desfigurado, y exclamó:

—Debe haber sufrido mucho... Sus fuerzas han sucumbido sin duda á impulsos de una emocion desgarradora, quizás por el ultrage recibido de... de mi manceba... ¡Oh!... ¿Se habrá atrevido esa muger?...

Y pasándose repetidas veces las manos por su frente, irguióse con orgullo y dejó escapar una terrible mirada.

—¿No se habrá contentado con la honra de que el rey la ame, y habrá querido humillar á su señora?.... ¡Oh!....

Brillaron mas sus ojos, y apretando los puños con reconcentrado corage, y atravesando la estancia con desiguales pasos entró en el dormitorio de la princesa.

Una sola ojeada bastó á Felipe para convencerse de que nadie habia allí. Sin detenerse pasó á otra habitacion, y sucedióle lo mismo.

El silencio y la soledad reinaban por do quiera.

Entonces volvió al lado de su esposa, que permanecia sin sentido, y pasando del estremo del corage al de la ternura y al del horror que á la vez le inspiraba su conciencia, fijó en la desdichada Isabel una mirada ansiosa, indefinible, mezcla estraña del dolor y del cariño, y exclamó:

—Héla aqui, agoviada bajo el peso de su misma virtud y de su nobleza. Héla aqui, casi inerte, que ha sucumbido en el mis-

mo lugar en que yo fuí perjuro, ultrajada por la misma muger que manchára su honra, y despreciada por ella. ¡Oh!.... Soy criminal. Dios mio.... ¡Perdon!.... ¡Isabel, Isabel! ¡Luz purísima que en mas felices horas alumbrastes la noche de mis amarguras! ¡Blanca azucena, cuya suave fragancia adormeció mis dolores! ¡Castísimo vaso en que se endulzára la hiel de mis pesares! ¡Inocente paloma cuyas blancas álas, sobre mi frente estendidas, trocaban el negro horizonte de mis desdichas en purísimo cielo de sonriente trasparencia! ¡Isabel, Isabel, yo te ofendí! ¡Perdon! ¡Vuelve á la vida; envia á mis ojos la luz de los tuyos; á mi boca el aliento de la tuya perfumada!.... ¡Perdóname, Isabel!

Sentia el monarca ardérsele la frente: su razon estaba trastornada, y atormentado su espíritu por los gritos de su conciencia.

Figuróse al ver á su esposa en tan lamentable estado, que esta, impulsada por los celos habia ido imprudentemente á pedir cuenta á doña Ana, y que la cortesana orgullosa, alentada por la proteccion que creeria encontrar en él, la habia ultrajado abandanándola luego con el desprecio y el ódio de una rival. A esta idea, un sentimiento de dignidad y de noble decoro, un impulso de la mas severa rectitud borraron del corazon de Felipe hasta el último átomo del fuego de su pasion criminal, y ya no vió sino el ultrage hecho al trono y la soberbia inmoderada y punible de su manceba.

Cuando contemplaba á su esposa y pensaba buscar el medio de volverla á la vida para sacarla de allí, sonó la puerta esterior; sintiéronse precipitados pasos, y doña Ana de Mendoza, con los lábios ensangrentados y despidiendo centellas de sus ojos, se precipitó en la estancia.

Al verla Felipe, volvióse precipitadamente hácia su esposa; y tapándola el rostro con el negro manto, gritó luego dirigiendo una terrible mirada á la de Eboli:

—¿Qué buscais aquí?

Doña Ana, al ver el aspecto de Felipe y al observar que una

muger se hallaba tendida en el divan, dejó escapar un agudo grito, y quedó como petrificada.

Aquel grito, que resonó en todas las habitaciones, atrajo á dos criados. El rey los miró airadamente, y les dijo:

—Idos.

Los sirvientes, confusos y atónitos, se retiraron.

—¿Qué buscais aquí? volvió á preguntar el monarca á la princesa.

Esta clavó una mirada penetrante en Felipe, y á su vez le preguntó:

—¿No soy la dueña de mi casa, ó lo es esa muger?

—¡Miserable!

Doña Ana levantó la cabeza con orgullo, y dijo:

—Soy la princesa de Eboli: me llamo Mendoza y la Cerda, y por mis venas corre la sangre de los reyes de Castilla.

—Sois una cortesana despreciable, contestó el rey con insultante desden.

—¡Oh!

—Idos.

—¡A mí!

—Idos, os lo manda el rey.

—¿Quién es el rey?

—¡Idos, vive el cielo! gritó Felipe II fuera de sí.

—Señor...

—Idos, os lo manda el rey, volvió á repetir este.

Y dió un paso hácia la princesa con amenazador ademan.

—¿Así me ultrajais? exclamó la princesa cuyos dientes rechinaron.

—Obedecedme, ó ¡vive el cielo! que he de haceros salir de aquí arrastrada por mis soldados.

Doña Ana hizo un esfuerzo, y dominando su corage, contestó:

—Obedezco.

Y con vacilantes pasos se dirigió á la habitacion inmediata.

—Olvidaos de esta noche, le dijo el rey, si en algo estimais vuestra cabeza.

La de Eboli dirigió al monarca una mirada de profundo desden y desapareció.

Un instante despues, Felipe II, llevando en brazos á su esposa, desmayada aun, atravesaba las solitarias y oscuras galerías del alcázar real.

Volvió á reinar un profundo silencio.

Cinco personas no pudieron conciliar el sueño aquella noche: el rey, su esposa, la princesa, el page, que todo lo habia escuchado, ni Blanca, á quien este se lo habia referido todo.

CAPITULO XXXVIII.

Locuras del príncipe.

No acertaba á comprender doña Ana de Mendoza el medio de que se habian valido sus enemigos para sacarla de su habitacion, ni para entrar en ella la reina; pero sí creia que esta habia tenido con el monarca esplicaciones de las que habia resultado su reconciliacion matrimonial. Qué le habia dicho Isabel de Valois á su esposo, no era fácil adivinarlo; pero es lo cierto que su conversacion habia hecho cambiar al rey sus opiniones, devolver á su esposa su corazon, y trocar en ódio profundo la pasion que sentía por doña Ana.

—Nada me importa, decía esta, á solas en su habitacion, lo que haya podido suceder entre ambos; pero el ultraje que he recibido, y el no querer ser escuchada, me prueban evidentemente que ya no puedo contar con el rey, que entre nosotros

todo ha concluido, y que no debo detenerme un punto en tomar venganza, en aniquilar al príncipe, y en hacer que el rey no siga amando á su esposa ni pueda amarla jamás.

Despues de revolver en su cabeza mil proyectos, decidióse al fin la noble dama á no pedir esplicaciones á Felipe II para evitar nuevos desprecios.

El rey por su parte creia que se habia tendido á la reina algun lazo, haciéndola ir hasta la habitacion de doña Ana, y que esta, ensoberbecida con los favores de Felipe, habia osado ultrajar y humillar á su señora.

Ya hemos dicho que en medio de todos sus defectos habia en Felipe II un fondo de severidad y rectitud, que, aunque á veces exagerada, no dejaba de ser provechosa, porque en muchas ocasiones se sobreponía á sus pasiones mismas. Como hombre, habia tenido la debilidad de dejarse arrastrar por la pasion que le inspiraba doña Ana; pero jamás hubiera consentido que el logro de sus deseos autorizase á persona alguna para humillar á su esposa ni para herir siquiera levemente el amor propio de esta: antes hubiera consentido ahogar cien veces su pasion á costa de mortificarse. Y por esto habia determinado no volver á hablar á doña Ana, ni escuchar sus quejas, dejando este asunto como cosa juzgada ya. Empero no del mismo modo pensaba con respeto á su esposa, y trataba de que esta le diese esplicaciones sobre tan misteriosos acontecimientos, y descorriese al fin el velo que cubria las intrigas pasadas y que parecian obra del mismo diablo.

No estaba Isabel de Valois dispuesta á semejantes esplicaciones, porque el pagecillo le habia hecho comprender que no le convenia que el rey viese las cosas como realmente eran.

Tal era, pues, la situacion en que se hallaban estos personages despues de la escena que hemos referido en el capítulo anterior.

No habia dejado de complacerle al príncipe don Cárlos el chasco dado á doña Ana de Mendoza, pero á la vez escitaba mas y mas sus celos la idea de la reconciliacion de su padre con la

reina. Esto, unido al desgraciado éxito de la fuga de Montigny, tenian al príncipe tan desesperado, que á pesar de los prudentes consejos del pagecillo, mostrábase con todos de mal humor y hasta iracundo, y hablaba de su padre con tan poco respeto y aun exagerado rencor, que hacia estremecer hasta á sus mismos criados.

Eran las once de la mañana del siguiente dia en que el rey encontrára á su esposa en el cuarto de la de Eboli.

Conversaban el príncipe y el page, tranquilo este y arrebatado aquel.

—No me queda otro recurso, decia don Cárlos en el estremo de su furor.

—Calmaos, le dijo el pagecillo, que nada habeis de adelantar con vuestros arrebatos. Bergen ha muerto; la salvacion de Montigny es casi un imposible; pero no porque todo se haya perdido por este lado, debeis pensar menos en vos.

—¿Y qué he de hacer?

—Correis peligro en el alcázar, y si quereis tomar mi consejo, apenas hayais recibido el dinero que esperais de Sevilla, emprended vuestra marcha. Mi señora se retirará á un convento cuando haya satisfecho su venganza, y yo iré á reunirme con vos y seré uno de vuestros soldados.

—¿Y la reina?

—Olvidadla, señor.

—¡Olvidarla!... Imposible. ¿Quién ha de defenderla cuando estemos lejos del alcázar?

—No olvideis que vuestra proteccion le es mas perjudicial que provechosa.

—Luis, yo no puedo abandonar á la reina.

—Pues bien, causad su perdicion con vuestras locuras. Jamás corresponderá á vuestra pasion, os lo aseguro.

El príncipe apretó los puños con rábia, brillaron sus ojos como dos luciérnagas, y prorrumpió en imprecaciones.

—¡Voto vá! dijo el pagecillo haciendo un gesto de mal humor. ¿Así perdeis el tiempo?

—¿En qué he de aprovecharlo?

—En mostraros tranquilo para engañarlos á todos.

—¿Nada mas que eso?

—Nada mas hasta la vuelta de don Ruy Gomez.

—¿Hasta la vuelta de don Ruy Gomez? repitió admirado el príncipe.

—Como no me habeis dejado hablar, no he podido deciros que hoy sale el príncipe de Eboli para Segovia. Lleva órden de que se pongan en libertad á los criados del baron de Montigny; pero que se castigue severamente á todos los demás que hayan tomado parte en su intentada fuga, como son el panadero y dos soldados del alcázar.

—¿Nada mas?

—Algo mas debe ser, pero no he podido averiguarlo. Tras el príncipe marcha Diego para espiar todos los pasos de aquel, mientras yo hago lo mismo con su esposa y con el rey. Por consiguiente, en tanto que don Ruy esté fuera de la córte y que doña Ana no se comunique con vuestro padre, poco tenemos que temer, y por eso os aconsejo que os concreteis únicamente á inspirar confianza.

—Bien, lo haré si puedo.

—¿No estais seguro de dominaros?

—No puedo prometértelo.

Iba el page á contestar, cuando anunciaron á Ruy Gomez de Silva.

Viene á despedirse, dijo Luis. Prudencia, señor.

Y desapareció por la puerta secreta que ya conocen nuestros lectores.

El príncipe de Eboli entró.

—¿Qué os trae por aquí? preguntó don Cárlos.

—Vengo, señor, á ponerme á vuestras órdenes porque dentro de un cuarto de hora saldré de Madrid.

—¿Adónde vais?

—A Segovia.

Estremecióse involuntariamente el príncipe, y vínosele á los

lábios una exclamacion de enojo que trabajosamente pudo contener.

—¿Vais á ver al baron de Montigny?

—Voy á llevar órdenes al conde de Chinchon.

—Sin duda llevais la sentencia de muerte del pobre flamenco.

—Señor, repuso Ruy Gomez, os equívocais. Llevo por el contrario el perdon de los criados de Montigny.

—Pero no el del panadero.

—Ignoro lo que sobre ese punto resolverá S. M.

—Veo, señor Ruy Gomez, que os vais volviendo tan hipócrita como mi padre.

—Señor, contestó algo turbado el de Eboli, permitidme que no escuche hablar con poco respeto de S. M.

—¿Es acaso un delito decir la verdad?

—Vuelvo á repetiros que de S. M. no puede hablarse sino con respeto.

—¿Quereis darme una leccion? dijo el príncipe con acento de cólera.

Ruy Gomez, que sabia hasta qué punto y con cuanta facilidad se arrebataba don Cárlos, intentó cortar aquella conversacion que no podia dar ningun buen resultado.

—¿Nada teneis qué mandarme? dijo.

—Una sola cosa.

—Os escucho.

—Que no asesineis á Montigny, como asesinasteis al marqués de Poza y envenenasteis al desdichado Bergen.

Quedó sorprendido Ruy Gomez, y en su turbacion no acertó á contestar.

—¿Lo entendeis? repuso don Cárlos acercándose al cortesano con ademan amenazador. Si el baron, último de mis amigos, llega á ser víctima de vuestro encono y de la tiranía de mi padre, tened entendido que os arrancaré el corazon y lo echaré á mis perros.

Enrogeciéronse las megillas de Ruy Gomez, y no contestó una palabra.

El príncipe estaba en uno de aquellos momentos que podemos llamar de locura, segun se dejaba llevar de sus iracundos ímpetus, y habia olvidado completamente los consejos del page.

—¿Nada me contestais? ¿Os ha autorizado mi padre para tratarme con tal desprecio? Pues ¡vive Dios! que yo os trataré como á miserables que ambos sois.

—Tened la lengua, señor, que hablais del rey.

—¿Acaso no soy yo nadie? Dadme, pues, las órdenes que llevais para el conde de Chinchon. Soy el heredero del trono, y tengo derecho á entender en los negocios del Estado.

—No puedo entregar esas órdenes, contestó con entereza el de Eboli. Ved si otra cosa teneis que mandarme, por que no puedo perder el tiempo.

—Si no quereis perderlo, obedecedme; por que de otro modo no saldreis vivo de aquí.

—Señor....

—Dejad ese respeto hipócrita. Ya me conoceis, y estareis convencido de que una vez que quiero esas órdenes no dejaré de cumplir mi deseo.

—Antes me dejaría matar que faltar á las órdenes de mi soberano.

—¡Entregadme esas órdenes! gritó fuera de sí el príncipe.

—Os repito que no puedo.

—Entregadmelas, ¡vive Dios! ó no saldreis vivo de aqui.

—Os he dicho que no.

—¡Miserable! gritó don Cárlos.

Y ensangrentados sus ojos, y rechinando los dientes, desenvainó la espada.

Ruy Gomez se guareció detras de la puerta, y á sus gritos pidiendo socorro, acudieron la mayor parte de los criados del príncipe, á quien trabajosamente pudieron contener, mientras el de Eboli lograba escaparse.

Esta nueva imprudencia, ó mejor dicho locura, cundió por todo el alcázar y llegó á oidos del rey.

Trás aquella borrascosa escena quedó el desdichado príncipe

sumido en profundas meditaciones, mientras que su padre se dirigia al cuarto de la reina con el fin de averiguar el orígen de los sucesos misteriosos de la noche anterior, porque presumia que por este medio llegaria á saber quien era el que habia hecho creer con sus hábiles intrigas que el diablo estaba en palacio.

Mientras que la conversacion del monarca con su esposa llega á un punto que pueda interesar á nuestros lectores, los llevaremos á la habitacion de doña Ana de Mendoza, donde se fraguaban nuevas intrigas.

CAPITULO XXXIX.

De cómo no descansaba la de Eboli en sus intrigas

HABLABA doña Ana de Mendoza con un hombre que, á juzgar por su sencillo trage de paño azul, no debia ser sino simple hidalgo. Era de pequeña estatura, de estrecha frente, delgados lábios y ojos redondos, negros y vivos, que animaban su rostro casi imberbe.

—Desde que estoy al servicio del príncipe don Cárlos, decia, he procurado siempre cumplir con mi deber, sirviendo á S. M. en cuanto me ha sido posible. Si como decis, señora princesa, no quereis de mí otra cosa que las que puedan ser útiles á S. M., dispuesto me teneis á complaceros, y con tanto gusto como podeis considerar que ha de darme el recibir órdenes de una tan noble señora.

—Nada, le contestó la princesa, que no sea en servicio de S. M. he de pediros; y puesto que vuestra mision cerca de don Cárlos es, mas que servirlo, tener al corriente á S. M. de cuanto puede interesarle con respecto á su hijo, creo que el servicio que exijo de vos me lo prestareis de buena gana, no teniendo que hacer para ello otra cosa que redoblar vuestra cuidadosa vigilancia. Os pido, sí, el secreto, pero en cambio os recompensaré largamente. De esta manera os debo hablar para no perder tiempo, y que cada cual de nosotros sepa á qué atenerse.

—Si gustais, señora, podeis decirme en qué consiste el servicio que os puedo prestar sin faltar á mis deberes.

—En dos palabras os lo diré.

—Tengo la honra de escucharos, señora.

—Quiero que espieis dia y noche al príncipe en todas sus acciones; que observeis quien entra y sale en su habitacion, y que valiéndoos del medio que mejor os parezca, escucheis cuanto habla con los que vienen á visitarlo.

—Todo eso lo hago yo, escepto lo de escuchar las coversaciones porque no siempre es fácil.

—Pues ahora es preciso, y si aceptais mis proposiciones, á vuestro cuidado queda buscar los medios para hacerlo asi.

—¿Nada mas?

—De todo me dareis parte, sin omitir la menor circunstancia, sin olvidaros de la palabra mas insignificante que hayais oido pronunciar, y en cambio, como ya os he dicho, os recompesaré con cuanto me pidais. ¿Estais decidido? Si asi es, empiezo por entregaros cincuenta florines y esta sortija.

Y doña Ana quitó de uno de sus dedos una sortija con un hermoso diamante, y alargó á su interlocutor un bolsillo de terciopelo bordado de oro.

Los ojos del criado del príncipe brillaron con el fuego de la codicia, y tomando ambas prendas con trémula mano, hizo una reverencia, y contestó:

—No dará el príncipe un paso, no recibirá una visita, no ha-

blará una palabra, no hará un solo gesto, sin que vos lo sepais.

—Por supuesto que es condicion precisa el secreto para todo el mundo.

—Aun para el mismo rey, replicó el espía apretando trémulamente el bolsillo, y examinando la sortija con mas brillantes ojos que el brillo del diamante mismo.

—Exactamente; ni aun el mismo rey.

—Tengo la obligacion de serviros antes que á nadie, por que como nadie me pagais.

—Y nada vale esa primera muestra de mi generosidad, si sois discreto.

—¿Nada mas teneis que mandarme?

—Nada mas.

—Guárdeos el cielo, señora.

—Con él id, señor Antonio.

Y saliendo el avariento espía, entregóse doña Ana de Mendoza á meditaciones profundas, dando rienda suelta á sus solas al despecho de que estaba poseida.

—No, decia, no descansaré un instante. He recibido el último golpe. Despreciado mi amor por don Cárlos, despreciada también por el rey en presencia de otra muger, por todas partes amenazada, y ya sin esperanza alguna, si triunfar no puedo, al menos me vengaré. Necesito sangre; ya no se satisface mi ódio con humillaciones. Morirá don Cárlos, ó yo moriré, porque me seria odiosa la vida, viendo á mis enemigos triunfantes, y porque si yo no me la quitára, ellos me la quitarian. Desde anoche este proyecto se revuelve en mi cabeza, y ya estoy decidida: la vida del príncipe y la virtud de la reina, ó mi vida. No ha de ser Isabel de Valois á los ojos de su esposo mas grande que yo; no ha de sentarse en el trono don Cárlos para ultrajarme y encerrarme en un calabozo. No, no; antes aniquilaré al mundo entero, y si las fuerzas ó los medios me faltan, mi misma mano pondrá término á mi existencia, porque en esta lucha está interesado mi orgullo de muger.

Los ojos de doña Ana se iluminaron con el fuego de su dia-

bólica ira, y su mirada altanera, casi estraviada, paseóse por el aposento amenazadora, provocativa, como si tuviese delante á sus enemigos.

Entre tanto en el aposento de la reina hablaba esta con su esposo, que se obstinaba en averiguar la causa y el orígen de los anteriores sucesos.

La conversacion empezaba á tomar un rumbo desagradable.

CAPITULO XL.

El rey continúa desesperandose.

—Mal pagais mi buena fé, decia con tono impaciente el rey á su esposa.

—No parece, contestó esta, sino que teneis que acusarme de algo.

No pienso tal, aunque nada de estraño tendria que me diese qué pensar el haberos encontrado sola y á media noche fuera de vuestro aposento.

—Donde mismo fuisteis vos, repuso Isabel con alguna sequedad.

El rey se mordió los lábios, y dijo:

—Fácil es comprender el por qué fuí allí.

—Harto fácil, contestó la reina con ironía. No me lo espliqueis,

por que es bien sabido en toda la córte. ¿Acaso hay nadie en el alcázar que ignore á estas horas lo sucedido anoche hasta con detalles que me son completamente estraños?

Coloráronse vivamente las megillas del monarca, y replicó:

—Pues por eso, señora, necesito que os espliqueis para saber quien en el alcázar se ocupa en fraguar tales intrigas, é imponerle el castigo que se merece.

—Ignoro quien es.

—¿Porqué fuisteis al aposento de doña Ana? ¿Quién os dió el sombrero de Ruy Gomez de Silva? Decídmelo, que yo adivinaré lo demas.

—Inútil es que me pregunteis quien me dió el sombrero de vuestro favorito, porque prometí guardar el secreto, y yo nunca falto á mis promesas. En cuanto al motivo que me impulsára para ir al cuarto de la de Eboli, os lo diré, siempre que antes sepa yo de vuestra boca el porqué fuisteis vos.

—No olvidareis, señora, con quien hablais.

—Sois mi esposo, y en esta ocasion tenemos iguales derechos.

—Bien, señora, bien. ¿Os esplicareis con tal que yo os diga porque fuí á la habitacion de doña Ana?

—Sí.

—Pues bien, lo hice porque sabia que os encontrarias allí.

—Y yo porque tambien sabia que no dejarias de ir. Ya veis que nada de estraño tiene que una esposa vaya á donde puede encontrar á su esposo.

El rey apretó los puños y con dificultad dominó su enojo.

—Señora, no parece sino que intentais burlaros de mí.

La reina levantó la cabeza con altivez, y mirando fijamente á Felipe, le replicó.

—No comprendo, señor, cómo con tal serenidad me pedís semejantes esplicaciones y os mostrais enojado, cuando yo puedo pediros estrechas cuentas por la ofensa que he recibido. Habeis dado el último paso; seguro estad de mi virtud, porque yo no olvido mis deberes; pero entre nosotros todo sentimiento de cariño ha concluido desde anoche. Para el mundo seré en ade-

lante la esposa tierna y enamorada que sabe honrar á su esposo; pero en mi corazon no habrá otra cosa que una dulce amistad y el deseo de veros feliz. Vuestro semblante demuestra el enojo: sé que podeis descargar sobre mí todo el lleno de vuestras iras, porque sois mi rey y vuestro poder nada teme. Empero no me intimidarán vuestras amenazas, ni me deslumbrará vuestra grandeza, ni vuestro arbitrario proceder podrá hacer que renazca en mi pecho el amor que vos mismo habeis apagado con vuestros estravíos.

La frente del monarca palideció; agitáronse convulsivamente todos sus miembros, y sintióse su orgullo vivamente herido.

—¿Qué estais diciendo, señora? Si no me respetais como á esposo, me obedecereis como á vuestro señor. ¿Qué significan esas intrigas misteriosas en mi mismo alcázar? ¿Habeis pensado que toleraré el que mi esposa, la reina de dos mundos, haga el principal papel en esas escenas indignas, y que avergonzarian á un honrado hidalgo?

—La reina de dos mundos, reina solo en el nombre, tiene bastante grandeza de alma, bastante dignidad para no arrojarse á los pies del tirano de dos mundos, demandándole perdon despues de haber sido ofendida.

Felipe II se levantó de su asiento como movido por un resorte, y trémulo de corage exclamó:

—Hablais al rey.

—Ya os he dicho en otra ocasion que si me ultrajais, abandonaré este alcázar y buscaré amparo en el que me vió nacer. La sombra de una corona tengo allí, y nada pierdo con dejar la vuestra. Don Felipe de Austria, respetadme como á señora y como á hija de reyes tan esclarecidos como vos. Nunca un Valois dobló su frente.

Y alzando la suya Isabel, mostró en su semblante todo el orgullo de su raza.

Felipe II contemplaba á su esposa sin poder decidirse á volverle la espalda ni a luchar con su entereza. Pensaba por una parte cuán vergonzoso le era no haber podido hacerse obedecer;

pero por otra temia las consecuencias fatales que podria traer sostener la comenzada lucha á todo trance. Indeciso, pues, trató de aparentar alguna calma para ver si comunicándola á la reina, ponia honroso término á tan desagradable escena.

—Señora, dijo con amargura, dos veces ya me habeis amenazado con abandonarme, y si lo pensais bien, poco ó ningun favor os habeis hecho. Lleno de buena fé he venido á hablaros para ver si unidos podemos conseguir acabar de una vez con los que en la córte se dedican á intrigas de todo género. Entre nosotros los enemigos del uno son, á mi juicio, enemigos del otro tambien, y en los intereses de ambos estaba el inutilzar á los que, con capa de buenos servidores, nos preparan nuestra ruina. Vuestra reserva ha dado á entender que en poco teneis lo que puede interesarme, y antes de daros yo motivo alguno de enojo, os mostrásteis para mí completamente estraña y no como una esposa.

—En buen hora, señor, que mostreis mayor calma y endulceis vuestro tono. Así es justo, pero no el que digais que mi reserva ha sido el primer paso dado en nuestra desavenencia. Franca me hubiera mostrado, si aun tuviéseis el derecho de que yo os considerase como amante sincero y leal; pero cuando vos en pago de mi virtud, del lustre que á vuestra honra he dado, os dejais arrastrar por criminales pasiones, y dais lugar á que me mire con desden quien debe hablarme de rodillas, no teneis derecho á exigir de mí otra cosa sino que para evitar el escándalo guarde las apariencias, haciendo creer al mundo que nunca ha sido mas cordial nuestra armonía ni mas vehemente el cariño que os tengo.

—Señora...

—Un hijo teneis y otro vuestro tambien llevo en mis entrañas; pensad en aquel mientras yo me preparo á dedicar á este mis maternales desvelos: no penseis en otra cosa con respecto á mí, sino el exigirme que sea buena madre como he sido buena esposa. Yo sabré cumplir con mis deberes... Entre nosotros todo ha concluido.

Al pronunciar estas palabras, tuvo la reina que hacer un esfuerzo para que el llanto no asomase á sus ojos. Entre tanto, Felipe II

no encontraba una palabra que decir. Las últimas pronunciadas por su esposa, habian acumulado á su imaginacion tantas y tan trascendentales ideas, que casi se sentia aturdido.

Hubo algunos momentos de silencio que al fin rompió el monarca.

—Señora, dijo, veo que es inutil proseguir: En vuestro pecho ya no arde el amor que decis haber sentido por mí. Todo ha concluido entre nosotros, en buen hora sea. Seré buen padre de mi hijo como vos me prometeis ser del nuestro buena madre; pero nunca olvidaré que en esta ocasion, mas que como esposa os habeis mostrado conmigo como estraña. Decis que habeis sido fiel guardadora de mi honor, en vos depositado, sedlo tambien en adelante.

—Me lo manda mi deber.

—Señora, adios para siempre.

Al fin asomaron dos lágrimas á los ojos de Isabel de Valois.

—Guárdeos el cielo.

—¿Llorais?

—No por debilidad.

—¿Por arrepentimiento?

—No he pecado.

—¿Puede aun renacer en vuestro corazon el cariño que me habeis tenido?

—Jamás.

Sintió el monarca abrasada su frente, y salió del aposento, torvo el semblante y airado el continente.

Isabel de Valois se dejó caer de rodillas delante de un Crucifijo de marfil, y dando curso á sus lágrimas, exclamó con ahogado acento:

—¡Dios mio, Dios mio! ¡en qué os ofendí para que vuestra justicia no se canse de castigar mis pecados! ¡Compasion, compasion, Dios bueno, Dios piadoso! ¡Derramad una mirada de vuestra infinita misericordia sobre esta desdichada muger!

Y elevando al cielo una mirada de tierna súplica, dirigió al Eterno conmovedora oracion, que en medio del silencio mas pro-

fundo fué á perderse entre el rico artesonado de la estancia.

Entretanto Felipe II mandaba ensillar caballos y enganchar coches para partir inmediatamente al Escorial. Necesitaba encontrarse solo y calmar la escitacion producida por tan violentas emociones, sin testigos que observasen su rostro ni escuchasen sus palabras. Necesitaba reventar sus caballos, corriendo por la campiña, cuando lo aguijonease el enojo, y elevar al Eterno sus preces bajo las altas bóvedas de San Lorenzo, cuando el cansancio del espíritu calmase su pecho.

CAPITULO XLI.

Lo que significaban los cumplimientos para el príncipe.

Corrian de boca en boca, de mil maneras comentados, los sucesos que llevamos referidos.

No habia nadie en la córte ni fuera de ella que no se ocupase del príncipe don Cárlos, creyéndole unos merecedor de un severo castigo como hereje y conspirador, y otros compadeciéndolo por considerar sus locuras como hijas de la situacion en que se encontraba, y de la desesperacion producida por el exagerado rigor de su padre.

Decian muchos que el monarca se habia retirado al Escorial para pensar alli sosegadamente lo que deberia hacer con su hijo; y tanto cundieron estas hablillas, tantas apariencias de verdad les dieron, que los amigos del príncipe llegaron á temer por

la seguridad de este, y aun él mismo concebia tambien sérias sospechas y pensaba prepararse para evitar cualquier golpe imprevisto.

Cinco dias habian trascurrido, y era el primero de la Pascua de Navidad.

La princesa de Eboli habia atizado la murmuracion, y esperaba la vuelta del rey y de su esposo para seguir poniendo en juego sus intrigas.

El rey volvió aquella tarde, y doña Ana de Mendoza escribió á Ruy Gomez la siguiente carta:

»Hoy ha vuelto S. M. y solo espero á que vos lo verifiqueis para que concluyamos de una vez. Parece que se ha enfriado mucho el trato de S. M. con la reina.»

»Don Cárlos continúa escandalizando con sus locuras, y tengo preparado un golpe que creo tendrá mejor resultado que el del Escorial. Es preciso á todo trance hacer vacilar la virtud de la reina, ó que al menos el rey lo crea así.»

»Antonio, el criado del príncipe, continúa prestándome muy buenos servicios, y pienso que por su mediacion podremos apoderarnos de los papeles del príncipe.»

»Este escandalizó anoche á muchas personas respetables, y entre ellas al cardenal Espinosa, hablando sobre puntos de religion como pudiera hacerlo un herege. Bueno es que se vayan convenciendo de que don Cárlos es adicto á la Reforma, porque así el cardenal, cuyo estremado celo conoceis, favorecerá nuestros planes sin saberlo, con solo cumplir con su deber.»

—»Se acerca la hora de nuestra venganza. No os detengais un momento mas del tiempo preciso para cumplir las órdenes que habeis llevado.»

Esta carta, tan imprudentemente escrita, fué enviada á Ruy Gomez y llegó sin novedad á su destino.

El favorito de Felipe II, que no se habia olvidado de que el príncipe habia intentado matarlo, leyó con cierto regocijo la carta de su esposa, y prosiguió con mas actividad desempeñando la comision que el rey le habia confiado.

El panadero y dos soldados mas fueron públicamente ajusticiados en Segovia. Se puso en libertad á los criados del baron de Montigny, y este, acompañado de Ruy Gomez, del conde de Chinchon y de una numerosa escolta fué conducido al castillo de Simancas, donde se creia tenerle mas seguro de cualquiera otra tentativa de evasion.

El noble flamenco se veia ya completamente abandonado, ó mejor dicho, aislado. Sus amigos no podian favorecerle, y no le quedaba otra esperanza que morir cuando pluguiese al rey disponer de su vida.

Pasaban los dias, y el rey se mostraba cada vez mas enojado contra su hijo, mientras que este parecia mas dispuesto á cometer nuevas imprudencias y á dar nuevos escándalos.

Entre tanto la reina lloraba, y Blanca mas tranquila ya por la muerte de su amante, sentia convertirse en tristeza lo que antes era sed de venganza, principiando á despertarse en su conciencia el arrepentimiento por haber abrigado en su corazon el deseo de esterminio de los que habian causado su desgracia.

Estamos en la noche del 15 de Enero y acaban de dar las nueve.

La lluvia caia á torrentes, y la atmósfera cargada de electricidad se iluminaba por desiguales intérvalos, oyéndose despues el imponente ruido del trueno.

La reina se habia retirado á su aposento, y en él se hallaba con Blaca y el page que hablaba del principe don Cárlos, de los proyectos de fuga, y de cuanto se murmuraba en la corte.

Isabel de Valois y su doncella, se hallaban tristes y preocupadas hasta el punto de que parecian indiferentes á las interesantes noticias del travieso Luis.

—Ruégoos, señoras, decia este, que me escucheis con atencion, porque muy pronto tendré que dejaros, y lo que no os pueda decir ahora no lo sabreis hasta mañana.

—No sé por qué, le contestó la reina, esta noche estoy tan preocupada y el ruido de los truenos me infunde un espanto que uunca conocí.

—Lo mismo me sucede, señora, repuso Blanca, y me parece que esos truenos son la potente voz del Criador, que me amenaza con sus iras porque he dado en mi pecho cabida á la venganza.

—¿Y qué habias de hacer, dijo la reina, desdichada criatura, sin mas afecciones que tu puro amor, al ver que de un solo golpe te arrancaban todas tus esperanzas y todas tus ilusiones?

—Yo debí llorar, y nada mas que llorar, sufriendo con resignacion las duras pruebas que Dios en sus altos fines ponia á mis virtudes. Yo he sido blasfema, dudando en el esceso de mi dolor de la justicia del Omnipotente, y olvidándome de que en la otra vida tendria que dar cuenta de mis acciones, anhelé como la única felicidad que me quedaba, verter la sangre de los asesinos del marqués de Poza, como la de este fué vertida. Esto es un crímen, y un crímen horrible, porque Dios nos manda perdonar y yo no perdoné. La justicia eterna caerá sobre mí.

El tableteo del trueno se repitió en el espacio, y la reina y Blanca se abrazaron involuntariamente, y exhalaron un agudo grito.

—¡Dios mio, compasion! dijo la doncella. Reconozco mis pecados, y me arrepiento de todo corazon.

Reinó un profundo silencio. La lluvia azotaba los vidrios de colores de las ventanas de la habitacion, y el huracan silvaba, y los truenos se repetian.

El pagecillo sacudió su hermosa cabeza, y dándose los aires de un hombre fuerte y esperimentado, dijo:

—Está visto que nada se puede hacer de provecho donde median mugeres.

—No quiero mas intrigas, repuso la doncella, no mas venganzas, Luis. Mañana mismo emprenderé mi viage para las Huelgas de Burgos, y allí acabaré mis dias pidiendo á Dios que me perdone.

—No, Blanca, dijo la reina, no me abandonarás. Yo tampoco quiero venganzas, porque Dios castigará á nuestros criminales enemigos como siempre castiga á los malvados. Empero no me abandones, porque ningun pecho amigo me queda donde depositar mis pasares.

—Mi resolucion es firme, señora, y vuestras súplicas no harán mas que atormentarme con el dolor que me causa el alejarme de vuestro lado. Si el príncipe logra fugarse, Luis se irá con él, y ya para nada me cesita; pero si asi no sucediese, lo recomiendo á vuestra proteccion porque lo amo como á un hermano.

Y abundantes lágrimas brotaron de los ojos de la doncella.

—No, replicó el page, vos no os marchareis hasta que yo lo haga, despues de la salvacion ó de la ruina del príncipe. De otra manera no podria yo permanecer aqui, porque me haria sospechoso, y ya que desista de vengaros, no me priveis al menos de los medios de salvar al príncipe. La hora se acerca; mañana probablemente recibirá don Cárlos el dinero que espera de Andalucia; pero por si este recurso no llegase á tiempo, se han buscado otros, y esta misma noche quizás podremos contar con una suma bastante respetable. De manera que sino hay ningun entorpecimiento, pasado mañana saldremos de Madrid, acompañados del capitan Pero Leon y de otros dos ó tres hombres de toda nuestra confianza.

—Dios os proteja, dijo Isabel.

—Tal espero, repuso el page.

Y dirigiendo la vista á un reloj de péndola, prosiguió:

—No puedo detenerme á daros mas noticias, porque esta es la hora en que debe venir Grimaldo, y quiero presenciar la entrevista que tenga con el príncipe. El infeliz usurero nos traerá una buena suma de ducados; pero en cambio se calará hasta los huesos, porque la lluvia no cesa.

Hizo un gesto burlon el pagecillo, y dejando á la reina y á Blanca entregadas á sus tristes meditaciones, se encaminó al aposento del príncipe don Cárlos.

—Mucho te haces esperar le dijo este.

—Me he detenido acompañando á la reina y á doña Blanca porque tienen miedo de la tormenta.

—¿Y qué te ha dicho la reina?

—No perdamos el tiempo, señor, en ocuparnos de mugeres. ¿Ha venido Grimaldo?

Al concluir estas palabras, anunció un criado al comerciante, que luego entró haciendo profundas reverencias.

—¿Tienes miedo á la lluvia? le dijo el príncipe.

—Ya vé V. A. que no.

—Lo digo porque no has sido muy exacto en venir á la hora marcada.

—Espero que V. A. me perdonará una falta que no es mia, sino de las calles de la villa que no se pueden transitar, habiéndome visto obligado á hacer un rodeo para llegar hasta el alcázar.

—¿Sabes lo que quiero?

—Si V. A. tiene á bien decírmelo.....

—Ayer me distes quinientos ducados.

—Tuve la honra de complacer á V. A.

—¿Te acuerdas de las palabras que me dijistes al entregarme el dinero?

—Al dignarse V. A. darme las gracias, le contesté que no las merecia, porque todo lo que yo poseía era de V. A., como mi príncipe y señor.

—Pues bien, voy á empezar á disponer de lo que es mio, replicó don Cárlos. Vuelve á tu casa, toma cien mil ducados y tráelos antes de media hora.

Palideció Grimaldo, abrió estremadamente los ojos, y no pudo articular una palabra.

—¿Me has entendido? repitió don Cárlos.

—Señor....

—¿Qué aguardas?

—V. A. quiere arruinarme; yo no poseo tan crecida suma, os lo juro, señor.

—Pues yo te juro que si dentro de media hora no me traes los cien mil ducados, tú y toda tu familia os acordareis de mí.

—Por Dios, señor, dijo humildemente Grimaldo.

—No me hagas perder tiempo, ó ¡vive Dios! que te hecho por esa ventana.

El infeliz comerciante cayó de rodillas, y con lágrimas en los ojos, exclamó:

—Tenga V. A. compasion de mí.

—¿No me has dicho, bellaco, que cuanto posees es mio?

—Es verdad, señor; pero ya pudo comprender V. A. que aquello era un cumplimiento de los que frecuentemente se usan.

—¿Y quién, miserable, te ha dicho que estás autorizado á gastar cumplimientos con un príncipe? ¿Cómo habia yo de creer semejante cosa? ¿Cómo pensar que á tanto te atrevieses hablando conmigo? Los cumplimientos se usan de igual á igual. Dí que te has arrepentido de haberme hecho dueño de cuanto posees, porque menos delito es esto que el de atreverse á usar de cumplimientos con tu señor.

—Creed, señor, lo que mejor os parezca, pero no me arruineis, porque si os entregase cien mil ducados, mañana no podria dar de comer á mis hijos.

—Levanta, villano, exclamó el príncipe fuera de sí, y no gastes el tiempo en súplicas que no han de hablandarme. Elige entre tu vida y los cien mil ducados.

El pagecillo, que no habia tomado parte en la conversacion, vió que el príncipe iba á concluir por dar uno de los escándalos que tanto mal le habian hecho, y para evitarlo, dijo:

—Permitidme, señor, que interceda en favor de este hombre, que si bien merece un severo castigo, no debe imponérsele tan cruel como el de arruinarlo.

—Razon teneis, hermoso niño, dijo Grimaldo. Rogad á S. A. que tenga compasion de mi.

—En vano me suplicareis, repitió don Cárlos.

—Que nos perdemos si se escandaliza, dijo Luis al oido del príncipe.

—¿Pero no ves, repuso este, como se ha burlado de mi?

—Rebajad la suma, dijo el page, y que esto quede concluido,

—Traeré á V. A. cincuenta mil ducados, que es cuanto tengo en mi casa.

—No ha de ser lo que tú digas, bergante.

—Traed sesenta mil, dijo el pagecillo á la vez que hacia levantar á Grimaldo y lo empujaba hácia la puerta.

—Los traeré, los traeré.

—Antes de media hora, bribon.

—Dentro de veinte minutos, dijo el comerciante saliendo á buen paso para no dar lugar á que el príncipe se arrepintiese.

Al cabo de un cuarto de hora, los sesenta mil ducados estaban en poder del príncipe. (1)

Cuando hubo recibido el dinero don Cárlos, el pagecillo le dijo:

—Sed mas cauto y mas prudente.

—No soy poco. Mira.

Y don Cárlos enseñó á Luis una ingeniosa cerradura, construida por uno de los artífices que trabajaban en el Escorial, y que habia colocado en la puerta de modo que por medio de unos cordones, que corrian por garruchas, podia abrir y cerrar el príncipe desde su cama, á cuya cabecera colocaba al acostarse su espada y daga desnudas, y un arcabuz cargado (2).

La situacion en que aquel desdichado mancebo se habia colocado con respecto á su padre le hacian temer fundadamente una sorpresa.

(1) Este hecho resulta de una relacion de un ayuda de cámara del príncipe.
(2) Histórico.

CAPITULO XLII.

El príncipe recibe una buena noticia, otra mejor la de Eboli, y mejor que todos Antonio.

A la mañana siguiente, y á las diez poco mas ó menos, hallábase el príncipe don Cárlos solo en su habitacion, y colocado junto al armario que ya conocemos ocupábase en arreglar y empaquetar gran porcion de papeles, entre los cuales se hallaba su correspondencia secreta y la del baron de Montigny.

—Si estuviese aquí el page, decia, me aconsejaria que quemase estos papeles para evitar que pasáran á otras manos; pero como me pueden ser muy útiles, y he de permanecer poco tiempo en Madrid, no tengo miedo de que así suceda.

Cuando mas embebido estaba en su arreglo, el espía Antonio entró para anunciarle que un caballero que no habia querido decir su nombre deseaba hablarle.

—¿No quiere decir su nombre? preguntó don Cárlos.

—Dice que es el que V. A. espera.

—Si, si, que entre.

Y á los pocos instantes se presentó el que pedia la audiencia

—El cielo os envia, exclamó don Cárlos estrechando con alegría las manos del recien venido. Tan á tiempo venis como si hubiéseis estado aguardando el momento mas oportuno.

—Me felicito por ello, señor, mucho mas por el éxitoque ha tenido mi viaje.

—¿Traeis dinero?

—Ciento cincuenta mil ducados.

Al oir estas palabras levantóse el príncipe, y con los ojos radiantes de alegría y frotándose las manos, empezó á dar vueltas por la habitacion.

—Bien, ¡vive el cielo! bien mi buen amigo; ya soy feliz. Mañana, ó pasado á mas tardar perderé de vista este alcázar para no volver á él sino empuñando el cetro de Castilla en una mano, y en la otra la espada de mi justicia para esterminar á los miserables hipócritas que me han perseguido.

Paróse repentinamente don Cárlos; un velo sombrío anubló su semblante, y repuso:

—Mañana á Flandes á defender á la humanidad ultrajada, á luchar contra la arbitrariedad y la tiranía. La sangre de los vasallos queridos de mi noble abuelo, inunda aquella tierra como antes la inundaban las aguas de los mares. Sus sacrosantos fueros han sido hollados por la mano de un hombre, cuyo solo recuerdo llenará de horror á la posteridad. Los industriosos hijos de aquella desdichada tierra, han visto encadenadas sus manos, tras sus manos su pensamiento, y tras su pensamiento su conciencia. Yo romperé esas cadenas que forjó la tiranía, y sus brazos libres volverán á empuñar las armas con que han de defender sus libertades, y su pensamiento se remontará con todo el libre alvedrío que le diera el Criador, y su conciencia podrá manifestarse sin miedo á los verdugos que hoy la persiguen. Marqués de Bergen, mártir de tu patriotismo, Flandes sabrá levantarte una

estátua en cada plaza, y yo guardar tu nombre en mi corazon. Baron de Montigny, no he podido romper tus cadenas; pero yo sabré vengarte de tus enemigos que son los mios. No habrá trégua ni compasion... ¡Venganza en nombre de la humanidad perseguida, ultrajada, vilipendiada!

Y con las fuerzas de un loco, y mientras sus ojos dejaban escapar centellas, apretó don Cárlos la empuñadura de oro de su daga.. En aquellos momentos estaba poseido de un entusiasmo ardiente, casi frenético, y como si ya fuese dueño de la corona de Castilla antojábasele que podia comenzar á dictar las leyes sugeridas por sus exageradas ideas.

Indudablemente, si el príncipe don Cárlos hubiese llegado á sentarse en el trono, España hubiera visto repetirse en su seno los trastornos que habian conmovido pocos años antes á Inglaterra. Porque el príncipe no se hubiera contentado con una tolerancia religiosa y política, racional y justa, como la que hemos alcanzado en nuestros dias; él hubiera dado la mas ámplia libertad á la conciencia y á la palabra, porque como decia él mismo «pensar y hablar eran una misma cosa.»

Aquel arrebatado entusiasmo en que el régio mancebo empleó gran parte de las fuerzas de su espíritu, concluyó por una especie de abatimiento que le dejó lánguido y como rendido de fatiga.

—¿Dónde teneis el dinero? dijo á la vez que se sentaba.

—En mi posada, señor.

—¿Cuándo me lo traereis?

—Esta noche, si V. A. no manda otra cosa, porque asi evitaremos que observen los curiosos.

—Tengo tanta impaciencia, que me parece que no he de llegar á verlo en mis manos.

—¿Quiere V. A. que lo traiga ahora?

—No, pero me voy contigo para verlo, para tocarlo, y convencerme de que no sueño.

Y con una alegria infantil, levantóse el príncipe, se puso su sombrero, y embozándose en su capa, añadió:

—Vamos, vamos.

Luego, acompañado del caballero, salió sin cuidarse de cerrar el armario en que tenia colocados los papeles de que ya hemos hecho mencion.

Pocos momentos despues volvió á levantarse el tapiz que cubria la puerta, y la cabeza de Antonio asomó. Su mirada se esparció por el aposento como para cerciorarse de que nadie estaba alli. Entonces entró cautelosamente y trémulo como el ladron que teme ser sorprendido. Sus vivos ojos se iluminaron con una alegria indescriptible al observar que el armario estaba abierto.

—Hoy es un dia feliz, murmuró. He escuchado una conversacion interesantísima que me valdrá algunos escudos, y sino me equivoco, podré apoderarme de unos papeles que tambien me valdrán, no algunos escudos, sino todo el oro que yo desee.

La avaricia, pasion que en el mas alto grado dominaba á Antonio, le hicieron estremecer de alegría, y olvidándose del peligro que podia correr se dirigió al armario, y en un segundo recorrió con su vista todo el interior del mueble. Luego se apoderó de los papeles que en él habia, y examinándolos rápidamente contuvo con dificultad un grito de júbilo al ver la correspondencia del príncipe y de Montigny.

—¡Oh! estos son, estos son, dijo.

Y estrechó contra su pecho los papeles.

—La princesa me dará oro, mil ducados, diez mil, veinto mil, cien mil.... Cuantos yo le pida.

Las manos de aquel miserable temblaban convulsivamente, y su pecho estaba agitado por una violenta emocion de frenética alegria. Movíanse sin concierto sus redondos ojos, y en su avarienta embriaguez ni aun habia pensado en alejarse de aquel lugar.

Al fin, despues de dar mil vueltas á los paquetes de cartas y de acariciarlos como la madre que acaricia al hijo á quien encuentra despues de haberlo llorado perdido, salió de la estancia y se encaminó en busca de la princesa de Eboli, despues de haber ocultado los papeles bajo su ropilla.

Hallábase doña Ana con su marido tratando de sus intrigas, cuando Antonio llegó.

—¿Qué os trae? le preguntó la dama.

—Vengo á deciros, contestó el espía, que S. A. acaba de recibir una visita.

—¿Quién es?

—No lo sé, pero sí he colegido por las palabras que he escuchado, que el recien venido acaba de hacer un viage.

—¿Ha dicho á donde? preguntó la princesa.

—¿A Simancas tal vez? añadió Ruy Gomez.

—No ha dicho de donde viene.

—¿Qué han hablado?

—El viagero ha dado al príncipe la noticia de que le traia ciento cincuenta mil ducados.

—¿Ciento cincuenta mil ducados? repitió el de Eboli.

—Proseguid, dijo doña Ana.

—S. A. ha dicho que ya era feliz, y que mañana ó pasado mañana emprenderia su viage para Flandes.

—¿Eso ha dicho?

—Con las mismas palabras que os lo repito.

—Gracias, señor Antonio, os recompensaré largamente.

—Agradezco vuestra generosidad.

—Tomad, dijo Ruy Gomez dando al espía un puñado de monedas de oro y plata.

—Ahora, prosiguió Antonio despues de guardar las monedas, quiero consultaros sobre otro asunto.

—¿Cuál es?

—Me habeis dicho que seria muy interesante apoderarnos de los papeles del príncipe.

—Sí, mucho.

—Como tal vez haya ocasion...

—Si, si, hacedlo y tendreis oro, mucho oro, exclamó doña Ana con marcada emocion.

—Es que... es muy peligroso...

—¿Teneis miedo?

—Estimo en algo mi vida, y ya veis...

—¿Y no estimais en nada vuestra fortuna?

—Si, pero es mucho arriesgar...

—Tambien será mucho lo que ganeis si salis adelante con vuestra empresa.

—Yo supongo, señora, que pudiera apoderarme de los papeles sin ser visto de nadie; pero como el príncipe los echaria luego de menos...

—¿Y qué os importa?

—Ya sabeis que S. A. me mira con prevencion.

—Si, pero una vez que me hayais entregado los papeles, saldreis de Madrid tan bien provisto de dinero que nada necesiteis para acabar tranquilamente los dias de vuestra vida.

—Para eso sería menester que yo poseyese una cantidad...

—¿Quereis estipular antes el precio de vuestro servicio?

—Dios me libre de semejante cosa, contestó hipócritamente Antonio, tratando con una dama de vuestra clase.

—Entonces...

—No es mas que una observacion que se me ocurre.

—Observacion que queda contestada con deciros que debiais comprender que yo os protegería siempre en cualquier apuro.

Pero Antonio, que á toda costa quería saber la cantidad que le valdría su traicion, antes de entregar los papeles, repuso:

—En tan poco me tengo, señora, que nunca he podido pensar que me protegería una dama como vos.

La de Eboli comprendió cuanto pasaba en el interior del espía, y afanosa por tocar el resultado de aquella intriga, dijo:

—Sepamos de una vez cuanto quereis, y de este modo ahorraremos tiempo.

—Señora....

—Habeis dicho que necesitariais poseer una cantidad de consideracion para estar á cubierto de todo.

—Como me hablásteis de pasar tranquilamente mi vida...

—Pues bien, para tranquilizaros os diré que podeis contar con diez mil ducados, si me entregais los papeles del príncipe.

Los ojos del espía brillaron, é involuntariamente llevó sus manos al sitio donde tenia ocultas las cartas.

—Tan lejos estoy, dijo, de estipular precio alguno ni de imponeros condiciones, que adelantándome á vuestros deseos me he apoderado ya de los papeles.

Ruy Gomez y su esposa dejaron escapar un grito de alegria.

—¿Los traeis? dijeron á la vez.

—Tomadlos, contestó Antonio.

Y puso las cartas en manos de la princesa de Eboli.

Esta dejó escapar un segundo grito; su rostro palideció, agitóse su cuerpo, y de sus ojos se escaparon dos centellas.

El príncipe don Cárlos estaba perdido.

Media hora despues, caballero en una mula, abandonaba Antonio á buen paso la coronada villa.

CAPITULO XLIII.

¡ Pobre Blanca !

Aquel mismo dia echó el príncipe de menos la correspondencia que le habian robado, y supo que su criado Antonio habia desaparecido, por lo que le fué muy fácil deducir que este habia sido el traidor.

Don Cárlos desahogó su cólera en gritos, amenazas, y aun golpes, descargados sobre algunos de sus sirvientes; pero al fin convencióse de que era una cosa sin remedio, de que estaba perdido, y de que tenia que acelerar su fuga cuanto le fuere posible.

La noticia del robo de los papeles llenó de consternacion á la reina y desesperó al page.

El príncipe y sus amigos salian y entraban, iban y venian, y conferenciaban sobre los medios de abreviar el tiempo de la mar-

cha, mientras que Ruy Gomez preparaba el ánimo del rey antes de entregarle los papeles robados á su hijo.

Casi todo aquel dia y aquella noche lo pasaron reunidos el príncipe y el page; avisaron á Pero Leon y á sus camaradas para que estuviesen prevenidos, y convinieron al fin en que al dia siguiente pedirian ocho caballos al correo mayor de S. M.

Por medio de Blanca, pidió don Cárlos á la reina una entrevista para la noche siguiente, con el objeto de despedirse de èlla, y asegurándose de que la cerradura de su puerta estaba en buen estado y de que sus armas estaban bien preparadas, acostóse para descansar de las fatigas de aquel dia.

El sueño apenas pudo cerrar sus ojos aquella noche, y al despuntar la aurora levantóse otra vez mas fatigado que antes.

Aunque nada se sabia en la córte de lo acontecido el dia anterior, sin poder esplicarse por qué, todos presagiaban una gran desgracia, se hacian misteriosos comentarios sobre la conducta del rey con su esposa y con su hijo, y cada cual traducia á su manera lo que sin saber presumia.

Los rostros de los cortesanos estaban taciturnos, hablaban al rey con cierta especie de temor, y parecian recelosos los unos de los otros segun se miraban con aire desconfiado. Ninguno podia darse cuenta de lo que en su interior sentia; pero todos estaban mal humorados y lo achacaban á que no se veian sino semblantes taciturnos.

A las cinco de la tarde hallábase Blanca en su aposento sentada junto á su hermoso page.

Los ojos de la doncella estaban húmedos por el llanto, y fijaban en Luis una mirada de la mas cariñosa ternura.

—¿Porqué llorais, señora mia ? le preguntó con dulzura el pagecillo.

—¿No he de llorar al quedarme sola en el mundo, sin mas recuerdo que el de mis desdichas, sin mas esperanza que la de una dolorosa y lenta agonia?

—¿Y porqué os encerrais en un convento? Desistid de esta idea y yo en vez de marchar á Flandes me quedaré á vuestro lado

para prestaros consuelo y para serviros de apoyo. Renunciaré á todas mis glorias que tanto anhelo; á mi porvenir, y pasaré mi vida con vos porque os amo como á una madre, como á una hermana, porque no tengo en la tierra á nadie á quien amar.

—No, Luis; el bullicio del mundo me atormenta, y mi dolor no encuentra otro consuelo que el del llanto y la soledad. No renuncies á tus glorias ni á tu porvenir; aléjate de mi lado, y en otro mundo que el de este alcázar déjate llevar de los impulsos de tu gran corazon. Tenga yo al menos el consuelo de saber que serás feliz algun dia. Huérfana como tú, en tí puse todos mis cuidados; bien pagados me los tienes; harto has llorado conmigo, niño inocente, á quien el mundo y las desgracias han convertido en hombre en tan temprana edad.

—¿Y qué me importa mi porvenir? replicó el page cuyos negros ojos se humedecieron. ¿Qué las glorias que afana mi deseo y que quizás me niegue la fortuna, si sé que llorais y que el dolor acaba vuestra existencia? Yo quiero llorar con vos, con vos gozar, con vos morir, porque sois mi madre, mi hermana, mi amiga, mi providencia en fin. Renunciad á vuestro proyecto, alejémonos del alcázar si quereis; pero vamos á donde juntos podamos pasar la vida, llorando si el dolor no cesa, felices y tranquilos si el tiempo calma vuestra afliccion. Salve yo al príncipe, y luego vuestro soy para siempre.

Abundantes lágrimas corrieron por las megillas de Luis que ahogado por los sollozos se arrojó en brazos de su señora.

—Sufres mucho ¿no es verdad? le dijo la doncella. ¡Pobre niño! Mi proteccion y mi cariño te han hecho desgraciado. ¡Noble corazon!

Y con la ternura de una madre estampó un beso en la frente de aquella desdichada criatura.

Reinó un profundo silencio.

Las lágrimas de Blanca caian sobre la sedosa cabellera de Luis, y las de este en el casto seno de aquella.

Inesplicables dolores atormentaban á aquellos dos séres de noble y generoso corazon, nacidos para el bien, pero estravia-

dos por un momento en la senda del mal á impulsos de un mismo dolor, sedientos de una venganza que ya empezaban á reconocer como criminal.

Imposible nos seria hacer comprender cuantas ideas desgarradoras, cuantos recuerdos gratos los unos, tristes los otros, producian aquel llanto.

Pensaba la doncella en los dias de incomparable felicidad que habia pasado mecida en las ilusiones de un ardiente amor, y luego recordaba la noche fatal en que exhalára su amante en sus brazos el último aliento. Representábanse en su imaginacion las gratas horas de su inocente infancia, y las caricias de su madre, para compararlas en seguida con la triste soledad y el absoluto aislamiento que le esperaba. Habia sido para ella un goce puro, inmenso, la idea de haber amparado al desvalido Luis, y ahora iba á verlo alejarse de su lado para morir tal vez entre los horrores de una cruda guerra.

Todos estos dolores, todas estas amarguras atormentaban tambien al desdichado niño, y á sus tormentos se añadia el del convencimiento que abrigaba de que jamas podria ser feliz, por que sabia que Blanca moriria consumida por el llanto.

Por largo rato sintiéronse palpitar unidos aquellos dos corazones, grandes como ningunos, como ningunos sensibles, nobles y generosos.

Al fin el page rompió el silencio, y desprendiéndose de los brazos de su señora, exclamó:

—Aun no ha llegado el momento de nuestra despedida ¡voto á mis calzas!

—Cercano está, replicó la doncella.

—Perdonad, señora, repuso Luis procurando dominar su emocion; perdonadme si soy un niño mas débil que vos, y os aflijo y os entristezco en vez de consolaros.

—Ningun consuelo puedes darme mayor que el de tu ternura. ¿Qué mas grato para el que padece, que ver que hay corazones que toman parte en su dolor?

—No, no; yo debo infundiros ánimos Y sobre todo, como

aun no ha llegado el momento de nuestra separacion, debemos gastar el tiempo en hablar de todo menos de nuestros pesares. Consolaos, pues; no me quiteis con vuestro llanto el valor, que ya ha cerrado la noche y tengo que ocuparme de los asuntos del príncipe.

—¿Vas á salir ahora?

—Voy á buscar al señor Pero Leon y á su camarada Diego, para que esta noche no dejen los alrededores del alcázar por lo que pudiera ocurrir.

—¿Temes algo?

—Todo y nada. El rey ha mandado á decir al cardenal Espinosa que no deje de venir precisamente esta noche; y como no hay ahora ningun asunto urgente de estado, presumo que la consulta deba ser sobre el príncipe. S. M. tendrá ya en su poder las cartas robadas á don Cárlos, que lo comprometen de tal manera, que no dudo se tome alguna determinacion grave.

—Sé prudente, Luis. No olvides que eres la única persona que me queda que amar en este mundo, y que si te sucede alguna desgracia el dolor me mataria.

—Descuidad, señora; nada temais por mí. Ya sabeis que soy cáuto. Enjugad vuestras lágrimas, id á ver á la reina y á hacerle compañía mientras yo vuelvo.

Envolvióse el pagecillo en su capa, y salió despues de recibir en la frente un fraternal beso de su señora.

Dejémosle caminar, y entre tanto sepamos lo que era de las demas personages de nuestra historia.

CAPITULO XLIV.

De cómo la princesa de Eboli era habilísima en la intriga.

Por el corredor que conducia á las habitaciones del príncipe don Cárlos, atravesaba una muger envuelta en ancho albornoz de terciopelo negro. Al llegar á un punto bastante iluminado por la luz de un farol, encontróse con un caballero que caminaba en direccion opuesta y parecia muy preocupado.

Miróle atentamente la muger, y conociéndolo sin duda, paróse y luego lo siguió con cautela á la vez que murmuraba:

—Él nunca visita al príncipe; si ahora entra en su cuarto..... ¡Oh!... si, estoy segura, no puede ser para otra cosa.

Luego pareció meditar algunos instantes, y añadió:

—No me cabe duda. Feliz casualidad... ¡Ah!... Ya lo tengo completamente en mi poder.

Y bajo los anchos pliegues de su negro abrigo relumbraron sus ojos como dos áscuas.

El caballero entró efectivamente en las habitaciones del príncipe. Sigámosle.

Era un hombre de mediana estatura y grave continente, y que demostraba, por la riqueza de su trage, ser persona de calidad.

Recibiólo don Cárlos afablemente, y le mandó tomar asiento.

—Mucho me honrais, señor, le dijo el caballero.

—Me lo pagareis con prestarme un servicio que es para mí de suma importancia.

—Hablad, señor.

—Necesito para mañana á la noche ocho caballos de posta.

El caballero, que no era otro que don Ramon de Tassis, miró atentamente al príncipe, y contestóle:

—Para mañana y pasado mañana es imposible, porque no tengo un solo caballo de posta en Madrid.

—Os repito que es asunto que me importa mucho.

—Siento no poder complaceros; pero ¿cómo lo he de hacer?

—Señor correo mayor, repuso con severidad el príncipe, cuidado con engañarme.

—Nunca miento, señor, y menos á V. A., á quien debo respetar y obedecer; pero si dudais de mis palabras, fácil os será convenceros por vos mismo de que os digo la verdad. No hay un solo caballo de posta en Madrid: no lo habrá mañana, ni pasado mañana tampoco. Si pueden seros útiles despues, tendré el gusto de ponerlos á vuestra disposicion, y vuelvo á repetiros que me duele no poder complaceros en la primera cosa que me mandais.

Dijo el caballero estas palabras con tal acento de verdad, que el príncipe quedó convencido, y si mostró mal humor fué solo por el aprieto en que le ponia la falta de caballos.

—Os creo, dijo; pero si yo descubriese que me engañais, habia de costaros bien cara vuestra mentira.

—Señor, contestó humildemente el caballero, V. A. tiene derecho á tratarme como mas le plazca; pero no merezco tanto rigor.

—Puede ser que vuelva á daros esta órden si no encuentro medio de salir del apuro; y por lo que pueda suceder avisadme en cuanto tengais caballos disponibles, aun cuando no sean mas que tres.

—Los primeros que lleguen á Madrid se emplearán en vuestro servicio.

—Guárdeos el cielo.

—El conserve á V. A., señor.

Y mientras que el príncipe se paseaba por su aposento, aguardando impacientemente al page, salió el correo mayor y á los pocos pasos encontró á la misma muger, á quien ya vimos seguirlo.

—Señor de Tassis, le dijo la dama.

—El mismo soy, replicó el caballero.

—¿Quereis acompañarme á mi habitacion? repuso la tapada descubriéndose el rostro.

—¡Señora princesa!...

—Digo lo que vos: la misma soy.

—Tanta honra y tanta dicha...

—Dadme vuestro brazo.

—Con mucho gusto, señora.

Mientras se dirigian algunos cumplidos, doña Ana de Mendoza y don Ramon de Tassis llegaron al aposento de la princesa.

Sentóse la noble dama é invitó al caballero á que hiciese lo mismo.

—Vos sois uno de los servidores mas leales de S. M., dijo la princesa.

El de Tassis la miró sin acertar á comprender el sentido de estas palabras.

—¿No es verdad? repitió la dama.

—¿Lo dudais, señora?

—No; por el contrario lo creo así firmemente.

--Entonces escuso contestaros.

--No estrañeis, amigo mio, que antes de hablaros de un asunto de bastante importancia, os recuerde vuestra lealtad al rey, porqué así conviene que lo haga.

--Os escucho, señora.

--Acabais de salir del cuarto del príncipe.

--Es verdad; vos misma me habeis visto y yo no trato tampoco de ocultarlo.

—Tal creo.

—¿Puedo saber á qué punto se dirige vuestra conversacion?

--Pronto satisfareis vuestra curiosidad.

--Proseguid, pues.

--Como os he dicho, acabais de salir del cuarto del príncipe, y sé porque habeis ido á visitarlo.

--¡Que lo sabeis! repitió con estrañeza el correo mayor.

--Si, lo sé, y habeis ido porque os ha mandado llamar.

--Fácil es adivinar eso porque de todos er bien sabido que yo no visito á don Cárlos sino por ceremonia en los casos de pura necesidad, cuando lo exige la etiqueta.

--Bien, pero es que tambien sé lo que os ha dicho.

Don Ramon examinó el rostro de la princesa, pero nada pudo adivinar en él.

--Sencillo es, dijo el caballero afectando indiferencia, el asunto de que hemos tratado: una de las muchas puerilidades del príncipe.... ya sabeis que es un chiquillo loco.

Y luego dijo para sí:

--Esta quiere averiguar, pero es tiempo perdido.

Mientras que la princesa pensaba.

--Quiere ocultármelo, pero de nada le servirá su reserva.

Y á su vez fijó una escrutadora mirada en el de Tassis, y le dijo:

--Perdonadme si os digo que me engañais.

--Estais equivocada.

--¿Qereis que os repita la peticion que os ha hecho don Cárlos?

--¿Cual?

--Que le proporcionareis caballos de posta.

A pesar de su prevencion para no dar á entender lo sucedido con el príncipe; el caballero no pudo dominar un gesto de sorpresa.

—Señora... murmuró.

—Inútil es que negueis; estoy bien enterada, y de que es así acabais de tener una prueba.

—Os repito...

—¿Os obstinais?... Pues bien, para ahorrar tiempo os diré que he escuchado vuestra conversacion, oculta tras la cortina de la puerta.

No quedó del todo convencido don Ramon de Tassis, y replicó:

—Puesto que nos habeis escuchado podreis decirme lo que contesté á S. A.

Doña Ana, que tenia ya bien estudiado su papel, no vaciló un instante en contestar.

—Os habeis negado con una habilísima escusa á obedecer al príncipe.

Al caballero no le quedó ya duda alguna.

—Señora, dijo, ya sabeis que no está muy sana la razon del príncipe, y que estas y otras estravagantes manias son muy frecuentes en él; pero como á nadie perjudica en ello; y su reputacion sufriria mucho si estas cosas se publicasen, espero que sabreis guardar la reserva debida en el asunto de que nos ocupa.

—Tambien como yo sabeis, amigo mio, que no es una puerilidad el negocio de que se trata, porque no puede considerarse tal la fuga del príncipe para ponerse á la cabeza de los rebeldes flamencos.

—Tanta mas razon, señora, dijo el caballero que aun no adivinaba el objeto de la princesa, tanta mas razon para que nosotros seamos reservados. Evitemos que el príncipe lleve á cabo su loco proyecto; pero no demos un escándalo tan perjudicial ni aumentemos los pesares del rey y las desgracias de su hijo.

—Muy buenas son vuestras ideas, pero irrealizables.

—¿Qué, os proponeis acaso no guardar el secreto?

—Religiosamente.

—No esperaba menos de vos, repuso mas tranquilo el de Tassis.

—Pero con una condicion.

—Si depende de mí la acepto con tal de evitar al rey este disgusto y al príncipe una nueva desgracia.

—Depende esclusivamente de vos.

—Entonces, si con ello no he de faltar á la lealtad que debo al rey...

—Al contrario, le dareis una prueba mas de ella.

—Tanto direis que me veré obligado á aceptar esa condicion sin saber cual es.

—No quiero que hagais tal.

—Estoy impaciente....

—Escuchadme.

—Os escucho.

—Los traidores y los herejes no tienen otro nombre que el de su delito ni otra categoría que la de los criminales.

—Es cierto.

—Donde quiera que se encuentra un enemigo de la religion ó del trono, llámese este príncipe, duque, caballero ó villano, allí se le acusa y allí la justicia le impone su castigo, sin escepcion alguna, porque aquel que se declara contra la autoridad ó la fé de Jesucristo pertenece á la última clase, á la mas deprabada, y la sociedad lo separa de su seno.

—Teneis razon, y os confieso, señora, que haríais un esclarecido consejero de Estado; pero no se me alcanzan las consecuencias que vais á deducir de vuestro exordio.

—Ya las sabreis, dijo con dulce sonrisa la princesa.

—Mi curiosidad crece.

—Os repito que pronto la vereis satisfecha.

—Os escucho.

—Admitido, pues, que para el castigo del delincuente no debe

mirarse su clase, sino su delito, vos, yo, todas personas honradas y vasallos leales, tenemos el deber de señalar con el dedo al criminal para que la justicia lo separe de nuestro lado.

Frunció el ceño don Ramon de Tassis y fijó una mirada penetrante en la princesa.

—¿Empezais ya á comprender? dijo doña Ana.

—Señora, no me atrevo todavía á dar crédito á mi sospecha.

—¿Qué habeis pensado?

—Proseguid, señora.

—Decidme antes si admitis como buenos y justos los principios que dejo sentados.

—Con algunas escepciones.

—No decíais eso hace algunos instantes.

—Lo he pensado mejor.

—¿Cuales son esas escepciones?

Fácilmente conoció el correo mayor que se fraguaba alguna intriga, y contestó con tono de alguna impaciencia:

—¿No me habeis dicho que callareis lo sucedido, pero con una condicion?

—Si.

—Pues bien, señora, decid cual es, sin rodeos, sin entrar en cuestion de principios de justicia porque soy estraño á la jurisprudencia y podria cometer algunos errores; no me gusta hablar de lo que no entiendo.

—Bien, dejaré, si así lo quereis, lo que vos llamais rodeos, pero no olvideis lo que acabo de deciros.

—No lo olvidaré, pero abreviad, y perdonadme si os digo que tengo que dejaros muy pronto para hacer que inmediatamente salgan de Madrid todos los caballos de posta. Puesto que habeis escuchado mi conversacion con el príncipe, ya sabreis lo que le he contestado, que es una mentira, y comprendereis que tengo que prevenirme para cuanto pueda suceder, por si don Cárlos intenta convencerse por sí mismo de la verdad.

—Seré breve:

—Hablad, pues.

—Antes de salir del alcázar ireis á ver á S. M.

—¿Con qué objeto?

—Con el de decirle que su hijo os ha pedido caballos de posta.

—¡Señora! exclamó el de Tassis, levantándose de su asiento.

—Esa es mi condicion, dijo friamente doña Ana.

—¡Y así quereis que se guarde el secreto!

—Os juro guardarlo.

—Pero yo...

—Cumplireis con vuestro deber de vasallo leal.

—¿Sabeis las consecuencias que puede traer semejante paso?

—Señor de Tassis, hemos convenido en que los delincuentes, los enemigos del trono y de la fé, no tienen nombre ni categoría.

—Pero no hemos convenido en que yo deba ser un delator.

—Si no os agrada la comision no la acepteis.

—Así lo hago.

—Yo la desempeñaré por vos, diciendo á S. M. que os habeis negado á participarle un suceso que tanto le importa.

Don Ramon miró á la princesa como si aun quisiese convencerse de que él soñaba ó de que ella estaba loca.

—¿Habeis pensado bien?... dijo.

—Lo tengo muy meditado, replicó doña Ana con sencillez.

—¿Y me obligareis?...

—¿Aceptais ó no?

—Señora...

—Caballero, despues de lo que ha sucedido, comprendereis que no puedo perder un instante en ver á S. M.

El caballero miró desdeñosamente á doña Ana, y dejando la galantería para mejor ocasion, le dijo:

—Señora, no teneis corazon.

—Pero me sobra cabeza, replicó la dama sin mostrarse ofendida.

—Es decir, que quereis obligarme...

—Sed mas exacto: no os quiero obligar, os propongo una cosa, y vos estais en libertad de aceptarla ó no.

—Me poneis en una alternativa horrible.

—Elegid lo que os parezca menos peligroso.

—Abusais de un secreto...

—Que he sorprendido. Decidme cuanto os plazca porque no me enfado: llamadme espía, intrigante, poco ó nada noble... todo, en fin, cuanto se os venga á la boca; con nada me alteraré: vos lo habeis dicho, no tengo corazon, pero ya os he advertido que me sobra cabeza.

—Señora, dijo con tono de coraje el caballero, si no fuéseis una muger...

—Me tiraríais al rostro vuestro guante... Está bien, pero no he nacido hombre, y todo cuanto digais sobre este punto es perder un tiempo precioso.

—Harto lo sé.

—¿Os decidis?

Meditó largo rato el de Tassis, y convencido de que no tenia medio de librarse del lazo que le habia tendido la princesa, contestó:

—Lo haré.

—Escuso advertiros que direis á S. M. que dais semejante paso espontáneamente, porque de otro modo vos mismo os haríais reo.

—Ya sé que no puedo hacer otra cosa: vuestra intriga está bien combinada.

—Es una advertencia por vuestro bien.

—Gracias, señora.

—Ya es bastante tarde, y antes que el rey se ponga á cenar...

—No perderé un momento: quedareis complacida en todo.

—El cielo os guarde, repuso afablemente doña Ana.

—No olvideis que desde hoy teneis un enemigo mas, pero un enemigo terrible.

La princesa se encogió de hombros y contestó:

—Tengo tantos que uno mas ó menos nada me importa.

Salió el caballero rebosando ira, y doña Ana de Mendoza exclamó con alegría infernal:

—¡Oh, cumpliré mi venganza! Veremos quien vale mas, si el diablo de palacio ó yo: este golpe es digno de su astucia, y aun me reservo otros mayores.

Los ojos de la princesa brillaren estraordinariamente.

—¿Cómo, dijo, el profundo amor que sentia por el príncipe, aquella pasion que me devoraba, se ha cambiado en ódio? ¡Qué fibra tan sensible es el orgullo de la muger! ¡Cuanto bueno y cuanto malo hacemos impulsadas por el orgullo! ¡Oh!... ¡nécios los hombres que no saben tocar á tiempo resorte tan poderoso!

CAPITULO XLV.

De cómo hay quien es capaz de falsificar la firma del diablo.

Aquella noche, á pesar de que era domingo, no recibieron los reyes á sus cortesanos. Felipe II permaneció en su despacho con el cardenal Espinosa y Ruy Gomez de Silva, y doña Isabel de Valois, en su cuarto, acompañada de Blanca.

Ya habia hablado don Ramon de Tassis con el monarca, cuando este recibió al cardenal, y entablando la conversacion sobre el príncipe don Cárlos, dijo Felipe II.

--En vano intentaria, señor cardenal, haceros comprender los tormentos que sufre mi corazon de padre: no lo sois vos. Me acusa el mundo de desnaturalizado porque vé sereno mi rostro y la sonrisa en los lábios... ¡ay!... ¡cuánto me cuesta esa apariencia tranquila, debèr el mas duro de cuantos me impone mi magestad!

Esta es la primera confesion que hago de mis sentimientos, á vos como sacerdote, á Ruy Gomez como amigo, y á ello me obliga la necesidad de que vosotros no me juzgueis como el mundo por engañosas apariencias. Cada vez que tengo que castigar á mi hijo, mas que el suyo, sufre mi corazon, porque él desahoga, manifestándolo, su enojo, y yo tengo que devorar en silencio mi dolor. Largo tiempo he escusado imponer un severo castigo al príncipe heredero de mi trono, y ahora tambien quisiera escusarlo aun cuando he visto que mi clemencia no ha dado el resultado apetecido; pero como padre desearia poner en juego otros medios para cortar el mal antes que se hiciese incurable. A este fin os he llamado, para pediros vuestros consejos, porque no suministrándome mi entendimiento recurso alguno, necesito que me digais si aun me queda algun camino que seguir. Su mano sacrílega levantó un puñal sobre vuestra cabeza, luego atentó contra la vida del de Alba, y no hace mucho tiempo que desnudó su espada contra Ruy Gomez, llegando últimamente hasta el punto de escandalizar á la córte toda con palabras heréticas. Estos cargos solamente bastan para condenarle; pero soy padre, os repito, y me siento débil.

--No quiero, señor, dijo el cardenal, que sirva de cargo al príncipe un arrebato imprudente que no pasa de ser locura de jóven, por mas que amenazára mi vida.

--Yo tampoco con respecto á mí, añadió Ruy Gomez.

--Bien, señores, en eso no probais sino generosidad y ser buenos cristianos porque perdonais; pero si he de deciros lo que siento, mas que esos atentados me duelen las inclinaciones que á la Reforma se dejan ver en mi hijo

--Sobre ese punto, repuso el cardenal, no soy árbitro de otorgarle el perdon sin el arrepentimiento; pero pensad bien que el escándalo, tratándose del heredero del trono, es muy perjudicial. Probad todos los medios; sed por algun tiempo mas, como hasta aquí, tolerante, que no desconfio de que la perseverancia dé feliz resultado. Olvide V. M. las locuras de jóven, y jóven enfermo; evite que proteja á los revoltosos, pero sin hacer mas que desba-

ratar sus planes, y tal vez, fatigado de sus mismas locuras, entre en la buena senda.

--Evitarlo es difícil, y para convenceros os diré que gracias á la lealtad de mi correo mayor, no veremos al príncipe dentro de algunos dias al frente de los sublevados de Flandes, luchando contra la religion católica y contra las banderas de su patria, contra el trono de su padre, animando á sus partidarios con el grito de «muera Felipe II....» ¡Oh!...

Palideció el monarca y su frente se inundó de sudor. Lo que su corazon de padre debió sentir en aquellos momentos es difícil de comprender.

—¿Ha intentado fugarse? preguntaron á la vez el cardenal y Ruy Gomez.

—Ha pedido ocho caballos de posta á don Ramon de Tassis.

—Pero ese plan ya está desbaratado....

—Tras ese vendrá otro que quizás no pueda evitarse.

Iba á contestar el inquisidor cuando entró un gentil-hombre.

—¿Que ocurre? preguntó el rey. ¿No he dicho que no se me interrumpa?

—Perdone V. M. pero ha llegado un hombre muy agitado, y entregandome este pliego me ha dicho que lo ponga en manos de V. M. porque contiene un importantísimo secreto de Estado.

—¿De parte de quien?...

—Desapareció sin decir su nombre ni el de las personas que lo enviaban; y yo dudoso sobre lo que debería hacer, he preferido atreverme á interrumpir á V. M. por si el desconocido no me engañaba.

Tomó Felipe II el pliego, mandó al gentil-hombre que se retirase, rompió el sello y leyó lo siguiente:

«El príncipe don Cárlos está en el gabinete azul con la reina. Su conversacion es interesante. Acercándose á la puerta que dá á galería donde está el San Antonio de Ticiano, puede escucharse la detras de la cortina lo que hablan. Por aquella parte no hay damas ni doncellas.»

El Diablo de Palacio.

Indudablemente habian abusado del nombre del diablo para inspirar mas confianza al rey, porque fácilmente se comprende que el pagecillo no daria semejante aviso.

El rostro del monarca se tiñó de un vivo carmin y luego palideció.

Escapóse de sus manos el papel y quedó como aturdido por un terrible golpe.

Ni el cardenal ni Ruy Gomez se atrevieron á preguntar.

Pasados algunos instantes elevó Felipe al cielo una mirada, y luego exclamó con trémulo acento:

—¡Fuerzas, Dios mio!

—¿Sucede alguna desgracia, señor?

—Tal vez... contestó el rey como distraido. Señor cardenal, tenemos que interrumpir nuestra conversacion. Os espero mañana al medio dia. Y tú, Ruy Gomez, vé á situarte cerca del cuarto del príncipe, y cuado entre, pon á la puerta persona de confianza que vele toda la noche, y si vé salir á mi hijo que lo detenga aun á trueque de perderle el respeto.

Despidióse el cardenal y salió: tras él el rey, y luego Ruy Gomez, pero este, antes de abandonar la habitacion, puso sobre la mesa un paquete que parecia contener papeles.

Para que nuestros lectores comprendan lo sucedido y presencien una escena interesante, tenemos que retroceder media hora y llevarlos nuevamente á las habitaciones de la princesa de Eboli.

CAPITULO XLVI.

La sorpresa.

Tal vez recordarán nuestros lectores que una noche en que la luna brillaba, derramando su pálido resplandor en uno de los patios del alcázar real, una muger, colocada junto á un balcon, por la parte de adentro, obserbava al príncipe don Cárlos, que en otro balcon de enfrente, contemplaba la luna y exhalaba tíernos suspiros de amor. Ya sabemos que aquella muger era la princesa de Eboli.

Pues bien, la noche en que estamos, hallábase tambien doña Ana cerca del mismo balcon, y dirigia sus miradas al del príncipe, observando á través de los vidrios un bulto que en el iluminado aposento solia cruzar como si pasease.

Así permaneció largo rato la princesa, hasta que viendo pasar en vez de un bulto, dos, y que no volvieron, dijo:

—Sin duda salen.

Y envolviéndose en su albornoz, dejó el aposento sin hacer el menor ruido, y salió á la galería.

A poca distancia, y á la escasísima luz de un agonizante farol, se percibian dos bultos que caminaban cuidadosamente. Siguiólos doña Ana. Atravesaron corredores y solitarios aposentos, separóse el uno del otro y tomaron opuesto camino, pero el mas alto, caminando mas deprisa, se dirigió, como la noche á que hemos hecho referencia al principio de este capítulo, al cuarto de Isabel de Valois. Entró en él, pero la de Eboli, deteniéndose en la puerta, escuchó por espacio de algunos instantes.

Brillaron como dos luces los ojos de la dama, percibióse la agitacion de su seno, y abandonando aquel lugar, volvió á su cuarto.

Cuando se hubo encontrado en un pequeño gabinete, sentóse junto á una mesa, tomó papel y una pluma, y al disponerse á escribir, exclamó;

—¡Media hora no mas y el triunfo es mio!

Su mano trémula comenzó entonces á escribir el aviso que ya le hemos visto recibir al rey, aunque teniendo cuidado de desfigurar la letra.

—Esta ha sido una idea feliz, dijo despues de haber concluido. El diablo de palacio debe inspirar al rey mucha confianza por lo mismo que siempre se ha visto perseguido por él.

Luego meditó largo rato, y añadió:

—Creo que nada falta. Con el aviso que le habrá dado don Ramon de Tassis, con que sorprenda á su hijo en el cuarto de la reina, y con los papeles robados por Antonio, y que esta noche tendrá en su poder, hay mas que suficiente para que no vacile. Ahora solo falta enviar este aviso... Juan es el mas apropósito... si, desempeñará bien su encargo.

No queremos cansar al lector con detalles inútiles; ya sabemos que el anónimo llegó á manos del rey. Volvamos á las habitaciones de Isabel de Valois, y presenciemos la escena que tiene allí lugar.

La reina estaba sola.

Entró el príncipe don Cárlos.

—Gracias os doy, señora, dijo, porque no me habeis negado este último favor.

Palideció Isabel, y con apagado acento dijo:

—Caro puede costarnos, príncipe.

—Es cierto, porque yo juego mi cabeza.

—Y yo mi honor.

—¿Teneis vuestra conciencia tranquila?

—No es bastante.

—Siempre con vuestros escrúspulos, repuso don Carlos tomando asiento.

—Siempre con mis deberes.

—No gastemos el tiempo en lo que nos es tan inútil. Vengo á daros el último adios, el adios de la muerte porque ya no volveremos á vernos.

—¿Estais decidido á marchar?

—¿Puedo acaso permanecer aquí? Todos son mis enemigos, todos me persigen, mi padre se muestra conmigo mas intolerante y severo que nunca, estoy reducido á un ridículo papel porque para nada se cuenta conmigo, por que el último cortesano tiene para el rey mas importancia que yo.... En fin, señora, mi situacion la conoceis; ningun lazo me une á los que habitan este alcázar; solo el amor que os profeso podria detenerme aquí, y ese amor no tiene esperanza porque vos me la habeis hecho perder.

—Don Carlos, no me hableis, por Dios, de vuestra pasion criminal: muchas veces os he dicho que el imposible está entre nuestros corazones: olvidadme y con ello ganareis la paz de vuestro espíritu y la felicidad que en vano buscais.

—¡Y me dejareis ir sin esperanza!

—¿Para qué la quereis lejos de mí? ¿De qué os serviria la esperanza de que yo correspondiese á vuestro amor, si teniais perdida la de verme?

—Entonces volveria á vuestro lado.

—Entonces no os apartariais de mi.

—¡Es verdad, entonces no me separaria un instante de vos,

os veria cerrar los ojos al sueño, abrirlos á la luz del sol, seria vuestra sombra, respiraria el aire que vos respiráseis, y..... moriria de tanta felicidad!

El rostro del príncipe se habia animado estraordinariamente; brillaban con estraño fuego sus ojos y parecian querer salirse de sus órbitas, mientras que sus miembros estaban convulsivamente agitados.

Un ruboroso carmin tiñó la frente de Isabel, que con voz trémula contestó:

—Sabeis cuanto me atormentais... callaos, al menos por compasion.

—Perdonadme... estoy loco, repuso el mancebo pasándose las manos por la frente. Deberia yo mismo arrancarme la lengua... no, el corazon.

Dos lágrimas asomaron á los negros ojos de Isabel de Valois.

Reinó un profundo silencio.

—Don Carlos, dijo al fin Isabel, vuestra presencia en este sitio es peligrosa. No habrá faltado quien os viese entrar porque espian todas vuestras acciones.

—Es verdad, señora, contestó el príncipe con amargura, nada tengo que hacer aquí: he venido solamente á daros el último adios .... pero... ¿qué quereis?...cuando el corazon se abrasa y la razon se pierde, cuando se siente lo que yo siento.....

—Don Carlos, interrumpió la reina, volveis á hablar de vuestro amor....

—Bien, señora, es la última vez que os veo, la última que os hago padecer..... escuchadme siquiera, haced por mí este sacrificio. Yo, en cambio, señora, para no atormentaros me alejo, voy á poner entre vos y yo una gran distancia, y tal vez la que media de este mundo á la eternidad. Empero en todas partes os veré, vuestro recuerdo no se apartará un instante de mí, ni en medio de los regocijos públicos, ni entre el estruendo de las batallas, ni en los momentos de mi agonia, ni aun en el sepulcro, porque os amaré hasta en la otra vida.

—Allí se ama á Dios.

—Desde allí, con los ojos del espíritu, se contempla á las personas queridas que se han dejado en este mundo de iniquidades.

La reina elevó al cielo una suplicante mirada y exclamó:

—¡Fuerzas, Dios mio!

—Un momento no mas, señora, repuso en su arrebato el príncipe; un momento no mas antes de partir.

—¡Acabad, que me desgarrais el alma!

—No hace mucho tiempo que salió de vuestros lábios una palabra dulce, consoladora, que infundió nuevas fuerzas á mi abatido espíritu, que me dejó entrever un mundo de ilusiones y de delicias para mí desconocido.....

—Fué la promesa de amaros despues que la muerte os separase de este mundo..... No lo cumpliré por que los dias de mi existencia son muy pocos.

—Fué mas que una promesa de dudosa y tristísima realizacion...

—¡No prosigais! exclamó la reina estremeciéndose. No prosigais..... ¡Oh!... no me atormenteis recordandome mi debilidad.

—¡Vuestra debilidad!..... ¿Si me amais porqué no decirmelo? ¿Qué importa que las palabras digan lo que siente vuestro corazon, si con vuestros hechos me negais toda correspondencia al mio? Manifestais vuestro deseo, pero á la vez estais resuelta á no satisfacerlo. ¿Donde está la debilidad?

—No basta contrariar las malas pasiones, es menester tambien ocultarlas. Se peca con la obra, pero tambien con el pensamiento y la palabra. ¿Acaso no ofendi á mi esposo dicirndoos que no lo amaba y que mi corazon era vuestro? Mi conciencia me acusa, y la conciencia no se equivoca jamas porque es hija de Dios, juez severo, imparcial é infalible, y que si calla mucho tiempo, como si no morase en el alma, no por eso deja, mas ó menos tarde, de levantar su voz que en vano intentamos no escuchar.

—No se habrá despertado en mí, señora, cuando por mis acciones no me acusa.

—Don Carlos, blasfemais.

—Señora.....

—Desdichado de vos el dia en que vuestra conciencia levante su grito atormentador.

—¿Por qué?

—Os habeis rebelado contra vuestro padre.

—Mi padre ha abusado de su autoridad.....

—Solo á Dios toca pedirle cuentas y juzgarle; á vos, sufrir, que si mártir sois del abuso, muriendo resignado, encontrareis sobrado premio en la otra vida.

—¿Y porqué?....

—Don Carlos, interrumpió la reina, os olvidais del peligro que corremos; no me arrastreis al abismo en que vais á precipitaros.

—¡Tambien vos me echais de vuestro lado! dijo el príncipe con acento de profunda amargura.

Y poniéndose de pié, añadió:

—Bien, señora, me alejo, nada temais por mí. Este es el último desengaño. Veo que mintió vuestra lengua cuando me dijo que me amaba; que abusando de mi amorosa fé y por lastimosa compasion, me dísteis un consuelo que ahora convertis en ponzoña....

—¡Don Cárlos! exclamó la desdichada Isabel palideciendo mortalmente.

—En vano intentareis engañarme segunda vez...

—¡Don Cárlos! repitió la reina con tan angustioso acento que parecia ahogarse.

—Dios os proteja, señora, prosiguió fuera de sí el loco mancebo. Para siempre os dejo. ¡A Flandes voy á buscar la muerte en las batallas, á vengarme del mundo, y si la muerte corta el hilo de mis dias, exhalaré el último suspiro bendiciendo vuestro rostro de ángel, pero maldiciendo vuestro corazon de demonio.

Fuertes y desiguales latidos atormentaban el corazon de Isabel, su cabeza se ardia y parecia faltarle á sus pulmones aire que respirar. ¡Ella, mártir de su virtud, verse tan injustamente acusada!

—¡Que me estais matando, exclamó!

—¿Acaso no es verdad cuanto os digo? No he venido esta noche á pediros correspondencia, solo buscaba una palabra de consuelo antes de partir; una palabra que en medio de la senda de peligros y amarguras donde voy á lanzarme consolára mis aflicciones, y

esa palabra, que en momentos menos solemnes pronunciasteis, me la habeis negado ahora, en este instante en que quizas el sepulcro se abre á mis pies, en este instante en que tal vez se acerca mi última hora para morir maldecido por mi padre, odiado por el mundo.

El tapiz que cubria la puerta por donde entrara don Carlos se agitó levemente.

Isabel de Valois se oprimió el pecho con ambas manos, miró á su alrededor con espantados ojos y como si temiese que la escuchasen, y dijo con breve acento:

—Pues bien, si habeis de morir y en vuestra agonía puede serviros de consuelo la idea de que yo os amo, espirad tranquilo por que os juro que mi pecho arde por vos en un fuego que jamás se estinguirá; empero......

«Empero no espereis de mí que os repita estas palabras, ni que os dé otra prueba de mi amor.»

Esto iba á decir Isabel, poro no pudo, porque moviéndose nuevamente el tapiz de la puerta, asomó un brazo que arrojó un papel en el aposento.

La reina y el príncipe quedaron inmóviles, sin aliento, como si aquel papel hubiera sido un rayo que los hiriese. Ambos fijaron en él la mirada, pero ninguno se atrevió á tocarlo.

Al fin, el mancebo, despues de algunos instantes, lo tomo con mano trémula. Lo primero que leyó fué el nombre de la firma, y se tranquilizó creyendo que era un aviso del paje; pero cuando se enteró de su contenido, cuando todo lo comprendió, parecióle que la sangre se helaba en sus venas, que una espesa nube cubria sus ojos, y escapándosele el papel de las manos, volvió á quedar inmóvil y mudo.

A su vez, la reina tomó el escrito: leyólo; sus megillas se cubrieron de una palidez mate; sus ojos se abrieron extremadamente; sus labios se movieron para exhalar un grito que se ahogó en su garganta; extendió los brazos; cayó el papel, y quedó como petrificada: luego, repentinamente, y como movida por un resorte, llevó las manos á la cabeza, que apretó, al pecho, que oprimió

con violencia, y haciéndo un movimiento rápido, sacudiendo sus miembros como el que intenta romper desesperado una ligadura de hierro, dejó escapar un grito agudo, pavoroso, desgarrador, y cayó sin sentido sobre la mullida alfombra.

Don Cárlos no pronunció una palabra, no hizo un solo gesto.

Horrible calma la que sucedió.

Transcurrieron algunos instantes.

Al fin el príncipe dió señales de vida. Movióse para dirigirse maquinalmente á la puerta, pero como el que quiere huir de la muerte y la encuentra frente á sí por todos lados. El espanto estaba pintado en su semblante, parecia brotar de sus ojos. Dió un paso, otro tras aquel, y volvió á quedar inmóvil. Luego, como si despertase, se pasó las manos por su abrasada frente, irguió la cabeza, enderezó el encorbado talle, y con febril acento dijo:

—Mi sentencia de muerte está pronunciada. Sea, pero no dejaré este mundo sin haberle dado mi primero y último beso.

¡Desdichado mancebo! Su razon estaba perdida en aquel instante. Llegó hasta la reina, levantóla en sus brazos y estampó en sus lábios yertos un ósculo impuro de frenética pasion.

Levantóse el tapiz de la puerta y apareció el page. Su rostro estaba contraido horriblemente, no era en aquellos momentos el rostro de un niño.

—He llegado tarde, dijo.

—¿Qué buscas? le preguntó don Cárlos con airado tono.

—Á vos.

—Vete.

—El rey ha estado aquí: acabo de encontrarlo.

—Lo sé; mira, repuso el príncipe.

Y señaló el papel que estaba en el suelo.

Cojiòle el page, lo leyó, y apretando la empuñadura de su daga, exclamó:

—¡Miserables!

—Vete, repitió don Cárlos.

—Estais perdido si no me seguis.

—¿A dónde quieres llevarme?

—Fuera del alcázar por secretas salidas.

—No quiero.

—Ruy Gomez se pasea delante de la puerta de vuestro cuarto, si entrais en él no volvereis á salir.

—No importa. Me ama y ya no me iré á Flandes.

—Ireis al sepulcro.

—No importa con tal que me ame.

—Venid.

—¿Y qué hago con ella?

—Dejarla: Blanca estará aquí dentro de un momento.

—Voy á mi cuarto.

—Estais perdido.

—Y volveré mañana.

—¡Príncipe, que os entregais en manos del verdugo!

—No mas consejos, aparta.

Don Cárlos colocó á la reina en un sillon y salió seguido de Luis.

Volvió este á suplicarle que lo siguiera, pero fué en vano porque la razon del príncipe estaba trastornada.

Mientras llegaba á su aposento, sin escuchar los consejos prudentes del pagecillo, Felipe II entraba en su despacho, rebosando ira y celos su corazon.

Sentóse el monarca para escribir y vió el paquete que habia dejado Ruy Gomez en la mesa. Lo abrió y una exclamacion de cólera salió de sus lábios al enterarse de las cartas que contenia, que no eran otras sino las robadas al príncipe por Antonio.

—¡Dios mio, Dios mio, exclamó, á qué duras pruebas me pone tu justicia!

Y dejó caer la cabeza entre las manos y quedó profundamente abatido.

CAPITULO XLVI.

El rey da órdenes y Ruy Gomez obedece.

Si taciturnos y callados estaban los palaciegos el dia en que tuvieron lugar los sucesos que acabamos de referir, mas silenciosos y tristes se les veia á la mañana siguiente, en que el cielo estaba nublado y el frio se dejaba sentir mas que en los anteriores.

Eran las siete y ya Felipe II se paseaba en su despacho.

En el rostro del monarca se veian todas las señales de un penoso insomnio, y en aquellos momentos parecia muy preocupado. La lucha que en su interior sostenian sus celos de esposo ofendido y su autoridad de rey con sus sentimientos de padre, era horrible. Duro, como hemos dicho, era su pecho, y aun suponiendo que como padre no fuesen sus tormentos muy agudos, como hombre ofendido en la mas delicada fibra de su corazon,

debia sufrir mucho. En cualquiera otro que hubiese atentado contra su honra y su autoridad, hubiera descargado todo su enojo y toda su justicia, pero tratándose de su hijo, era el castigo mas peligroso á la par que el golpe habia sido mas sensible.

Mas de media hora transcurrió sin que cambiase la adusta espresion de su rostro y sin que diese señales de hallarse fatigado por tan repetidos paseos, hasta que al fin, llamando á su ayuda de cámara, le dió órden de que avisase á Ruy Gomez de Silva.

Pocos momentos despues el favorito cortesano se encontraba en presencia del rey.

—Siéntate, le dijo este á la vez que tambien ocupaba su sillon.

—Señor...

—Siéntate que quiero que me escuches con sosiego porque el asunto es grave.

El de Eboli obedeció al monarca.

—Estoy á las órdenes de V. M., dijo.

Felipe meditó algunos instantes.

—Anoche te pedí un consejo.

—Tuve esa honra, señor, pero no tuve tiempo para contestar á V. M.

—Es verdad, porque lo impidió un negocio muy grave.

—Bien quisiera escusarme de dar consejos como el que me pidió V. M., pero,..

—Ya no lo necesito porque sucesos posteriores han venido á probarme que no debo vacilar.

—Mas fuerza tienen los hechos que las razones.

—Así es, y desgraciadamente estamos en ese caso.

—Entonces solo me toca obedecer las órdenes de V. M.

—Los escesos de mi hijo han llegado ya al último estremo.

—Ruego á V. M. que mire con calma ese negocio.

—Con harta lo he mirado y ahora me arrepiento.

—Señor, el primer intento de fuga del príncipe está desbaratado, y con alguna vigilancia...

—No, Ruy Gomez. Anoche, cuando volví á este aposento, me

encontré sobre la mesa un paquete de cartas que forman la correspondencia secreta de Montigny y prueban la culpabilidad de mi hijo. No sé como esas cartas han llegado hasta aquí, ni he querido averiguarlo; sin duda las ha traido el que me perseguia tan tenazmente y ha cundido la ridícula voz de que el diablo estaba en el alcázar. Quien quiera que sea, antes partidario del príncipe, habrá recibido de este algun desengaño y torna las armas de su intriga contra su antiguo protegido. De cualquier modo, es lo cierto que me ha prestado dos servicios muy importantes.

—Como he dicho á V. M., creo que con una cuidadosa vigilancia...

—Te repito que no: las cosas han llegado ya á un estremo que te es desconocido: es preciso cortar el mal por la raiz. Hay, además de lo que prueba esa correspondencia, es decir, de la traicion del príncipe, otro delito de mas gravedad.

—¡De mas gravedad! repitió Ruy Gomez fingiéndose sorprendido.

—Si, de mas gravedad.

—No acierto...

—No puedes saberlo, y es de tal naturaleza que debe quedar encerrado en mi corazon.

--V. M. se refiere á hechos...

--Si, á hechos que han tenido lugar delante de mí: nadie ha podido engañarme, nadie exagerarlos, puesto que yo los he visto.

--Mucho me alegro, repuso el de Eboli, que V. M. se muestre tan reservado, porque esos secretos suelen ser peligrosos aun bajo la mas severa discrecion.

--Si, los reservo porque en nada interesan al Estado, son secretos del corazon porque á este únicamente hieren.

--Nada mas respetable.

--Nada mas doloroso, dijo Felipe, á la vez que su frente palidecia.

--Se ha decidido; mi esposa tenia razon, pensó Ruy Gomez.

Y luego añadió en voz alta:

--¿Y espera V. M. á que venga el cardenal Espinosa?

--Al contrario, quiero que ignore mi determinacion hasta mañana, porque de otro modo tendria que enseñarle las cartas de los flamencos, y no sé si el inquisidor, cuyo estremado celo religioso conoces, intentaria apoderarse de la persona del príncipe.

--¡Señor!...

--No lo dudes; esa correspondencia es una acusacion terrible.

--Es decir que V. M. quiere poner al príncipe á cubierto...

--Quiero castigarlo, pero evitar que lo castigue la inquisicion. quiero poner preso á mi hijo, pero que no vaya á un calabozo.

--Poner preso... al príncipe... repitió Ruy Gomez haciendo un gesto de profunda sorpresa y admiracion.

--Si, preso.

--Señor...

--No intercedas porque será en vano.

--Señor, creo que V. M....

--Lo he resuelto.

--Pero...

--Lo tengo muy meditado y de nada servirán tus observaciones.

--Perdone V. M. que insista...

--Te he dicho que hoy no necesitaba ya tus consejos, interrumpió el monarca con alguna severidad.

--Me ha movido á darlos á V. M....

--Un impulso generoso, lo sé y te lo agradezco porque se trata de mi hijo; pero te prohibo que vuelvas á interceder por él.

Ruy Gomez hizo una reverencia.

El rey prosiguió:

--No te toca hacer mas que obedecer mis órdenes.

--Las espero.

--Esta noche quiero que el príncipe quede preso en su cuarto y bajo la custodia de algunos caballeros.

--¿Y quién ha de ejecutar la prision?

--Yo.

--¡Vos, señor!

--Yo mismo, tú me acompañarás, el duque de Feria tambien, y la guarda que se crea conveniente.

--¿Hay que hacer algunos preparativos?

--Si.

--V. M. dispondrá.

--No hace mucho que, segun te dije, ese pobre hidalgo que ha desaparecido ayer y que puse al servicio del príncipe, me dijo que este habia hecho colocar en la puerta de su dormitorio una cerradura ingeniosamente construida y que solo podía abrirse por la parte de adentro de la habitacion.

--Así es.

--¿La has visto?

--Si, señor.

--¿Crees que pudiera forzarse fácilmente?

--Antes se haria la puerta mil pedazos.

--Entonces es preciso que hoy, mientras mi hijo sale á paseo, el mismo que ha construido la cerradura, haga de modo que quede inútil para asegurar la puerta.

--Sí es posible...

--Le dices que yo lo mando y que su cabeza me responde del éxito de su obra; pero que lo ejecute con tal arte, que el príncipe no encuentre entorpecimiento al cerrar.

--Bien, señor.

--Escuso decirte que este asunto...

--Es completamente reservado.

--Darás órden al duque de Feria para que esta noche á las diez se presente en mi cámara.

--Sereis obedecido.

--Cuando mi hijo salga del alcázar seguid sus pasos por si intenta segunda vez su fuga.

--¿Y si así sucediese?

--Lo deteneis.

--¿Y si opone resistencia?

--Lo sujetais.

--¿Bastará?

--Maniatadlo si preciso fuese.

--Ya sabe V. M. que su primer arrebato.....

—Te digo lo que ha de ejecutarse sin perder el respeto al príncipe de Asturias; el como ha de cumplirse mi órden á ti te toca, porque si no, para nada te necesitaria.

—Espero las demas órdenes que V. M. tenga á bien comunicarme, contestó Ruy Gomez con humildad.

—Ninguna otra. Retirate á obedecer las que te he dado.

Salió Ruy Gomez de la régia estancia, diciendo para sí:

—Si supiera S. M. que abusé de su nombre para el maldito asunto de Poza, de seguro mandaba que me cortasen la cabeza, segun está hoy de mal humorado.

Y mientras sus remordimientos le hacían estremecerse, llegó á su habitacion para comunicar á su esposa lo que ocurria.

Aguardábale impaciente doña Ana.

—¿Qué nuevas traeis? preguntó á su esposo apenas lo vió.

—Esta noche quedará preso don Carlos.

—¡Triunfé! exclamó la dama.

Y sus negros ojos brillaron con feroz alegria, y la emocion de criminal contento hizo palidecer su rostro y agitarse convulsivamente sus hermosas manos.

—No estoy tan contento como vos, le dijo Ruy Gomez.

—¿Habeis olvidado que mientras el príncipe esté libre, mientras viva, amenaza un puñal vuestra cabeza y una mano vuestra fortuna?

—Es verdad..... teneis razon..... ya no me cabe duda de que don Carlos busca la ocasion de matarme.

—¿Estimais en mas su vida que la vuestra?

—No es eso.

—Entonces no os comprendo, repuso con desden la altanera dama.

—Es que los delitos del príncipe no borran el nuestro.

—¿Cual es?

—La intriga.

—¿Hacemos acaso mas que defendernos?

—Es verdad, pero si llegara el rey á descubrir.....

—Está de nuestra parte la razon.

--No habrian de valernos las que vos alegais ahora.

--¿Y cómo quereis que se descubra nada?

--Si yo adivinase el cómo, lo evitaria.

--Estad tranquilo.

--No del todo.

--¿A quien temeis?

--A ese á quien nadie conoce, pero á quien todos llaman el diablo.

--Ya veis que su poder se amengua.

--Posible es que en este asunto quede vencido, pero su venganza.....

--Siempre miedo.

—Sois incansable, señora.

--Os aconsejo, replicó la dama, que no perdais un instante en obedecer las órdenes de S. M.

Ruy Gomez salió.

--¡Oh! exclamó doña Ana. ¡El triunfo es mio! Ya sabrás, príncipe don Cárlos, cuán caro cuesta el desprecio hecho á una muger hermosa. Y tú reina Isabel, á pesar de tu corona y de tu virtud, me pagarás con usura el ultraje que recibi en tu presencia.

El semblante de aquel hermoso demonio volvió á radiar de alegria. La idea del triunfo envanecia su amor propio; la de la venganza satisfacia sus mas ardientes deseos.

Dejemosla, recostada en un divan, gozarse á sus solas con su criminal contento, mientras seguimos el curso de nuestra historia.

CAPITULO XLVII.

De lo que habia hecho el page la noche anterior.

Tampoco el príncipe don Cárlos habia podido cerrar apenas sus ojos al sueño la noche anterior. Un presentimiento horrible pesaba sobre su espíritu, débil ya en estremo, á impulsos de tan violentas emociones. Sin duda las palabras del paje, cuando le dijo que estaba perdido sino salia del alcázar aquella misma noche, habianle infundido un terror inesplicable, pero que no bastaba, sin embargo, á decidirlo en aquellos momentos á alejarse, dejando á la reina espuesta á mil peligros, y sobre todo, habiendo oido pronunciar á esta un juramento de amor que era por lo menos una esperanza.

Habiase aumentado la palidez que constantemente cubria el rostro del mancebo; un cerco amoratado rodeaba sus ojos que

habian perdido, del uno al otro dia, su natural viveza, y en sus movimientos se notaba la enervacion de sus miembros como si una ruda fatiga les hubiesen robado la mayor parte de sus fuerzas.

Tambien habia madrugado el príncipe.

Hallábase recostado en un ancho sillon, y la primera visita que habia recibido era la del paje, cuyo rostro tambien parecia alterado por el insomnio y la fatiga.

Los grandes ojos del hermoso niño miraban sombriamente, y una profunda arruga se marcaba entre sus cejas.

Sus vestidos estaban ajados, mojada su capa azul, rota la blanca pluma de su gorra de terciopelo, y llenas de lodo, de arriba abajo, las botas de cuero color amarillo que cubrian la parte inferior de su musculosa pero delicada pierna.

—Mala noche has pasado, le decia al príncipe.

—Nada me importa con tal que salgamos con nuestra empresa.

—Estas mojado.

—Como que á la una comenzó á diluviar, y sin mas abrigo que el de mi capa he tenido que atravesar cien veces la villa de estremo á estremo.

—¿Y Pero Leon?

—Ha pasado toda la noche en mi compañia.

—¿Y qué habeis adelantado?

—Mucho, pero no tanto como yo hubiera querido.

—Sepamos.

—Escuso detalles, señor, y solo os diré, que despues de andar todo Madrid, hemos logrado encontrar, ocho caballos.

Esta noticia, que el dia antes hubiera llenado de júbilo al príncipe, la recibió entonces con la mayor indiferencia.

—¿Y esos ocho caballos están dispuestos para cuando se quiera? preguntó:

—Cuatro han salido de Madrid al amanecer, para aguardarnos á cinco leguas de aquí, y los otros cuatro estarán esta noche á vuestras órdenes.

—Has sido previsor.

—Al salir de la villa tenemos que correr mucho y reventaremos

nuestras cabalgaduras: por eso he creido conveniente que marchen delante los otros, por que asi podremos continuar nuestro camino con la misma velocidad.

—¿Y luego?

—Los que nos preceden llevan órden de comprar á cualquier precio otros cuatro caballos y hacerles tambien adelantar.

—De ese modo.....

—Es imposible que nos alcancen, porque cuando nuestros perseguidores se pongan en camino, les llevaremos ya una buena delantera.

—¿A qué hora deberemos salir?

—No podrá ser antes de la media noche.

Don Carlos inclinó la cabeza sobre el pecho, y permaneció silencioso algunos instantes. Luego se notó en sus ojos alguna animacion, y dijo:

—¿Y la reina?

—No se ha levantado aun.

—¿Pero está buena?

—Atormentada por el recuerdo de la escena de anoche.

—Dime cuanto sepas de ella.

—Nada sé ni es prudente perder el tiempo en semejantes averiguaciones.

—Nadie se atreveria á hablarme como lo haces tú.

—Tampoco nadie se interesa por vos como yo.

—Quisiera saber algo de la reina.

—Acabareis por perderos.

—Anoche me juró que me amaba.....

—Peor para vos; así tendreis un tormento mas y otro peligro.

—¿Qué me importan los peligros si ella me ama?

—¿No pensais que esos peligros son los de que no volvais á verla ni marcheis á Flandes?

—¿Quien ha de estorbarmelo?

—Si despues que anoche entrásteis en vuestro aposento hubiéseis intentado salir.....

—¿Crees que me lo hubieran estorbado?

—De seguro. Ya os dije que Ruy Gomez esperaba á la puerta.

—Seria con otro fin.

—Con el de haberos detenido. Doña Blanca, á quien dejé instrucciones, ha observado que en la galeria se paseaban dos hombres, sin que dejasen en toda la noche su puesto.

—¿Entonces como hemos de salir luego?

—Creo que se contentarán con seguiros sin hacer demostracion alguna, al menos que viesen que os dirijiais fuera del alcázar; pero los dejaremos burlados facilmente.

—¿Tienes algun proyecto?

—Muy sencillo.

—¿Cual es?

—Dejar que nos sigan, y cuando menos lo piensen, nos entramos por una puerta secreta que nadie sino yo conoce.

—¿Y si nos salen al encuentro por otro lado?

—No nos saldrán por que caminaremos por el interior de los muros, hasta salir fuera del alcázar.

—¿Estas seguro del éxito de tu plan?

—Por el camino á que hago referencia sali anoche, y lo conozco perfectamente.

Volvió el príncipe á quedar silencioso.

—¿Conque nada me dices de la reina? preguntó al fin.

—Cualquiera diria, señor, contestó el paje, que habeis perdido el juicio.

—Como tú no has amado.....

—¿Pero qué adelantais con empeorar vuestra situacion? Ni la reina os corresponde ni os corresponderá: os amará en silencio, sí, pero no espereis otra cosa de ella. ¿Habeis olvidado vuestra imprudencia de anoche? No pecásteis por ignorancia por que os adverti que nos seguian.

—No pensé.....

—Nunca pensais sino en satisfacer vuestros caprichos, en dejaros arrastrar por el primer arrebato, sean cuales fueren las consecuencias.

—Ya ha sucedido.

—Si, yá ha sucedido, y gracias, no sé á qué, os hállais libre á estas horas.

—Lo que prueba que exajerabas el peligro.

—¿Os creeis ya seguro?

—Como al marchar no encuentre ningun obstáculo.....

—Me alegro que vuestra situacion os inspire tanta confianza; pero mas prudente hubiera sido anoche salir de palacio.

—Entonces estaba yo loco.

—Es verdad.

—Dejemos lo pasado y pensemos en lo presente.

—Pensemos en lo presente, pero no en la reina.

—¿Qué debo hacer ahora?

—Mientras vos almorzais yo mudaré mis vestidos, y luego saldremos para ver al señor Pero Leon, y al mismo tiempo observar si os siguen ó qué hacen, y así podremos arreglar nuestra conducta á la de nuestros enemigos.

—¿Y despues?

—Comereis y cenareis á las horas de costumbre, mostrandoos tranquilo.

—¿Vendras tú á llamarme á la hora de la partida?

—Sí, señor, yo vendré. Vos os acostareis, asegurando la puerta.

—¿Para qué he de acostarme?

—Para dormir por que es preciso que repareis vuestras fuerzas; de otro modo no podriais emprender tan acelerado viaje.

—Me seria imposible el cerrar los ojos.

—La noche pasada no habeis dormido, segun decis, y el cansancio.....

—Lo dudo, pero lo intentaré.

—Que nos perdemos si enfermais en el camino.

—Dormiré, dormiré.

—Yo haré lo mismo esta tarde, para poder velar luego toda la noche.

Una hora despues salieron el príncipe y Luis, y á poco rato, el artífice que habia construido la cerradura la inutilizaba.

Pocos pasos habian dado ambos jóvenes fuera del alcázar cuando advirtieron que Ruy Gomez los seguia, por lo cual creyeron prudente no ir á ver al capitan Pero Leon. Despues de dar un paseo por diferentes calles de la villa, volvieron al alcázar, siempre seguidos, aunque de lejos, por el de Eboli.

Separáronse. El pajecillo se fué á dormir y el príncipe á meditar sobre su fuga y á llorar las desgracias de sus amores.

El cielo seguia encapotado.

Taciturnos los palaciegos.

Corrian de boca en boca mil estravagantes noticias sobre don Cárlos, aunque todos parecian temerosos de hablar de tales asuntos.

La reina no se habia levantado en todo el dia: habianla visitado los médicos, pero ninguno acertó su enfermedad: estaba en el alma.

Llegó la noche y el pajecillo se levantó.

Isabel de Valois despertaba de un pesado sueño. Abrasábala una violenta fiébre.

Esparció una mirada vaga sobre su lecho de ébano con incrustados de nácar, oro y marfil, con luengas colgaduras de seda blanca bordadas de oro y prendidas con gruesos cordones del mismo metal. Tras estas colgaduras habia una segunda cortina color de rosa, de tela finísima, transparente, que era la que se corria ó descorria, y tras estas cortinas y descansando en los mullidos colchones, entre blanquísimas y perfumadas sábanas, al abrigo de una colcha de estambre de colores variados y bordada de seda, estaba Isabel de Valois mas seductora que nunca, por que su palidez, el cerco amoratado que rodeaba sus grandes ojos, la languidez de su mirada, y la sencillez de su peinado, daban mayor realce á su belleza.

Blanca estaba á su lado.

CAPITULO XLVIII.

Presentimientos de la reina.

—¿Como os sentis, señora? preguntó la doncella á doña Isabel.

—Peor porque la frente parece que se me abrasa.

—Los médicos aseguran que no ofrece cuidado vuestra dolencia.

—¿Qué saben los médicos? Si hubieran podido verme el corazon.....

—Tranquilizaos, señora, y si podeis dormir...

—No, Blanca, no quiero dormir por que el sueño que he tenido me ha puesto peor.

—Siempre el descanso es provechoso.

—Ha sido un sueño horrible..... ¡Oh!,.. si fuera un presentimiento.....

Y la reina se estremeció.

—Efectos de la calentura, dijo la doncella.

—Soy tan desgraciada, me rodean tantas desdichas, que todo lo temo.

—No penseis en nada mas que en reponer vuestras fuerzas, contestó Blanca con acento cariñoso.

—¿Qué ha sido del príncipe?

—Se prepara á marchar.

—¿Pero el rey?.....

—No se ha dado por entendido de nada.

—Algo medita mas terrible que el desahogo de su cólera en el primer arrebato de ella.

—Tal vez, pero mientras medita, el príncipe se va.

—¡Dios proteja á ese desdichado mancebo!

—Confio en que se salvará.

—Asi lo quiera el cielo y haga que se extinga su fatal pasion.

—Su pasion.....

—Con él morirá, Blanca, como conmigo la mia.

—Olvidareis con el tiempo.

Isabel movió tristemente la cabeza, exhaló un hondo suspiro, y contestó:

—A ti puedo decirtelo todo, Blanca, por que eres una amiga fiel: yo amo al príncipe como tú amabas al desdichado márques de Poza: mi amor es de esos que matan, no es de los que mueren. Un año y otro año alimenté en mi pecho esta pasion; sueños de ventura inesplicable me hicieron ver un mundo de inmensa felicidad; los dias pasaron entre las mas risueñas ilusiones, y cada hora, cada momento se aumentaba mi dicha, mi amor se hacia mas intenso, por que se acercaba el instante de gozar mi anhelada ventura. Pareciame lento el curso de la vida, por que mi ardiente afan hubiera querido dejar tras sí rápidamente los dias y los años. ¡Mísera condicion humana! ¡Yo queria que el tiempo agitase mas velozmente sus alas destructoras, sin sospechar que en vez de un cielo de ventura sin fin caminaba á un abismo de horribles tormentos! ¡No pensaba que todo es incierto en esta

vida y que el camino de la mundana felicidad es el que mas pronto conduce al lugar de la desdicha y del llanto!

Un doloroso suspiro salió del pecho de la reina, y una lágrima brotó de los negros ojos de Blanca.

—Dejad esos tristes recuerdos, dijo la doncella. Vuestra salud está delicada y así no conseguireis sino agravar vuestros padecimientos.

—¿Qué importa cuando la muerte está tan cerca de mi? Algunos dias mas de vida, para quien tan amarga la pasa, nada valen, y aun casi es un consuelo la idea de que pronto se dejará de padecer aun á trueque de la existencia.

—Por Dios, señora, que os haceis mucho mal.

—No, Blanca, no me hago ningun mal por que ya está hecho. Tú no puedes comprender lo que sufro.

—¿Acaso no he amado como vos, y como vos he visto convertirse en humo mis ilusiones y mis esperanzas?

—Sí, pero tu honra ha quedado ilesa, el mundo no te acusa como á mí.

—¿Quién há de acusaros?

—Primero el rey, luego la sociedad, por que es mas inclinado el mundo á creer las debilidades que las virtudes. Para acusar le basta una leve sospecha; para absolver necesita pruebas tales que rara vez se pueden dar: son suficientes las apariencias para que lance su terrible fallo, pero todo es poco para la defensa. Mi virtud y mi pasion han luchado constantemente; cuan desgarradora ha sido esta lucha, so lo yo lo sé. Y en pago del sacrificio que he hecho de mi reposo, me llamarán liviana y la posteridad echará un borron sobre mi nombre. ¡Oh!... ¡esto es horrible!... ¡tú no puedes comprenderlo!

Estremecióse la desdichada Isabel, y un leve quejido salió de sus secos lábios.

Blanca lloraba.

—No llores, Blanca, no. El dia en que me veas exhalar el último suspiro, regocijate por que habré dejado de padecer. Ese dia está muy cercano..,..

—¡Por Dios, señora, por Dios, que os quitais la vida y me atormentais horriblemente! exclamó la doncella con angustioso tono. ¡Dejad esos tristes presagios!

He tenido un sueño......

—La fiebre os hace delirar.

—No, no es la fiebre, es un presentimiento que se verá realizado como otro que tuve antes de mi casamiento. Oye, Blanca,

—Reposad, señora; el médico ha prohibido que hableis.

—El médico no conoce mi mal, repuso la reina con acento cada vez mas débil.

—No os escucharé.

—Sí, escuchame, y luego dormiré, callaré, haré cuanto quieras. ¡Es tan consolador depositar los pesares en un seno amigo!

—Otro dia lo hareis, pero reposad ahora.

—Seré breve, no me niegues este favor.

La reina calló algunos instantes como para tomar aliento, y luego prosiguió:

—Cuando llegó á Paris la noticia de la desgraciada y sangrienta batalla de San Quintin, soñé que el ejército español avanzaba rápidamente, desvastándolo todo como una manga de fuego, y que llegó á la capital, precedida de un gigante invencible cuya sola mirada hacia estremecer la tierra y cuya mano reducia á polvo cuanto le oponia resistencia. En vano intentaron defenderse los habitantes de Paris; el gigante derribó murallas y torres, cortó cabezas, y atravesando un inmenso lago de sangre, llegó hasta el trono de mi hermano y amenazó hundirlo en la humeante y roja charca. Pidió la paz el desdichado rey; el coloso impuso condiciones que aceptó sin vacilar el vencido, y al terminar el tratado, «tu hermana, dijo el gigante, ha de sellar con su mano esta alianza. Yo soy la fortuna que proteje á un hombre, y al darle la victoria quiero que de ella tenga un recuerdo en esa flor pura y de belleza sin igual.» Mi sueño se cumplió: yo sellé la paz de mi patria y la fortuna jigante de Felipe II me entregó á su protegido.

La respiracion de Isabel era agitada. Volvió á quedar silenciosa por breves instantes. Estaba muy fatigada.

—Hoy he vuelto á soñar, prosiguió. He visto al príncipe don Carlos luchando con la muerte en un oscuro calabozo..... y..... ¡Oh!..... ¡Es horrible!.....

—¡Callad, señora! exclamó Blanca con tono suplicante.

—Y... al fin.... el desdichado sucumbió.... y me llamaba desde el cielo.... y yo queria seguirle, pero no podia.....

—¡Por Dios, señora!...

—No podia separarme de este mundo..... y luchaba... no sé con quien.... pero al fin mis esfuerzos hicieron mil pedazos mi corazon..... y tambien sucumbí.....

El estravio de las miradas de la reina, sus débiles, pero desconcertados ademanes, y su penosa fatiga, hicieron conocer á la doncella que la fiebre crecia y que la razon de su señora estaba trastornada.

—¡Sosegaos! dijo.

—Mi sueño se cumplirá..... sí..... prosiguió Isabel con exaltacion. Se cumplirá..... ¿lo ves?..... alli....

Y extendió los brazos, exhaló un grito y quedó inmóvil y aletargada.

—¡Dios mio, compasion para esta infeliz! exclamo la doncella cayendo de rodillas.

Siguióse un profundo silencio solo interrumpido por los sollozos de Blanca.

¡Tristísimo cuadro!

No podian prestarse consuelo el uno al otro aquellos dos corazones profundamente lacerados por el dolor. Sufrir en silencio era el destino de aquellas dos criaturas; llorar y morir atormentados por una lenta agonia.

La desdichada Blanca sufria mucho. Habia intentado reanimar el abatido espíritu de la reina, cuando el suyo estaba en estremo abatido. Ella tambien veia en el oscuro horizonte de su porvenir una espesa nube, negra como el vacío que deja la última esperanza. Tambien ella habia tenido ensueños horribles, presentimientos tan tristes y dolorosos como los de Isabel de Valois, y á pesar de la confianza que le inspiraba el hermoso

paje, nada tranquila estaba y preveia un desenlace terrible en el drama cuyo principal y mas triste papel tocaba entonces representar á don Cárlos.

La noche avanzaba y la doncella no se atrevia á dejar á doña Isabel. Y llegaba el momento de despedir á Luis, al desdichado niño que iba quizas á perecer en su empresa.

Afortunadamente otra doncella entró á informarse de la salud de la reina y á relevar á Blanca. Esta se ofreció á continuar velando, pera no pudo insistir por temor de que sospechasen que la movia algun interés, y salió, dirijiendose á su aposento.

Eran las once.

CAPITULO XLVI.

—

El page llega tarde.

Cuando la doncella entró en su aposento encontró á Luis paseandose con á ire de impaciencia.

Vestia el pajecillo un trage completo de piel de ante, larga capa de grueso paño gris, y llevaba un sombrero de fieltro de anchas alas con pluma roja. Ceñia una tizona proporcionada á su cuerpo y á sus fuerzas, pero de fino temple, y sujetaba en su cinturon de cuero negro la daga regalo del príncipe.

Al verlo de tal suerte, no pudo Blanca reprimir un grito de dolor, y abriendo los brazos recibió en ellos al hermoso niño, de cuyos ojos brotó un raudal de tiernas lágrimas.

Ambos permanecieron silenciosos por largo rato, sintiendo las palpitaciones desiguales y violentas de sus nobles corazones. Se

veian quizas por última vez; quizas iban á morir muy pronto, el uno, niño aun, entre la sangre de homicida pelea, la otra, jóven y hermosa, bajo el peso de sus tristes dolores.

—¡Vas á partir! exclamó al fin Blanca con ahogado acento.

—Tal vez, contestó el page, exhalando un profundo suspiro.

—No volveré á verte....

—Si muero, no.

—¡Luis, hermano mio!

El pagecillo estrechó fuertemente contra su pecho á la doncella, y luego, desprendiéndose bruscamente de sus brazos, dijo con acento firme:

—La hora llegó.

—¿Tan pronto me abandonas?

—Y aun quizás llegue tarde.

—¿Qué sucede?

—El rey ha mandado llamar al capitan de la guardia para prender esta noche á don Cárlos.

—¡Dios mio!

—Y si me detengo un instante....

—Pero cómo has podido saber?...

—Desde hace una hora están en el dormitorio del rey, este y Ruy Gomez de Silva, mientras que el duque de Féria aguarda en la antecámara. Yo me introduje allí por la puertecilla que está cerca del lecho, y oculto tras las cortinas lo he escuchado todo. Hace un momento que han salido para reunirse con el capitan, y yo me he venido para despedirme de vos y correr á avisar á don Cárlos. Si el rey llega primero, no hay salvacion. No era esta la hora que teniamos convenida para salir, porque hasta la una no estarán los caballos preparados; pero evitemos el golpe, y una vez fuera del alcázar, nos ocultaremos en la casa de Diego hasta que llegue el instante de partir.

—Antes es la vida del príncipe que mi deseo de verte algunos momentos mas. ¡Corre, Luis, no pierdas tiempo!

—¡Adios, señora, exclamó el page abrazando nuevamente á la doncella.

—Mañana parto á Burgos.

—Allí iré á buscaros algun dia.

—¡Ah!... ¡No tengo fuerzas para separarme de tí!

—¡Peligra la vida de don Cárlos!

—Es verdad... adios, dijo Blanca con voz apenas perceptible.

Y estampando un beso en la frente del pagecillo, y recibiendo otro de este, hizo un supremo esfuerzo para no caer en tierra.

—¡Ira del infierno! esclamó Luis. ¡Me ahogo!

Y como desesperado salió del aposento.

—Se fué, murmuró la doncella á la vez que caia en un sillon falta de conocimiento.

Precipitadamente atravesó el pagecillo algunas habitaciones y galerias, bajó una escalera, subió otra, y llegando, medio ahogado de fatiga, á la puertecilla secreta por donde regularmente entraba en el aposento del príncipe, la abrió sin detenerse un solo momento.

Con dificultad pudo reprimir un grito de espanto y de sorpresa el hermoso niño, al ver que por la parte opuesta entraba el rey acompañado del capitan de su guarda y de Ruy Gomez de Silva, y seguido de bastantes soldados y algunos sirvientes.

Quedó Luis como petrificado, pero reponiéndose instantáneamente, retiróse y volvió á cerrar, sin que nadie hubiese notado su presencia.

Dejemósle, desesperado hasta el último estremo, escuchando desde afuera lo que se hablaba, y ocupémonos del rey.

Al referir el memorable suceso de la prision del príncipe don Cárlos no haremos sino repetir lo que dicen todos los historiadores, contestes con insignificantes diferencias, y nada pondremos de nuestra parte como no sea alguna observacion que apunte ligeramente nuestro juicio. Hacemos esta advertencia para evitar la repeticion de notas que en otro caso serian necesarias.

Iba Felipe II con armadura debajo del vestido y cubria su cabeza con un yelmo, como si fuese á entrar en singular batalla. Aquella armadura servia por cuarta vez: la vistió el *prudente* monarca en dos torneos; luego para recibir la noticia de la rota

de San Quintin y pasearse por el campo, que habia sido de batalla, cuando los enemigos estaban ya muy lejos, y por último, la noche en que fué á prender á su hijo que se hallaba debilitado por su falta de salud y sus escesos, que estaba solo y que dormía profundamente. Permitannos los apasionados de Felipe II que encontremos ridículo este acto de refinada *prudencia.*

Seguíalo Ruy Gomez de Silva, el duque de Feria, algunos criados y doce guardas de la real persona, armados tambien hasta los dientes.

El monarca estaba pálido.

Su severa mirada recorrió el aposento con aire receloso, y cuando vió que ya habian entrado los que le acompañaban, dijo al duque de Feria y á Ruy Gomez:

—Entrad con la guarda. Si está dormido, aprovechad su sueño para apoderaros de las armas que dicen deja denoche cerca de sí.

—Bien. señor.

—No temais sus gritos ni sus amenazas, que cuando esté desarmado yo entraré para obligarle á que se sosiegue. Vosotros, dijo á los criados, os quedareis aquí, y no permitireis que nadie atraviese la puerta.

La del dormitorio del príncipe cedió al primer empuje del capitan.

Don Cárlos dormia tan profundamente que nada sintió. La ténue luz de una lámpara de plata que pendia del elevado techo, dejaba ver su rostro pálido como el de un moribundo, que se destacaba entre las azules cortinas de su mullido lecho. Tal vez su ambicion de familia le hacia soñar en aquellos momentos con la corona qne iba á ganar en Flandes, ó quizás, para descanso de su espíritu, sonreíale el dios de los amores con recuerdos de alguna halagüeña ilusion. ¡Cuán ageno debia estar del peligro que le amenazaba!

El duque de Feria se apoderó de una espada y de un puñal

que el príncipe tenia puestos debajo de la almohada, así como del arcabuz que dejaba al alcance de su mano.

Tampoco despertó.

—Pesado sueño, dijo el de Feria.

Y moviendo á don Cárlos, añadió con voz bastante alta:

—Señor, despertad.

Estremecióse el príncipe, abrió los ojos, miró á su alrededor como espantado, é incorporándose en el lecho, preguntó:

—¿Quién está aquí?

—El consejo de Estado, respondió el duque.

Entonces el príncipe dió un ruguido de cólera, arrojóse del lecho, y lanzándose furiosamente sobre el capitan, para recobrar sus armas, exclamó:

—¡Vive el cielo que habeis de pagar cara vuestra osadía!

—¡Deteneos, señor! dijo Ruy Gomez.

—¡Aparta, miserable, asesino! prosiguió don Cárlos.

—¡Sosegaos!

—¡Villanos, atrás! volvió á gritar el príncipe, atropellando al de Eboli que se le habia acercado.

En aquel instante se presentó Felipe II y clavó en su hijo una mirada de tan fascinadora severidad que lo dejó parado.

—Sosegaos, dijo con el tranquilo pero imponente acento que tanto le caracterizaba.

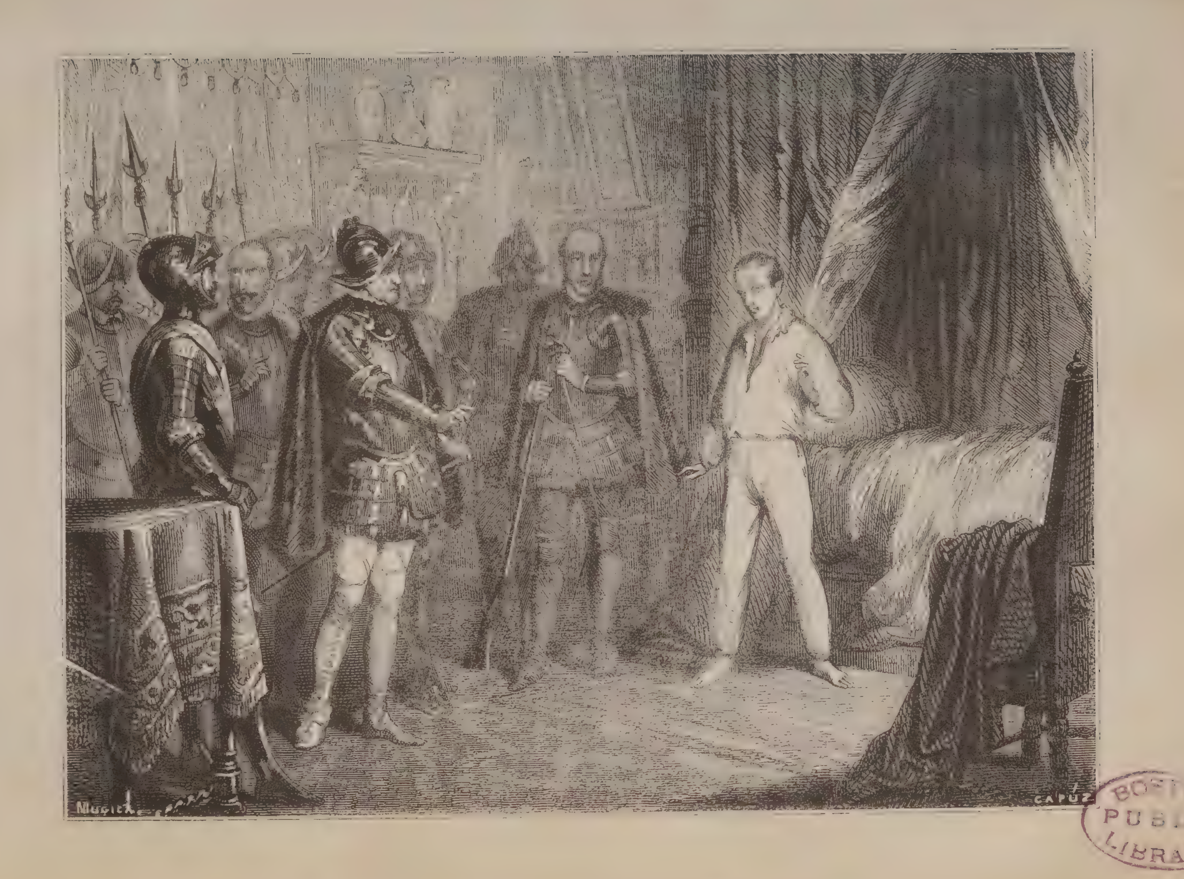
—¿Qué me quiere V. M.? replicó el príncipe.

—Ahora lo sabréis, repuso el monarca.

Y haciendo que entrasen los de la servidumbre, mandó asegurar las ventanas y las puertas y sacar de la habitacion cuantos muebles y objetos hubieran podido servir al príncipe para atentar contra su vida.

Los criados obedecieron, llevándose hasta los morillos de la chimenea.

La cólera hacia temblar á don Cárlos como si fuese presa de una convulsion. Sus centellantes ojos dirijian á su padre miradas del ódio mas reconcentrado.



EN AQUEL INSTANTE SE PRESENTÓ FELIPE II.

Felipe II parecia sereno, pero su corazon palpitaba con estremada violencia.

Cuando los criados concluyeron su operacion, dijo el rey al duque de Feria:

—Quedais encargado del príncipe: cuidadlo bien.

Y dirigiéndose á los de la servidumbre, añadió:

—Servid al príncipe con todo respeto, pero no ejecuteis ninguna de sus órdenes sin darme primero cuenta. Sed fieles bajo pena de que os juzgue como traidores.

—¡Oh! exclamó don Cárlos. ¡Máteme V. M. y no me prenda! ¡Esto será un escándalo para el reino! ¡Si V. M. no me mata, me mataré yo mismo!

—No hareis tal, replicóle el rey; eso seria cosa de loco.

—¡V. M. me trata de modo que me obliga á semejante estremo! ¡No lo haré como loco, sino como desesperado!

—Tranquilizaos y volved á la razon, repuso Felipe sin alterarse. Mis paternales consejos, mis pacíficas amonestaciones, han sido inútiles hasta el presente. Vuestra conducta me obliga á seguir opuesto camino.

—¿De qué tiene V. M. que acusarme?

—Ya sabeis que tengo en mi poder vuestros papeles que he leido tan cuidadosamente como vos debísteis leer anoche el que arrojó á vuestros pies una mano desconocida.

—Como á estraño me tratásteis y como tal obré. La humanidad ultrajada por vuestra tiranía me pidió socorro, y yo se lo prometí; me heristeis en el corazon y mi corazon pidió venganza. He opuesto resistencia a la arbitrariedad, me he defendido.

Enrojeciéronse las megillas del monarca, pero nada contestó á su hijo.

—¡Hé aquí uno de los actos de justicia del gran rey! prosiguió don Cárlos arrebatadamente. Máteme V. M., porque ya no le miro como padre, y si me deja con vida, será terrible mi venganza.

—Nada tengo que añadir á lo que ya os he dicho, repuso Felipe dirigiéndose á los de su servidumbre.

¡Todos inclinaron la cabeza y guardaron un profundo silencio.

El rey salió seguido de sus cortesanos, y el príncipe, despues de prorrumpir en exclamaciones de furor, y pasearse agitadamente, quedó abatido y triste, tan estropeado el cuerpo como lánguido el espíritu.

CAPITULO XLVII.

El consejo de Estado.

Al siguiente dia mandó Felipe II llamar á los de su consejo de Estado, al cardenal Espinosa y á Ruy Gomez de Silva, ordenando que á la una de la tarde se encontrasen todos reunidos en un espacioso salon preparado al efecto.

La noticia corrió de boca en boca con rapidez, y como puede presumirse, no fué el paje el último en saberla. Mucho le interesaba averiguar con exactitud cuanto debia tratarse, y por eso pensó que el mejor medio sería escucharlo él mismo. El aposento de la reunion no tenia puerta secreta alguna ni mas que una entrada; pero como nuestro diablillo no era mozo que abandonase sus planes cediendo á los inconvenientes, pensó largo rato sobre el asunto, y al fin su imaginacion fecunda suministróle un medio que le pareció inmejorable.

Consistia este en ir al salon donde debia reunirse el consejo, introducirse en él antes de que los hugieres se colocasen á la puerta, y esconderse debajo de la mesa que ya habrian colocado delante del asiento del rey.

—La mesa, decia para sí el paje, tendrá como de costumbre una cubierta que toque hasta el suelo, y favorecido por esta circunstancia, podré acomodarme allí sin ser visto de nadie.

Y despues de frotarse alegremente las manos, prosiguió:

—Nos vencerán, no lo dudo, pero antes he de darles mucho que hacer.

La ejecucion de este plan salió á medida de su deseo. Bien temprano dirigióse el pagecillo al salon, abrió la puerta con una de las llaves de su tesoro, entró, volvió á cerrar, y miró con aire satisfecho la ancha cubierta negra de la mesa, cuyo galon de oro tocaba en el pavimento.

—¡Magnífico! exclamó.

Y sin perder un instante metióse en su escondite.

A las doce y media estaban ya reunidos los consejeros, y á la una se presentó Felipe II en el salon.

Su continente era grave, mas que de costumbre, y se notaba alguna tristeza en su mirada.

El aposento estaba lleno de respetables barones encanecidos en el servicio del Estado. Colocados mas ó menos cerca del rey, segun su categoría, presentaban un aspecto imponente con sus negros vestidos y sus severos rostros, dignos del mas severo aun que los presidía.

El monarca pasó por la respetable Asamblea su mirada penetrante; quedó silencioso por algunos momentos, y al fin dijo:

—Un triste acontecimiento os ha reunido aquí, y si al daros cuenta de él faltan á mi lengua las palabras, no os admireis; porque tal vez el rey no pueda olvidar que es padre.

Todos escuchaban con religiosa atencion, pero ninguno se atrevia á levantar del suelo la mirada.

—Ninguno de vosotros ignora que la conducta de mi hijo don Carlos, príncipe de Asturias y heredero del trono, no ha sido la

que mas conviene á su nombre y á su clase. Escuso deciros cuánta habrá sido mi amargura, y ya comprendereis que, cediendo á los impulsos de mi cariño paternal, habré sido mas tolerante de lo que tal vez permite la justicia. Empero los desmanes del príncipe han llegado á tal estremo, que al fin, y á costa de un gran sacrificio, me he visto obligado á tomar una determinacion, harto triste, pero indispensable. Anoche he puesto preso á don Carlos.

Sintióse un leve murmullo, y todas las miradas se fijaron en el rey, cuyos ojos parecieron humedecerse con una lágrima.

—Voy á presentaros los documentos que prueban las faltas del príncipe; vosotros los examinareis y juzgareis.

Felipe II estendió sobre la mesa gran porcion de papeles, y luego prosiguió:

—Dos son las acusaciones que pueden hacerse á don Carlos, la de adicto á la Reforma y la de conspirador. Voy á haceros algunas observaciones antes de oir vuestro parecer. Al proceder contra mi hijo, solo he pensado evitar que llegue á sentarse en el trono. La Europa está conmovida por el espíritu de reformas religiosas, y ha costado torrentes de sangre, inmensos sacrificios á mis augustos abuelos el contener los efectos de la heregía: para combatirla no han omitido esfuerzo; nuestras armas, despues de pelear por nuestra fe y por nuestra independencia hasta elevar sus pendones en la Alhambra, han ido á lejanas tierras y sacrificado millones de vidas en defensa de su religion santa. Yo, vosotros, todos los buenos españoles, hemos consagrado y consagramos nuestros desvelos al lustre de nuestra santa iglesia, y por ello sacrificariamos gustosos nuestras vidas. Resultados conseguidos á tanta costa, una lucha de nueve siglos, no pueden quedar en un dia estériles por la debilidad de una cabeza estraviada. ¡Cuán doloroso no seria ver á la España católica sobre todos los pueblos del mundo, convertida en la España protestante! Pues esto, señores, cuya sola idea os hace estremecer, sucederia si el príncipe ciñese la corona. Hoy don Carlos, cuyo poder é influencia distan mucho de ser los de un soberano, protege la heregía en Flandes, y con esto, no solo da pruebas de su falta de religion,

sino que comete el crímen de rebeldía contra su rey y contra su padre. Quiero, pues, prevenir los males que debe traer el reinado de mi hijo, y para ello debo sacrificar todas mis afecciones, porque nada valen estas ante la religion y el bien de mis pueblos: quiero acusar á mi hijo antes que la posteridad me acuse; quiero salvar mí alma evitando que se condenen otras muchas arrastradas por el torrente de las nuevas y falsas doctrinas.

Detúvose el monarca como para tomar aliento, y luego prosiguió:

—Tales faltas merecen un severo castigo que inmediatamente hubiera yo impuesto; pero se trata de mi hijo y de un príncipe, y es preciso, á la vez que se evite el mal, evitar tambien el escándalo, y por eso, como os lo he dicho, no he pensado hasta ahora en ir mas allá que en hacer de modo que don Carlos no se siente en el trono. Sin embargo, si vosotros, como jueces imparciales considerais de necesidad mayor rigor, no encontrareis obstáculo en mí. Os escucho.

El cardenal Espinosa, como el mas autorizado entre todos, tomó la palabra.

—Graves son, señor, las faltas de que se acusa á S. A., y mas graves aun las consecuencias que pueden traer; empero á mi juicio, estravios tales, son efecto de la inesperiencia y de torcidos consejos; esto último puede evitarse con la vigilancia, aquella con el tiempo que dará á su juicio mas rectitud y firmeza, y si bien debe tomarse alguna medida previsora, no creo que sea necesario desheredar al príncipe. Los miramientos y consideraciones que hasta ahora ha tenido V. M., nos llenan de viva satisfaccion, porque ponemos en el hijo el mismo respetuoso amor que en el padre, y la voz de estos dignos y leales vasallos se unirá á la mia para alcanzar de V. M. el perdon del príncipe.

De todas partes salieron palabras de aprobacion y sentidos ruegos en favor de don Carlos.

—Noble es vuestra conducta, señores, dijo Felipe, y con ella probais el amor que me teneis; pero será prudente que antes de seguir vuestros generosos sentimientos, peseis en la balanza de

vuestro juicio la misericordia con los males que puede traer. Ahí teneis los documentos en que se fundan las acusaciones contra el príncipe; examinadllos, comenzad la informacion, y dadme vuestro parecer en vista de lo que de ella resulte. A esos documentos podeis añadir las declaraciones que creais convenientes. Os dejo para que tengais completa libertad, y luego volveré. El licenciado Oyos hará las veces de secretario.

Levantóse el monarca y con mesurado paso, salió del aposento.

En seguida se procedió al exámen de la correspondencia y demas papeles del príncipe, y se comenzó á hacer estractos y estender notas.

Al cabo de tres horas volvió Felipe II, y se continuó con toda actividad la informacion.

A las nueve de la noche, segun dice un escritor de aquella época empleado en palacio, se llevaba escrito un legajo de cerca de medio pié de altura (1).

Todos querian eludir la responsabilidad de tan delicado encargo, y asi es, que despues de un largo debate, convinieron en que el rey debia nombrar un tribunal especial para que entendiese en el asunto.

Felipe II aceptó la idea, y despues de dar las gracias á sus consejeros por el celo que habian demostrado, los despidió, rogando al cardenal Espinosa que se quedase.

(1) Llamó S. M. á su cámara á los de su consejo de Estado, y estuvieron en ella desde la una de la tarde asta las nueve de la noche, no se sabe qué se tratase; el rey hace informacion; secretario de ella es Oyos; hállase el rey presente al exámen de los testigos; ay escrito casi un feme en alto.

CAPITULO XLVIII.

De como el page se vió muy apurado para salir de su escondite.

Solos ya el rey y el inquisidor, y sentados cerca de la mesa, guardaron silencio por un corto rato, como si descansasen de la pasada fatiga.

El paje, entretanto, inmóvil en su escondite, disponíase á escuchar, aunque ya de no muy buena gana, porque el hambre empezaba á atormentar su estómago.

—Señor cardenal, dijo al fin el monarca, os he detenido para acabaros de poner al corriente en cuanto toca al asunto de mi hijo, porque he creido que no debia decirlo todo á los consejeros; y tambien, porque deseo que me aconsejeis en cuanto á las personas que debo nombrar para que entiendan en la causa.

—Os doy, señor, las gracias por la confianza que V. M. hace

de mí, distinguiéndome entre tantos ilustres y leales consejeros; pero en cuanto á lo que toca al tribunal que debe formarse, quisiera que V. M. obrase por sí solo y me dispensára de dar ningun consejo, porque es asunto harto delicado para que yo me atreva á inclinar el ánimo de V. M. en favor de nadie.

—De todos modos, tengo ya hecha la eleccion de las personas, contestó Felipe como si no diese importancia á este punto; ocupémonos de los documentos que se han encontrado á mi hijo.

—Como mas agrade á V. M., repuso Espinosa.

—Ya que no puede decirse todo al mundo, prosiguió el rey, y como la posteridad tal vez se mostrará conmigo mas severa de lo que debe, acusándome de haber yo sido exageradamente riguroso con mi hijo, quiero que sepais que el paso que he dado ha sido de imprescindible necesidad porque el príncipe ha roto todos los lazos que á él me unian como rey y como padre.

—Comprendo, señor, que las razones que han impulsado á V. M. á dar semejante paso, han de ser poderosas.

—¿Qué diríais, señor cardenal, de un hijo que desea la muerte de su padre?

—Señor....

—Diríais que ese hijo ya no se considera tal, que ha perdido la razon, ó que es tan malvado que debe separársele de la sociedad para que no la corrompa.

—Tal vez su razon...

—En buen hora: concedo que esté loco, y siendo así, es mi deber evitar que el cetro de España pase á manos de un demente.

—Graves fundamentos debe haber.

—Vereis, señor cardenal, cuales son, dijo el monarca, sacando algunos papeles. Estas dos cartas, la una de Montigny y la otra de mi hijo, os harán conocer que no debemos tener duda de que el príncipe es uno de los mas ciegos partidarios de la Reforma.

El inquisidor leyó las cartas con toda la atencion y detenimiento del que deletrea, y devolviéndolas al rey, guardó silencio como si se dispusiese á escuchar.

—¿Qué opinas? le preguntó Felipe.

—Efectivamente... pero... como es aun muy jóven...

—Es menester, señor cardenal, que no os mostreis tan compasivo, porque se trata de la religion y del bien de la monarquía.

—Pero como es el hijo de V. M..., replicó Espinosa con melífluo tono.

—Por lo mismo me es mas doloroso. ¿Qué dirá el mundo cuando sepa que el hijo de Felipe II, el nieto de Carlos V y de la católica Isabel, de los monarcas que todo lo han sacrificado por la religion, es el primer herege de España? ¡Oh!... esto es horrible. ¡Herege un hijo mio, mi misma sangre, mi carne misma!... Señor cardenal; este es el mayor castigo que pudiera haberme enviado el cielo.

Y Felipe II, al concluir estas palabras, ocultó el rostro entre las manos y quedó abatido y silencioso.

—Aun hay mas, dijo al fin con tono amargo: entre los papeles del príncipe estaba esta lista de las personas á quienes considera amigos y de los que tiene por enemigos y ha de perseguir á muerte. Son sus mismas palabras, vedlo escrito de su puño.

La lista, que pareció interesar á Espinosa mas que las cartas, fué leida por este, y un ligero carmin apareció y desapareció repentinamente en sus megillas.

—Leed, leed, repuso el rey.

El cardenal volvió á leer, pero en voz alta, lo siguiente:

»Lista de las personas á quienes yo, Cárlos de Austria, príncipe de Astúrias y sucesor de Felipe II, amo como á mis verdaderos amigos, y de las que tengo por enemigos á quienes perseguiré á muerte. Escríbola, no porque yo olvido los nombres de los que amo ni de los que aborrezco, sino porque si Dios me llevase sin recompensar á mis amigos ó sin esterminar á mis enemigos, quede este documento para que sirva de guia á cualquiera de los primeros que desee pagarme mi cariño acabando mi obra.

»*Amigos.*

»Antes que todos la reina doña Isabel de Valois.

»Mi tia doña Juana.

»Mi tio don Juan.

»El Diablo de Palacio.

»El baron de Montigny.

»El marqués de Bergen.

»Todos los nobles flamencos porque eran muy queridos de mi abuelo el invicto don Cárlos, á quien Dios haya en su gloria.

»Y otros que no nombro por haber pasado á mejor vida y cuya memoria honraré en su tiempo.

»*Enemigos:*

»Antes que todos el rey don Felipe II.

»El cardenal Espinosa, inquisidor general.

»El duque de Alba.

»El adulador Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli.

»Su esposa doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

»Y otros que por ser de poca importancia, ó porque me son indiferentes, dejo de nombrar.»

Este curiosísimo documento era hijo de una de las tantas imprudencias de don Cárlos. A su lectura sonrió irónicamente el cardenal, y palideció el monarca.

—Ya veis, dijo, que yo soy el primer enemigo del príncipe.

—Os confieso, señor, que esto es muy grave.

—Aun hay mas.

—¿Otra lista?

—No se contenta mi hijo con aborrecerme, sino que tambien intenta ponerme en ridículo. Tomad y leed.

Y el monarca entregó otro papel al cardenal.

Este leyó lo siguiente:

»*Viages del emperador Carlos V.*

»De Alemania á España.

»De España á Alemania.

»De Alemania á Flandes.

»De Flandes á Italia.

»De Italia á Africa.

»De Africa á España.

»De España á Alemania.

»De Alemania á Flandes.

»De Flandes á Francia, etc. etc. etc.

»*Viages de Felipe II.*

»De Valladolid á Madrid.

»De Madrid al Escorial.

»Del Escorial á Madrid

»De Madrid al Pardo.

»Del Pardo á Madrid.

»De Madrid al Escorial.

»Del Escorial á Madrid.

»*Victorias del emperador Cárlos V.*

»Todo el mundo las conoce y es por demás que yo las enumere.

»*Hazañas de Felipe II.*

»Cuando las tenga se escribirán.

»El trono en que se sentaba mi abuelo, era su caballo de batalla, y su cetro, su espada invencible.

»El caballo de batalla que monta mi padre, es un cómodo sillon, y su espada una pluma, porque esto solo le quedó de las águilas de mi abuelo.»

Tales eran las imprudencias de aquel desdichado príncipe, cuya razon en momentos dados debia estar, ó demasiado débil, ó demasiado exaltada.

Fácilmente se comprenderá cuánto debió herir el alma de Felipe II el ridículo en que le ponia el satírico escrito que dejamos copiado. Su orgullo de rey, su vanidad de hombre encendieron su sangre, sin contar que el aguijon de los celos era bastante á escitar su terrible enojo.

—¡Este es ya el último de los escándalos! exclamó.

—Señor, si no lo viera no lo creeria.

—Es preciso que se juzgue á mi hijo como se merece.

—¿Se ha decidido V. M?

—Desde anoche no vacilo.

—Entonces á V. M. toca ordenar lo que tenga por conveniente.

—Que inmediatamente se presente la acusacion fiscal y se forme el sumario.

—¿Por un tribunal especial?

—Si.

—Entonces, con la licencia de V. M., me retiro para dejarlo pensar libremente sobre este punto.

Y el cardenal se levantó.

—Sentaos, le dijo el rey, porque aun os necesito.

—Estoy á las órdenes de V. M., dijo Espinosa volviéndo á sentarse.

—¿Sabeis quienes han de componer el tribunal?

—No lo adivino.

—Dos jueces y el fiscal que presente la acusacion.

—Me parece bastante.

—Los jueces sereis vos y Ruy Gomez de Silva.

—¡Señor!....

—Y el fiscal, el licenciado Muñatones de Briviesca.

—Mucho agradecería á V. M. que me relevase de ese cargo con que me honra.

—¿Por qué?

—Porque si me muestro indulgente no cumpliré con mi deber, y si severo, dirán que satisfago antiguos rencores.

—Yo creo que cuando sentencieis á mi hijo, solo os acordareis de que sois juez.

—Asi será, pero el mundo.....

—¿No os basta vuestra conciencia?

—No del todo, señor, porque estimo en mucho mi nombre.

—¿Es decir, que os negais á prestarme vuestra ayuda en esta ocasion?

—Señor....,

—Ya sabeis que en pocas personas puedo tener confianza.

—Pocas son, pero las hay.

—¿No quereis arriesgar nada por mí?

—Todo, señor, y para probar á V. M. cuánto es mi deseo de

servirlo, acepto el cargo que se digna confiarme, por mas que en ello haga un penoso sacrificio.

Estas palabras irritaron de tal modo al page, que olvidando que el menor movimiento que hiciera podia perderle, estendió un brazo hácia el inquisidor con ademan de amenaza, á tiempo justamente en que el buen cardenal estiraba una pierna, resultando que ambos miembros se encontraron, chocando algo rudamente.

Espinosa dió un brinco y se puso de pié.

—¡Aquí hay alguien! exclamó.

—¡Cómó! dijo el rey disponiéndose á mirar debajo de la mesa.

Empero el paje, rápido en obrar como en pensar, y comprendiendo su situacion, decidiose á salvarse á toda costa, y antes que Felipe II hubiese tenido tiempo de levantar la cubierta de la mesa, cogióla él con ambas manos por el estremo opuesto, colocóla sobre su cabeza, y saliendo de un brinco, á la vez que se envolvia en el negro paño, echó á rodar los candelabros y papeles, dejando á oscuras el salon, y en dos brincos encontróse fuera y huyó como un desesperado hasta que tuvo ocasion de introducirse por una de las puertas secretas que tanto le servian.

Ni la exclamacion del cardenal ni el ruido que produjeron al caer los candelabros, hicieron comprender á los ugieres que habia á la puerta del salon lo que en este ocurria; bien que por otra parte, el terror que sintieron al ver abrirse estrepitosamente la puerta y salir aquel negro fantasma, no les dejó ni valor ni tiempo para detenerlo.

En vano corrieron multitud de criados en busca del fugitivo, porque nadie lo encontró, ó mejor dicho, nadie lo conoció, pues el travieso mancebo, despues que dejó el paño, fué á mezclarse entre los sirvientes para divertirse en ver como andaban desalentados.

—¡Y lo tenia tan cerca y se me ha escapado! exclamaba el rey fuera de sí. ¡Quinientos escudos de oro al que lo coja!

Y al ver á Luis que atravesaba un corredor, gritóle:

—¡Tú, pajecillo, que eres ligero y todo lo sabes!



COLOCOLA SOBRE SU CABEZA, Y SALIENDO DE UN BRINCO...

—Dicen que es el diablo, señor, y tengo miedo.

—No es mas que un hombre. Si lo encuentras te daré quinientos escudos de oro, te daré un buen empleo, y te cruzaré en la órden de Santiago.

—Voy tras él, señor.

Y haciendo una reverencia, burlona por lo exagerada, desapareció, gritando y riendo, á pesar de que era mucha la debilidad de su estómago.

CAPITULO XLIX.

Nuevo proyecto del paje.

Pensó Luis que mejor que buscarse á sí mismo seria buscar que comer, y así, sin mas detenerse, volvió al cuarto de su señora.

Esperábalo esta con impaciencia y temerosa de que hubiese sucedido alguna desgracia á su querido page, así es que al verlo, una exclamacion de alegria salió de su boca, y luego viéndole pálido y triste, le dijo:

—Grande ha sido mi cuidado, Luis. ¿Qué te ha sucedido?

—Nada de particular, señora, sino que no me ha sido posible volver en todo el dia ni en lo que va de noche.

—¿Dónde has estado?

—En el alcázar.

—¿Y porqué no has venido?

—Porque no podia moverme del sitio en donde estaba.

—Alguna nueva diablura.

—Dos diabluras, señora, y por cierto que la segunda me puso en grande aprieto.

—¿Qué te ha sucedido?

—He pasado todo el dia y la noche debajo de una mesa.

—¡Debajo de una mesa!

—Ni mas ni menos: la misma que habia en el salon donde el consejo se ha reunido.

—¡ Luis !

—Y desde allí he podido enterarme de cuanto se ha tratado, con mas de la conversacion que despues tuvieron el rey y el cardenal.

—Eres muy temerario, repuso la doncella.

—No lo niego, y mi temeridad ha podido costarme muy cara.

—Si te hubiesen descubierto...

—Así ha sucedido.

—¡Cómo! exclamó Blanca cuyas megillas palidecieron.

—Tranquilizaos, señora; el peligro ya pasó.

—Esplícate.

—No hubo mas sino que cometí la imprudencia de estender un brazo que tropezó con una pierna del inquisidor.

—¿Y qué hicistes?

—Cuando el rey se disponia á mirar debajo de la mesa, me envolví en el paño que la cubria, cayeron al suelo las luces, y yo salí de la estancia como un fantasma negro, sin dar lugar á que me echasen el guante.

Durante el anterior relato del pagecillo, habia palpitado con violencia el corazon de Blanca.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó á la vez que exhalaba un suspiro.

—Todo el alcázar está en conmocion, y el rey ofrece quinientos escudos de oro al que le presente al diablo.

—¡Luis!...

—Esto ya pasó, y por consiguiente, no debemos ocuparnos de ello, cuando otros asuntos mas graves nos rodean.

—Todo lo habia olvidado ante el peligro que has corrido.

—Gracias, señora.

—¿Hay alguna esperanza?

—Ninguna.

—Esplícate.

—La informacion ha principiado y hasta ahora no resultan pruebas sino contra el príncipe á quien se ha calificado unánimemente de hereje y de reo de alta traicion.

—¿Qué va á ser de ese desdichado?

—Aun no sabeis lo peor.

—¿Qué mas puede sucederle?

—Se ha convenido en que se forme un tribunal especial para juzgarlo.

—Si al menos estuviese compuesto de hombres que no fuesen enemigos de don Cárlos...

—¿Quereis saber quienes son?

—¿Están nombrados ya?

—Sí.

—Díme sus nombres.

—El cardenal Espinosa y Ruy Gomez de Silva.

—¡Dios mio, sus mayores enemigos!

—Esos lo sentenciarán.

—¡Es horrible!

—Ya veis si debemos tener esperanza.

—¿Y qué vas á hacer?

—Por de pronto, desesperar al rey, ya que no puedo salvar á su hijo.

—¿Cómo?

—Escribiré ahora mismo á don Cárlos poniéndole al corriente de cuanto ocurre, para que dé la noticia á sus servidores. El rey lo sabrá, y de seguro se vuelve loco, pensando cómo ha podido tener tales noticias su hijo cuando nadie entra en su aposento. Ahora sí que no le quedará duda de que el diablo anda en el alcázar.

—¿Tienes medios para hacer que tu escrito llegue á manos del príncipe?

—Casi os puedo asegurar que sí.

—No lo adivino.

—Durante mi encierro debajo de la mesa, ha habido intérvalos en que el licenciado Oyos escribia y los demas callaban, y esos momentos los he aprovechado en mortificar mi caletre para encontrar modo de conseguir mi deseo.

—Sepamos cúal es tu plan.

—Antes dadme de comer porque el aliento me falta.

—¿No has tomado ningun alimento?

—Donosa pregunta. Escondido debajo de la mesa y sin poder salir, claro es que no habré comido, á menos que hubiese devorado las pantorrillas de S. M. que estaban bien cerca de mí; y os juro que lo hubiese hecho á no contenerme el temor de que me descubriesen: tal era el hambre que tenia.

Blanca regaló á su page con un pastel de perdices, y luego dijo:

—Ya te escucho.

—No sé si sabreis que en el dormitorio del príncipe hay una chimenea.

—Lo sé.

—Como todas, esa chimenea tiene una salida para el humo.

—Comprendo tu plan.

—Por donde el humo sale entrará mi carta.

—Se quemará.

—No la echaré si hay fuego.

—Caerá en manos de Ruy Gomez.

—El príncipe está siempre solo.

—Pero como no está advertido no recojerá el papel, y cuando los criados pongan leña lo verán.

—Yo llamaré la atencion de don Cárlos.

—¿Cómo? preguntó la doncella cuya curiosidad iba en aumento.

—Mi carta bajará pendiente de un cordon, á cuyo estremo ataré tambien una campanillita sumamente pequeña, cuyo sonido sea suficiente á llegar á oidos del príncipe, pero no á los de sus guardianes que están en la habitacion inmediata.

—Ingenioso es tu plan, dijo Blanca, fijando en el paje una mirada de satisfaccion.

—¿Os parece bien?

—Mucho; pero temo que la casualidad no te favorezca.

—Nada perderé.

—Mucho cuidado...

—Algo me espongo, pero algo debe arriesgarse en esta empresa.

—¿Cuando emprenderás su ejecucion?

—Esta misma noche quisiera enviarle el papel.

—¿Tienes todo lo necesario?

—Me falta la campanilla.

—Puede suplirse...

—Teneis raron, interrumpió el paje, dándose una palmada en la frente. En vez de campanilla pondré una llave, un pedazo de hierro cualquiera para que produzca algun sonido.

—Sí, sí, no pierdas un momento, á ver si de ese modo se logra que el rey desconfie de Ruy Gomez de Silva.

—Pienso sacar mas partido aun.

—No te comprendo.

—Quiero decir, que por donde entren mis cartas, tal vez pueda salir el príncipe.

Blanca fijó en el paje una mirada de sorpresa.

—¡Luis! exclamó.

—No os inquieteis, señora.

—Piensas una locura.

—La locura sería dejar que don Cárlos se muriese en su encierro, sin intentar sacarlo de él. O soy ó no soy su amigo. No es su prision como la de Montigny; á este lo dejo ya como cosa perdida, porque el ocuparme en salvarlo sería descuidar nuestra propia salvacion; pero el príncipe, es diferente, señora.

—¿Pero crees que puede llevarse á cabo semejante proyecto?

—Si el cañon de la chimenea es bastante ancho para que quepa el cuerpo de un hombre, no encuentro mi proyecto tan loco. El capitan Pero Leon tiene brazos de hierro, y con sus fuerzas

y lo poco que se ayude el príncipe, podrá sacarlo en cuatro tirones.

Blanca reflexionó algunos instantes y luego dijo:

—No se me ocurre ninguna dificultad, á menos que cualquier accidente imprevisto frustrare el plan.

—¿Lo aprobais?

—Sí.

—Pues voy á escribir la carta para don Cárlos.

Inmediatamente escribió el pajecillo una larga carta dando al príncipe detallado conocimiento de cuanto habia sucedido aquel dia, y diciéndole que le contestáse para saber que la habia recibido.

—Dios me dé acierto, dijo al concluir.

—Mucha prudencia, Luis, repuso Blanca con acento conmovido.

—Descuidad, señora, que buena es mi intencion y el cielo me protejerá.

—Hasta que vuelvas no me acostaré.

—No hagais tal.

—Me sería imposible dormir.

—Haced lo que mas os plazca, dijo el paje.

Y luego, envolviéndose en su capa, y provisto de una linterna y de un largo cordon á cuyo estremo ató la carta y una llave, salió del aposento.

CAPITULO L.

De cómo el page conocia lo mismo el esterior que el interior del alcázar.

La noche estaba en estremo oscura.

No brillaba en el cielo una sola estrella, y á la distancia de diez pasos hubiera sido imposible distinguir ningun objeto.

Habia llovido aquel dia y helado aquella noche.

Un silencio profundo reinaba en el alcázar; ninguna persona atravesaba sus largos pasillos donde ya no se veia una sola luz.

El pajecillo anduvo largo rato dejando atrás galerías y habitaciones solitarias. Apenas se percibia el ruido de sus pasos, y la débil luz de su linterna parecía caminar á solas.

Entregado á profundas meditaciones, llegó á un apartado corredor, á cuyo estremo habia una escalera estrecha y muy pendiente. Subióla con paso firme, y al final, encontró una puertecilla que cedió al primer empuje.

Nuestro héroe se encontró en la plataforma de uno de los elevados torreones del elcázar.

Ya hemos dicho que la noche estaba en estremo oscura. No brillaba una estrella, y el horizonte parecía poderse tocar con solo estender el brazo.

Inútilmente intentó Luis examinar los sitios que le rodeaban: su mirada penetrante no pudo descubrir ni aun una sombra informe.

—Esta oscuridad deberia causarme miedo, murmuró.

Y colocando la linterna en el suelo, puso sobre ella la capa.

—Con la lluvia de esta mañana, añadió, y la helada de esta noche, estarán las pizarras resbaladizas como planchas de acero bruñido. Poco tengo que andar sobre ellas, pero bien puede suceder, que caiga al primer paso: será prudente ir descalzo.

Descalzóse, en efecto, y mientras el frio le hacia temblar, hizo la señal de la cruz y santiguóse devotamente.

No ha pensado doña Blanca, dijo, en el peligro que corro. Caminando por etsa superficie resbaladiza, sin luz que me permita ver donde piso, es lo mas fácil, lo mas probable, rodar desde tan inmensa elevacion al suelo, á donde llegaria sin vida. Si he de hacerlo no debo pensarlo.

Y luego descolgóse desde el borde del muro del torreon á la maciza techumbre.

Cualquier hombre se hubiese llenado de terror al verse solo en medio de aquella silenciosa oscuridad, con la vida pendiente de una pisada insegura, y amenazado además de mil peligros; pero aquella criatura no sintió el miedo, su corazon palpitaba con la mayor regularidad, y no pensaba en otra cosa que en asegurar sus piececitos y en salvar al príncipe.

Cien veces perdió el equilibrio su cuerpo porque no pudieron asegurarse sus pies sobre aquel plano inclinado, de pulida superficie y cubierto de hielo; pero su serenidad lo salvó siempre de caer en el abismo que tenia á sus plantas.

Su mirada intentó descubrir un objeto, pero no pudo. Ade-

lantó algunos pasos mas siempre con gran cuidado, y entonces le pareció percibir una sombra.

—Voy bien, murmuró.

Y continuó su peligroso camino.

—Aquí es donde quisiera verte, capitan, añadió; aquí donde no valen la tizona ni los puños.

Adelantó, y entonces, pudo ver con mas facilidad el objeto que buscaba.

—Dos ó tres pasos mas, y basta.

Diólos, y su mano se puso al fin sobre el cañon de la chimenea.

—He tenido buen acierto, dijo.

Y examinó el hueco que daba paso al humo.

—Bien cabe por aquí un hombre. Ahora no hay fuego, pero se distingue allá abajo claridad. Es muy tarde... ¿estará acostado?... Sea como quiera, ya es preciso concluir este asunto. ¡Dios me proteja!

Luego introdujo la cuerda en el interior del ancho tubo, y poco á poco hizo bajar el papel y la llave hasta que advirtió que la cuerda perdia su tension.

—Ha llegado, dijo

Y subiendo y bajando la mano dos ó tres veces para que la llave chocára contra el suelo, esperó.

No se hizo aguardar mucho tiempo la respuesta.

Sintió el paje que tiraban del cordon y que despues de algunos momentos volvió á aflojarse. Entonces se estremeció. La duda de quién habria tomado el papel le hizo temblar mas que el peligro que hasta entonces habia corrido, porque si Ruy Gomez habia sorprendido la carta, ya no habia salvacion para don Cárlos.

—Alguien ha cojido la carta, dijo. ¿Será el príncipe?... Mañana lo sabré. Ahora, huyamos de aquí, porque si la suerte no nos ha favorecido, será muy fácil que me sorprendan antes de darme tiempo para huir.

Volvió á subir la cuerda de cuyo estremo inferior habia des-

aparecido el papel y la llave, y con las mismas precauciones que antes, volvió á emprender su peligroso camino hasta encontrarse nuevamente en el torreon.

—¡Oh! dijo, no pensé salir con tanta felicidad de mi empresa. No hay que perder un instante.

Luego tomó la capa y la linterna, y con los borceguies bajo el brazo, para no detenerse en calzarse, descendió rápidamente la escalera, y por el mismo camino que antes habia andado, llegó á su aposento.

Blanca lo esperaba llena de angustioso afan. Al verlo, un grito de alegría se escapó de los lábios de la hermosa doncella.

—Aquí me teis sano y salvo, dijo el pajecillo.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó Blanca, abrazando al travieso niño.

—Creo que todo ha salido á medida de nuestro deseo.

—¿Es decir?...

—Que el papel llegó á su destino; una mano lo cojió y quedóse tambien con la llave, quizás presumiendo que con algun fin se enviaba: me parece que ha sido el príncipe quien tomó el cordon; mañana lo sabremos.

—¿No has encontrado á nadie en el camino?

—A nadie. Tengo la seguridad de que no me han visto.

—¿Y te parece que podrás salvar al príncipe sacándolo por la chimenea?

—A lo menos cabe por allí muy holgadamente una persona.

—Dios te proteja.

—Así lo espero, señora.

Blanca estampó un beso fraternal en la frente del paje.

CAPITULO LI.

De cómo Felipe II y sus cortesanos estaban á punto de volverse locos.

Desde que el príncipe fué preso, no habia visto la luz del sol. las ventanas de su aposento estaban clavadas, y cerrada la puerta, de manera que para él era aquel encierro lo mismo que el mas oscuro calabozo. Una lámpara ardia constantemente, á menos que don Cárlos quisiese apagarla para dormir. Con nadie hablaba porque no se le permitía á nadie entrar allí, y aun la infanta doña Juana, cuyo noble corazon compadecia las desgracias de su sobrino, tuvo el disgusto de que se le negase visitarlo.

En aquella soledad, en aquella eterna noche, entristecióse el príncipe, abatióse su espíritu y su cuerpo empezó á debilitarse.

A los ocho de la mañada del siguiente dia en que tuvieron lugar los sucesos que dejamos referidos, paseábase lentamente

don Cárlos en su encierro. Estaba en estremo pálido y parecia haber enflaquecido. Su mirada era triste y habia perdido su acostumbrada viveza. No aparecia ya aquel jóven impetuoso, de enérgicos movimientos y de altanero continente.

—¡Isabel! decia con lánguido acento. ¡Angel de mis sueños de ventura! ¡Unico consuelo de mis amargos pesares, luciente estrella que solo te dejabas ver en el negro horizonte de mi porvenir, dulcísimo recuerdo que calmaba los dolores agudos de mi corazon, para siempre te perdí! ¡Ya no volveré á verte, ya la esperanza no puede alentarme!... ¡Oh!...

Tras estas palabras sintió mas débil su cuerpo, y tuvo necesidad de sentarse.

Mil tristísimas y contrarias ideas acudieron á su imaginacion. Por momentos solia animarse su mirada, y sentia renacer sus fuerzas. Al cabo de largo rato, dijo:

—No me queda otro consuelo que el de la verdadera amistad de ese niño. ¡Cuánto habrá tenido que arriesgar para enviarme esta carta! ¡Noble y generoso corazon!

Meditó algunos instantes, y prosiguió:

—Creí que la llave tendria otro objeto. Sin embargo, tal vez podria servirme para matar á Ruy Gomez: un golpe dado con acierto en la cabeza... pero me siento muy débil y... empeoraría mi situacion. Sigamos los consejos de ese niño en el que no se sabe qué admirar mas, si su corazon ó su ingenio.

Luego gritó:

—¡Ruy Gomez!

Abrióse la puerta y el de Eboli entró.

—¿Me ha llamado V. A?

—Sí, dijo don Cárlos.

—Espero vuestras órdenes.

—¿Os burlais de mí? Qué órdenes he de dar cuando la teneis de no obedecerme?

—Perdone V. A.

—Os llamo, señor favorito, para daros la enhorabuena por la confianza que habeis merecido del rey.

Ruy Gomez miró con estrañeza á don Cárlos, y contestó:

—No os comprendo, señor.

—¿Quereis fingiros ignorante para guardar mejor el secreto? Inútil es vuestra reserva porque todo lo sé.

—Repito que no comprendo á V. A.

—Pues voy á daros una noticia, á contaros cuanto sucedió ayer, á pesar de que no debe ser para vos cosa nueva cuando á estas horas nadie lo ignorará.

—Tengo la honra de escucharos.

—Ya sabeis que se reunió el consejo de Estado para ocuparse de mí. Hicieron informacion, tomaron declaraciones, pusieron notas, y así ocuparon desde la una de la tarde hasta las nueve de la noche. El bueno de Oyos hizo las veces de secretario, y por cierto que mucho le hicieron escribir.

Ruy Gomez miró al príncipe con sorpresa.

—Os pasma, señor Ruy, que yo sepa tanto y con tanta exactitud; pues aun falta lo mejor. Los del consejo opinaron que debia nombrarse un tribunal especial, y despues que se retiraron, el rey quedó solo con el cardenal Espinosa.

—Señor...

—Os referiré palabra por palabra la conversacion que tuvieron.

—El príncipe está loco, dijo para sí el de Eboli.

—El rey enseñó al cardenal una lista que yo tenia en que estaban escritos por mí los nombres de mis amigos y de mis enemigos.

—V. A. se chancea.

—Ya lo vereis, señor adulador. Escuchad. Despues de una larga conversacion en que el rey ocultó sus celos de esposo con el celo por la religion, nombró por mis jueces al cardenal y á vos, y para fiscal á Briviesca de Muñatones. Hoy constituireis el tribunal y dareis principio á vuestro papel de verdugos.

Ruy Gomez palideció y no acertó á contestar una palabra.

—Vuelvo á daros la enhorabuena por la confianza que de vos ha hecho S. M., y quisiera que le dijéseis que le doy las gracias

por el acierto que ha tenido en la eleccion de personas tan imparciales que no tendrán mayor placer que el de verme muerto. Añadidle que, segun dijo al cardenal Espinosa, no queria mas que incapacitarme para reinar, pero que se cumplirán sobradamente sus deseos, porque mis jueces pondrán la tumba entre el trono y yo.

Los ojos de don Cárlos brillaron por un momento, y dirigiendo á Ruy Gomez una mirada terrible, gritó:

—¡Retiraos!

Salió el de Eboli confuso, porque habia creido primero que el príncipe habia perdido la razon, pero despues se convenció de que no era así, y le daba mucho que pensar el que supiese lo ocurrido en el consejo, porque si bien presumia que esto no era un secreto, porque el tenido por diablo se habia enterado de todo, no acertaba á comprender cómo lo habia sabido el príncipe.

—Es preciso dar parte de todo á S. M., dijo.

Y encargando la mas esquisita vigilancia al duque de Feria, se fué á la cámara de Felipe II.

—Señor, le dijo, vengo á participar á V. M. un suceso muy desagradable.

—¿Qué ocurre? preguntó el rey con marcada ansiedad.

—El príncipe está enterado minuciosamente de cuanto ayer se trató en el consejo.

—¿Qué decis?

—Mas aun: me ha referido palabra por palabra la conversacion que tuvo V. M. con el cardenal Espinosa, á quien dice enseñó V. M. unas listas halladas entre los papeles de S. A. Ya me han referido esta mañana algunos cortesanos que uno escuchó esa conversacion, escondido bajo la mesa, y aunque me han dado detalles de tan raro suceso, no me han dicho tanto como el príncipe en la parte de mayor interés, es decir, con respecto á lo tratado en esa conferencia: de manera, señor, que S. A. es quien me ha dado noticias del mas trascendental interés.

Palideció el monarca, y exclamó á la vez que se levantaba de su asiento:

—¡Ruy Gomez!

—Mas aun, señor.

—Prosigue.

—Dice, cosa que tambien ignoraba, que el tribunal que ha de entender en la causa, se compondrá del señor inquisidor y de mí, como jueces, y de Briviesca, como fiscal.

—¿Quién ha hablado con mi hijo?

—Nadie mas que yo.

—Imposible.

—¿Duda V. M. de mi lealtad?

—¿Cómo ha podido saber eso?

—No lo sé, señor: parece cosa del diablo.

—¡Siempre el diablo!

—Presumo que ha de darnos mucho que hacer todavía.

—¿Qué mas ha dicho?

—Que V. M. manifestó que no queria sino incapacitarle para reinar.

—Bien dices, Ruy Gomez, parece obra de Satanás.

—Así dice tambien S. A., que el diablo de palacio, su protector, le ha dado esas noticias.

Felipe II se paseó precipitadamente por el aposento: su frente estaba bañada en frio sudor.

—Volad, dijo, al cuarto del príncipe, registrad, ved si están las ventanas bien clavadas, y... en fin... averiguad... Todo lo que dice mi hijo es cierto... ¡Oh!... ¿Quién es ese ser que desbarata todos mis planes?.. ¡Y lo tuve ayer al alcance de mi mano y se me escapó!... Corre, buen Ruy, corre, que seguramente ese á quien llaman el diablo de palacio sacará á mi hijo de la prision, si en ello se empeña.

Salió Ruy Gomez tan aturdido y confuso, que ni siquiera dió al rey las gracias por la nueva prueba de confianza que habia recibido.

Media hora despues entró el cardenal.

—Mucho deseaba veros, le dijo Felipe agitado aun.

—Y yo á V. M.

—¿Me traeis alguna mala nueva?

—Que ya no es para nadie un secreto cuanto se trató en el consejo ayer y cuanto V. M. habló conmigo.

—Tal presumia yo, porque el traidor que estaba escondido debajo de la mesa, habrá procurado darle toda la publicidad que le conviene.

—¿Y no ha podido V. M. adivinar quien era?

—No.

—Seria de mucho interés...

—Pero voy desconfiando porque cada dia tengo mas pruebas de lo mucho que puede.

—¿Alguna nueva desgracia?

—Mi hijo sabe cuanto se trató ayer en el consejo y cuanto hablé con vos.

—¡Señor!...

—Acaba de referírselo á Ruy Gomez.

—¡Acaba de referírselo! repitió el cardenal cuya sorpresa lo tenia confuso.

—Palabra por palabra.

—¿Y como?....

—Dice que el diablo su proctetor le ha dado la noticia. Esto es ya insoportable, señor cardenal, y acabaré por volverme loco.

—¿Quién entra en el cuarto del príncipe?

—Nadie mas que Ruy Gomez.

—¿Quién lo vigila?

—Hasta ahora, solamente el de Silva y el duque de Féria.

—¿Las ventanas?

—Clavadas.

—¿La puerta?

—Cerrada.

—Digo lo que V. M., repuso Espinosa encogiéndose de hombros; si pienso mucho en ello me vuelvo loco.

—Es menester que se proceda inmediatamente á la formacion de la causa.

—Y que V. M. haga que se vigile con mas cuidado al príncipe.

—Ya he dado esa órden.

El cardenal, á pesar de su astucia, no pudo adivinar nada.

Ruy Gomez hizo un registro escrupuloso en el cuarto del príncipe, pero no halló indicio alguno que le diera luz.

El rey no quiso recibir á nadie aquel dia.

En el alcázar se murmuraba mas que nunca, y en la villa estaban los ánimos mal dispuestos.

CAPITULO LII.

Nuevos misterios.

El mismo dia en que el rey se desesperaba por los estraños sucesos que tenian lugar en palacio, un personage á quien nuestros lectores oyeron hablar sin verlo, el comendador Maldonado, estaba en su casa de la calle de San Nicolás, y parecia muy absorto en la lectura de una carta que acababa de recibir.

El comendador era hombre de mas de cincuenta años, de aspecto noble y severo, como efectivamente era en su modo de obrar, pues nunca sonó su nombre en intriga alguna, hasta que Ruy Gomez sorprendió su buena fé, y abusando del nombre del rey, le dijo que este habia dispuesto de la vida del marqués de Poza.

La carta que leia Maldonado parecia escrita con cierta reser-

va y cuidado, como si se hubiese querido que á ser interceptada nadie hubiese podido traducir su contenido por demás oscuro. No iba dirigida á persona alguna ni tenia firma. Tales precauciones solo debian haberse tomado en asunto de mucho interés, y eran estrañas en los del comendador, cuya conducta nunca fué misteriosa.

La carta decia lo siguiente:

«La fiebre no ha cesado un solo instante, á pesar de haberse curado ya completamente la herida, sino para sobrevenir una desgracia tal vez peor que la muerte. Cuando el doctor creia que en el estado de debilidad á que habia llegado, no era posible que viviese; cuando aseguraba que la calentura habia consumido su ser y que en breves dias dejaria de existir, sobrevino una crísis horrible, y tras ella un completo trastorno de la razon. Está loco el infeliz mancebo. El doctor dice que no tiene cura, y así lo creo. Tiene momentos desesperados, y pronuncia con frecuencia muchos nombres que ya podreis adivinar cuales son. Habla de su amor perdido, y me estraña porque me habeis dicho que no se sabia que tuviese con nadie amores. No os puedo decir otra cosa; vive, pero loco. ¡Desdichado! ¿Qué he de hacer? No lo abandonaré, y los pocos años que me quedan de vida los dedicaré á endulzar en lo posible su triste situacion. Veo por vuestra carta que ahora importa mas que nunca guardar el secreto, porque si entonces hubo motivos para hacer con el desdichado lo que se hizo, con mas razon hoy que descuidos é imprudencias han puesto en manos de sus enemigos su perdicion. Desde que está loco he pensado que le hicimos un mal con salvarle la vida. Han sido estériles nuestros sacrificios.

«Espero con ansiedad vuestra carta para saber si vuestros temores eran fundados.»

Apenas concluyó el comendador la lectura de la carta, arrojóla á la chimenea y no separó la vista del papel hasta que estuvo hecho ceniza. Luego dejó caer la cabeza entre las manos, permaneció silencioso algunos instantes, y al fin dijo:

—¡Infeliz! ¡Loco! ¿De qué le ha servido que yo lo esponga

todo, hasta mi cabeza, por salvarle la vida? ¡Para el mundo está muerto, y para los que nos hemos compadecido de él está loco! Habla de amores... fueron ignorados para todo el mundo: se le han conocido algunos, pero de mero pasatiempo. En los torneos no llevaba su empresa mas que un corazon bajo el cual decia: *Otro busca y no lo encuentra*. Solo en el último torneo, pocos dias antes de su muerte, puso en su escudo un sol con las palabras: *Todo arde á mi vista*; palabras tan mal intencionadamente interpretadas por sus enemigos, que debieron contribuir no poco á su desgracia, segun me aseguró Ruy Gomez aquella noche fatal. Aquel sol, á creer lo que se dijo... No, es imposible; porque no hubiera profesado tan íntima y verdadera amistad al príncipe, á su mismo rival. Imposible, imposible.

Volvió á meditar largo rato, y luego añadió:

—¡Desdichado!... Voy á escribir: será mucha su curiosidad y quiero satisfacerla. Malas nuevas tengo yo tambien que comunicarle; desgraciadamente, mis temores no fueron vanos.

El noble comendador escribió lo siguiente:

«Tristísimas nuevas me dais, y tristísimas os las comunico. Razon teneis al decir que le hubiéramos hecho mayor beneficio con no salvarle la vida. Segun el aspecto que toman los negocios, hoy seria mas peligroso que nunca el que se supiera que vive. La persona sobre quien os tengo hablado, está ya imposibilitada hasta de respirar el aire libre, si bien continúa en su posada: esto sucede desde hace dos dias, y en ellos dicen que ha cambiado tanto, que no se le reconoce. Todo se sabe ya y está probado con documentos que comprometen mucho, mucho al que está con vos. Suceden cosas tan estrañas que son incomprensibles. Mas que nunca es ahora peligroso nuestro secreto

»Decis que habla de su perdido amor; ninguno se le ha conocido: tened cuidado de no olvidar cualquier nombre que pronuncie, por si esto pudiera servirnos, aunque bien pensado, si no sana de su demencia, mas vale dejar á sus amigos en la creencia de que ha muerto: ya lo lloraron, y la noticia de esta segunda desgracia les causaria nuevo dolor.

»Bendígaos Dios por los sentimientos caritativos que demostrais.»

Concluida la enigmática carta, llamó á un criado y le dijo:

—Que entre ese hombre.

Un momento despues, se presentó un hombre de avanzada edad, pero de robustos y ágiles miembros. Su vestido participaba de la decencia del de un sirviente de algun hidalgo de provincia, y de la sencillez del de un campesino bien acomodado; así es que fácilmente se le hubiera podido tomar por lo uno ú por lo otro.

—Señor, dijo saludando al comendador con profundo respeto, espero vuestras órdenes.

—Tienes que llevarte otra carta, Juan.

—Señor, mi edad y vuestras bondades me han dado algunas veces atrevimiento para entrometerme en asuntos que no son mios.

—Sabes que no te tratamos como á un criado cualquiera.

—Os debo mucho, y mas al señor baron vuestro hermano.

—¿Qué tenias que decirme?

—Lo que ya me atreví á decir al señor baron, y es que si por una desgraciada casualidad llegase á caer en estrañas manos una de las cartas de que soy portador, los perjuicios serian incalculables.

—Es verdad.

—Eso no sucederia sin que antes me matasen, pero es el caso que aunque yo sacrificase mi vida no por eso dejaríais de sufrir menos perjuicios: y he pensado, que cuando las cartas no contengan secretos que yo deba ignorar, es mas prudente no escribirlas, y comunicaros de palabra lo que el señor baron os dice por escrito.

—¿Qué ha dicho mi hermano sobre ese punto?

—Que si lo aprobais no escribirá nada mas relativo al señor marqués.

—Lo apruebo en un todo y empiezo por quemar la carta que debias llevarte.

Hízolo así el comendador, y luego dijo al fiel sirviente:

—Escúchame con atencion y no olvides una sola palabra.

—Descuidad, señor comendador.

—Di á mi hermano que la noticia de la locura del marques me ha causado un sentimiento profundo, y que pienso como él en cuanto á que casi hubiese sido mejor no salvarle la vida. Qué este secreto es hoy mas peligroso que nunca, porque se han convertido en realidades, lo que antes eran sospechas, porque se han apoderado de todos los papeles del príncipe. Que este hace dos dias está preso en su cuarto, y que se le forma activamente proceso. Que nadie conoció al marques sino amores de puro pasatiempo, y que interesa mucho que se ponga cuidado en cualquier nombre de muger que pronuncie, por si acaso de esto podemos deducir alguna cosa. Que no me he atrevido nunca á revelar á don Cárlos el secreto porque temí á sus imprudencias, y que hoy es ademas imposible porque está incomunicado. Y en fin que me lleno de gozo el ver sus sentimientos caritativos.

—¿Nada mas, señor?

—Puedes añadirle que aun no se ha descubierto quien es ese amigo del príncipe, y que debió serlo mucho del marques, á quien sin conocerlo le llaman todos el diablo de palacio. A este interesaria revelarle el secreto, pero es imposible saber quien es. Tiene desesperado al rey, loca á la princesa, espantado á Ruy Gomez de Silva, y alborotados á los cortesanos todos.

—Vuestras palabras serán fielmente repetidas.

—Traéme noticias con frecuencia.

—Apenas haya cualquiera novedad, vendré.

—Puedes irte ya.

Salió el anciano despues de hacer una profunda reverencia.

La noche habia cerrado y el comendador se disponia á llamar para que le diesen la capa y el sombrero, cuando un criado entró con luces y una carta.

—¿De quién es? preguntó Maldonado.

—No lo han dicho, ni conozco la librea del escudero que la ha traido.

—Bien.

Abrió la carta el caballero y leyó lo siguiente:

«Si es verdad que tiene honor el comendador Maldonado, irá esta noche á las diez y media á la plazuela de puerta de Moros. Puede ir acompañado, aunque la persona que lo espera no llevará consigo mas que su espada. Una noche tuvo el señor comendador cierta conversacion á oscuras en una galería del alcázar. Otra conversacion á oscuras debe ser la conclusion de aquella. Entonces habló con don Ruy Gomez de Silva, y esta noche se verá con uno no menos noble y mas caballero.

—¿Qué es esto? se preguntó Maldonado. ¿Me tienden algun lazo?

Y luego quedó pensativo.

—Esto, añadió, parece que tiene relacion con el asesinato del marqués de Poza... ¿Querrán ahora vengarlo? ¿Andará en este asunto el diablo de palacio?... Sin duda, por que solo él puede ser dueño de tal secreto. Quizas resulte un bien de lo que se presenta como un mal... Iré. Dicen que puedo llevar compañía: si me tienden algun lazo, de nada me servirá porque ya estarán preparados á todo, y si no es así, el llevar conmigo gente me pondría en ridículo porque seria dar á entender que tengo miedo. Iré solo, con mi espada como mi provocador dice que va.

Meditó nuevamente y luego prosiguió:

—Lo que me llama la atencion es, que si quieren vengar la muerte del marques no hayan empezado por Ruy Gomez, porque al fin yo ninguna parte tuve en ella sino saber que se habia dispuesto quitarle la vida; se me hizo esa confianza y nada mas. ¡Si supiera ese vengador que con una palabra puedo desarmar su brazo!...

Despues de reflexionar sobre el asunto largo rato, decidióse al fin el comendador á acudir á la cita.

Y para que nuestros lectores sepan lo que significaba este billete misterioso, los llevaremos al cuarto de la reina, retrocediendo algunas horas.

CAPITULO LIII.

De cómo la reina se encomendaba al diablo.

A los pies de la reina, y sentado en un taburete, hallábase el hermoso paje.

En los ojos de Isabel de Valois se veian recientes señales de llanto; en los de Luis se revelaba una profunda tristeza.

—Para tí, decia la esposa de Felipe II, no existe el imposible; para todo halla remedio tu prodigiosa invectiva, todo lo vence tu travesura; te burlas del rey, de Ruy Gomez, de su esposa, de los cortesanos; te pones junto á ellos y no te ven, les hablas y no te conocen; eres dueño de todos los secretos, y en fin, nada se resiste á tu voluntad. Ni la luz del sol puede penetrar en el cuarto del príncipe, y tú has logrado que entren tus cartas y

salgan las suyas, y tienes un medio tan sencillo como seguro de sacarlo de su prision.

—Y muy pronto, segun creo, señora.

—Pues bien, cuando se fugue don Cárlos tendrá que huir sin perder un instante.

—Bien pudiera permanecer algunos dias en el alcázar sin que nadie lo viese; tengo medios para ello, pero nos espondríamos á que al salir cayese en poder de sus perseguidores. Huirá, como vos decis, sin perder un instante.

—Luis, el príncipe llevará una herida en el corazon si no me vé antes de partir; yo presiento mi cercana muerte, y no quisiera dejar de decirle una palabra de consuelo, de darle el adios último.

—Señora, os ruego que no os dejeis dominar por esas tristísimas ideas.

—Siento que mi vida se acaba rápidamente.

—Por Dios, señora....

—En vano intentarás convencerme de lo contrario, y por consiguiente, tampoco me harás desistir de mi deseo.

—Pero vuestro deseo no puede cumplirse.

—Tú lo puedes todo.

—Eso es imposible.

—¿No quieres hacer por mí un esfuerzo?

—Mi vida es vuestra, señora, y si sacrificándola se alivian vuestros pesares, aquí la teneis, contestó Luis con noble entusiasmo.

Dos lágrimas de ternura rodaron por las tersas megillas de la reina.

—¡Luis, no me abandones en este supremo instante en que se desgarra mi corazon!

—¡Por Dios, no lloreis, señora, que me haceis mucho mal!

—¡Padezco tanto!

—Harto lo sé.

—Nada puede halagarme, nada aliviarme sino dar el último adios al príncipe. La infanta doña Juana ha solicitado verlo y el

rey le ha negado esta gracia: ¿como he de conseguirlo yo? Solo tú puedes hacerlo.

—¿Y cómo?

—De la misma manera que todo lo demás: ¿acaso te propones alguna cosa que no consigas?

—Una carta, señora, la introduzco por el cañon de la chimenea, pero con vos no puedo hacer lo mismo.

—Pero puedes encontrar para mí otro medio. ¡Oh!... por la memoria de tu madre, por la del marqués de Poza...

—Dejadme un instante... ¡Oh!...

Y el travieso pajecillo, cuyos ojos relumbraban, levantóse y paseó á lo largo del gabinete, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados.

Transcurrió largo rato durante el cual contemplólo Isabel con afan indecible, y al fin, dándose una palmada en la frente el hermoso diablillo, exclamó:

—¡Ah!... sí, sí... le debe la vida... y como todo está preparado hace tiempo... esta misma noche... Bien.

—¿Ya has encontrado un medio? le preguntó la reina precipitadamente.

—Tal vez, señora, tal vez...

—Habla.

—No quiero consentiros...

—¡Por Dios, Luis!

—¿Teneis confianza en mí?

—¿Lo dudas?

—Pues bien, dejadme, y esta noche á las doce ó la una volveré á deciros si puede llevarse á cabo mi plan.

—¿Y hasta entonces?

—Esperad, pero dejadme ahora, porque cada instante que se pierda será un dia de retraso.

—¡Corre y que Dios te proteja! exclamó Isabel agitada por una violenta emocion.

Y en su entusiasmo estampó un beso de inmensa gratitud en la frente del paje.

Este salió á la vez que decia.

—¿Cuantos besos me habrán valido mis travesuras?

Sin perder un segundo dirigióse á su aposento, participó á Blanca lo que ocurria, y despues de recibir de esta otro beso cariñoso, escribió la carta que hemos visto en manos del comendador Maldonado.

CAPITULO LIV.

Mas diabluras.

En la época en que tuvieron lugar estos sucesos, existía aun la puerta de Moros y la plazuela conocida hoy con este nombre. solamente que era bastante mas reducida. A las ocho de la noche estaba siempre desierto aquel sitio, porque nadie se aventuraba á pasarlo á menos que tuviera el raro capricho de que lo dejasen encueros y aun sin vida.

Las diez serian, y tras la esquina de una de las calles que allí desembocan, habia cinco hombres que difícilmente podian verse porque la noche era en estremo oscura.

—Por aquí ha de pasar, dijo el uno, cuya dulce voz no parecia ser la de un asesino. Mucho me equivoco ó solo vendrá porque es valiente y muy caballero. Ya lo sabeis, ni el menor daño se le ha de hacer. Bien vendados los ojos, la modarza puesta si intenta

gritar, y que no se pase de las amenazas. Sois cuatro para uno, y por consiguiente, fácil os será concluir el negocio sin gran trabajo. Yo estaré detras de aquella esquina para observarlo todo, y os seguiré luego. Cuidádo, Diego, que no desmientas tu valor ni tu astucia. Vos, señor Pero, quedais como gefe.

Alejóse el que de esta manera habia hablado, y ocultóse tras la esquina de otra calle.

Todo volvió á quedar en silencio.

Pasó largo rato, como media hora poco mas ó menos, cuando se percibió lejano ruido de pisadas, y luego un hombre, hasta los ojos embozado, llegó al sitio donde se ocultaban los otros. Paróse, sin duda para ver si en la plazuela alguno lo esperaba, pero antes de poder examinar el oscuro paraje, los que le aguardaban, sin hacer el menor ruido y con maravillosa rapidez, rodeáronlo subitamente, sujetáronle por los brazos y la garganta y levantaron sobre su pecho y su cabeza cuatro afilados puñales.

—Si dais un grito, le dijo uno, si haceis el menor movimiento, moriréis sin que se os amenace por segunda vez.

El acometido, que como ya comprenderan nuestros lectores, no era otro sino el comendador Maldonado, quedó tan sorprendido que no articuló una palabra. Tampoco pensó en defenderse porque conoció que era una temeridad vana el intentar siquiera moverse para sacar el acero. Asi es que permaneció inmóvil, y no opuso la menor resistencia cuando sintió que le vendaban los ojos y le quitaban la espada y la daga.

—Si dais vuestra palabra de honor, volvieron á decirle, de no gritar ni hablar mientras no se os pregunte, os evitareis la incomodidad de llevar una mordaza.

—Lo prometo, contestó Maldonado.

—Vamos, pues, le dijeron.

Y conduciéndolo por el brazo, atravesaron la plazuela y se internaron en una estrecha calle, seguidos del que no habia hecho mas que observar.

El golpe habia sido dado con toda habilidad.

Atravesaron algunas calles, y al fin llegaron á la puertecilla de la casa donde ya vimos entrar al príncipe y al paje cuando se ocupaban de la fuga de Montigny.

Entraron todos, siguieron un estrecho pasillo, bajaron algunos escalones, y abriendo otra puertecilla, se encontraron en un sótano sin ventanas ni mas respiradero que la puerta. Allí habia una cama, pobre pero limpia, un sillon y una mesa.

—Salid, y llevaos la luz, dijo uno de los embozados, cuya voz estaba ronca como si estuviese constipado.

Salieron los demás y cerraron la puerta.

Hubo algunos momentos de silencio.

—Podeis quitaros la venda de los ojos, añadió el de la voz ronca, por fingida ó por otra causa.

Destapóse los ojos Maldonado, pero se encontró en la mas completa oscuridad.

—Ya podemos hablar, señor comendador.

Este, cuya ira apenas podia reprimir, dijo:

—¿Me habeis traido aquí para asesinarme?

—Voy á preguntaros y no á contestaros.

—¿Y cual ha sido el objeto de vuestra infame traicion?

—Ya lo sabreis; pero vuelvo á repetiros que no hagais preguntas porque perdereis el tiempo. En cuanto á traiciones, lo mismo son estas que la que hizo perder la vida al marqués de Poza.

—Sin duda quereis vengarlo...

—No, porque nada tengo que ver en ese asunto, y además, en caso de querer vengarlo, no sois vos quien merece pagar lo que otros hicieron.

—Esplicaos, pues.

—A eso voy, pero antes, me habeis de contestar á una pregunta.

—A nada puedo negarme.

—¿Jurais por Dios, por vuestro honor y por vuestro nombre, no revelar jamás á persona alguna lo que esta noche os ha sucedido y lo que os suceda, á menos que yo os dé permiso para ello?

—¿Y si no juro?

—Está visto, señor comendador, que no habeis comprendido vuestra situacion: os empeñais en hacer preguntas.

—Vos tampoco habeis comprendido que para decidirme á jurar ó no, necesito saber cual será vuestra conducta en uno ú en otro caso.

—Os complaceré para que vos seais tambien complaciente. Si jurais, continuaremos tranquilamente nuestra conversacion, y despues de un segundo juramento os pondré en libertad: sino, os volveré la espalda, os traerán una luz y cena, cama teneis aquí, y acabareis lo que os resta de vida en este encierro.

—¡Vive Dios!...

—No os altereis porque á nada conduce.

—Proseguid.

—¿Jurais?

—Juro por Dios, por mi honor y por mi nombre, no revelar á nadie jamás lo que esta noche me ha sucedido ni lo que me sucederá mientras esté en vuestro poder.

—Perfectamente.

—Ahora decidme lo que quereis de mí, repuso Maldonado convencido ya de que la muerte del marqués de Poza no tenia relacion con lo que le sucedia.

—Hace seis años que en una noche tan oscura como esta, y cerca del paraje donde se os ha sorprendido, salvásteis la vida al duque de Feria que sin vos hubiera sido asesinado por unos miserables...

—Como vosotros, interrumpió el comendador sin poder contenerse.

—Como los que me han acompañado: y os ruego que os modereis, porque aun cuando estamos á oscuras, vuestras palabras me ofenden como á la luz del sol.

—Bien, proseguid.

—El duque de Feria, noble caballero, agradecido como pocos, poquísimos los hay en este mundo de ingratos, os dijo que nada os podria negar si alguna vez necesitábais de él, puesto que os debia la vida.

—Es verdad.

—El señor duque olvida fácilmente los favores que hace, pero no los que recibe, y de seguro desea una ocasion en que pagaros.

—Le haceis la justicia que se merece.

—Ya vereis que tambien os la hago á vos.

—¿Qué querran de mí? se preguntó Maldonado.

—Ha llegado esa ocasion, y el noble duque puede pagaros con usura.

—No os comprendo.

—Ya me comprendereis.

—Proseguid, que es mucha mi impaciencia.

—Si quereis recobrar vuestra libertad, habeis de pedir un favor al duque de Féria, y este ha de otorgároslo.

—¡Un favor!

—Escuchadme. Ya sabeis que el príncipe don Cárlos recibe noticias de cuanto sucede en la corte.

—Lo sé.

—El medio de que sus amigos se valen para darle esas noticias, no sirve para hacer que una persona entre en su prision.

—¿Qué quereis proponerme?

—Dejadme continuar. Sin duda pensais que se trata de la fuga del príncipe, nada de eso; para que salga de donde está no se necesita la ayuda del duque; pero tampoco la persona que ha de entrar puede verificarlo del mismo modo que el príncipe su salida.

—Proseguid.

—Lo que se quiere es que cuando toque el turno de vigilancia al duque, mande acostarse ó retirarse, con cualquier pretesto, á los demás criados, y permita la entrada en la prision á una persona, para que esta hable con don Cárlos algunos momentos. La cosa es muy sencilla, esa persona no lleva mas objeto que el de despedirse del príncipe antes de que este parta para Flandes.

Quedó tan sorprendido el comendador, que por algunos instantes no pudo contestar.

—No sé que responderos, dijo al fin.

—Fácilmente os convencereis de que no se lleva una segunda intencion, si pensais en que para hacer llegar á manos del príncipe una carta, un arma ó cualquier otro objeto, no se necesita semejante medio, y tanto es así, que mañana tendrá don Cárlos en su poder un libro, por ejemplo, sin la ayuda del duque ni de ninguno de sus guardianes; y quien dice un libro, dice un puñal, una espada, un mosquete, aunque esto seria peligroso con su carácter.

—¿No decis que don Cárlos saldrá de su prision?

—Sí.

—¿Entonces, para qué comprometer al duque? Bien puede esa persona dejar su despedida para mas tarde.

—Cuando el príncipe se escape no podrá detenerse en despedidas.

—Pueden esperarlo á la salida...

—No.

—¿Quién es esa persona?

—¿Estais dispuesto á pedir al duque ese favor?

—¿Y no he de saber para quién?

—Imposible.

—Es demasiado delicado el asunto.

—Bastante.

—No puedo decidirme fácilmente.

—Yo, en vuestro lugar ya me habria decidido.

—Tal vez no.

—Todo es preferible á morir aquí solo, sin ver la luz del dia, sin respirar mas aire que el impuro de este sótano.

—Casi preferiria que me asesináseis.

—Lo creo, pero eso no puede ser, porque no me gusta derramar sangre sino en el último apuro.

—Parece imposible que el que habla así sea el mismo que me aya preparado la emboscada

—Hidalgo soy, señor comendador, y de corazon muy noble; y con vos obré como villano, obligóme la necesidad á ello.

—¿Os conozco?

—Mucho.

—Vuestra voz...

—Es fingida.

—Si sois hidalgo....

—No intenteis convencerme, porque nada adelantareis: ni yo puedo retroceder, ni vos negaros á lo que os pido.

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales se convenció Maldonado de que no podia salvarse de una muerte horrible sino accediendo á la exigencia que se le hacia. Las razones que se le daban eran incontestables.

—¿Y cómo, dijo al fin, pediré un favor al duque, si me teneis aquí encerrado?

—Si os decidis, saldreis bajo vuestra palabra: y si nada alcanzais, volvereis.

—¿Tanta confianza teneis en mí?

—Completa. Sé que volvereis, sabiendo que vais á morir.

—Bien dijísteis, me habeis hecho justicia.

—Os conozco.

—¿Creeis que el duque accederá?

—Sí.

—Le salvé la vida, es cierto, pero eso es pedirle mas que la vida, es pedirle su honra, porque ha de ser traidor al rey.

—Pero una traicion que á nadie perjudica, porque solo se trata de que don Cárlos diga adios á una persona, y para que el duque se convenza de ello, esta misma noche quedará en poder del príncipe un libro, y así vereis que no tenemos necesidad de ayuda si quisiéramos enviarle un arma ó cualquiera otra cosa. En cuanto á su fuga por este medio, no hay cuidado, porque el duque verá que el príncipe permanece en su habitacion cuando se retire la visita.

—¿Qué misterio es este? dijo para sí Maldonado.

—No cabileis, añadió su interlocutor, porque nada adivinareis.

—Creo que, á pesar de estas razones, el duque no accederá.

—Cuando le digais que volveis á poder nuestro para morir

aquí encerrado, no os dejará partir, porque os debe la vida y es justo que os salve la vuestra; la gratitud le obligará aun á costa del mayor sacrificio.

—Lo dudo.

—Probad, que mucho os interesa.

—Es cierto.

—¿Estais decidido?

—¿Qué he de hacer, vive el cielo?

—Si el duque se niega, mañana á las diez de la noche volvereis al mismo sitio donde os hemos sorprendido, y vendreis solo.

—Lo haré.

—¿Lo jurais?

—Lo juro.

—Si el duque se decide, convenis en cuanto al dia y la hora en que ha de ir la persona al cuarto del príncipe; lo escribis todo, bien detallado, y entregais el papel á un hombre que mañana á la noche, á las nueve, estará junto á la puerta de San Nicolás: el hombre os dirá: «yo soy aquel; dadme las señas.»

—¿Y cómo sabrá el duque que la persona que se le presente es la misma á quien debe dar entrada en el cuarto del príncipe?

—Todo está previsto, señor comendador. Ahora os entregaré un pedazo de pergamino, cortado de cierta manera de otro que llevará esa persona; si al unir ambos pedazos conviene el corte, es la misma: este documento no puede falsificarse.

—Es ingeniosa la contraseña.

—Ahora vendrán dos hombres con una luz; os vendarán otra vez los ojos, y os sacarán de aquí, dejándoos junto á la puerta de Moros, donde quedareis libre sin mas guardianes que vuestro juramento.

—No es poco.

—Os autorizo, pues, para que hableis al duque de Feria de lo que esta noche os ha sucedido; pero á nadie mas.

—¿Donde habeis aprendido el arte de la intriga?

—En palacio.

—Ya podeis dar lecciones á los cortesanos mas viejos y mas astutos.

—Y aun á la princesa de Eboli.

—¿Sabré algun dia quién sois?

—Si.

—¿De veras?

—A fé de buen hidalgo, contestó el desconocido.

Y salió, cerrando tras sí la puerta.

En el pasillo lo esperaba un hombre con una luz.

—Venid, le dijo.

Y subieron al piso superior, donde habia otros cuatro.

El travieso paje, porque no era otro, bajó el embozo de su capa y dió órden para que se sacase de su encierro al comendador con las precauciones debidas.

Un cuarto de hora despues, el noble Maldonado caminaba libremente hácia el alcázar real, dando tormento á su magin por comprender la intriga en que representaba el principal papel, y no muy contento por verse obligado á poner en un grave compromiso á su noble amigo el duque de Feria.

CAPITULO LV.

Gratitud y honra.

Aquella noche tocaba á Ruy Gomez de Silva vigilar al príncipe, y á las doce relevó al duque de Feria.

Cuando este entró en el aposento que en el alcázar tenia destinado como capitan de guardas del rey, encontró al comendador Maldonado que lo esperaba con impaciencia.

—No esperaba el placer de veros hoy, señor comendador, le dijo el noble duque.

—Yo tampoco, pero desgraciadamente ha sucedido así.

—¡Desgraciadamente! ¿Qué pasa?... Estais pálido...

—Así debe ser.

—Hablad, amigo mio; ya sabeis que me interesa mucho todo lo que tiene relacion con vos.

—Gracias, señor duque.

—¿Os ha sucedido alguna desgracia?

—Muy grande.

—Me teneis impaciente, esplicaos.

—Vengo á pediros un favor....

—¿Y dudais que os lo otorgue?... Sea cual fuere tenedlo por concedido. ¿Acaso no os debo la vida?

—Olvidad eso, señor duque.

—¡Olvidarlo!... Pero en fin, no perdamos el tiempo en cumplidos.

—No sé cómo empezar.

—Os repito que está concedido cuanto me pidais, si depende de mí.

—Solo de vos.

—Pues asunto concluido; decid lo que es.

—Muy pronto habeis otorgado.

—¿Dudais?

—Dudo, y no lo estrañareis cuando sepais lo que pasa.

—No adivino...

—Esta noche recibí una carta sin firma, en que se me citaba para ir á un sitio estraviado, á la puerta de Moros. Todas las trazas eran de un desafío.

—¿Y quereis que os acompañe? Precisamente esta noche estoy libre.

—No quiero que me acompañeis porque ya acudí solo.

—¿Y habeis matado á vuestro adversario?

—No me he batido.

El duque se encojió de hombros porque ya no comprendia.

—No os habeis batido...

—No, amigo mio. Al volver una esquina se arrojaron cuatro hombres sobre mí; me sujetaron y me amenazaron con sus puñales.

—¡Miserables!

—Me desarmaron.

—¿Eso mas?

—Y me vendaron los ojos.

—Os habian tendido un infame lazo.

—Me llevaron, no sé por donde, á una casa, y me encerraron en un sótano donde quedó uno de ellos.

—¡Vive Dios! exclamo el duque apretando los puños. ¿Y cómo habeis escapado?

—Jurando por Dios y por mi honor volver al encierro si no satisfago la exigencia que me han hecho.

—Ahora lo comprendo todo: os piden una crecida suma que quizás en este momento no teneis... Todo cuanto poseo está á vuestra disposicion, amigo mio, y afortunadamente puedo disponer ahora mismo de una crecida cantidad.

—Gracias, señor duque: si eso fuese no me hubiérais visto pálido: lo que me exigen es que os pida un favor, y si me lo negais, debo entregarme otra vez en manos de esa gente, y conciuir mi vida en el encierro.

—¡Voto va, señor comendador! ¿Y habeis dudado un instante de que yo os negase un favor del que depende vuestra vida? ¿No os debo la vida.

—El favor es nn sacrificio muy grande.

—No puede serlo para mí el salvaros la vida.

—Se trata de que vos falteis á vuestro deber y á la confianza que en vos tiene depositada S. M.

El duque abrió estremadamente los ojos, hizo un movimiento de sorpresa, y esclamó:

—¡Señor comendador!

—Señor duque, perdonadme, pero no podia salvar mi vida sino á costa de haceros semejante proposicion. Sin embargo, estad seguro de que si no me hubiesen convencido de que en nada se perjudica al rey ni á nadie, sino que por el contrario, se hace un bien, no hubiese aceptado tan enojosa comision, y hubiese esperado la muerte tranquilo y resignado.

—Esplicaos, pues, porque os soy deudor de la vida.

—Se trata de que introduzcais en el cuarto del príncipe á una persona que no sé quién es.

La sorpresa del duque creció.

—¡En el cuarto del príncipe!...

—Esa persona no lleva mas objeto que el de despedirse de S. A.

—No puede ser.

—Como me han convencido, os convenceré, sin que con ello quiera yo obligaros á nada.

—Motivo teníais para estar pálido..... Hablad, hablad, dijo el duque.

Y se enjugó algunas gotas de sudor que corrian por su frente. Las palabras del comendador habian horrorizado su severidad militar.

Maldonado dió á su amigo las mismas esplicaciones y las mismas razones que antes habian salido de boca del paje. Parecian convincentes, en cuanto á que ningun peligro se debia temer; pero no podian ser bastantes para hacer vacilar la firme rectitud de un hombre de principios tan severos como los del capitan de guardias de Felipe II.

La alternativa era durísima para el noble duque: ó faltar á sus deberes, ó dejar que el amigo á quien debia la vida fuese á entregarse en poder de sus asesinos. ¿Qué hacer? De una parte la gratitud, de otra el honor.

—¿Es bastante la gratitud, se preguntaba el duque, para faltar á los deberes? ¿Se ha de llevar á tal estremo el cumplimiento de los deberes, que se falte á la gratitud, mas cuando esta la reclama la persona á quien le es uno deudor de la vida?

El comendador, por su parte, estaba ya pesaroso de haber puesto en tan grave compromiso al noble capitan.

Aquellos dos hombres debieron sufrir mucho.

—Señor duque, dijo al fin Maldonado, soy muy débil. Yo he debido morir antes que proponeros nada que pudiese atacar vuestro honor. En tanto estimo el mio, que volveré á buscar la muerte por cumplir mi juramento; y si yo doy la vida por no faltar á mi palabra, con mas razon debeis sacrificar, no vuestra vida, sino la mia, por no faltar á vuestros deberes.

—Si se tratase de mi vida, cien veces la daria antes que ser traidor.

—Lo sé, amigo mio. Perdonadme, porque os he ofendido: á un caballero se le puede pedir la vida, pero no el honor.

Levantóse Maldonado y se dispuso á salir.

—¿Os vais? le preguntó el duque.

—Sí, amigo mio.

—¿A dónde?

—A mi casa, para dedicarme á dejar arreglados los muchos asuntos de interés que no quiero dejar pendientes antes de morir.

—¡Vive el cielo, señor comendador, que habeis perdido el juicio! exclamó el de Feria.

—Señor duque, todos tenemos miedo á la muerte; este miedo, unido al aturdimiento de la sorpresa, no me dejó pensar la importancia de las proposiciones que se me hacian. Pero ahora, que se ha refrescado mi cabeza, que he podido apreciar el valor de tan infames proposiciones, no quiero, no puedo aceptar vuestro sacrificio, porque esto seria un abuso.

El de Feria no tuvo suficiente valor para dejar á su amigo que volviese al encierro donde le esperaba una muerte segura, lenta y horrible: su corazon, henchido del mas noble entusiasmo de gratitud, no dió cabida en aquellos instantes á los sentimientos del deber, de la lealtad, y la severa disciplina del soldado, la ciega obediencia del vasallo, borráronse por un instante de su memoria.

—¡Por la cruz de mi espada, exclamó, que no hareis tal!

Y levantándose repentinamente, estrechó entre sus brazos al comendador.

—Dejadme partir, os lo suplico, repuso este con acento ahogado.

—Os he dicho que no.

—¡Dejadme partir, que soy un miserable!

—No lo intenteis, amigo mio; ya sabeis que soy firme en mis resoluciones.

—No puedo aceptar semejante sacrificio. Tuve un momento de debilidad...

—Tranquilizaos, todo puede arreglarse, repuso el duque aparentando serenidad. Hemos dado á este asunto mas importancia de la que verdaderamente tiene.

—¡Cómo!

—La visita de esa persona al príncipe no tiene por objeto ningun plan que pueda perjudicarme.

—Pero en el fondo de vuestra conciencia....

—Nadie ha de saberlo, amigo mio, y siquiera concederemos á ese jóven infeliz algunos instantes de consolador alivio.

—Me avergüenza vuestra generosidad, señor duque.

—Si los amigos del príncipe logran esta noche, segun decis, introducir en su aposento un libro, á pesar de la vigilancia de Ruy Gomez de Silva, no debemos dudar de que el objeto de la visita de esa persona es inocente.

—Sin embargo...

—Para que no os quede ningun escrúpulo, dejamos pendiente la resolucion de este negocio. Si don Cárlos recibe el libro, entrará esa persona, y si no, volvereis á vuestro encierro. Tal es mi voluntad.

Dudó algunos instantes el comendador, pero como á la vida se le tiene tan singular y preferente cariño, decidióse á aceptar el sacrificio del duque, pero condicionalmente, es decir, si el libro llegaba á manos del príncipe.

—No puedo resolverme, señor duque.

—Estoy yo resuelto y es bastante. Idos, pues, á descansar, y mañana venid.

—Sí, mañana hablaremos, contestó Maldonado sin atreverse á decir que estaba conforme.

Cuando el duque de Feria quedó solo, cayó en una meditacion profunda, parecida á un sueño pesado. Mucho padecia. Inmenso era el sacrificio que acababa de hacer á la gratitud y á la amistad.

CAPITULO LVI.

De cómo el diablo seguia con sus diabluras.

A las ocho de la mañana del siguiente dia, el duque de Feria, que aun no habia cerrado sus ojos al sueño, se dirigió al cuarto del príncipe con el fin de averiguar si este habia recibido el libro.

El noble capitan encontró á Ruy Gomez de Silva recostado en un sillon, pálido y ojeroso, como quien no habia tampoco dormido.

—El cielo os guarde, don Ruy, le dijo el duque. Parece que estais muy fatigado.

—No he dormido en toda la noche, amigo mio, porque he querido ver si podia averiguar el cómo don Cárlos recibe las noticias que todas las mañanas nos dá.

—¿Y habeis adelantado algo?

—Nada mas que desesperarme. Registré todo el aposento, vi si estaban bien clavadas las ventanas, y pregunté al príncipe si tenia que decirme alguna cosa. Me contestó con tono de burla que aun no habia ido el diablo á verlo, pero que lo esperaba de un momento á otro, y que si yo tenia interés en saber lo ocurrido aquel dia, antes de que saliese el sol quedaria satisfecho.

—¿Y ha sucedido así?

—Con toda exactitud. Salí del cuarto y me senté junto á la puerta; y luego de media en media hora volvia á entrar, miraba de nuevo las ventanas y lo registraba todo.

—¿Y siempre el mismo resultado? repuso el de Feria con marcada curiosidad.

—Siempre, amigo mio, y esto es para volverme loco.

—¿Y al fin?....

—A las seis de la mañana me llamó el príncipe.

—¿Y sabia?....

—Todo lo ocurrido ayer, y con la mayor exactitud; añadiendo, cosa que yo ignoraba, que anoche fué sorprendido junto á Puerta de Moros el comendador Maldonado, y conducido á un encierro, de donde lo dejaron salir á hora bastante avanzada, y despues de imponerle, y él aceptar, ciertas condiciones que se reserva.

—¡Don Ruy! dijo el duque admirado.

—¿Sabeis si es cierto este suceso?

—Tal como os lo ha referido el príncipe.

Ruy Gomez palideció.

—Señor duque, repuso, esto es insufrible: don Cárlos acabará por burlarse de todos; y si esto continúa como hasta aquí, preciso será que se ponga á S. A. un guarda de vista.

—Será inútil.

—¿Tal pensais?

—Nada creo, don Ruy, sino que estoy cansado de intrigas y misterios; y el que cubre á los amigos del príncipe me va poniendo en cuidado.

—Hoy diré á S. M. lo que sucede.

—Hareis bien, contestó distraidamente el de Feria.

—Y veremos si el rey...

—¿Duerme ahora el príncipe?

—No sé: ¿quereis entrar?

—A saludarlo, como de costumbre.

—Lo encontrareis contento como nunca.

—Tanto mejor, dijo el duque.

Y entró en el aposento de don Cárlos.

Hallábase este en la cama aun, pero despierto, y tenia en la mano un libro, en cuya lectura parecia muy entretenido.

El príncipe parecia enflaquecer por horas, segun habia cambiado en los pocos dias que llevaba de prision. A la luz de la lámpara que noche y dia iluminaba el aposento, parecia mas pálido su rostro.

—Señor, le dijo el duque, á la vez que hacia una profunda reverencia.

—Ola, buen duque, le contestó don Cárlos con acento débil, aunque con mas contento que de costumbre.

—Parece, señor, que estais hoy mas animado.

—Sí, estoy mas alegre, sin duda por lo que me ha divertido la lectura de este libro.

—Ese libro es....

—Las poesías de Juan de Mena.

El duque examinó el tomo, y fué tal su admiracion, que no pudo decir una palabra.

—Sin duda, prosiguió el príncipe, no esperábais ver este libro en mis manos.

—Como S. M. no os permite mas libros que los que pueden ser provechosos á la salud del alma.....

—El rey es muy buen católico; pero el diablo, que no debe serlo, segun asegura Espinosa, me trajo anoche estas poesías. Voy á leeros una silva bellísima que trata de la gratitud....

—Perdonadme, señor, interrumpió el duque visiblemente turbado; nadie como yo sabe cuánto obliga al hombre la gratitud, y harto me pesa.

—Es decir, señor duque, repuso don Cárlos con marcada inten-

cion, que el diablo y la gratitud habrán de proporcionarme algun otro placer mayor que el de la lectura de este libro.

—Sí, señor, esta misma noche , dijo el de Feria con voz casi imperceptible

—El príncipe dió un grito de loca alegría, é incorporándose en la cama quiso arrojarse al cuello del duque ; pero este lo contuvo con una mirada, y le dijo:

—Ved si hay alguna silva que trate de la prudencia.

—Teneis razon, repuso don Cárlos, conteniendo su alegría.

—Ocultad el libro y el contento.

—Lo haré.

—¿Teneis algo que mandarme, señor?

—Nada, amigo mio: Dios os dé tanta felicidad como á mí desgracias, contestó el mancebo , cuyos ojos se empañaron con una lágrima de gratitud.

—¡Desdichado! murmuró el duque á la vez que salia.

Y luego, mientras se encaminaba á su habitacion, donde ya le esperaba el comendador Maldonado, decia:

—Hé ahí la gratitud cómo hace llorar á ese infeliz jóven, que morirá bendiciéndome. Es preciso que esa persona entre... ¿quién será?

Una sospecha atravesó su mente, pero la desechó como un mal pensamiento.

CAPITULO LVII.

De cómo el paje cobraba en besos lo que daba en diabluras.

Aquella noche, á las nueve y media, un embozado estaba junto á la Puerta de Moros. Acercósele otro, escuchó algunas palabras del que esperaba, luego le entregó un papel, y le dijo:

—Todo está dispuesto.

Aquellos dos hombres se separaron, y á buen paso; el uno se dirigió á la calle de San Nicolás, y el otro al alcázar.

Entretanto, la reina Isabel, lánguidamente recostada en un divan, hablaba con su doncella Blanca.

La desdichada esposa de Felipe II estaba triste, muy triste. Sus hermosos ojos negros estaban empañados, sin duda por algunas lágrimas de las muchas que vertió en su amarga vida. Sus mejillas adquirian de dia en dia una palidez mate que denotaba la fal-

ta de salud, esa enfermedad del alma, sin nombre, que quita lentamente la vida.

La prision de don Cárlos habia sido un golpe de muerte para la desdichada reina; y si aun no habia esperimentado mas quebranto en su salud, era porque abrigaba la esperanza de que el paje sacaria de su encierro al príncipe.

La pasion de Isabel, ántes contenida por su virtud, habia crecido mucho desde que un verdadero y material imposible se opuso á ella, y en aquel momento, cuando la infeliz veia la muerte sobre la cabeza del noble mancebo, dióle fuerzas su amor, no para manchar su virtud, sino para hacer lo que en otra ocasion hubiera tenido por imperdonable falta.

Por eso la idea de visitar al príncipe, de darle el último consuelo y el postrer adios, fué para ella la idea dominante, obligando al pajecillo á que fraguase la intriga de que nos ocupamos.

Como llevamos dicho, la reina estaba triste, muy triste, y en vano su doncella, aparentando una calma que no sentia, procuraba animar aquel espíritu abatido, aquel espíritu que debia muy en breve concluir con la materia.

Cuando Blanca hablaba, el tapiz de una de las puertas del aposento movióse, y entró el hermoso paje.

La reina dejó escapar un grito y estendió los brazos, y en su pálido semblante se pintó el afan, la duda y el miedo, y con acento entrecortado dijo:

—Pronto, pronto, Luis.

—Señora, contestó el paje, en cuyo rostro se dejó ver el contento, acabo de separarme...

—Bien, pero ¿has conseguido?...

—Esta noche, á las doce y media, entrareis en el cuarto del príncipe.

—¡Ah! exclamó Isabel levantándose y cayendo de rodillas. ¡Gracias, Dios mio!

Blanca, á quien las travesuras del paje llenaban de orgullo, no pudo tampoco contener su alegría, y una lágrima salió de sus ojos.

Reinó un silencio profundo.

Aquellos tres corazones palpitaban con violencia.

Isabel de Valois apenas podia esplicarse lo que sentia. Un arrobamiento profundo se apoderó de su alma, y en aquel instante nada veia de cuanto estaba á su alrededor. Su cabeza estaba trastornada, y solo sentia como si un pesado sueño la aturdiese.

Empero ¡qué hermosa estaba de rodillas, cruzadas sus blancas manos, elevados al cielo sus rasgados ojos, en los que asomaba una lágrima que no acababa de desprenderse de sus párpados como si temiese abandonar tanta belleza!

Blanca, como hemos dicho, ufana con el triunfo de su paje, dudaba si la entrevista de la reina con el príncipe traería una nueva desgracia, ó si solo serviria para dar algun consuelo á los desdichados amantes. Sus negros ojos estaban inmóviles bajo sus doradas pestañas, y parecian por su brillo fúlgidas estrellas bajo rico dosel de marfil y oro. Tambien de ellos brotó una lágrima que, mas atrevida que las de Isabel, rodó por sus nacaradas mejillas y fué á perderse entre los desconocidos misterios de su seno virginal.

Miraba Luis, ya á la reina, ya á su señora y su noble corazon palpitaba de gozo y de ternura al ver aquel llanto que se llevaba tras sí una parte del dolor, y daba algun alivio á los que noche y dia se entregaban sin descanso á los tormentos crueles de sus tristes recuerdos, á la idea de su perdida esperanza. El sensible niño, de alma generosa, de sobrado ingenio, pero de esperiencia falto, dejándose llevar de aquella impresion, no pensaba que el consuelo del momento seria despues un recuerdo de amargura, y se olvidaba de que tras la reina podia entrar la muerte en el aposento del príncipe.

Largo rato, quizás muchas horas hubiesen trascurrido sin que ninguno hablase, si el pajecillo, mas tranquilo ya, y cuerdamente pensando que no debia dejar que la reina se entregase con tal esceso á su propia alegría, no hubiese dicho:

—Señora, tranquilizaos, que tanto daña el dolor como la alegría, y tened en cuenta que dentro de poco necesitareis de vuestras fuerzas todas.

La reina se estremeció como si la despertasen de un pro-

fundo sueño, y mirando á su alrededor, volvió á sentarse.

—Nada me has dicho aun de tu intriga, sino el resultado, contestó.

—Resultado muy satisfactorio, y que lo debemos á nuestros enemigos.

—¡A nuestros enemigos!

—Sí, señora, al comendador Maldonado, que dejó morir al marqués sin darle aviso del peligro que corria, y al duque de Feria que prendió á don Cárlos.

—No sé cómo....

—Os lo diré.

—Sí, sí, esplícamelo todo.

Luis refirió á la reina el medio de que se habia valido para obligar al duque, y luego, sacando un pedazo de pergamino añadió:

—Tomad, señora, este pergamino. Cuando vayais al aposento del príncipe, se lo entregais al duque de Feria, quien despues de cotejarlo con otro de donde ese se ha cortado, os dejara entrar. No sabe quién es la persona que ha de visitar á don Cárlos, y por consiguiente, podeis ir bien tapada, disfrazada ó como os dé la gana.

—¿Qué me pides en cambio del servicio que me acabas de prestar?

—Señora, contestó atrevida y maliciosamente el paje, desplegando una sonrisa encantadora; señora mia, si con algo quereis recompensarme, sea con un beso, que es lo que hasta ahora he salido ganando en todas mis travesuras. Asi me paga mi señora, asi me habeis pagado vos otras veces, y todas las damas me pagan del mismo modo mis chistes y mis diabluras, mis atrevimientos ó mis desvergüenzas. Y como otra cosa no me dan, conformándome porque no soy descontentadizo, me he propuesto á reunir un tesoro de besos dados por bocas perfumadas, y ya tengo muchos de vos, que sois reina, de princesas, de duquesas, de todas clases, en fin, de damas de muy noble alcurnia. ¿No os parece que muchos galanes darian por mi tesoro de besos el suyo de ducados en oro de buena ley?

Sonrióse la reina, y con la ternura de una madre, pagó á Luis en la codiciada moneda que él pedia.

—¿Otro mio? le dijo Blanca.

—Otros ciento, señora mia: ya sé á lo que saben, y por cierto que me gustan estremadamente, pues aunque os llaman la estátua de mármol y oro, teneis de fuego los lábios y de cera el corazon.

El travieso niño habia recibido de la naturaleza el don de agradar, de entusiasmar, pues la gracia de su acento, de sus maneras, y la oportunidad de sus palabras no tenian igual.

Sus chistes entretuvieron á la reina y su doncella sin que sintiesen transcurrir las horas, hasta que dieron las doce en todos los relojes del alcázar.

—Ya es tiempo de que os prepareis, señora, le dijo Luis á Isabel.

Esta palideció repentinamente, luego un ligero carmin tiñó sus megillas, y sintió que sus sienes y su corazon palpitaban con violencia.

—Blanca, un manto, dijo con voz balbuciente.

—Yo os dejo, repuso el paje, porque quiero ver si alguien os espía. Si no vuelvo, podeis salir con toda confianza.

Salió el paje.

Blanca, á pesar de la órden que habia recibido de la reina, permaneció inmóvil. Un ligero temblor agitaba su cuerpo.

—Blanca, repitió Isabel que apenas podia respirar, un manto...

—Perdonad... voy al momento...

—¡Dadme fuerzas, Dios mio! exclamó la reina.

CAPITULO LVIII.

De cómo puede mucho la campana de un reloj cuando suena á tiempo.

El duque de Feria se paseaba en el aposento donde hacia la guardia.

Profundas arrugas surcaban la ancha frente del noble duque, y parecia muy abatido.

—Pronto debe llegar, murmuraba. Todos duermen... ¡Oh!... ¿Qué me espera si se descubre mi traicion? La deshonra... ¡Esto es horrible!... ¡Comendador, comendador, no sabes á cuanta costa te he salvado la vida!... ¿Y quien será esa persona? Mucho daria por conocerla. Vendrá tal vez disfrada, pero bien puede ser que adivine... Tengo una sospecha... No, es imposible. ¿Y qué me importa? ¿Dejo de faltar á mi deber sea quien fuere?

Así, atormentado por la idea de su traicion al rey, ó movido

por la curiosidad, pensaba el noble duque cuando llegó á sus oidos el roce suave del vestido de una muger.

—Ahí está, dijo, parándose repentinamente y á la vez que se estremecia.

Efectivamente, entró una muger cubierta con un ancho manto negro que le tapaba el rostro y no permitia examinar las formas de su talle.

El duque la examinó cuidadosamente como si por la estatura quisiera adivinar el nombre, y luego, intentando hacerla hablar le dijo:

—¿Quién os envia?

La prudente tapada no contestó, y sacando el pergamino que servia de contraseña, lo entregó al duque.

Este fijó una mirada escudriñadora en aquella blanca y bien formada mano, y al percibir el suave perfume que se escapó de entre los pliegues del negro ropaje de seda, exclamó:

—¡Ah!

Ya no le quedaba duda, ó por lo menos creia no deber tenerla: aquella muger era Isabel de Valois.

—Señora, dijo el duque despues de cotejar el pergamino, teneis franca la entrada, pero decidme antes que cuando salgais de aquí olvidareis que he sido traidor.

La reina se acercó al oido del duque, y hablando tan bajo que este no pudiese reconocerla por la voz, le dijo:

—Mas caballero, mas honrado, mas leal y mas noble que nunca.

El de Féria se inclinó, y la esposa de Felipe II pasó adelante.

Don Cárlos esperaba con impaciencia.

Cuando se abrió la puerta de su encierro y la reina entró, echando á la espalda el negro manto y dejando ver sus mas negros ojos llenos de lágrimas, el príncipe, como el que vé celeste vision en la noche eterna de su calabozo, quedó un momento inmóvil, y luego, precipitándose hácia Isabel, cojió las manos temblorosas de esta entre las suyas y las cubrió de besos.

La reina se dejó caer en un sillon.

El príncipe se sentó á su lado.

A la luz blanquecina de la lámpara, único sol de aquel recinto, pudieron contemplarse los rostros de aquellas dos personas cuyos corazones, palpitando desigual y violentamente, parecian querer saltarse del pecho.

La agitacion de Isabel de Valois se notaba fácilmente; su seno se levantaba con precipitado movimiento; sus manos temblaban; esparcian sus ojos miradas de terror, y sus lábios parecian tener miedo de abrirse para hablar.

Los ojos del príncipe se habian animado con estraño fuego; tambien era agitada su respiracion, tambien temblaban sus manos, pero su rostro, poco antes pálido, se habia teñido de un vivo carmin.

—¿Por qué llorais, señora? dijo. ¿No habeis venido á consolarme, á infundir valor y dar fuerzas á mi abatido espíritu? Enjugad, pues, esas lágrimas, asome á vuestros lábios la sonrisa.

—Don Cárlos, he venido á daros el último adios, y en vano intento sonreir y estar tranquila.

—¡El último adios! ¿Habeis perdido, acaso, la esperanza de que me salve?

—No, pero cuando salgais de aquí será para alejaros mucho, y si la fortuna os es propicia en Flandes, si volveis á España vencedor, no encontrareis de mí sino el recuerdo y mi nombre escrito sobre el mármol de un sepulcro.

—¡Vos morir! exclamó con arrebato el príncipe.

—¿No es ese el destino de la criatura? repuso Isabel con acento glacial.

—¡Por Dios, señora, por compasion, no penseis así, no hableis de esa manera.

—Don Cárlos, tras las escarpadas rocas de Roncesvalles se ocultó la estrella de mi dicha, y en el cielo transparente y risueño de España solo ví el negro horizonte de mi porvenir; en Guadalajara sintieron mis pies las agudas espinas de la senda que tenia que atravesar, y en este alcázar se ha abierto la fosa don-

de ha de terminar mi camino y han de encerrarse mis recuerdos de felicidad y mis dolores.

—¡Señora!...

—Ya os lo he dicho, he venido á daros el último adios que es mi último consuelo, y el último adios es tan triste como la pérdida de la última esperanza. Os entristezco, ya lo sé, pero ¿qué quereis que diga el que se despide para toda una eternidad de su mas cara afeccion? ¿Y esta despedida no tienen que hacerla todos? Vos tambien os despedireis algun dia de mis recuerdos, y el rey de su corona, de sus sueños de ambicion. Esta es la vida: se nace, se crece y se desea, y si algun pasajero goce se alcanza, sin dar lugar á que la mente se recree con la idea de la dicha, esta se vá, la muerte viene y con su mano fria nos arrebata para dejar á otro ser que ha nacido el lugar que en el mundo ocupamos: y al desaparecer solo nos queda el consuelo, consuelo desgarrador, de despedirnos de cuanto amamos.

—¿Y por qué habeis de morir? replicó don Cárlos con desesperacion.

—¿Por qué?... Preguntadlo á quien dá y quita la vida.

—Vuestros pesares os hacen ver lo porvenir mas negro de lo que es.

—No, don Cárlos, hay presentimientos que jamás engañan, y el de la muerte es uno: sus pasos se sienten y con nada se confunden: cuando enferma el alma no puede vivir el cuerpo: la criatura conoce bien cuales son los últimos latidos de su corazon, hay para eso un instinto especial que es infalible.

Los lábios de la reina estaban secos, y el llanto habia desaparecido de sus ojos.

—¿Y qué importa morir, prosiguió, cuando la vida es un tormento? El descanso de la muerte, cuando otro no se puede alcanzar, es la última esperanza, despues de perdidas todas, que resta al que llora noche y dia.

—Vuestras palabras me estremecen, replicó don Cárlos; vuestro acento me hiela el corazon. Harto conozco el tormento de vuestra vida porque es el tormento de la mia, pero en medio de

mis dolores, cuando veo que huyen de mí todas las esperanzas, vuestra mirada, vuestro acento, vuestro recuerdo no mas, dá aliento á mi pecho, fuerzas á mi espíritu, y de todo me olvido, se adormecen mis dolores, cesan mis tormentos, y me parece que estoy en un Eden de eternales delicias.

El príncipe volvió á cojer entre las suyas las manos abrasadoras de la reina.

—Habladme de vuestro amor, prosiguió con arrebato, de ese amor que debió hacer nuestra felicidad y ha sido causa de nuestra desdicha. Nos vemos por última vez, segun decis; pues bien, empleemos estos momentos preciosos en ser felices un solo instante de nuestra vida. Desde que no os veo os amo mas; desde que se alejó de mí la esperanza de llamaros mia, crece mi pasion, me enciende el pecho, me devora el alma, me enloquece y... ¡Oh!... ¡Cuán hemosa sois, doña Isabel!... ¡Vuestro rostro es mi cielo; mi luz, la de vuestros ojos; mi gloria, la de vuestro amor!.. ¡Oh!.. ¡Yo os adoro, y es tal mi pasion, que si llegase á conseguir mi deseo moriria de felicidad! ¡Un instante, un solo instante de mi anhelada dicha, y aunque tenga que pagarla despues con una eternidad de infernales tormentos!

Los ojos del príncipe parecian dos ascuas; sus facciones estaban descompuestas, y temblaba su cuerpo como agitado por una convulsion. Su penetrante mirada se fijaba con avidez en la reina, cuya mirada tambien, por la fiebre encendida, vagaba incierta y con todas las señales del desvario mental.

—Don Cárlos, dijo Isabel, tambien yo os amo, ya os lo he dicho, y mi amor al vuestro en nada cede; cuando se encendió en mi corazon, me dió la vida; ahora me mata... ¡Oh!... Ahora el mundo no me oye, solo Dios escucha mis palabras, Dios que sabe que voy á morir, y me perdonará que una sola vez desahogue con palabras mi pecho, ya que por muchos años sufrí con resignacion, me atormenté callando. ¡Benditas aquellos horas que en brazos de doradas ilusiones me dormia pensando en vos, acordándome de vos abría mis ojos, y era mi amor mi dicha, mi única esperanza! ¡Benditas aquellas horas, don Cárlos!... Pero

despues, cuando la esperanza de la dicha se convirtió en la realidad de los tormentos, cuando en vez de dormirme por las ilusiones arrullada, cerró mis ojos el cansancio de espantosa lucha, cuando al abrirlos recordaba mis deberes en vez de recordar mi amor, entonces, esas horas, ¡oh! esas horas horribles... ¡benditas sean tambien porque son las horas de Dios; empero, el no haberlas vivido hubiera sido la mayor de las felicidades! ¡Cuánto se sacrifica al mundo! El amor, libre como el alma que lo siente, como el pensamiento que lo desea, incontrarestable como la naturaleza misma, porque hijo de la naturaleza es, tiene que sufrir el freno de esas leyes sociales que los hombres en su vanidad creyeron perfectas y que en vez de la felicidad nos traen la desgracia. El oro, la vanidad, ambiciones mil, ruines y miserables, escudadas por sociales consideraciones, levantan su voz y en su provecho os piden el sacrificio de vuestras afecciones, sacrificio que no puede negarse porque el mundo ha establecido como base social que nada importa la felicidad moral de uno contra el bien estar material de todos. ¿Y qué es el mundo, qué sus ambiciones ante mi corazon? ¿Por qué este ha de sacrificarse para acallar la ambicion ó el orgullo de dos poderosos que se disputan un insignificante pedazo de tierra?

—Porque el mundo es injusto, el mundo es tirano, señora. ¿Y por qué hemos de obedecer sus leyes? Se aprisiona el cuerpo, se le priva de sus movimientos, pero ¿quién el deseo contiene? ¿quién el pensamiento puede aprisionar? Libre es este como el alma, hijo de ella, emanada de Dios. Tal vez la muerte se cierne sobre nuestras cabezas, quizás estos instantes son los últimos en que podemos vengarnos de la tiranía social, satisfaciendo nuestros deseos... ¡Me amais, yo os amo, el tiempo vuela y acaba la noche, seamos felices y venga la muerte para no dar lugar á nuevos dolores!

Tal confusion de ideas solo podia caber en cabezas trastortornadas por la fiebre, produciendo estos discursos hijos de la pasion y de la desesperacion en sus útimos grados.

Bien pudiera decirse que don Cárlos y la reina se habian olvi-



DON CARLOS NO PUDO ARTICULAR UNA PALABRA.

dado de todo. Momento de locura completa era aquel. Sus frentes se abrasaban; agitábanse sus corazones con violencia; una espesa nube parecia velar sus ojos, y trastornada la razon, perdida la memoria y convulso el cuerpo, ni vieron ni oyeron, de nada se acordaron.

Los lábios secos y ardientes del príncipe, volvieron á estamparse en las manos mas ardientes aun de doña Isabel, y la cintura de esta sintió la opresion del brazo de aquel; pero en el mismo instante, como el estampido del trueno en medio de la soledad mas absoluta y del silencio de la noche, así el vibrante sonido de la campana de un reloj llegó á los oidos de la reina.

Isabel de Valois dejó escapar un grito de espanto como quien despierta de un pesado sueño y vé junto á sí un fantasma de negra y dudosa forma y encendidos ojos; levantóse por medio de una sacudida rápida y nerviosa; pasóse las manos por la frente; miró á todos lasos, y luego, como quien ha perdido las fuerzas, dejóse caer de rodillas y un torrente de lágrimas salió de sus rasgados y negros ojos.

Don Cárlos no pudo articular una palabra; miró con espanto á la reina, y quedó inmóvil y casi sin aliento.

—¡Dios mio! exclamó Isabel. ¡Tú que conoces las debilidades humanas, perdona la mia! ¡Mi boca ha vertido palabras horribles, criminales acusaciones! ¡He querido que mi pasion mundana sea mas respetable que la felicidad de todas las criaturas! He maldecido las leyes de la sociedad cuando muchas de esas leyes son las de la naturaleza que es obra tuya!... ¡Perdon, Dios mio, perdon!

—Señora, dijo el príncipe con acento ahogado, ¿Qué haceis?

Levantóse la reina.

—Don Cárlos, repuso, las lágrimas que se derraman en la tierra son átomos de divina ventura que se alcanzan en el cielo: resignaos, llorad y bendecid á Dios.

El príncipe exhaló un suspiro débil. Sus miembros estaban tan enervados que apenas podia moverse.

—Vuestro amor, dijo, aquel amor...

—Está aquí, interrumpió Isabel poniendo sus manos sobre el pecho.

—¿Entonces.. ?

—Cuando vine estaba loca, y el eco de esa campana me ha devuelto el juicio.

—¡Terrible noche!

—Porque es la de nuestra eterna despedida.

—Si viene la muerte, señora, me encontrará tranquilo: os he tenido á mi lado, he visto vuestro amor en toda su desnudez, en toda su intensidad, y nada mas deseo.

—Don Cárlos, estamos comprometiendo al duque, y no es justo que su generosidad la paguemos con ser causa de su deshonra.

—¿Os vais?

—Si, contestó Isabel.

Y se pasó las manos por la frente y se oprimió el pecho porque faltaba á sus ojos la luz y aire á sus pulmones.

—Para siempre.... balbuceó don Cárlos.

—Para siempre.... sí.... voy á cometer la última de mis faltas.... adios..... venid....

Y la infeliz, sintiendo que se ahogaba, abrió debilmente los brazos.

El príncipe se precipitó en ellos, agotando sus últimas fuerzas.

—¡Para siempre!....

—¡Para siempre!....

¡Tristísima palabra!

Aquellos corazones palpitaron juntos por primera y última vez, pero palpitaron con dificultad, el fuego de la pasion no los agitaba en tan supremo instante.

Isabel de Valois sintió que le faltaban las fuerzas; parecióle que por sus venas circulaba helada la sangre; un sudor copioso y frio bañó su pálida frente, y la luz huia de sus ojos, manantiales entonces de doloroso rocío, mas que luceros de refulgente luz.

Don Cárlos se sentia tambien desfallecer.

—¡Para siempre! volvieron á murmurar con acento tan triste y desgarrador que á nada puede compararse.

Y haciendo la reina uno de esos esfuerzos que raras veces pueden hacerse en la vida, se desprendió de los brazos del príncipe, y pronunciando un adios postrero, y ahogando un grito en su garganta, salió sin cuidarse de ocultar el rostro, sin reparar que el duque se inclinaba profundamente á su paso, y con planta débil, vacilante, llegó á su aposento y cayó sin sentido en los brazos de su doncella querida.

Don Cárlos, entre tanto, murmuraba.

—Me ha dado la muerte.....

Y tambien se dejaba caer en su lecho, mas que falto de sentido, casi falto de su vida.

¡Pobre mancebo!

CAPITULO LIX.

Intentos de fuga.

Ocho dias habian transcurrido, durante los cuales el príncipe habia recibido exactas noticias de cuanto pasaba en la córte, y se habia puesto de acuerdo con el paje para llevar á cabo su fuga.

Desesperábase el rey cada dia mas porque toda su astucia y su poder no eran bastantes á descubrir al autor de aquellas intrigas.

La reina lloraba noche y dia; agotábase la delicada flor de su juventud; y á medida que su espíritu languidecia, debilitábase su cuerpo.

No menos falto de fuerzas estaba el príncipe: era cada dia mas grave el estado de su salud, y temíase que muy pronto no le permitiria su falta de fuerzas abandonar la cama.

Seguian activamente el proceso los jueces elegidos por Felipe II, y en vista del carácter que la causa iba tomando, inclinábanse á aconsejar al monarca que entendiese en ella el tribunal del Santo Oficio, como asunto casi enteramente religioso.

Serian las diez de la noche, y Ruy Gomez de Silva habia concedido á su esposa algunos momentos para tratar de sus intrigas.

—Siempre con vuestros vanos temores, decia doña Ana de Mendoza.

—No puedo desecharlos, le contestó su esposo.

—No tienen fundamento.

—¿Quién sabe lo que puede suceder? Estamos viendo cosas muy estraordinarias.

—Ya sabremos quién es ese maldito diablo.

—Pero entretanto nos perderá.

—Teneis mucho miedo, repuso con desden la dama.

—¿Hay quien no lo tenga cuando está espuesto á que le corten la cabeza?

—Exagerais.

—¿Acaso se contentará el rey con desterrarme el dia que sepa que he tomado su nombre para cometer un crímen? Vuestro plan fué endemoniado, señora, y no pensásteis en las consecuencias que podia tener.

—Para evitarlas os lo propuse. Si no hubiéseis tomado el nombre del rey para hacer matar al marqués, al dia siguiente se os hubiera acusado como asesino.

—¿Pero, y si S. M. llega á saber?...

—¿Cómo? ¿Habrá alguien que se atreva á decirle que él mandó hacer el asesinato? Tal como se llevó á cabo este negocio, vos no teneis responsabilidad para con el mundo, porque todos creen que no hicísteis sino obedecer á S. M.

—No me convencereis.

—Enhorabuena.

—Tengo mucho miedo al diablo de palacio.

—Ya le hemos vencido en dos ocasiones.

—Pero al fin saldremos perdiendo.

—Dejemos este asunto, dijo la princesa.

—Mas vale.

—¿Como está la causa?

—Toca á su fin.

—¿Tomará parte la inquisicion?

—Es muy posible.

—No olvideis las palabras heréticas que el príncipe dijo en cierto dia al obispo de Segovia.

—Ya están consignadas.

—Triunfaremos á pesar de vuestros temores, dijo doña Ana con marcada alegría

—Dios lo quiera.

—¿Y no habeis podido todavía sospechar el cómo se comunica el príncipe con el diablo?

—Han sido vanos todos sus esfuerzos.

—¡Es muy raro!

—Anoche mismo me preguntó don Cárlos qué novedades ocurrían: le dije que ninguna, y él me contestó que en breve me daria noticia. Salí del aposento y antes de cinco minutos me llamó nuevamente para contarme cuanto habia ocurrido. Registré la habitacion como ya habia hecho cien veces, porque creí que el diablo estaria allí escondido.

—¿Y encontrásteis?...

—Los pocos muebles que le han dejado y nada mas.

—Diera la mitad de mi vida por saber el nombre de ese invisible protector de don Cárlos.

Ruy Gomez consultó su reloj.

—No puedo detenerme.

—¿Os vais?

—Si.

—¿No volvereís esta noche?

—No.

—Pues venid mañana temprano antes de que hableis con el cardenal.

Saludó Ruy Gomez á su esposa, y salió.

Una hora despues, hallábanse reunidos en el cuarto de Blanca, esta, su paje y el capitan Pero Leon.

Examinaban una gruesa cuerda de cáñamo, y despues que el paje la hubo medido, dijo:

—Buena es, señor Pero Leon.

Estremecióse Blanca.

—Sois muy atrevidos en acometer tan peligrosa empresa, dijo.

—¿Hemos de dejar morir al príncipe?

—Antes morir nosotros.

—Son las once, repuso la doncella, y.....

—Antes de una hora habremos salvado á nuestro amigo, interrumpió el paje.

—O perecereis con él.

La conversacion siguió por largo rato, hasta que ya cerca de las doce, cuando el mas profundo silencio reinaba en el alcázar, el paje se levantó y dijo al capitan con solemne acento:

—A cumplir con nuestro deber.

Estiró el capitan los brazos y apretó los puños como para convencerse de que conservaba sus hercúleas fuerzas y contestó:

—Vamos.

Tomando la cuerda de que hemos hecho mencion, y dando un tierno beso de despedida á Blanca, salió el paje con su amigo.

Dejémosles caminar hácia el torreon á donde ya acompañamos á Luis, y trasladémonos al aposento del príncipe.

Paseábase este con desiguales pasos y á cada momento consultaba su reloj. Desde el último dia en que lo presentamos á nuestros lectores habia cambiado su aspecto: estaba mas flaco, mas pálido y mas ojeroso, y se notaba fácilmente que sus fuerzas habian disminuido mucho.

—Cinco minutos faltan, dijo.

Y se oprimió el pecho con las manos, porque sentia palpitar violentamente su corazon. Luego sintió el cansancio de su continuado paseo, y tuvo que sentarse. La emocion que le producia la esperanza de verse libre le quitaba las fuerzas.

Pocos momentos despues se sintió un leve roce en el interior de la chimenea.

El príncipe palideció y no pudo hacer el menor movimiento. Toda su sangre afluyó á su cabeza.

El ruido se hizo mas perceptible.

—¡Ya están ahí...! ¡Dios mio, protejedme!

Y llegando á la chimenea cojió el estremo de la cuerda que habian dejado caer sus amigos.

Las manos de don Cárlos temblaban como si fuese presa de una convulsion.

—¡Libre! murmuró con acento ahogado. ¡Libre! ¡Tendré luz del sol, áire, espacio donde correr!

Sus ojos se abrieron estraordinariamente como si buscasen el sol, aspiró con avidez la espesa atmósfera que lo rodeaba, como si ya estuviése al áire libre, y sus manos trémulas rodearon la cuerda á su cintura.

—¡Adios, testigo mudo de mis dolores! exclamó mirando á su lecho. ¡Rey Felipe, si fueses batallador como mi buen abuelo, nos veriamos dentro de poco en el campo; pero ya que no es asi, nos pondremos frente á frente ante el tribunal severo de la pública opinion, y ella fallará!

Luego se introdujo en la chimenea, y un momento despues, gracias á sus esfuerzos y á los brazos de Pero Leon, comenzó á ascender lentamente, dejando caer con el roce de su cuerpo algunos pedazos de la capa de yeso que vestia el interior del tubo.

A la mitad habia llegado de su estrecho y súcio camino, cuando recibió un golpe en la cabeza y se sintió detenido por un obstáculo. Entonces llevó las manos al sitio donde se notaba el estorbo, y tentó dos gruesas barras de hierro cruzadas.

Sus brazos perdieron toda su fuerza, que ya no era mucha, su cuerpo languideció, y solo le quedaron fuerzas para exclamar!

—¡Estoy perdido!

Pero el capitan seguia tirando con todas sus fuerzas de gigante, y la cabeza del príncipe hacia empuje contra los hierros,

de modo que á pocos tirones hubiera quedado aplastada, si devolviéndole el dolor la energia no gritase con todas sus fuerzas:

—¡Hay dos hierros que me impiden pasar!

Y luego oyó un juramento horrible, y que le contestaban:

—¡Arrancadlos!

En aquel instante se abrió la puerta del aposento y Ruy Gomez entró. Al dirijir su mirada á todos lados, y no encontrar al príncipe, su frente palideció y estremecióse involuntariamente. Luego corrió de un lado para otro, miró en todas partes, debajo de la cama, entre los colchones, detras de las cortinas, pero no encontró al prisionero. El espanto se pintó en su semblante, y con voz entrecortada gritó:

—¡Traicion!... ¡Se ha escapado!...

Aquellos gritos pusieron en alarma al duque de Féria y á los demas gentiles-hombres que estaban de servicio, y todos ellos se lanzaron á la habitacion, encontrando á Ruy Gomez aterrado, con las facciones descompuestas y agitado por un convulsivo temblor.

—¿Qué sucede preguntaron?

—¿No lo veis? contestó el de Silva. Se ha escapado...

—¡Vive Dios! exclamó el duque.

—¿Por dónde? preguntaron los cortesanos.

—No lo sé... las ventanas están clavadas como antes... por la puerta no ha salido... ¡Oh!... Esto es obra de Satanás... los que favorecen al príncipe no pueden ser hombres como todos...

—El diablo mismo debe ser.

—Creo firmemente que en el alcázar mora un espíritu condenado, dijo Ruy Gomez cuyos cabellos, á no estar cortados segun la moda de la época, se hubiesen erizado.

En aquel instante hacia el príncipe esfuerzos desesperados por arrancar los hierros, sin apercibirse de lo que pasaba en su dormitorio, y el roce contínuo y violento de sus piernas y sus brazos contra la negra pared, desmoronó algunos pedazos de esta que cayeron con estrépito.

—¡Por aquí! gritó el duque acercándose á la chimenea. ¡Aun no ha salido!

—¡Soy un estúpido! exclamó Ruy Gomez. ¡No habia pensado en semejante cosa!

E introduciendo en el tubo la cabeza, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Bajad ó morireis de un arcabuzazo!

Aquel grito llegó no solo hasta don Cárlos, sino hasta el paje y el capitan.

—¡Ira del infierno! exclamó este.

—¡Nos han descubierto! dijo Luis.

—¡Bajadme! gritó el príncipe, tan aturdido ya, que no sabia siquiera donde estaba.

—¡Seguidme! dijo el de Feria. ¡Vamos á cortar la retirada á los traidores!

Y salió acompañado de algunos gentiles hombres y alabarderos.

Pocos instantes despues salia don Cárlos de la chimenea, y se dejaba caer en un sillon, falto de conocimiento.

Su rostro y sus manos estaban negros, y su vestido hecho mil pedazos.

El paje habia comprendido que nada se adelantaba con obstinarse en sacar al príncipe, sino perderse con él; y obrando con prudencia y acierto, mandó al capitan que abandonase la cuerda y lo siguiese.

—Vendrán á cortarnos la retirada, dijo, y es preciso no perder un instante.

Y seguido de Pero Leon llegó á la plataforma de la torre, y salió á la escalera.

Bajáronla ambos como quien huye, brincando de tres en tres los escalones á trueque de romperse la cabeza; pero al concluir su rápido descenso y encontrarse en la primera habitacion que tenian que atravesar, oyeron ruido de pasos y luego vieron abrirse la puerta, apareciendo algunos soldados y sirvientes con luces.

El pajecillo quedó parado un instante, se dió una palmada en la frente, y gritó:

—¡Por aquí!

Se habia acordado de una de las muchas puertas secretas que conocia, y por ella desapareció seguido del capitan.

El alcázar estaba alborotado.

El rey furioso.

Isabel de Valois rezaba.

Blanca estaba inmóvil, con la mirada fija en la puerta de su aposento y el alma en los ojos.

Un grito de alegria se escapó de su boca: el pajecillo acababa de entrar con el semblante pálido y descompuesto.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó la doncella, estrechando contra su pecho á Luis.

—¡Todo se ha perdido!

—¡Tú te has salvado!

El hermoso niño se encojió de hombros.

—¡Alma generosa! repuso la doncella al ver aquel movimiento del paje que significaba tanta abnegacion.

—De bien poco me sirve, señora.

Poco á poco fué renaciendo la calma en el palacio.

Al fin volvió á reinar un profundo silencio.

CAPITULO LX.

La consulta.

Apenas los primeros crepúsculos de la mañana empezaban á romper las negras tinieblas de la noche.

Reinaba un silencio profundo en el alcázar real, y sin embargo, no dormian todos sus habitantes, porque el suceso de la noche anterior habia infundido en todos los corazones tal espanto, que no habia quien se créyese seguro en su aposento.

Felipe II se hallaba en la habitacion que le servia de despacho y que ya conocen nuestros lectores; estaba sentado delante de la mesa, donde apoyaba los brazos, y descansando la frente entre las manos, de manera que ocultaba el rostro, parecia dormir profundamente. Allí habia pasado la noche, ya escribiendo, ya dando órdenes á sus gentiles-hombres, ya revolviendo

en su cabeza vastos planes, ó devorando sus dolores y sus celos. El sueño no habia cerrado sus ojos.

Algunos instantes permaneció inmóvil, y al fin levantó la cabeza, se pasó las manos por la frente, sus párpados se movieron con dificultad, y luego exhaló un profundo suspiro.

Entonces á la luz de una bugia que ardia sobre la mesa, y á los resplandores de la aurora que entraban por el balcon, pudo verse su rostro pálido y desfigurado, sus lábios secos y blanquecinos y su mirada sombría.

Su diestra cojió una campanilla de oro que habia sobre la mesa, agitóla y al repetirse los metálicos sonidos en las bóvedas del aposento, la puerta se abrió, presentándose un gentil-hombre.

—¿Están todas mis órdenes cumplidas? le preguntó el monarca.

—Todas, señor.

—Que venga el duque de Feria.

—Bien, señor.

—Y don Ruy Gomez de Silva.

Salió el gentil-hombre, y pocos momentos despues llegaron los dos personages á quienes llamaba el rey.

Fuera efecto de no haber dormido, ó de otra cualquiera causa, sus semblantes estaban taciturnos y parecian como temerosos de acercarse al monarca.

—¿Ha ocurrido alguna novedad? les preguntó Felipe II.

—Ninguna, señor.

—¿Y el príncipe?

—Acostado.

—¿Duerme?

—Parece dormir.

—¿Y habeis podido averiguar alguna cosa?

—Nada, contestó Ruy Gomez.

—Se burlan de mí, repuso el monarca con amargura.

—Se burlan de todos, señor.

—¡Y tal vez sea el último de mis criados, el mas ruin!... ¡Oh!... ¡Y todo mi poder se estrella contra la astucia de ese miserable ser!... Es menester que las burlas se acaben.

—Señor...

—Dentro de un cuarto de hora ha de quedar el príncipe en la habitacion que he mandado disponerle. Con vuestra cabeza me respondeis de su persona: procurad, pues, ser mas vigilantes.

—Señor, dijo el duque, V. M. ha visto...

—Sé que sois leal como ninguno, le interrumpió el monarca; pero anoche estuvísteis torpe en demasía, dejando escapar á los traidores.

—V. M. Sabe que les salí al encuentro, pero nada se puede contra quien se filtra por las paredes como un fantasma.

—No hablemos mas de este asunto.

—Esperamos las órdenes de V. M.

—Escuchadme atentamente. En la nueva prision no hay ventanas, ni chimenea, ni agujero alguno mas que la puerta. He tomado cuantas precauciones son imaginables. Dos gentiles-hombres velarán constantemente. La comida se trinchará en una habitacion inmediata, donde la dejarán los monteros para que desde allí la entren en la del príncipe, los que están encargados de su custodia. Nadie le hablará mas que sus jueces, el confesor y el médico, y este delante de los gentiles-hombres. Así, á menos que la traicion se introduzca entre los caballeros elegidos para guardar al príncipe, ó que alguno de ellos sea ese á quien llaman el diablo, es imposible que se repita el suceso de anoche.

—¿Ya tiene V. M. nombradas á las personas que han de vigilar al príncipe?

—Todo está ya hecho.

—¿Es decir que solo falta?...

—Que se conduzca al príncipe á su nueva habitacion.

—¿Qué precauciones hemos de tomar?

—Las mejores son una fuerte escolta, porque el diablo que nos persigue debe temer mas á una alabarda que á la cruz.

—¿Y si el príncipe se resistiese á seguirnos?

—Si tal sucediese lo meteréis es una silla de manos.

—Para eso se necesitaria la presencia de V. M.

—Iré si se hace preciso, pero en el último estremo. Ya com-

prendereis que me seria muy doloroso presentarme á mi hijo en tales momentos.

—Las órdenes de V. M. serán cumplidas fielmente, dijo el duque.

—Y averiguad, repuso Felipe, averiguad á toda costa, porque diera yo la mitad de mi vida solo por saber quien es ese traidor. No despreciеis la menor sospecha ni el mas leve indicio, porque no es mas que un hombre al fin y lo venceremos con la constancia.

Dicho lo cual, el monarca despidió al duque y al de Eboli, y pocos momentos despues, el príncipe don Cárlos salia de su dormitorio rodeado de alabarderos.

Hallábase en tal estado de debilidad el desdichado jóven, que tuvo que apoyarse en el brazo de Feria.

Permítanos el lector que demos una idea de la nueva prision que se destinaba al príncipe.

Estaba situada en uno de los torreones del alcázar y era un aposento cuadrado de bastante estension. Sus paredes de piedra estaban cuajadas de caprichosos bajos relieves, representando flores, pájaros y toda clase de adornos, interrumpidos de trecho en trecho por columnas corintias que desde el pavimento llegaban á la mitad de la pared donde las coronaba una ancha cornisa sobre la cual volvian á repetirse las columnas y los relieves hasta llegar al techo de cóncava forma y adornado de grandes rosetones.

No habia ventanas ni agujero alguno por donde entrase la luz del dia, mas que una estrecha puerta.

Cual habia sido el objeto del que mandara labrar aquella habitacion, es difícil adivinarlo, y como tampoco nos importa, no lo intentaremos.

Habíase puesto una alfombra sobre el pavimento de mármol, y no se veian otros muebles que una cama digna de un príncipe, una mesa y dos sillones, amen de un brasero y una lámpara cuyos resplandores se perdian en aquel recinto lóbrego y estraño.

Por el lado de la puerta comunicaba aquella habitacion con la

destinada á los gentiles hombres guardianes del príncipe, por cuya habitacion se salia á otra donde habia de trinchársele la comida, y en esta habia una puerta que daba paso á un salon oscuro, cuyo techo tendria la mitad de la altura del de la prision, y que estaba separado de esta solo por una de sus macizas paredes. Este último salon estaba siempre cerrado porque de nada servía, y lo mismo permaneció despues que se hubo trasladado al príncipe al inmediato.

Seguian despues otras habitaciones destinadas á los sirvientes de la última clase y al cuerpo de guardia de los doce alabarderos.

Conocida por el lector la nueva estancia de don Cárlos, nos ocuparemos de continuar nuestra historia.

Como ya hemos dicho, estaba muy adelantado el proceso del príncipe.

Para las diez de la mañana de aquel dia se habia mandado llamar, por órden del rey, á varios eminentes teólogos, y á la hora citada, se hallaban todos reunidos en el mismo salon en que dias antes se reunieran tambien los consejeros. Entre ellos estaba el cardenal Espinosa, como juez de la causa, como inquisidor y como teólogo.

Presentóse el rey á la respetable asamblea, mas que grave, triste y abatido, y tomando la palabra con mesurado tono, dijo:

—Tristísimo es el acontecimiento que me obliga á reunir mi consejo de conciencia, pero es preciso: así lo quiere el Criador de todo, cúmplase su voluntad. Deseo que resolvais mis dudas sobre un punto de que depende quizás mi salvacion. Voy á proponeros el caso, y vosotros con la voz de la conciencia me contestareis lo que ella os dicte.

Meditó el monarca algunos instantes, mientras que todos guardaban el mas profundo silencio, y luego prosiguió:

—¿Qué pena merece el hijo de un rey que se haya unido con los enemigos de su soberano y de su patria y que piense en vengarse de su padre de la misma manera que de cualquier otro ene-

migo? ¿Puede en conciencia el padre perdonar al hijo, ó está obligado á entregarlo á la justicia? Meditadlo y contestadme; y para que con mas libertad hableis, os dejo solos.

Dicho lo cual, Felipe II se fué.

Siguióse una discusion de que haremos gracia al lector.

Pasó una hora, y volviendo el monarca, preguntó:

—¿Lo habeis meditado?

—Sí, señor.

—Os escucho.

El cardenal Espinosa tomó la palabra en nombre del consejo, y dijo:

—Señor, todos convenimos en que hay dos caminos igualmente justos y posibles segun todas las leyes de la conciencia: el curso regular de la justicia y el castigo y la misericordia y el perdon. La eleccion es de V. M.: puede hacer uso de su autoridad de príncipe ó mostrarse solamente severo juez. V. M. debe considerar dos cosas en la administracion de sus estados: el título de soberano y las funciones de juez. Si se considera esto último, nada hay que le escuse de hacer justicia y castigar el crímen sin escepcion de personas; si lo primero, autorizado está para dar cabida en su pecho á la piedad, á la misericordia y al perdon. Ademas, importa mucho que V. M. tenga presente que, usando de esos mismos derechos de monarca, en muchas ocasiones ha seguido los generosos sentimientos de su corazon para perdonar á un malhechor á quien ni siquiera conocia, y que con mas razon debe V. M. ejercer sus misericordiosos impulsos, tratándose de su propia sangre, de un hijo de sus entrañas. Y yo en nombre de los respetables y sábios varones que están presentes, suplico á V. M. que en esta ocasion imite el proceder del gran Carlo Magno que perdonó á su hijo que habia conspirado contra su persona.

A la voz del cardenal unieron la suya los respetables sacerdotes que componian el consejo, rogando encarecidamente, y con muestras de piadosa ternura, que perdonase Felipe á su hijo.

El monarca, con la cabeza apoyada entre las manos, permaneció meditabundo, y rompiendo al fin el silencio, volvió á preguntar:

—¿Conociendo yo en toda su estension los males que debe causar á mis estados el disimulo de los crímenes de mi hijo, puedo perdonarlo sin hacerme ante Dios responsable de las desgracias que mi clemencia produzca?

—Para V. M. debe ser antes la salud de sus pueblos que la vida de su hijo. Ejemplo de esto es Moises, que pidió ser anatematizado por el bien del pueblo. Empero cuide V. M. de no equivocarse y que un exagerado celo por el bien de sus vasallos y el lustre de la religion ciegue su entendimiento.

—Si no castigo á mi hijo, si se sienta en el trono, España será protestante.

Todas las cabezas se inclinaron como agoviadas por un enorme peso, y nadie contestó.

—Puedo perdonar á un asesino, pero no á un hereje.

Los consejeros escitaron nuevamente al monarca para que diese cabida en su pecho á la misericordia, y despidiéndose salieron.

Casi podemos decir que estaba pronunciada la sentencia del príncipe.

Los celos habian cegado al monarca; su ardiente fe religiosa, que rayaba en fanatismo, no le permitia otorgar un perdon que creia criminal.

CAPITULO LXI.

Lo que encontró el page en su tesoro.

Tan diversas son las opiniones de los que han escrito sobre la prision y muerte del príncipe don Cárlos, que bien pudiera decirse que hay tantos pareceres como historiadores de Felipe II. Opinan los unos que la causa fué formada al príncipe por la inquisicion, mientras otros no admiten sino el nombramiento de un tribunal especial compuesto, como ya hemos dicho, del cardenal Espinosa, de Ruy Gomez y de Briviesca; pero todos convienen en que de uno ú de otro modo, la sentencia de muerte se fulminó y que en ella estampó su firma el monarca cuya política nadie ha podido aun esplicarla satisfactoriamente.

Gregorio Leti, entre otros, nos dá minuciosos detalles de los

momentos en que Felipe, al trazar la primera letra de su nombre en la sentencia, sintió tan débil su mano que tuvo necesidad de interrumpirse para asegurar con la siniestra la diestra y poder concluir.

En nuestro concepto, no está suficientemente probado que la inquisicion tomase parte en el proceso, ni tampoco lo juzgamos creible; pero de cualquier manera, no absolverá nuestro juicio al padre que sanciona una sentencia de muerte contra su hijo, aunque esté resuelto á no llevarla á cabo, y sean cuales fueren los motivos que á ello le impulsasen. Algunos han llevado su torpe adulacion hasta el punto de comparar á este monarca con Abrahan: esta comparacion, ademas de inexacta la juzgamos sacrílega, porque el memorable patriarca levantó el mortífero acero sobre su hijo por obedecer el mandato de Dios, mientras que Felipe II no obedecia sino su humano juicio, sujeto á errores, á pasiones y debilidades como todo lo humano, y establecer comparacion entre el juicio de un hombre y los decretos del Omnipotente, es, repetimos, un sacrilegio repugnante como todo acto impío. Ni siquiera es disimulable, y mucho menos, meritoria la accion de Felipe; todo lo mas, puede admirarse como rasgo de abnegacion sin ejemplo, porque al fin era padre, y como añade Leti, en aquel momento supremo, circuló la sangre por sus venas como una corriente de fuego que, refluyendo en el corazon, se lo abrasaba.

Nosotros no compararemos á Felipe II con Abrahan ni con ningun otro hombre, porque creemos que á ninguno se asemejaba en sus actos aquel monarca extraordinario á quien no puede negarse un talento luminosísimo, y cuya política ha sido objeto especial de largos y profundos estudios de los mas sábios historiadores europeos.

Lo que entre tanta diversidad de opiniones resulta de cierto, es que la sentencia de muerte se dictó, pero no está probado como en tan delicado punto fuera de desear, que esta sentencia se ejecutase, y de aquí deducimos que tal vez Felipe II quiso dar ejemplo de respeto á la justicia, sancionando sus fallos co-

mo rey, pero que como padre no se encontró con bastante fuerza para derramar la sangre de su hijo.

Muchas consideraciones se nos ocurren al meditar este suceso, mucho podríamos decir sobre las respectivas opiniones de Cabrera, Campana, Strada, Leti, San Miguel, Prescott, Weis y otros escritores nacionales y estranjeros, pero hariamos pesadísima la lectura de nuestra novela con digresiones que no llenarian nuestro objeto de procurar solaz con su lectura.

Volviendo á nuestra historia, diremos que la reina Isabel disfrutaba de tan poca salud, que ya empezaba á dar cuidado á los médicos cuya ciencia se estrellaba contra la enfermedad moral que acababa su triste vida. La mataba su pasion y el terrible golpe que habia recibido con la prision de don Cárlos y la suerte que esperaba al desdichado príncipe.

Este se encontraba tambien en muy mal estado: su debilidad era cada dia mayor, y en muchos no tenia fuerzas para abandonar el lecho. Contribuian sus escesos á tenerle de tal modo, pues tan débil su razon como su cuerpo, pasábase á veces uno ó dos dias sin comer, y luego, como si quisiese desquitar lo perdido, devoraba un pastel con tres ó cuatro perdices y un descomunal trozo de carne. Bebia á menudo grandes vasos de agua muy fria, y segun aseguraban algunos, echaba en la cama pedazos de hielo. La fiebre abrasaba al infeliz príncipe, y en su desesperacion buscaba consuelo á los ardores de la calentura. Culpa fué de sus guardianes tanta locura, pues no debieron darle ni el agua helada ni la nieve; y si cierto fué que sus escesos le quitaron la vida, de muchos, ó de todos, es responsable Ruy Gomez, encargado especialmente de vigilar á don Cárlos. Nada entraba ni salia en el cuarto del príncipe sin que lo inspeccionase el de Eboli, y ciertamente que el celoso guardian no permitiria que entrasen los helados por cumplir las prescripciones del médico.

Este, que era el doctor Olivares, habia dicho que el paciente no curaria, y que su fin estaba próximo.

Tan triste pronóstico daba contento á doña Ana de Mendoza, pero no quedaba del todo satisfecha, porque temia que la enfer-

medad curase como suelen curar las mas peligrosas, y ya revolvia en su cabeza un nuevo proyecto tan criminal como todos los suyos.

Entretanto el pajecillo examinaba sin cesar los pergaminos que componian su tesoro, para ver si encontraba camino por donde llegar hasta la prision de don Cárlos.

Habian transcurrido seis meses desde los últimos acontecimientos que llevamos referidos.

Era el 23 de julio.

A las cuatro de la tarde se hallaba Luis ocupado en revisar sus pergaminos con la ayuda de Blanca.

Largo rato llevaban ya de aquella manera entretenidos cuando brillaron los hermosos ojos del paje, y levantando la cabeza, exclamó:

—¡Ya está aquí!

La doncella dejó escapar un grito de sorpresa, y preguntó al niño:

—¿No te equivocas?

—No.

—Veamos, repuso afanosamente Blanca.

—Ya sabeis que una de las habitaciones contiguas á la prision está abandonada.

—Si.

—Sobre ella hay un camaranchon ó desvan que en otro tiempo tuvo una salida que despues taparon.

—Bien, dijo la doncella cuya mirada iba examinado las líneas que el paje señalaba con el dedo en un pergamino.

—Este desvan, como el aposento que tiene debajo, está contigúo á la prision y separado de ella por la maciza pared, componiendo, entre desvan y salon, menos altura aun que la del techo de la cámara donde está encerrado el príncipe.

—Prosigue.

—Abriendo nuevamente la entrada del camaranchon, podrá llegarse hasta la pared del aposento de don Cárlos.

—Pared que es de maciza piedra.

—Cierto, pero en esa piedra hay una cosa que yo ignoraba.

—¿Cual?

—El autor de este plano marcó aquí un punto negro, para indicar una entrada secreta...

—¡Ah!

—El tiempo, y el roce de unos pergaminos con otros, casi ha borrado el punto que yo no he visto hasta ahora.

—De modo que una vez que se penetre en el desvan, el príncipe...

—Podrá salvarse.

—¡Dios mio!

—No hay que contar con la victoria, porque antes de llegar á la entrada secreta, tenemos que romper una pared de ladrillo y es muy fácil que nos sorprendan, sin contar con que en el momento de la huida entre alguien en la prision y se repita la escena de la chimenea.

—Eso puede evitarse.

—¿Como?

—Poniendo en la puerta algun estorbo que no permita abrirla y que os dé tiempo para huir mientras la rompen.

—Teneis razon.

—¡Por Dios, no espongas inútilmente tu vida!

—Descuidad.

—Medita antes bien, no sea que luego se presenten obstáculos que ahora no prevees.

—Malo sería, porque una vez dado el primer paso, no podré retroceder.

—Mucha prudencia.

—Mucho valor es lo que necesito.

—¿Cuándo acometes la empresa?

—Esta misma noche, y para ello voy á buscar al señor Pero Leon, y si podemos empezar desde luego, mañana sacaremos al príncipe.

—Prepáralo todo, caballos, armas, dinero...

—Y una escala, porque como veis, la entrada secreta, que por

el desvan es una puertecilla, por la prision es una ventana que está sobre la ancha cornisa que divide en dos partes la altura de la pared.

—Escala, tienes.

—Del dinero, vos estais encargada.

—De los caballos y armas, el capitan.

—Nada falta, pues.

—Falta salvarlo.

El pajecillo encerró su tesoro, y despidiéndose de Blanca, salió para ir en busca del capitan.

CAPITULO LXII.

De cómo el paje y el capitan comenzaron su obra.

A las doce de la noche de aquel mismo dia, dos bultos atravesaban silenciosamente una galeria del alcázar real. Despues de caminar algunos minutos entraron en una habitacion solitaria y oscura: uno de aquellos dos bultos sacó una linterna, siguieron adelante, y subiendo una escalera, dejando tras sí varios aposentos y llegando al fin á uno solitario y sombrío, se detuvieron.

Aquellos dos hombres eran el paje y el capitan.

La habitacion en que se hallaban no servia para otra cosa que para recojer en ella muebles, alfombras y otros objetos desechados del uso, y que estaban allí amontonados con desórden, sirviendo de abrigo á multitud de ratones.

Luis reconoció las paredes con su mirada, y fijándose en un punto en que, á poca distancia habia dos sillones antiquísimos y los restos de una papelera de encina, dijo al capitan:

—Aquí debió estar la entrada; pero si me equivoco, no importa por que lo mismo tiene abrirla en este ó el otro sitio, con tal que pasemos al camaranchon.

El capitan dejó caer su capa, y blandiendo una palanqueta de hierro, contestó:

—Vengo á vuestras órdenes, señor diablo; decidme lo que he de hacer.

—Rompereis la pared ocultandoos tras estos muebles que la casualidad nos puso aquí, escusándonos de ponerlos; tendreis la linterna á vuestro lado y la capa tambien, y mientras vos trabajais yo estaré de centinela en la habitacion inmediata. Si ois un silbido, ocultad la luz con la capa y no prosigais; si dos, tomad la linterna y la palanca y salid de aquí por que tendremos tiempo de ponernos en salvo; id prevenido á la defensa por si nos acometiesen, porque de ser descubiertos, no pienso morir encerrado como S. A., sino matando á mis verdugos.

—¡Voto al diablo, eso no! Podrán hacerme mil pedazos, pero meterme en un calabozo, eso no mientras yo lleve mi tizona.

—Arrancad á fuerza de puños cuantos ladrillos podais, y no deis sino los golpes indispensables. No hay gente por aquí cerca, pero bueno es ser cautelosos.

Oculto Pero Leon entre los muebles y la pared, y con la linterna y la capa cerca de sí, empuñó la palanqueta y comenzó la operacion. Al principio se vió precisado á dar algunos golpes, pero cuando pudo introducir en la pared la punta de su herramienta, haciendo poderosos empujes, su fuerza de jigante arrancaba trozo tras trozo de ladrillo.

Entre tanto, Luis, con el oido atento, brillando como dos luciérnagas sus ojos en medio de la oscuridad, estaba en la inmediata habitacion desempeñando su papel de vigilante.

A cada golpe de palanca se estremecia el paje, y el roce no interrumpido de la herramienta contra la pared, producia en él

tal emocion que sentia su pecho agitado y le parecia que el corazon iba á salírsele del pecho, segun eran de violentos sus latidos.

Transcurrió una hora sin que la operacion se interrumpiese.

Dieron las doce, y los sordos golges de la férrea palanca armonizaron con los metálicos y vibrantes del gran reloj de palacio.

El capitan contempló su obra con rostro satisfecho; y bien podia estarlo por que llevaba carcomida la pared hasta la mitad de su espesor y en el espacio de cerca de dos pies en cuadro.

—Si yo pudiese dar cuantos golpes quisiera, ya tendriamos la entrada franca. ¡Voto á mis narices!...¡No tardé tanto tiempo en San Quintin para derribar la puerta del convento donde bebí tan esquisito vino!

Continuó el capitan carcomiendo la pared, y el paje vigilando.

¡Qué largas parecian las horas!

Sonó la una.

—¡Animo! murmuró Pero Leon.

El pajecillo continuó inmóvil.

Dieron las dos.

—¡Bravo! exclamó el soldado sin poder contener su alegria.

La pared estaba casi agujereada, pero en un reducido espacio.

—La noche acaba... pronto la luz del dia nos obligará á alejarnos, murmuró el paje.

Cuando se oyeron las tres, la palanqueta acabó de taladrar el muro.

Iba el capitan á repetir su exclamacion de alegria, pero lo interrumpió Luis.

—¿Habeis adelantado mucho? preguntó.

—Mirad.

—Bien, bien, capitan: mereceis el empleo de coronel que os ha prometido don Cárlos.

—Dejadme continuar.

—No, porque la aurora asoma. De todas maneras no podríamos entrar en la prision hoy.

El capitan volvió á tomar tranquilamente su capa, ocultó la palanqueta y siguió á Luis que con la linterna sirvió de guia.

Blanca no habia podido dormir.

—¿Habeis adelantado algo? preguntó al paje cuando lo vió entrar.

—Mucho.

—¿Cuándo podreis penetrar en la prision?

—Mañana.

—¡Gracias, Dios mio!

—Rogadle, que bien necesitamos su proteccion.

CAPITULO LXIII.

De como Ruy Gomez se mostró un héroe, resistiendo á su esposa.

A las seis de la mañana, el doctor Olivares se presentó en el aposento de don Cárlos.

El dia anterior lo habia pasado este tan mal, que el médico temió alguna desgracia.

El príncipe estaba en su lecho.

Tenia el rostro pálido, hundidos los ojos, y su mirada era incierta como si los órganos de la vista no funcionasen con regularidad. Notábase en su semblante esa indefinible espresion de horrible indiferencia que es la primera señal de la muerte, y sus descarnadas manos movíanse alguna vez sin concierto y lánguidamente.

—¿Cómo se siente V. A.? le preguntó el médico.

—Muy débil, contestó con voz desfallecida el infeliz don Cárlos.

—¿La boca?

—Seca... quiero agua... mucha agua.

—¿La cabeza?

—Se me arde.

—¿El pecho?

—Apenas puedo respirar, y me atormentan unas punzadas terribles sobre el corazon... Quiero agua.

El médico examinó atentamente el rostro del príncipe, y el suyo se anubló: observóle el pulso, le hizo algunas preguntas mas, y luego dijo:

—Voy á recetaros y espero que encontrareis alivio antes de mañana.

—Me es indiferente la vida, y si no fuera un crímen, os rogaria que me la quitáseis.

—Dios solo dispone de la vida de sus criaturas.

—Y los hombres tambien, repuso con acento de amargura don Cárlos.

—Despues volveré, dijo Olivares que no queria seguir ciertas conversaciones.

Y saliendo, preguntó por Ruy Gomez de Silva.

—En su aposento está, le contestaron.

Dirígióse el doctor en busca del favorito del monarca, y encontrólo acompañado de su esposa.

—Bien venido, señor Olivares, le dijo esta.

—¿Habeis visto al príncipe? le preguntó el de Eboli.

—De su cuarto vengo.

—¿Cómo lo habeis encontrado?

—Cerca de la muerte.

Doña Ana se estremeció, palidecieron sus megillas, pero luego brillaron sus ojos.

—¿Es decir, que no hay esperanza?

—Voy á recetarle un medicamento que producirá una reaccion bastante violenta y que dará por resultado la vida ó la muerte casi instantánea; pero como se trata de un príncipe, no me atrevo á recetar sin que antes se me haya autorizado para ello.

—¿Y qué sucederá si no nos decidimos?

—Que S. A. morirá, pero dentro de tres, cuatro ó cinco dias.

—De modo que todo lo malo que puede suceder es acelerar su muerte algunas horas, pero teniendo, en cambio, la ventaja, de que tal vez se le dé la vida.

—Exactamente.

—¿Qué opinais? preguntó Ruy Gomez á su esposa.

—Yo no me atreveria á tanto, contestó doña Ana.

—¿Qué se pierde? ¿Algunas horas de agonia que solo le sirven de tormento?

—Vos decidireis, repuso el doctor.

—Recetad, amigo mio, y que Dios os ilumine en este momento, dijo Ruy Gomez.

Y poniendo papel sobre una mesa, invitó á Olivares á que estendiera su *récipe.*

Trazó el doctor sus homicidas garabatos, y despues de dirijir algunas corteses frases á los esposos, salió.

—¿Dareis á don Cárlos esa pócima? preguntó á Ruy Gomez doña Ana.

—Dentro de cinco minutos.

—¿Y si se salva?

—Dios le dé larga vida.

—¿Qué decis? preguntó la dama en cuyo rostro se pintó la sorpresa y el enojo.

—¿Pensais en otro nuevo crimen?

—Pienso en salvarme, en salvaros.

—Señora, burlaos de mí si os place, pero hay momentos en que uno se siente dominado por ciertos presentimientos contra los cuales la volontad es impotente, los mayores esfuerzos son inútiles.

—¿Habeis soñado con alguna horca? dijo con tono de burla doña Ana.

—No he soñado, señora.

—Entonces...

—Es un presentimiento que no puedo desechar.

—¿Pero en qué consiste?

—En creer que van á descubrirse todas nuestras intrigas.

—Siempre habeis sido débil, contestó desdeñosamente la princesa, y fuera estraño que á la vejez tuviéseis energía. No me sorprende lo que decis; sé que en las graves situaciones no es el valor la cualidad que mas os distingue.

—Habeis dicho una gran verdad, repuso el cortesano con acento triste. He sido muy débil, y tanto, que no he podido resistir vuestra caprichosa tiranía; he sido para vos, no un esposo, sino un esclavo, quizás menos, un instrumento al cual se maneja como se quiere. En una sola cosa os habeis equivocado, y es en pensar que la vejez no puede darme valor y energía.

—¡Vos energia!

—Tanta he de mostrar, que por primera vez en mi vida me negaré á obedeceros. No lucheis, porque será en vano; me cansan las intrigas, me horrorizan los crímenes...

—¿Estais arrepentido?

—Si.

—Decidlo á vuestro confesor, yo no lo soy.

—Es verdad: vos sois el demonio que el infierno ha puesto á mi lado para que se pierda mi alma.

—Don Ruy, dijo orgullosamente la princesa, si sois mi enemigo, obrad como os plazca, pero os prohibo que me falteis á las consideraciones que se me deben.

—Señora, los viejos no somos galantes.

—Pero pueden ser respetuosos.

—Terminemos esta conversacion, porque ademas de ser enojosa me hace perder un tiempo precioso.

—Es verdad, repuso con amarga ironía la dama. Es verdad, se pierde un tiempo precioso que debe emplearse en salvar al príncipe la vida para que se siente en e trono y os haga sentar á vos en un cadalso. Sí, sí, corred que ya llegará un dia en que vuestra buena obra os valdrá un collar, que si no es el del Toison, será el de la cuerda que os ponga el verdugo.

—¡Señora!

—Entonces le direis al príncipe que os debe la vida, y él os dará las gracias porque al salvarlo le proporcionais el placer de que os ahorque. No perdais, pues, el tiempo, que es precioso.

—Ni vuestra ironía, ni vuestras amenazas, ni nada en el mundo me hará retroceder.

—¿He intentado acaso haceros desistir de vuestro propósito de arrepentimiento? Salvad al príncipe y sed luego el blanco de todas sus iras; nada me importa porque en mí no ha de cebarse su venganza, porque á mí no ha de ultrajarme. La vida del príncipe ó la mia están demas en el mundo: si vos lo salvais, yo moriré; si muere, viviré porque aun tengo que vengar muchas ofensas, y que aniquilar algunos enemigos.

—¿Qué decís señora? preguntó con espanto Ruy Gomez.

—¿Qué os importa? ¿No os habeis trazado ya vuestro plan de conducta? ¿No decis que vuestra resolucion es firme?

—Habeis perdido la razon.

—Pero no las fuerzas.

—¿No veis el abismo que se abre á nuestros pies?

—No soy cobarde como vos.

—Es que no teneis conciencia.

—¿Y de qué habia de acusarme?

—Señora, de crímenes.

—¿Llamais crímen á defenderse?

—¿De quién?

—De los que intenten humillarnos y aniquilarnos. Entre la vida de vuestro enemigo y la vuestra, ¿cual preferis?... Pero es inútil cuanto os diga porque el miedo no os permite comprenderme: tan poco es vuestro valor, que ni aun el suficiente teneis para defenderos.

Ruy Gomez hizo un esfuerzo como el que lucha interiormente entre dos opuestos sentimientos.

—¿Os habeis propuesto desesperarme? dijo.

—Solo he querido haceros comprender vuestra situacion para que no pequeis de ignorante.

—Estoy ya cansado, os lo repito.

—Obrad como gusteis: desde ahora no volveremos á tratar de semejante asunto. ¡Oh! me abandonais en lo mas crítico de nuestra situacion... Bien, don Ruy, salvad al príncipe y matad á vuestra esposa.

—Señora, dejadme esta sola vez en libertad de obrar.

—Id con Dios, repuso la dama, clavando en su esposo una mirada del mas alto desden.

Y poniéndose de pié volvió la espalda á su esposo y se dirigió al aposento inmediato.

—Quiero alguna vez ser dueño de mis acciones, dijo el de Eboli, saliendo tambien y llevando consigo la receta.

Sigamos á doña Ana.

Cuando estuvo sola, sentóse en un ancho sillon y oprimiose el pecho con las manos.

—Ya no puedo contar con mi esposo, murmuró. El doctor Olivares es un sábio, y la esperanza que tiene de salvar al príncipe se convertirá en realidad. El rey empieza á reconciliarse con su hijo, porque este aparenta hace algunos dias haber variado completamente en cuanto á sus ideas religiosas y se complace en hablar con su confesor. Si el príncipe se salva se sentará en el trono y yo en un patíbulo... ¡No, antes daré fin á mis dias!...

Las mejillas de la dama se cubrieron de un vivo carmin, se abrieron estremadamente sus ojos, y sus miembros se agitaron. Luego palideció. Su razon empezaba á trastornarse en aquel momento. Muchos dias llevaba de casi completo insomnio, siempre meditando sobre sus intrigas, siempre temiendo que la venciesen sus enemigos, y no hay razon que resista á luchas tan continuadas, sin que deje de perder sus fuerzas.

—Si, continuó, morir ó vencer; él ó yo, pero jamas ambos, porque juntos no cabemos en el mundo. Si él sana, yo moriré; si él muere, yo dormiré tranquila. Esta noche la reaccion de su enfermedad debe llevarlo al sepulcro, pero si por el contrario le es favorable, apenas declare el médico que lo ha salvado, un tósigo me llevará á la tumba, el tósigo que para él debió servir, y que mi débil esposo no ha querido darle.

Su pecho estaba agitado.

Sus manos crispadas descomponian sus cabellos, sin que ella lo advirtiese.

—¡Ven, noche, ven! exclamó. !Ven con tu apacible sombra á poner término á mi afan!... ¡Oh!... ¡La muerte ó la vida, pero pronto, pronto!

Una sacudida violenta la hizo levantar involuntariamente, y cuando aquella rápida escitacion de sus nervios pasó, sentóse nuevamente y quedó silenciosa y abatida.

CAPITULO LXIV.

La despedida.

Al anochecer de aquel dia hallábase la reina en su aposento, acompañada de Blanca y del paje.

Los últimos crepúsculos vespertinos penetraban por los vidrios de variados colores de las ventanas, y su escasa claridad apenas permitia distinguir bien todos los objetos de la habitacion. Sin embargo, á favor de los débiles reflejos podia notarse la palidez que cubria las megillas de Isabel de Valois, y se echaba de ver que habia enflaquecido mucho, que sus negros ojos no brillaban como de costumbre, y que sus movimientos eran pausados, faltos de energía sus ademanes como si ya no quedasen á sus músculos fuerzas.

Su vida se acababa lentamente como se marchita la flor cor-

tada de su tallo, y eran ineficaces todos los cuidados, todos los remedios, porque su enfermedad estaba en el alma.

La desdichada reina, desde el sillon en que estaba sentada, habia contemplado por largo rato el sol al ocultarse en Occidente, y los últimos destellos del astro del dia arrancaron de sus ojos dos lágrimas de tanta ternura, de tan agudo dolor, que parecióle que tras ellas el espíritu abandonaba su débil cuerpo.

—Por Dios, señora, dijo Blanca con acento cariñoso y consolador. Por Dios, señora, no os abandoneis al pesar, porque os estais matando.

—¡Mi vida! contestó la reina en cuyos lábios vagó una sonrisa de esas que hacen llorar. ¡Mi vida será muy corta!

—Vos no morireis tan jóven y tan bella, dijo el paje. No morireis cuando ha llegado el momento de triunfar de nuestros enemigos.

—He perdido la esperanza.

—¿Por qué, señora?

—Porque ya es tarde.

—¡Tarde!... ¡Oh!... murmuró Luis cuyas megillas palidecieron.

—Ya sabes lo que ha dicho esta mañana el doctor Olivares.

—Los médicos exageran siempre para alcanzar mas reputacion si se salva el enfermo.

—Tú no has visto, como yo ví, á don Cárlos.

—Desde entonces...

—Cada dia está peor, y temo que encuentres solo un cadáver.

—¡Por Dios, señora, no digais tal! replicó Luis estremeciéndose.

—Ya sabes que hace muchos dias que el príncipe no puede moverse de su lecho, y esta tarde, segun me ha dicho el duque de Feria, habia momentos en que ni oia ni conocia á las personas que se le acercaban. Esta noche se espera la crísis anunciada por el doctor, y no creo que la debilidad de don Cárlos resista un violento sacudimiento de la naturaleza.

—¿Quién sabe?

—Y aun sucediendo así, ¿qué harás con un moribundo; sacarlo en tus brazos de la prision para que espire algunos momentos despues? Para eso no debes esponer tu vida.

—Aunque supiera perderla sin salvarlo, no vacilaria, contestó Luis con noble entusiasmo. Lucharé hasta el último momento, y si espira entre mis brazos, podré decirle: «No he podido hacer mas; ya que habeis de morir, podeis tener el consuelo de que exhalais el postrimer suspiro mientras descansa vuestra cabeza en un pecho verdaderamente amigo.»

—¡Noble corazon! murmuraron á la vez la reina y Blanca.

Hubo algunos instantes de profundo silencio.

La habitacion quedó completamente á oscuras.

Nada pudo distinguirse, pero se oyeron los sollozos de aquellas dos mugeres cuyos corazones estaban transidos de dolor.

Blanca salió, volviendo á poco rato con dos bugías que dejó sobre una mesa dorada.

—Ved, señora, si algo teneis que ordenarme antes de mi partida, dijo Luis á la reina.

—¿Estás resuelto?

—Si, señora; y cualquiera que sea el éxito de mi empresa, tendré que huir.

—Y yo tambien, añadió Blanca.

—¿Por qué?

—¿No pensais, repuso la doncella, que el rey me creeria cómplice en las intrigas de Luis, y no pudiendo castigarlo descargaria sobre mí todo el peso de su enojo?

—Es verdad.

—Además, señora, mi espíritu necesita descanso, y este solo puede tenerlo en la casa del Señor

—¡Y yo quedo sola! murmuró Isabel. ¡Sola! ¡Ah... me estremezco! Tres corazones unidos estrechamente por los lazos de la amistad mas pura, se verán separados para siempae al despuntar el nuevo dia. Esto es horrible, muy horrible para los que han de morir llorando, en la soledad, el uno, entre el mundo que lo acusa, el otro.

—Muy horrible tambien, dijo el paje, para el tercero que vé morir á los otros dos sin poder endulzar su agonía, y que no tiene otra esperanza que la de morir tambien él en medio de los horrores de un combate.

La reina y Blanca permanecieron silenciosas: sus megillas estaban bañadas por el llanto.

El pajecillo apenas podia respirar, parecíale que tenia un peso enorme sobre el corazon. ¡Si al menos hubiese podido tambien llorar! Es verdad que las lágrimas querian saltar de sus negros ojos, pero conteníalas con penosos esfuerzos, para animar, ó por lo menos no desalentar mas á la reina ni á su señora.

El infeliz huérfano iba á despedirse para siempre de aquellas dos personas, únicas en el mundo que, despues de don Cárlos, eran sus amigos verdaderos. A despedirse para ir en busca de la muerte que debia encontrar, ó aquella misma noche al acometer su atrevida empresa, ó algunos dias despues en Flandes, donde tendria hasta el desconsuelo de morir en defensa de los enemigos de su fé religiosa, desconsuelo que era muy grande para el desdichado niño, pues su travesura no quitaba que fuese un católico de puras creencias.

Mucho palideció en aquellos instantes solemnes.

—¿Tendré fuerzas para despedirme? pensó el paje.

Conoció que no las tenia, y juzgó prudende decir que volveria despues.

—Ya es de noche, señora, dijo, y el capitan Pero Leon me espera.

—Dentro de algunos años, repuso la reina, serás un hombre y tu valor te habrá dado mucha gloria en los campos de batalla, pero yo no te veré.

—Si escapo del alcázar esta noche, con el príncipe ó sin él, y en Flandes no muero, volveré á Madrid dentro de algunos años, y el diablo de Palacio será el diablo de la villa y andará listo hasta vengar á sus amigos y castigar á sus enemigos. Entonces mis facciones se habrán transformado, no me reconocerán y vol-

veré á ser el ente misterioso é invisible, tormento del rey, de doña Ana y de Ruy Gomez.

—¡El cielo te bendiga!

—No puedo detenerme, repuso Luis que estrujaba entre sus manos su gorra de terciopelo.

—¿Volveras? repuso Isabel.

—Sí, señora, contestó el paje que apenas podia pronunciar una palabra.

—¡Adios, hermano mio! dijo Blanca.

Y lo estrechó entre sus brazos.

Luis le dió un beso y huyó rápidamente.

CAPITULO LXV.

—

La confesion.

—

Mientras que el pajecillo se despedia de la reina y de Blanca, el príncipe don Cárlos, sintiéndose mas débil cada vez, mandó que llamasen á su confesor el reverendo Chaves, y pocos momentos despues, el sacerdote entró.

La luz de la lámpara daba de lleno en el rostro pálido y descompuesto del príncipe, que con la boca entreabierta respiraba y hablaba trabajosamente.

Sus megillas estaban demacradas en estremo, sus ojos apagados, y por entre sus lábios secos y blanquecinos, salia un aliento corrompido.

Nada quedaba en su semblante de su belleza, nada de la ani-

macion que tanto lo distinguia en otro tiempo; nadie hubiera dicho que allí se retrataban antes las emociones mas dulces y mas violentas como si el alma asomase á los ojos. Todo lo borra la muerte, nada respeta su mano.

El sacerdote contempló al moribundo por algunos instantes; cruzó las manos; humedeciéronse sus ojos y elevó al cielo una mirada de suplicante perdon.

—¿Os sentis peor? preguntó luego á don Cárlos con acento de consoladora dulzura.

—Se acerca mi fin, padre.

—Tened esperanza.

—Ya no me importa el mundo, y todo mi afan se cifra en que Dios me perdone y me dé un lugar en su santa gloria.

—Nada hay comparable con el lugar que Dios piadosísimo reserva á los buenos.

—¿Me perdonará mis pecados, padre mio?

—Si, con tal que el arrepentimiento sea verdadero.

—Mis pecados son muchos.

—Por enormes que sean: un instante de verdadera contricion puede borrar cien años de pecados horribles.

—Me consolais mucho.

—El nombre del Omnipotente siempre consuela, dijo el confesor, poseido en aquel instante de la mas pura fé.

—¡Es tan dulce la idea de Dios! murmuró el príncipe.

—Pues figuraos cuan dulce será su divina gracia, y cuan dulcísima su gloria eterna.

—Yo he pecado aborreciendo con ódio profundo á muchos de mis semejantes.

—Esa es la fuente de casi todos los pecados, la falta de amor al prójimo que es tambien la falta de amor á Dios, porque no ama ni honra al Creador, el que no ama y honra sus obras.

—Me habian causado mucho mal mis enemigos...

—Vos lo haceis á Dios cada dia con vuestros pecados, á Dios grande entre los grandes, á Dios Omnipotente, y es misericordioso y os perdona.

—Ya tambien perdono á mis enemigos, y los perdono de todo corazon, y quiero que ellos me perdonen, pero... mi padre, que me perdone mi padre...

—Os perdonará.

—Quisiera despedirme de él... recibir su bendicion... morir tranquilo...

—No os negará su bendicion despues que os hayais confesado,

—¿No me la negará?

—No, hijo mio.

—Pues recibid mi última confesion, y absolvedme, y luego rogad á mi padre que me bendiga.

El sacerdote se aproximó al lecho de muerte, don Cárlos recojió sus ideas, y la confesion empezó.

Respetemos este acto solemne.

CAPITULO LXVI.

Cómo se encontraban los amigos y enemigos del príncipe.

En tanto que el príncipe borraba con la confesion sus pecados, doña Ana de Mendoza se preparaba á cometer el mas execrable de todos, el del suicidio.

Su mano criminal habia preparado un veneno muy activo, y la copa de plata que lo contenia estaba sobre una mesa, siendo objeto de la atencion de la dama que con ojos espantados la contemplaba de hito en hito, dirigiéndole palabras diabólicas, hijas de su estado de exaltacion mental.

Los ojos de la princesa estaban encendidos por el ardor de la fiebre; sus megillas pálidas y contraida su frente. Sus lábios se agitaban á impulsos de un temblor convulsivo, y sus crispados dedos, temblorosos tambien, solian de vez en cuando separar de

su anublada frente los negros cabellos que en desórden sobre ella se esparcian.

La soberbia, el ódio y la desesperacion se pintaban á la vez en el semblante de la noble dama.

Habíanle dicho que la reaccion anunciada por el médico empezaba á manifestarse, y aguardando la noticia del resultado, para decidir de su vida, permanecia de pié junto á la copa fatal.

Terrible momento aquel. Su orgullo herido, su soberbia abatida no podian soportar ni aun la idea de la existencia si se veia vencida en la lucha criminal que habia sostenido por tanto tiempo.

La péndola de un dorado reloj que habia en el aposento, anunciaba á la princesa, con sus acompasadas oscilaciones, que se acercaba el instante en que debia triunfar ó ser vencida.

Entre tanto, el terror y la agitacion se habian apoderado de todos los corazones que palpitaban en el alcázar.

Nadie se atrevia á levantar la voz, pero todos se hablaban al oido, y se cruzaban miradas sombrías.

Todos procuraban pisar de modo que no hiciesen ruido, pero no habia nadie que estuviese quieto, todos iban y venian de prisa, y muchos de ellos, ni sabian el objeto que los llevaba de un lado para otro.

Don Cárlos espiraba.

La conciencia remordia á Ruy Gomez.

El paje y el capitan adelantaban en su obra.

La reina oraba con fervor y en compañia de Blanca que en sus rezos mezcabla el nombre de su paje querido.

La luz de una lámpara de plata iluminaba á las dos infelices mugeres. Sus semblantes espresaban tanto dolor, tanta dulzura, como soberbia y desesperacion el de la princesa de Eboli.

—¡Dios mio! exclamó la reina. ¡Dios de infinita bondad, no os pido que salveis mi triste vida, pero sí la suya! ¡Misericordia, Señor!

El llanto corria abundantemente por sus megillas y se llevaba tras sí la débil existencia de aquella muger desdichada.

—Blanca, vé á saber como está el príncipe y si ocurre alguna otra novedad. Tiemblo por Luis, noble criatura de corazon sin igual, de abnegacion inconcebible.

La doncella salió despues de enjugar su llanto y de hacer un esfuerzo para aparecer tranquila.

Pocos momentos transcurrieron, pero fueron siglos de horrible angustia para Isabel de Valois.

La doncella volvió agitada y se arrojó en los brazos de su señora.

—¡Está espirando! exclamó.

—¡Espirando! repitió la reina con desgarrador acento. ¡Dios mio, Dios mio!

Violentas palpitaciones agitaban los pechos doloridos de aquellas infelices mugeres.

Reinó un profundo silencio, interrumpido solo por los sollozos de Isabel y de Blanca.

Tristísimo cuadro el que presentaban.

La reina habia ocultado el rostro en el seno de su amiga, y la estrechaba fuertemente entre sus brazos como si tuviese miedo.

Así transcurrió media hora.

¡Cuanto sufrian!

Isabel levantó al fin la cabeza y dió nuevamente órden á Blanca para que fuese á preguntar por el príncipe.

Esta vez tardó largo rato la doncella.

—Confiesa con el padre Chaves y sigue espirando, dijo al entrar. Oremos, señora.

—¿En qué te has detenido? le preguntó la reina.

—En averiguar... y... nada mas...

—No, Blanca, repuso afanosamente Isabel. Algo ocurre. Habla.

—Quise ver á Luis...

—¡Blanca!

—¡Oh, le amo como á un hermano!

—¿Has cometido alguna imprudencia?

—No pude contenerme y me diriji al aposento donde está con el capitan...

—Prosigue, prosigue...

—Pero al subir la escalera tuve miedo, no por mí, sino por él... mi presencia podia comprometerlo...

—¿Y retrocedistes?

—Quedé parada, y al fin, avancé algunos pasos...

—¡Dios mio!

—Y entonces llegó á mis oidos el ruido de los golpes de la palanqueta con que derribaban la pared... ¡Allí estaba Luis, allí estaba con su corazon generoso, luchando hasta el último instante...

—¿Lo vistes?

—Hice un esfuerzo que debió haberme arrancado el corazon, y me volví... quizás una imprudencia mia lo hubiese perdido... ¡Oh!...

—¡Niño infeliz!

—¡Qué hermoso estará con sus ojos chispeantes de entusiasmo!... ¡Ah! y la muerte está sobre su cabeza... ¡Qué horror!

—¡Se salvará, se salvará!

—¡Roguemos á Dios, señora!

La oracion devolvió alguna calma á sus agitados espíritus.

Transcurrió otra media hora, y la reina mandó á Blanca que volviese á salir para preguntar por don Cárlos.

La doncella salió, volviendo con iguales noticias que las anteriores.

La noche avanzaba.

Doña Isabel y Blanca seguian su fervoroso rezo que interrumpian de vez en cuando para averiguar cómo estaba el príncipe y si ocurria alguna novedad.

En el alcázar seguian los murmullos á media voz, y las idas y venidas.

Felipe II estaba solo en su dormitorio, y tambien oraba ante un crucifijo. Sus megillas estaban en estremo pálidas, y por su frente solian correr algunas gotas de frio sudor.

—¡Fuerzas, Dios mio, exclamó, para soportar la terrible lucha que me desgarra el alma!

La princesa de Eboli seguia contemplando la emponzoñada copa, y sus ojos brillaban con el fuego de todas las malas pasiones.

Dieron las once y media.

CAPITULO LXVII.

De cómo Ruy Gomez, aunque tarde, empezó á sentir el arrepentimiento.

El príncipe habia terminado su confesion, y el reverendo Chaves lo habia bendecido y absuelto en nombre de la Santa Trinidad.

Llegaban los últimos momentos de don Cárlos, la muerte se cernia sobre su cabeza; el ángel de su guarda, con la divina luz de su espíritu, ahuyentaba á Satanás.

El que no ha estado junto al lecho de un moribundo y escuchado entre el hipo de la agonía la imponente voz del sacerdote, no puede comprender la emocion que el alma siente en tales momentos. El temor, el respeto y la ternura se apoderan á la vez de nuestro espíritu, y ni los ojos pueden llorar, ni articular palabras la lengua. Inclínase la frente aunque la voluntad se resista, y se teme la justicia del Eterno aunque la incredulidad quiera oponer su fria indiferencia.

El prior don Antonio de Toledo y Ruy Gomez entraron en el cuarto del moribundo, y el confesor salió para ir á rogar al monarca que diese su bendicion á don Cárlos.

Reinó por algunos instantes un tristísimo silencio, interrumpido solo por el estertor de la agonía del desdichado mancebo.

El prior, con acento solemne, empezó á exhortar al moribundo.

Ruy Gomez inclinó la cabeza.

El príncipe tenia entre sus manos un crucifijo de marfil que apoyaba en su pecho.

Su respiracion era cada vez mas débil y mas precipitada. El hipo resonaba en el interior de su pecho y lo hacia estremecer por intérvalos desiguales.

Algunas veces solia escaparse de sus cárdenos lábios el nombre de su padre, el de su madrastra y la palabra «perdon», y otros momentos parecia insensible á cuanto le rodeaba.

Pocos instantes le quedaban de vida, y como habia dicho la reina, el paje no debia encontrar sino un cadáver.

El prior levantaba la voz y se aproximaba mas al lecho, á medida que se estinguia la vida del príncipe.

¡Imponente cuadro!

El sacerdote, poseido de la fé que predicaba, parecia pendiente de la respiracion del moribundo como si temiese que el alma se escapase antes de haber sentido la verdadera contricion que debia salvarla.

Ruy Gomez sufria tormentos horribles. La conciencia, con su grito implacable y continuado le acusaba sin cesar de la muerte del príncipe, de la del marqués de Poza y de la que amenazaba tambien á Isabel de Valois. En vano luchaba el esposo débil por apartar de su memoria el recuerdo de sangrientos episodios cuyos mas insignificantes detalles se le representaban para desgarrarle el alma. El tormento de la conciencia es el peor de todos, el mas insoportable, porque ni las fuerzas ni la voluntad bastan á defenderse de él. Las exhortaciones del prior, espresadas con toda la elocuencia del que habla inspirado por la fé, recordaban

á Ruy Gomez que habia un Dios de severa justicia y al que todos tenian que dar cuenta de sus acciones. El de Eboli, de edad avanzada ya, próximo á la muerte, sentia mas vivamente el temor de someterse al juicio terrible del Eterno. Mucho sufria, repetimos, en aquellos momentos. Su rostro estaba pálido en estremo; parecia no atreverse á levantar los ojos, cuya mirada, que á la vez espresaba el espanto y el dolor, estaba fija en el pavimento. Temblaban sus manos y se doblaban sus rodillas en estremo débiles. Mas de una vez, el aterrado y arrepentido cortesano estuvo á punto de precipitarse en el lecho del príncipe para demandarle su perdon, pero detúvole el miedo de interrumpir al sacerdote precisamente en los momentos en que las palabras de este eran quizás la salvacion del moribundo.

El doctor Olivares se presentó en el aposento.

—Tarde venis, le dijo el prior. Dejadme salvar el alma; el cuerpo ya no puede salvarse.

—Continuad que yo no os interrumpo, contestó el médico con la frialdad del que mira la muerte bajo el punto de vista de la ciencia.

Y luego observó el pulso de don Cárlos; examinó sus ojos; aplicó á su pecho el oido; palpó la piel de sus manos, áspera, seca y fria; tocó su frente marchita, y murmuró:

—Es posible aun que se salve, pero lo mas probable es que sucumba.

—¿Qué decis? preguntó afanosamente Ruy Gomez que en aquel momento hubiera dado su vida por la del príncipe. ¿Queda alguna esperanza?

—La reaccion comenzada, contestó Olivares, no ha podido verificarse por falta de fuerzas; pero parece que quiere manifestarse por segunda vez, y si así sucede, tal vez se prolongue al menos un poco la vida, dándonos tiempo para obrar.

—¡Oh, salvadlo! repuso el de Eboli.

—Voy á recetar un nuevo medicamento del cual le dareis una cucharada no mas.

—No perdais un instante.

El doctor salió seguido de Ruy Gomez, y cinco minutos despues se administraba al paciente el medicamento.

El prior, convencido de que el príncipe estaba espirando, siguió sus consoladoras exhortaciones.

El de Eboli permaneció en el aposento, fija la mirada en el lecho de muerte, esperando ver en don Cárlos un síntoma cualquiera que cambiase su aspecto, que diese la mas leve animacion á sus miembros inmóviles.

La voz solemne y conmovedora del prior era lo único que interrumpia el silencio imponente que reinaba allí, porque habia cesado el hipo del moribundo y su respiracion era mas sosegada.

—El doctor no se ha equivocado, pensó Ruy Gomez. Quién sabe si aun se salvará.

En aquel momento dieron las doce, y al sonar la última campanada del reloj, sintióse un crujido en una de las macizas paredes del aposento...

Antes de proseguir debemos llevar al lector á que presencie otras escenas que tenian lugar al mismo tiempo que la anterior.

CAPITULO LXVIII.

El rey tiene que escuchar como hombre lo que el hombre le dice como sacerdote.

Ya vimos al reverendo Chaves salir de la prision del moribundo para decir al monarca que su hijo le pedia su bendicion en aquel instante supremo.

El sacerdote encontró á Felipe II solo, triste y abatido como lo dejamos antes.

—Señor, le dijo el reverendo Chaves, perdone V. M. que interrumpa sus tristes meditaciones para llenar un deber sagrado.

—¿Ha muerto mi hijo? preguntó el rey cuyos ojos se abrieron estremadamente y miraron con afan al sacerdote.

—No, señor, pero su espíritu está próximo á dejar la materia.

—Sentaos, padre mio, repuso Felipe con triste acento.

—Señor, dijo Chaves, el príncipe don Cárlos acaba de confesar y recibir la absolucion.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó el monarca elevando al cielo una mirada espresiva.

—Su arrepentimiento ha sido el mas verdadero, y faltaba lengua á su boca para espresar palabras de humildad, para alabar á Dios.

—¡Cuanto me consuelan vuestras palabras! Ya que tan temprano la muerte me roba á mi único hijo, réstame al menos la esperanza de que Dios acojerá misericordiosamente su alma ya que una verdadera contricion la ha purificado.

—Vuestro hijo, señor, como el último de los consuelos de este mundo y como una esperanza de su salvacion eterna pide el perdon de V. M.

—¡Mi perdon! exclamó Felipe II cuyos ojos se humedecieron. ¡Oh!... ¿Cómo ha podido dudar del perdon de su padre? Volved á su lado, corred antes que espire y decidle que yo lo perdono de todo corazon.

—Señor...

—No os detengais, padre mio, interrumpió el monarca. Que tenga ese consuelo en su agonia.

—Es poco para lo que tan justamente desea.

—¿Qué mas pide?... Todo, todo lo tendrá.

—Pide la bendicion de su padre.

Felipe II se estremeció.

—Mi bendicion... dijo, mi bendicion...

—¿Se la negareis?

—Vos no sabeis lo que pasa aquí, repuso el monarca, poniendo una mano sobre su pecho.

—Vuestro hijo espira...

—Y mi corazon se desgarra, padre.

—Es preciso que V. M. haga un esfuerzo...

—Os repito que no sabeis lo que pasa aquí. Mas que el príncipe, deseo yo bendecirlo; pero no me siento con fuerzas para

verlo. El mundo no me oye ahora, os hablo solo á vos y puedo mostrarme tal como soy, tal como me siento, sin que puedan echarme en cara debilidad en este instante de dura prueba.

—¡Debilidad! repitió el sacerdote. ¡Debilidad llamais al justo dolor que causa la muerte de un hijo! Señor, si los ojos de V. M. lloran, prueba será de la grandeza del corazon.

—No suele juzgar así el mundo.

—La insensibilidad no es prueba de valor ni de fortaleza. El hombre fuerte llora tambien, y la grandeza de ánimo solo la emplea para ahogar la desesperacion, hija casi siempre de los agudos dolores, y para sufrir resignado. ¿Es fuerte el que no sufre por las desgracias de su prójimo? ¿Es fuerte el que vé impasible y tranquilamente morir á su hijo? Esa es la crueldad y no el valor. ¿Qué importa á un padre que el mundo vea las lágrimas de su justo dolor, cuando esas lágrimas lo engrandecen?

—¡Padre mio! exclamó Felipe con acento ahogado y ocultando entre las manos el rostro.

—Id, señor, al lado de vuestro hijo; llorad sobre su frente marchita por la muerte; que vuestras lágrimas, como rocío consolador, endulzarán su agonia, y endulzar la agonia de un moribundo es el mayor de todos los beneficios que el hombre puede hacer. ¡Qué tranquilamente espirará el desgraciado jóven si siente sus megillas humedecidas por vuestro llanto! ¡Oh! dichoso el que tiene un padre que lo llore, porque las lágrimas de un padre no tienen igual, á ellas no alcanzan en tiernísimo dolor las de un hermano, las de un hijo ni las de una esposa. ¡Dichoso el que tiene un podre que lo llore porque este favor lo alcanzan pocos, porque la terrible ley de la naturaleza dá la muerte al padre antes que al hijo! Dichoso el que al espirar recibe la bendicion de su padre, porque esta bendicion es la de Dios y le abre las puertas del Paraiso!

—¡Oh, si, dichoso mil veces, repitió Felipe II! ¿Pero cómo ir á su lado? Las fuerzas me faltan, las fuerzas del cuerpo, no las del espíritu, no las del deseo.

El rostro del sacerdote tomó una espresion de sublime ener-

gía la mas imponente, y como si no hablase con el monarca, replicó:

—¡Que os faltan las fuerzas del cuerpo cuando os sobran las del espíritu, las de la voluntad!... ¡Oh!... ¡Felipe de Austria, si el príncipe don Cárlos tuviese una madre, la veríais correr al lado de su hijo para darle su último beso! ¡Y no le faltarian las fuerzas, débil muger; le sobrarian para atravesar el mundo de polo á polo hasta encontrar al pedazo de sus entrañas para estrecharlo contra su seno y recibir en él el último aliento de la muerte como en él habia recibido el primero de su vida! ¡Y no le faltarian las fuerzas para gritar, «adios, hijo mio», ni para exclamar, levantando al cielo sus ojos, «Virgen santa, ampara á mi hijo; su desconsolada madre queda en la tierra, sé tú su madre en el cielo; ruega por él al santo Dios que vistes morir en la cruz, ruégale como ruega una madre!» Y levantaría su mano, trémula pero firme, y bendeciria á su hijo. ¡Y vos que sois hombre decis que os faltan las fuerzas! Si vuestro cuerpo está debilitado, comuníquele vigor vuestro cariño de padre, buscad fuerzas en vuestro mismo dolor, porque un moribundo os pide su bendicion, porque un hijo os llama en la agonía, y á un moribundo no se le niega cuanto puede tranquilizar su conciencia, la voz de un hijo que espira debe ser escuchada.

Felipe II, conmovido, trastornado, cayó de rodillas ante el sacerdote, cruzó las manos é inclinó la cabeza.

—¡Padre mio! exclamó. ¡Si supiérais cuanto padezco en este instante!

—Mas padece el que espira y vé sobre su cabeza la espada de la justicia divina.

—¡Perdon por mi debilidad!

—No sois débil, os engañais á vos mismo.

—Apénas puedo sostenerme.

—Si, podeis sosteneros, mostrar sereno el rostro y el ánimo resuelto y firme. Os engañais á vos mismo, y os lo probaré.

—Me seria imposible dar un paso.

—Levantaos, repuso Chaves.

Y luego se dirigió resueltamente hácia la puerta.

—¡Ola! gritó. ¡El gentil-hombre de guardia!

—¿Qué haceis? dijo el monarca.

Y poniéndose de pié súbitamente, oprimió su pecho, exhaló un suspiro, y compuso su semblante que en un segundo apareció grave y sereno como de costumbre. Semejante transformacion debia costarle un esfuerzo de los que muy pocos hombres son capaces, pero que en Felipe II eran una costumbre.

—Id á preguntar cómo está el príncipe, dijo al gentil-hombre.

Este salió despues de hacer una profunda reverencia.

El monarca inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Ya veis, le dijo Chaves, como vuestras piernas pueden sosteneros, como vuestro rostro se presenta al mundo grave, pero tranquilo, y vuestras palabras salen de vuestra boca sin que se turbe la lengua.

—Dura ha sido la prueba.

—Pero indispensable.

—Es verdad, padre.

—¿Os sentis ahora con fuerzas para ver á vuestro hijo?

—Os obedeceré, padre mio, contestó el rey con resignacion. Os obedeceré porque no puedo resistir vuestra autoridad de sacerdote.

—No quiero que me obedezcais á mí, sino á los impulsos de vuestro corazon.

—¡Oh!... si, quiero ver á mi hijo, consolarlo con mi bendicion en su agonía.

—¿Es ese vuestro deseo?

—Si: antes creí que no tendria fuerzas, pero me habeis probado cuánto puede la voluntad del hombre.

El gentil-hombre volvió.

—Señor, dijo, S. A. el príncipe de Astúrias sigue en el mismo estado, segun opina el señor prior.

—¿Hay alguien que piense de distinto modo?

—Don Ruy Gomez de Silva.

—Esplicaos.

—Hace poco rato que el doctor Olivares vió á S. A. y le recetó un nuevo medicamento, del que se le ha dado una cucharada segun ordenó.

—¿Y el doctor opinaba?...

—Que aun era posible, aunque no probable, que se verificase la reaccion.

—¿Y se ha presentado algun síntoma?...

—Hace pocos instantes que la respiracion de S. A. es mas sosegada, y esto lo cree don Ruy síntoma bueno.

—¡Si aun se salvará! exclamó el rey.

— No lo espereis así, dijo Chaves.

—Decid, repuso el monarca al gentil hombre, que avisen á Olivares para que observe al príncipe sin moverse de su lado.

—El sirviente salió.

—Padre, añadió Felipe, vamos á ver á mi hijo.

—Estoy á vuestras órdenes, señor.

El rey meditó algunos momentos y luego dijo:

—No respondo de mis fuerzas cuando me encuentre cerca de mi hijo.

—Señor....

—Tranquilizaos, padre, ire;

—Tened confianza: ya habeis podido convenceros....

—De que la presencia de otro hombre que no sea el confesor, me obliga á sacar fuerzas de mi misma flaqueza.

—Allí tiene V. M. á Ruy Gomez.

—No es bastante: quiero que me acompañen algunos caballeros, porque asi, aunque tenga que destrozarme el corazon me mostraré sereno.

Felipe II volvió á llamar al gentil hombre, y le dijo:

—Haced que vengan dos ó tres de los primeros caballeros que encontreis en la antecámara.

Pocos momentos despues entraba el Comendador Maldonado y dos caballeros mas.

—Señores, les dijo el monarca, quiero que me aconpañeis en un trance harto triste y doloroso. Mi hijo el príncipe don Carlos,

despues de haber confesado con toda la fé y contricion de un buen católico, me pide mi bendicion. Voy á darsela y á rogar á Dios que le dé la suya; pero este solemne acto deben presenciarle mis vasallos mas fieles, porque me servirá de consuelo ver á mi lado á las personas que me profesan un verdadero cariño.

Los cortesanos dirigieron al rey algunas palabras asegurándole su adhesion y lealtad y manifestándole la parte que tomaban en su justo dolor.

—Gracias, amigos mios, les contestó Felipe.

—Estamos á las órdenes de V. M.

—Vamos, pues.

Y llevando á la derecha al reverendo Chaves, y seguido de sus cortesanos, salió el monarca con su acostumbrada gravedad, y sin que en su rostro se notase otra alteracion que la de una profunda arruga que se marcaba entre sus cejas.

Dejémoslo caminar hácia el aposento en que espiraba el príncipe, y retrocediendo veinte minutos, veamos como se encontraba el pajecillo.

CAPITULO LXIX.

Ultimos esfuerzos del paje.

Ya conocen nuestros lectores el sitio en que habian establecido sus trabajos el paje y el capitan.

La escasa luz de una linterna alumbraba la colosal figura de Pero Leon que, con una rodilla en tierra, y ayudado de su palanca, ensanchaba el agujero abierto en la pared por donde debia penetrarse al desvan. Solamente las prodigiosas fuerzas de aquel hombre hubieran podido llevar á cabo la obra sin mas que sus puños, pues la herramienta no la empleaba sino para hacer empuje, evitando los golpes que pudieran llamar la atencion. El agujero era ya bastante grande, pero no lo suficiente para que nuestros amigos pudiesen pasar por él.

El paje, entre tanto, estaba inmóvil en la puerta de su habi–

tacion, atento al menor ruido que de fuera llegaba, para evitar cualquiera sorpresa. El corazon del valeroso niño latia con una violencia estremada; su cabeza parecia encendida; su razon estaba exaltada, y en aquellos momentos nada le hubiera importado la muerte, nada le hubiera hecho retroceder. La poca seguridad de encontrar vivo al príncipe le atormentaba mucho, porque si tanto esfuerzo y el arrostrar tantos peligos de nada servia, su situacion despues habia de ser bien triste.

—¿Llegaré tarde? pensaba. ¿Comprometeré al capitan para no conseguir mi deseo? Al menos, Dios mio, que yo solo pague mi atrevimiento. Ya no debo retroceder.

Y luego se acercó al capitan para ver el estado de la obra.

—Poco falta, le dijo.

—¡Voto al infierno! contestó Pero Leon. ¡Si yo pudiera dar no mas que media docena de golpes á mi gusto, pronto pasaríamos al otro lado! Estos malditos ladrillos están mas duros que piedras.

—Y el tiempo es precioso.

—Mucho me temo que sea inútil nuestro trabajo.

—Y advertid que jugamos la vida, señor capitan.

—Eso es lo de menos, contestó este á la vez que se encojia de hombros.

—Nada temo por mí, pero vos...

—¿Y qué pierdo si me cuesta la cabeza este negocio? Bastante ha servido mi pellejo. Mal podemos salir con nuestro intento, pero os juro por mi tizona que no he de dejar que me echen el guante sin haber primero echado yo al otro mundo á media docena de hombres. Aun me queda alguna fuerza á pesar de este trabajo: ya veis, añadió rompiendo un ladrillo; pues con mas facilidad se rompe la cabeza á un hombre. ¡Voto á Judas!... ¡Y si pudiera cojer entre mis manos á Ruy Gomez!...

—¡Ruy Gomez!... ¡oh!... ¡el asesino del marqués! murmuró el paje.

Y apretó los puños y sus ojos despidieron dos centellas.

—A vuestro puesto, repuso el capitan.

—Teneis razon, pueden sorprendernos.

Volvió Luis á la puerta, y á los pocos instantes sintió un leve ruido como el que hace una persona que camina con miedo de que la sientan.

—Alguien viene, murmuró el paje.

Y ya se disponia para avisar al capitan, cuando oyó una voz comprimida que dijo:

—Soy yo, Blanca.

—¡Blanca! exclamó el paje. ¡Dios mio, qué sucederá!

Efectivamente, la doncella llegó.

Su rostro estaba pálido y descompuesto, y sus manos temblaban.

Al ver á Luis se arrojó en sus brazos y de sus ojos brotó un raudal de lágrimas.

—¡Llego á tiempo! exclamó.

—¿Qué buscaís? le preguntó el sorprendido niño. ¿A qué venis?

—A salvarte.

—¡A salvarme!... ¿Qué ocurre?

—¿Acaso no sabes que en este momento tu vida depende de una casualidad cualquiera?

—¿Pero amenaza algun nuevo peligro?

—No son pocos los que ya amenazaban.

—¿Por qué dijísteis que llegabais á tiempo?

—Porque aun puedes abandonar tu loca empresa sin que tengas nada que temer.

—¡Loca empresa llamais á salvar al príncipe!

—¡Loca, sí, porque don Cárlos está espirando en estos momentos, quizas ya no exista.

—¡Oh!...

—Aun es tiempo.

—Señora, repuso el paje con acento firme, he jurado llegar hasta el príncipe y cumpliré mi juramento aunque me cueste la vida.

—¡Luis!

—En vano os opondreis. La pared está rota y dentro de cinco minutos podremos entrar.

—Encontrarás un cadáver rodeado de alabarderos.

—Pero habré cumplido lo que juré.

—Tu razon se estravia.

—Señora, alejaos, no me quiteis el valor de que tanto necesito ahora.

La doncella cojió entre sus temblorosas manos las de Luis, y apretándolas contra su agitado pecho, exclamó:

—¡Por el recuerdo de tu madre, huyamos! ¡Piensa que eres mi único apoyo, y que vas á dejarme abandonada!

—¡No me supliqueis, señora!

—Tu muerte es segura: el aposento del príncipe está lleno de gente, y no podrás entrar en él sin caer en manos de nuestros enemigos.

—Aun cuando así suceda.

—¡Tu muerte es la mia!

—¡Por Dios, señora, por Dios, no amengüeis mis ánimos! dijo Luis haciendo un esfuerzo para dominar su emocion.

—Está ofuscada tu razon.

—Y estraño que el coraje no me haya vuelto loco.

—¿Qué haras cuando entres en la prision y la encuentres llena de cortesanos que fingen llorar la muerte del príncipe?

—Echaré en cara sus crímenes á esos cortesanos miserables, y me volveré para ir á Flandes á vengarme del rey.

—Te acometerán todos á la vez.

—En dos brincos subiré mi escala, y ninguno podrá alcanzarme.

—Te cortarán la retirada.

—Allí enfrente hay una puertecilla que da entrada á una galería practicada en el interior del muro, y los dejaré burlados.

—Tú no puedes preveerlo todo.

—Ya sé que me rodean mil peligros, repuso el paje con acento de resolucion.

—Piensa, Luis, que te espones por salvar la vida á quien ya la ha perdido. ¿No es esto una locura?

—Señora, el príncipe no ha muerto aun, vos misma lo habeis

dicho; y aunque está espirando, quizas pueda yo recojer su último aliento, darle el último adios, estrecharlo en mis brazos, y.... ¡oh!.... ¡por esto daria la vida, cien vidas que tuviera!

Los ojos de Luis se inflamaron y su pecho se agitó mas de lo que ya estaba.

—Si vive aun, prosiguió con exaltacion, atropellaré á todo el mundo, á cortesanos y alabarderos, al mismo rey, y llegaré á su lecho, lo abrazaré, y de allí no podrán arrancarme sino despues de haberme hecho pedazos! ¡Oh! pero mi sangre costará mucha sangre porque me acompaña el capitan y su brazo no estará ocioso.

Blanca se sentia desfallecer; las palabras del paje le horrorizaban porque conocia toda la fuerza de voluntad de aquel niño.

—Bien, dijo la doncella con acento ahogado. Bien, Luis; sigue adelante. Dentro de poco tu cuerpo y el mio se verán destrozados por las alabardas de los soldados del rey.

—¡Vuestro cuerpo! exclamó Luis, dando un paso atras.

—Sí mi cuerpo, sí, porque ya no me moveré de tu lado, porque contigo saldré del alcázar ó contigo moriré en la empresa.

—¿Habeis perdido la razon, señora?

—Ambos la hemos perdido.

—Vos no podeis permanecer aquí.

—Si puedo permanecer, porque si ningun peligro corres me salvaré contigo, y si pereces...

—Señora...

—Yo no te sobreviviria mucho tiempo, me mataria el dolor porque no se resisten dos golpes de esta especie sin sucumbir; y ya ves, para morir luego, despues de haber sufrido nuevos pesares, mejor es morir ahora.

—¡Señora, por Dios, por la memoria del marqués, por mí á quien tanto amais, idos! exclamó el paje. ¡Idos que vuestra presencia puede perderme; esas lágrimas que salen de vuestros ojos me quitan el valor, y sin este sucumbiré!

—¡Mis lágrimas! dijo la doncella á la vez que secaba su llanto. Ya no las veras correr. ¿Piensas que me falta corazon para mos-

trarme serena, para recibir la muerte con la sonrisa en los labios? No, Luis, mi debilidad no disminuirá tu valor porque me verás animosa.

—¡Vuestra razon se estravia!

—Es verdad; estoy loca como tú lo estás tambien; pero mi locura me hará gritarte «¡adelante, no retrocedas!» y me oirás decir á nuestros enemigos, mostrandoles mi pecho y levantando mi frente con orgullo, «¡herid cobardes; haced vuestro oficio, asesinos. Yo era la dama del marqués de Poza, matadme como á él, sin que pueda defenderme!»

La fiebre trastornaba la razon de la doncella.

—¡Me estais atormentando horriblemente! exclamó el paje. ¡Tened compasion de mí! Vuestro loco intento me hará desistir del mio, y la conciencia me remorderá toda mi vida sino cumplo mi juramento.

—Tu juramento está cumplido; el príncipe ha muerto, y ya nada puedes hacer.

Luis apretó los puños hasta hacerse sangre con las uñas; su frente se contrajo, y luego, con voz firme repuso:

—Estoy resuelto, señora.

—¿A seguir?

—Sí.

—¿Aunque mueras?

—Aunque hubiese de perder cien vidas.

—¿Y aunque yo tambien pierda la mia?

—¡Señora, por Dios! exclamó el paje, haciendo un esfuerzo como si quisiese romper una cadena de hierro. ¿Se ha convertido vuestro cariño en ódio? ¿Por qué me atormentais?

—Te escucho y aun no puedo dar crédito á tus palabras.

—¡Compasion, Dios mio! exclamó Luis, elevando al cielo una mirada suplicante.

—Luis, el tiempo vuela: elije entre seguir adelante á costa de mi vida, ó retroceder salvándote conmigo.

La alternativa era terrible, y el desdichado niño tuvo que sostener en su interior una lucha que parecia desgarrarle el

alma. Mucho, muchísimo padecia en aquellos momentos. El dar el último adios al príncipe, el recibir su último suspiro, era para Luis un deber sagrado, una necesidad absoluta; pero satisfacerla á costa de la vida de Blanca á quien todo se lo debia, á quien amaba tanto, le parecia un crímen.

Largo rato permaneció el paje silencioso, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, sin dar mas señales de vida que algun ligero estremecimiento producido por su estado de escitacion nerviosa. No habia temblado la noche que solo, en medio de la mas completa oscuridad y caminando sobre resbaladizas pizarras y con un abismo á sus pies, introdujo la carta por la chimenea; no habia temblado cuando se vió sorprendido debajo de la mesa por el rey y el cardenal; pero al contemplar á la doncella, al pensar que iba á ser causa de su muerte en vez de salvarle la vida, de defenderla y de consolarla en pago de lo mucho que le debia, temblaba, sentia por primera vez el miedo, se horrorizaba.

Blanca, entre tanto, miraba afanosamente á su querido paje, y esperaba con ánsia su resolucion.

Luis vaciló, y ya iba venciendo la gratitud y el cariño que profesaba á su señora, ya se inclinaba á desistir de su atrevido, ó mas bien loco proyecto, cuando llegó el capitan, quien despues de espresar con un juramento la sorpresa que le causaba el ver allí á la doncella, dijo:

—¡Triunfamos! ¡Ya podemos pasar, voto al infierno!

Estas palabras produjeron un trastorno inesplicable en el espíritu de Luis; olvidóse de Blanca; sus ojos, empañados un segundo antes como si fuese á brotar una lágrima, se animaron repentinamente y brillaron como dos ascuas; se contrajo su tersa frente, y su rostro tomó una espresion terrible, casi feroz.

Blanca dejó escapar un ahogado grito de que no se apercibió el paje; tal era el estado en que se hallaba.

—¡Seguidme! exclamó el desdichado niño con el acento del que está embriagado por la sed de la venganza.

Y en dos brincos llegó al agujero abierto por el capitan.

La doncella cruzó las manos, hizo un esfuerzo supremo, elevó al cielo una mirada á la vez de súplica y de desesperacion, y dijo:

—¡Dios mio, salvadlo ó que yo muera con él!

Luego entró resueltamente por la abertura tras el paje y el capitan que llevaba la linterna.

Guardando el mayor silencio atravesaron el espacioso camaranchon, palacio de ratones, y en pocos momentos llegaron á una de sus paredes.

A favor de la luz de la linterna pudo el paje encontrar una argolla de hierro que habia como á dos pies del suelo.

—Esta es, murmuró.

Y asiéndola con ambas manos se preparó á tirar.

¡Cómo latia su corazon!

El de Blanca palpitaba tambien con violencia.

El capitan alumbraba impasible, sin que en su rostro se dejasen ver las señales de la mas leve emocion.

—¡Dios mio, dijo el paje, protejedme!

En aquel momento dió la primera campanada de las doce.

CAPITULO LXX.

Donde se dá cuenta de lo que sucedió en el cuarto del príncipe.

Ya dijimos que al sonar la última campanada de las doce se oyó un crujido en una de las macizas paredes del aposento donde espiraba el príncipe don Cárlos.

Tras el crujido, y sobre la cornisa, se movieron algunas piedras, girando hasta dejar una abertura por la que podia fácilmente pasar una persona.

El prior y Ruy Gomez fijaron en aquel sitio sus miradas, y sus rostros palidecieron mortalmente, á la vez que dejaban escapar un grito de sorpresa.

El paje habia aparecido en la abertura; pero no era en aquellos momentos el niño de rostro encantador, de burlona sonrisa, de espresion traviesa; era el hombre con faz ceñuda y terrible, imponente mirada y aspecto casi feroz.

Sus ojos brillaron como si fuesen á lanzar chispeantes cente-

llas, y sin detenerse un instante, dejó caer una escala, asegurándola en la cornisa, y se dispuso á bajar.

—¿Quién eres? gritó el prior con voz ahogada.

—¡El Diablo de Palacio! dijo el niño con imponente acento de terrible cólera.

—¡El Diablo de Palacio! repitió Ruy Gomez, estremeciéndose y dando un paso atras poseido del mayor espanto.

—¡El Diablo, si, repuso el paje, el que ha de castigar tus crímenes y viene á sacar de entre tus garras á tu víctima infeliz!

—¡Detente, desgraciado! gritó el prior. ¡Respeta la muerte!

Ya se encontraba el paje á la mitad de su descenso, cuando al oir estas palabras, fijó su mirada en el lecho del príncipe, y de su boca salió un grito de espanto y de dolor.

—¡He llegado tarde! esclamó con acento de desesperacion.

Y quedó inmóvil.

Entonces volvieron á reinar la calma y el silencio.

Ninguno de los que componian aquel triste cuadro daba señales de vida, y hasta el capitan, que ya asomaba la cabeza para seguir al paje, quedó sin movimiento.

Lo que pasó en el alma de Luis seria imposible esplicarlo. La luz faltó por un instante á sus ojos; sintió aturdida la cabeza, y parecióle que la sangre circulaba por sus venas como una corriente de fuego.

Ruy Gomez se sentia poseido de un terror que no le permitia hablar ni dar un paso. Temblaban sus miembros convulsivamente, y sus espantados ojos fijaban en el paje una mirada de indescriptible horror.

La desdichada Blanca, entre tanto, oculta detrás del capitan, se apoyaba en la fria pared porque las fuerzas le faltaban.

El page no pensaba en huir, permanecia como una estátua, y el prior, tambien aturdido por la sorpresa, no se le ocurria llamar en su ayuda á los que estaban en el inmediato aposento.

El príncipe exhalaba sus últimos suspiros, y con voz entrecortada y apenas perceptible llamaba á su padre. El infeliz no se habia apercibido de aquella escena.

Largo rato permanecieron de aquel modo.

Abrióse la puerta y Felipe II apareció pálido y grave. El comendador y los otros caballeros lo seguian.

Al ver la escala, al paje pendiente de ella, y al prior y á Ruy Gomez sin movimiento, se detuvo y de su boca salió una exclamacion de sorpresa que no pudo contener.

—¿Qué significa esto? dijo al fin.

Estas palabras hicieron volver en sí al prior y á Ruy Gomez.

—Ese, dijo el de Eboli con voz entrecortada, ese es... el Diablo... de Palacio...

Tal influencia ejercia este nombre en el ánimo del rey, que involuntariamente retrocedió un paso, su rostro palideció mas de lo que estaba, y fijó en el paje una mirada de espanto.

—¡El pajecillo!... murmuró.

—Sí, dijo Luis con vibrante voz y acento terrible. Yo soy el temido por tí, rey Felipe. Yo que he venido á salvar á tu víctima, pero que he llegado tarde. Dios lo ha querido así; empero al menos te recordaré tus crímenes.

—¡Miserable! exclamó el monarca que ya mas repuesto dió un paso hácia el paje.

—¡Detente! gritó este. ¡Respeta la muerte de tu hijo ya que no respetaste su vida!

Con tal acento pronunció estas palabras el atrevido niño, que el rey, completamente dominado, se detuvo involuntariamente y como si á sus pies se hubiese abierto un abismo.

Los demás caballeros permanecieron inmóviles, aguardando las órdenes del monarca.

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales Felipe II recobró algun tanto el dominio de su voluntad. Entonces penso que el paje no podia escapársele, y que por consiguiente nada perdia con dejarlo hablar algunos momentos.

Los hombres de alma no comun, de entendimiento privilegiado, tienen el don de hacerse escuchar de todos, porque su acento, sus miradas infunden cierta especie de respeto que no puede dominarse ni con el orgullo ni con la indiferencia. El paje

habia dicho al rey que iba á recordar sus crímenes, y estas palabras, que en boca de otro hubieran sido escuchadas con desprecio y castigadas en el acto, en la suya produjeron honda sensacion, y Felipe II quiso escuchar las acusaciones para sincerarse de ellas, como si el atrevido niño fuese algun personaje de importancia, bastante para acusar al rey de dos mundos.

Levantó Felipe la cabeza con aire orgulloso, y clavó en el paje una mirada severa.

—¿Conque eres tú, le dijo, el insolente que has pretendido burlarte de mí? ¡Lástima es, hermoso niño, que en edad tan temprana acabe tu vida á manos del verdugo! Te compadezco porque te he querido mucho, porque con tu ingenio has podido ser un grande hombre y has sido un gran criminal.

—¡El verdugo! exclamó el paje, soltando una carcajada nerviosa. No te lisonjees con esa esperanza, no. ¿Piensas que no he de burlarme de tí en esta ocasion? ¡Pobre rey! te ciega el orgullo, crees que todo lo puedes. Me llamas criminal porque he querido salvar á tu hijo y vengar al marqués de Poza. ¿Cómo llamarás al que lo asesinó? Mala pasion es la venganza, agena de nobles pechos, es verdad, pero tú no sabes una historia que yo te contaré, no sabes todo el mal que has causado, y quiero que lo conozcas para que te atormenten los remordimientos.

—¿Qué dices, miserable rapaz? ¿Piensas que seré bastante débil para escucharte?

—Si, rey don Felipe el Prudente, el Justo, me escucharás porque voy á pedirte justicia y tú no has de negármela si quieres que sea una verdad tu sobrenombre.

—¡Justicia! repitió el monarca á quien admiraba la audacia y serenidad del paje.

—El noble marqués de Poza amaba á doña Blanca y era correspondido.

A estas palabras hizo un gesto de sorpresa el comendador.

—Asesinaron al marqués, prosiguió Luis, y esto hizo desgraciada para siempre á doña Blanca á quien amo como á una madre.

Ruy Gomez no podia dominar el temblor que agitaba sus miembros.

—Siendo desgraciada mi señora, lo fuí yo; su vida es un tormento, y tambien la mia, porque siento cuando ella siente, sus alegrias son mis alegrias, mis pesares los suyos. ¿Comprendes ahora toda el mal que hizo el asesino del marqués?

—¿Y me pides justicia?

—Sí, te pido justicia y quiero que me digas lo que ese asesino merece.

Ruy Gomez apenas se podia tener de pié.

—Señor, dijo al rey con voz trémula, no debe V. M. permitir que se le falte al respeto por un rapaz miserable.

—Lo consentiré, contestó el monarca con severo tono, con tal que me diga quién es el asesino del marqués. Ese niño es reo de alta traicion, pero yo otorgo justicia aun al último de los criminales.

—Lo veremos, Felipe II, dijo el paje.

—¿Quién es el asesino del marqués de Poza? preguntó el rey.

—Tú, contestó el paje con imponente acento.

—¿Qué has dicho? exclamó el monarca cuyos ojos brillaron como dos centellas.

—¿Has olvidado la aventura del sombrero de Ruy Gomez?

—¡Esplícate, miserable!

—El príncipe de Eboli confió al comendador Maldonado el secreto de que tú habias mandado asesinar al marqués.

—¡Han abusado de mi nombre! exclamó el rey.

—¡Comendador Maldonado, prosiguió el paje, en nombre de la justicia del Eterno, declara por tu honor si Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, te dijo que el rey habia mandado asesinar al marqués de Poza!

—Mi lábio no ha mentido nunca, contestó el comendador con acento solemne. Declaro que el príncipe de Eboli me dijo que S. M. habia mandado que se asesinase al marqués de Poza. Señor, aquí tiene V. M. mi cabeza, pero mi lábio no sabe mentir.



¡PERDON! EXCLAMÓ RUY GOMEZ.

—Vuestra cabeza no; la de este miserable, dijo el rey, lanzando á Ruy Gomez una mirada de terrible cólera.

El de Eboli, sin poder ya sostenerse, cayó de rodillas y exclamó:

—¡Perdon, señor!

—No eres mi juez, prosiguió el monarca dirigiéndose al paje pero quiero defenderme para con el mundo. Yo no mandé asesinar al marqués de Poza, aunque si hoy viviese, lo entregaria al verdugo como traidor á su patria y á su rey. Será ejemplar el castigo del que á la sombra de mi nombre ha cometido un crímen; pero no tienes tú, rapaz atrevido, menos de que acusarte.

—Sí, tienes que acusarme de que he querido salvar á tu desgraciado hijo á quien has dado la muerte.

—¡Miserable!

—Desahoga tu cólera con injurias, rey Felipe; pero tu conciencia te gritará siempre por tus crueldades.

—¿No temes mi cólera? gritó el rey, dando un paso hácia Luis.

—¡Tu cólera! repitió con ironía el paje. ¿No me he burlado cien veces de ella? ¿Acaso tengo algo que temer? ¡Nécia vanidad! aun te hará creer tu orgullo que tu poder alcanza hasta desahogar en mí tu enojo.

—Por fin te he conocido, y pronto has de ver lo que te valen tus diabluras.

—Tú si que has de ver muy pronto que tu poder no alcanza á tanto como tu deseo.

—¡Aun te atreves!...

—¡Felipe II, acuerdate del Diablo de Palacio, del que tanto te ha perseguido, del que tantas veces se ha burlado de tí, pero que pudo haber sido tu vasallo mas leal! Me voy del alcázar, pero en Flandes vengaré á tu hijo, á tu esposa, al marqués de Bergen y al baron de Montigny.

—¡Asegurad á ese paje y cortad la retirada al traidor que está arriba! gritó el rey á sus gentiles-hombres.

—¡Aun tengo mi tizona, vive el cielo! exclamó el capitan.

En confuso tropel corrieron, unos hácia la puerta y otros hácia Luis; pero este, mas ligero que todos, trepó la escala y desapareció, cerrando tras sí la secreta abertura.

Ruy Gomez, aturdido aun, aprovechóse de la confusion, y trabajosamente, porque apenas le quedaban fuerzas para andar, salió sin ser visto.

Solamente quedaron en el aposento el rey, su hijo, el reverendo Chaves y el prior.

—Señor, dijo este al monarca, ante la muerte se bajan todas las cabezas; vuestro hijo os llama en este instante en que va á comparecer ante la eterna justicia del Omnipotente.

Olvidóse Felipe II del paje y de su traidor cortesano: la voz de la naturaleza llamó á su corazon, y con los ojos humedecidos acercóse al lecho del moribundo.

El cuadro habia variado completamente.

Reinó un profundo silencio.

—Padre, dijo don Cárlos con voz apenas perceptible, vuestra... bendicion...

Y en el último esfuerzo de la agonía, apretó convulsivamente contra su pecho el crucifijo, y añadió:

—¡Perdon!...

Felipe II hizo la señal de la cruz, y estendiendo el brazo, dió al príncipe la postrera bendicion.

—Yo te perdono, dijo, en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo.

Y una lágrima rodó por sus megillas.

El moribundo volvió á oprimir el crucifijo y espiró.

No se oyó en el aposento sino la oracion de difuntos que con ronca voz pronunciaron el prior y Chaves.

CAPITULO LXXI.

Para lo que puede servir un armario.

Como dejamos dicho, el paje trepó la escala y volvió al camaranchon, donde encontró al capitan y á Blanca que apenas podia sostenerse.

Cuando la secreta puertecilla se cerró, dejando burlados á los cortesanos, la doncella exhaló un grito, se arrojó en los brazos de Luis y quedó sin movimienio. Las repetidas y violentas emociones que habia sufrido debian necesariamente agotar sus fuerzas.

—¡Esto nos faltaba, vive el cielo! exclamó el paje con acento de desesperacion. Capitan, vos que teneis mas fuerza, llevad á doña Blanca y huyamos. Un solo instante que dejemos pasar puede perdernos.

Pero Leon cojió á la doncella en sus robustos brazos, y Luis, con la linterna, sirvió de guia en la peligrosa fuga.

Entre tanto el comendador Maldonado corria con una ligereza que nadie le hubiera supuesto al ver su obesidad, procurando alcanzar á los fugitivos antes que ninguno de los costesanos que habian salido en su persecucion. Tanto puede la voluntad, que el buen Maldonado los dejó atras á todos.

—Un instante, solo un instante, decia con voz ahogada por la fatiga. Un solo momento me basta para decirles que vive. ¡Y lo he tenido tan cerca y nada he podido decirle!... ¡Oh!

Efectivamente, el comendador tenia que revelar un gran secreto que tal vez habrán adivinado ya nuestros lectores. Solo á Blanca ó á su paje debia confiarlo, pero hasta entonces no habia podido hacerlo por ignorar, como á todo el mundo sucedia, la parte principal que les cabia en los acontecimientos de la presente historia.

—¡Era ella! proseguia el comendador mientras corria y sudaba. ¡Doña Blanca, la estátua de mármol y oro! Ya no estraño que se mostrase esquiva y desdeñosa á los galanteos de los nobles mas ricos de Castilla. ¡Si supiera que vive!... ¡Pero loco, loco el infeliz!... Mas le valiera haber muerto.

Al fin el comendador, despues de atravesar muchas habitaciones y subir algunas escaleras, llegó á una larga y estrecha galería, á cuyo final vió los reflejos de una luz y los bultos de dos ó tres personas que huian.

—¡Ellos son, exclamó!

Y haciendo un esfuerzo redobló la velocidad de su carrera.

—¡Deteneos! gritó.

Pero los fugitivos apresuraron sus pasos al oir la voz del comendador.

—¡Soy muy torpe! exclamó el comendador. Claro es que han de correr mas cuanto mas los llame. ¿Qué haré para que se detengan? El secreto no puedo decirlo á voces porque seria hacer mas daño que beneficio. Y ya se sienten los pasos de los que persiguen al paje...

Efectivamente, se percibia el lejano ruido de voces y pisadas de muchas personas.

—¡Deteneos! volvió á gritar Maldonado. ¡Soy el comendador!

—¿Y quieres que te mande á cenar con el demonio? dijo entonces el capitan sin detenerse. ¡Vuélvete, voto á cien legiones de condenados, si no quieres pagar lo que no has hecho!

—¡Estais perdidos sino me escuchais!

—¡Tú lo estás si sigues adelante! dijo Luis.

Tal esfuerzo hizo el comendador, que le faltó muy poco para alcanzar á nuestros amigos, y entonces se apercibió de que el capitan llevaba en sus brazos á la doncella.

—¡Va con vosotros doña Blanca!... Me alegro.

—¡Atras, voto al infierno! exclamó Pero Leon con voz de trueno.

—Tengo que revelaros un secreto, os doy mi palabra de honor, y ya sabeis que cumplo mis palabras: es un gran secreto del que depende la felicidad de doña Blanca. Ya se acercan los que os persiguen, no perdamos el tiempo, concededme un instante no mas que soy el único amigo que teneis en el alcázar.

—¿Lo jurais? dijo el pajecillo.

—Lo juro por Dios y por mi honor, contestó Maldonado que sin poder soportar la fatiga se detuvo, apoyándose en la pared.

El paje tambien se detuvo.

—Lo creo, dijo, porque es hombre de honor; pero si me engaña lo mato... está solo...

Y se dirijió hácia el sitio en que el comendador, sin aliento ni aun para hablar, lo esperaba.

Pero en aquel momento los perseguidores de Luis se aproximaron tanto, que este no creyó prudente el perder un tiempo precioso, y retrocediendo, dijo:

—No es ocasion de hablar, sino de correr.

—¡Traidor! gritaron entonces muchas voces. ¡Al fin has caido en nuestro poder!

Y efectivamente, no parecia que pudiesen escaparse nuestros migos, porque tenian á diez pasos á sus perseguidores.

—¡Adelante, capitan! gritó el pajecillo.

—¡A ellos! dijeron los otros.

—¡Vive! exclamó el comendador ya decidido á todo. ¡Vive el!..

Pero no pudieron entenderse las demás palabras que pronunció porque se confundieron con los gritos de los gentiles-hombres y soldados.

Todos corrieron en confuso tropel, pero entre perseguidos y perseguidores mediaba siempre la misma distancia.

Sin embargo, el paje y el capitan tenian gran desventaja: el primero porque estaba muy cansado, y el segundo porque no podia moverse con libertad, llevando á Blanca en sus brazos.

Llegaron al final de la galeria; bajaron á brincos una escalera; atravesaron un salon desamueblado y un pasillo; subieron otra escalera, y entraron en una nueva galeria mas ancha que la primera é iluminada por un gran farol.

—¡El último esfuerzo, capitan! gritó el paje. Ya verán esos malsines lo que es habérselas con el diablo.

Y deteniéndose junto á un armario de madera de grandes proporciones que debió armarse en aquel sitio porque no cabia por ninguna puerta, lo abrió y dijo:

—¡Por aquí!

Y seguido del capitan, metióse dentro del empolvado mueble, y cerrólo con la misma velocidad que lo habia abierto.

—¡Se ha escapado! exclamaron algunos.

—¡No se ha escapado! dijeron otros.

Luego empujaron las apolilladas puertas que cedieron fácilmente, pero su sorpresa fué grande cuando encontraron el mueble vacio.

—¡Se ha burlado de nosotros!

—¡Porque es el diablo!

—¡No hay que perder la esperanza!

—¡Derribemos la pared!

—¿Y entretanto en donde estará? Debe haber ahí una puerta que no conocemos; hay que derribar la pared, pero esto les dá tiempo para huir.

—¿Qué hacemos?

—Cerrar todas las puertas del alcázar.

—Que no salga nadie sin ser escrupulosamente reconocido.

—Sí, sí, á las puertas los unos, y los otros á dar parte á S. M.

—Me parece, dijo un soldado, que no lo cojeremos, porque si no puede salir por las puertas saldrá por las ventanas, por el techo, por cualquier parte. ¿No veis que es el diablo?

—¿Le teneis miedo?

—Todo el infierno junto no me hace temblar.

—Si os encontráseis con él á solas...

—Le daria un abrazo porque, aquí en confianza, es mozo que me gusta por lo travieso.

Dispusieron entonces reconocer el fondo del armario, y rompiendo las tablas que estaban sobre la pared, no vieron sino esta. lisa, blanqueada y sin la mas leve señal.

—Aquí no hay ninguna puerta, dijo un caballero.

Y tenia razon, porque ninguna puerta secreta habia en aquel sitio.

Todos cavilaron, pero ninguno acertó cómo habia podido escaparse por allí.

Nosotros vamos á saberlo, y á despedir al paje, antes de ir á saber lo quo habia sido de Ruy Gomez y de doña Ana de Mendoza.

CAPITULO LXXII.

Cómo desaparecieron los fugitivos del armario, y lo demás que sucedió.

Cuando los cortesanos rompieron las tablas que cerraban por detras el armario y vieron la pared lisa, sin señal alguna, empezaron á creer, aun los mas despreocupados, que el paje era verdaderamente el mismo satanás que habia tomado aquella interesante figura para burlarse del rey. Y efectivamente, era para dar que pensar la desaparicion repentina de tres personas encerradas en un armario, cuando ninguna salida tenian.

Sin embargo, era la cosa bien sencilla, pues si no habia puerta en la pared, habia una compuerta en el suelo, cubierta por el ancho mueble, y no tuvo el paje que hacer sino levantarla y, seguido del capitan, bajar una muy pendiente y estrechísima escalera, encontrándose en un aposento tan reducido que apenas te–

nia tres pies de ancho y seis de largo, sin que en sus paredes labradas con caprichosos adornos cubiertos de telarañas se viese puerta, ventana ni agujero alguno mas que el angosto por donde entraron nuestros amigos.

Respirábase con dificultad en aquel tabuco, y la luz de la linterna apenas ardia.

—¡Voto á los cuernos de satanás! dijo Pero Leon al verse allí metido. ¿Hemos de quedarnos aquí?

—Ni un instante, contestó Luis mientras que acercaba la linterna á las paredes como si en ellas buscase algo.

—Lo digo porque este encierro no es muy cómodo.

—Aquí corremos mucho peligro, amigo mio, porque si no son sobrado torpes los que nos persiguen, despues de convencerse de que no hay escapatoria por la pared, reconocerán el suelo.

Y así hubiera sucedido si el aturdimiento de la sorpresa no entorpeciera el entendimiento de los cortesanos.

—Es decir que estamos perdidos si aciertan con la trampa antes que salgamos de aquí.

—Y aun despues que salgamos, porque á fuerza de golpes encontrarán la puerta que yo busco ahora.

—Daos prisa, que ya va haciéndose largo el desmayo de doña Blanca, y aquí apenas hay aire que respirar.

—Las mugeres siempre son lo mismo: poco ha faltado para que su obstinacion nos pierda á todos, repuso el paje. Y no encuentro...

—¿Tendremos que volver atras?

—Una estrella falta de uno de los cinco picos que tienen todas... ¡Oh!... aquí está.

—Gracias á Dios ó al diablo.

—Que soy yo, dijo Luis.

Y apoyó el dedo en el centro de una de las muchas estrellas que formaban los relieves de la pared.

Oyóse entonces un crujido metálico, y se abrió una puertecilla.

—Seguidme.

Internáronse en un pasillo estrecho, y la puerta volvió á cerrarse.

—¿A donde vamos? preguntó el capitan.

—Pronto lo vereis.

No sin algun trabajo anduvieron algunos minutos, llegando al fin al término del pasillo donde no se veia ninguna salida.

—¿Otra vez encerrados? dijo Pero Leon.

—Callad, y con vuestro sombrero haced aire en el rostro de doña Blanca: vamos á entrar en uno de los aposentos del palacio, tendremos despues que atravesar otros dos, y nos esponemos á llamar la atencion llevando á mi señora como está.

El capitan obedeció al paje, y dijo.

—Me parece que vuestro atrevimiento raya en locura. ¿Así, sin mas ni mas, hemos de meternos en las habitaciones?

—Cualquiera diria que teneis miedo, repuso el paje á la vez que aplicaba el oido al muro y escuchaba.

—Lo tengo, pero no por mí.

Hubo algunos momentos de silencio.

Luis no percibió ni el mas leve ruido.

—¿Dá señales de vida? preguntó al capitan.

—No hace el mas leve movimiento.

—¿Qué hemos de hacer? repuso el paje, acercándose á su señora y mirándola afanosamente. Quizás en este momento siguen nuestros pasos... estamos perdidos si no vuelve en sí muy pronto... ¡Oh!...

Y el hermoso niño apretó los puños con rábia y rechinó los dientes.

—Si nos cojen aquí no escaparemos; podremos vender caras nuestras vidas, pero al fin sucumbiremos.

El capitan procuraba refrescar el rostro de Blanca con el aire que recojia su sombrero movido á manera de abanico; pero la doncella no daba señales de vida; y su desmayo iba siendo demasiado largo para que no infundiese algun sério temor al paje.

La situacion era bastante apurada. Probablemente ya habrian

descubierto la compuerta que estaba oculta por el armario, y muy pronto deberian penetrar en el pasillo donde no quedaba mas recurso que morir matando ó entregarse á discrecion.

Esta idea era un tormento horrible para Luis á quien, si no acobardaba la muerte, le desesperaba el ser vencido por los que le habian servido de juguete, y se estremecia al pensar en la suerte que esperaba á Blanca, débil mujer, sin apoyo ni defensa, inocente de todo, y que serviria para satisfacer todos los ódios, todas las venganzas, que sufriria ella sola el castigo que á todos debia imponersele. ¿Mas cómo sacarla de allí? ¿Cómo atravesar las habitaciones del alcázar con una mujer en los brazos, cosa bastante para llamar la atencion, que embarazaria si era menester defenderse, que estorbaria si era preciso correr? Si la doncella hubiese podido ir por su pié, no era tanto el peligro, porque si alguien los veia desde léjos, de un estremo al otro de los anchos salones de aquel palacio, no los conoceria, y si encontraban cerca á persona alguna podian hacerle guardar silencio de una puñalada.

El paje, despues de intentar vanamente el hacer recobrar á su señora el uso de los sentidos, frunció el entrecejo, y exclamó:

—¡No, no la abandonaré aunque tenga que sacrificarme! ¡Todo por ella!

—¿Qué hacemos?

—¿Qué?... Esperadme aquí, capitan.

—¿A dónde vais?

—Por agua, por éter, por un médico si es preciso...

—¡Solo!...

—Solo no; voy con la daga que me regaló el príncipe, es buena compañera.

—Habeis perdido el juicio.

—Con tal que no pierda á doña Blanca, poco me importa, contestó el paje con acento que revelaba su loca desesperacion.

Y sin detenerse empujó un boton de bronce que sobresalia en la pared, y se abrió una puerta que por la otra parte era el trozo de pared que habia entre dos columnas de medio relieve, de

las muchas que sostenian el cornisamento de piedra de un ancho salon iluminado por una lámpara de bronce que pendia del techo.

El pajecillo entró en aquel salon y cerró tras sí la puerta.

Su penetrante mirada lo registró todo en un segundo.

¡Cómo palpitaba su corazon!

El silencio y la soledad reinaban allí.

—¡Dios mio, protegedme! murmuró el hermoso niño elevando al cielo una mirada suplicante.

La alfombra que cubria el pavimento ahogó el ruido de sus cautelosos pasos, y con la diestra en la empuñadura de su daga, inquieta la mirada y el oido atento, atravesó el salon y entró en otro no menos espacioso.

Tampoco habia nadie allí. Como en la anterior habitacion, una lámpara esparcia sus blanquecinos resplandores.

—Es estraño, murmuró Luis. Parece que el alcázar está desierto. ¿Qué sucederá?... No es difícil adivinarlo: la prision del infeliz don Cárlos está léjos de aquí, y lo mismo las habitaciones de doña Ana, y la curiosidad habrá llevado allí á todo el mundo.

Así era en efecto, sin contar con que muchos se ocupaban en comunicar órdenes á los centinelas de las puertas esteriores del alcázar para que no se escapasen los fugitivos.

El paje atravesó el segundo salon con la misma felicidad que el primero, y penetró en un gabinete cuyas paredes estaban tapizadas con rica tela azul y adornadas con grandes espejos colocados de manera que casi tocaban al suelo sus anchos marcos dorados.

—Todo va bien, repuso Luis, con tal que llegue á tiempo.

Y apretó uno de los florones que adornaban el marco de un espejo, y este giró, presentando un hueco como el de una alhacena y cuyo fondo de tablas lo formaban las hojas de la puerta de un armario.

El paje entró, cerró la puerta de espejo, abrió la de madera y se encontró en el aposento de Blanca y suyo.

Aquel de nuestros lectores que tenga buena memoria se acor-

dará de que al principio de esta historia, y al describir la habitacion de Blanca, dijimos que allí habia un armario que ocultaba una puerta secreta.

Sin detenerse un instante abrió Luis otro armario pequeño de palo santo y sacó de él un pomito de cristal que metió en uno de sus bolsillos; luego tomó una copa de cristal, la llenó de agua, y volvió á salir por donde habia entrado.

El mismo silencio y la misma soledad.

Temblaba la mano en que el niño llevaba la copa como si estuviese llena de veneno para cometer un crímen: algunas gotas del transparente líquido cayeron en la alfombra de mil colores cuyos dibujos representaban una zambra morisca.

Era la primera vez que el paje habia tenido miedo en su vida; y no era por él sino por su querida señora.

Atravesó el gabinete, el uno y el otro salon.

Sus pasos eran silenciosos como los del asesino que se acerca á su víctima que duerme; sus miradas como las del ladron que teme ser sorprendido; su agitacion como la de la esposa que lucha con su virtud y con una pasion criminal y es adúltera por primera vez.

Llegó á la puerta secreta, abrióla y penetró en el pasillo.

Blanca no habia vuelto en sí.

El capitan se habia sentado en el suelo, la sostenia sobre sus robustas piernas y la contemplaba con toda la ternura de que era susceptible su corazon de hierro.

—Esto se va haciendo pesado, dijo Pero Leon al ver al pajecillo.

Este se arrodilló, sacó el pomito, destapólo y se esparció un olor bastante fuerte.

—¿Qué diablos es eso? dijo el capitan.

—Lo que ha de volverle la vida, contestó Luis.

Y aplicó el pomo á la nariz de la doncella que pocos segundos despues se estremeció.

El calor era sofocante en aquel estrecho recinto, y por la ente de Blanca corrian gruesas gotas de sudor, aunque frias.
fr

El paje le roció el rostro con agua.

—¡Doña Blanca, hermana mia! dijo con tierno acento.

La jóven entreabrió los ojos y exhaló un suspiro.

—¡Ya tiene vida! exclamó Luis, pasando de la desesperacion al mayor transporte de alegria.

En aquel momento se oyeron récios golpes dados en la pared del otro estremo del pasillo.

—¡Voto á Satanás! exclamó Pero Leon.

—¡Estamos perdidos! dijo Luis.

Y volvió á rociar con agua el rostro de la doncella, y la movió rudamente.

—¡Animo, señora!

Blanca dejó escapar un gemido, entreabrió sus lábios secos, y dijo con acento débil:

—Luis...

—Aquí estoy, repuso el paje. Animaos; un momento no mas y nos hemos salvado.

La jóven miró á su alrededor.

—¿Donde estamos? preguntó.

—Hasta ahora fuera del alcance de nuestros perseguidores; pero dentro de algunos minutos...

—¿Qué ruido es ese?

—Rompen una pared para darnos alcance.

—¡Ah! exclamó la doncella abriendo estremadamente sus grandes ojos en que se reveló el espanto. ¡Huyamos si aun es tiempo!

Y luego, como impulsada por un resorte se puso de pié; pero aquellas fuerzas ficticias la abandonaron y tuvo que apoyarse contra el muro.

—No puedo andar, dijo tristemente. Salvate tú, Luis.

—Os ayudaremos.

La doncella fijó su mirada en la copa que tenia el paje, y arrebatándosela, dijo:

—¡Agua!...

Y la apuró instantáneamente.

—Ya tengo fuerzas, repuso.

Efectivamente, el agua mitigó el calor que la ahogaba y le quitaba á sus músculos toda su energía, y pudo respirar con mas libertad.

—Huyamos, Luis, repitió.

—Apoyaos en el brazo del capitan, le dijo el paje, y seguidme sin hacer el menor ruido.

Los golpes continuaban.

El hermoso niño sacó de la vaina su daga, abrió la puerta, salió y tras él Pero Leon y Blanca.

En los salones encontraron la misma soledad y el mismo silencio.

La doncella sentia que las fuerzas la abandonaban nuevamente, pero pudo llegar á su aposento.

Allí se dejó caer en un sillon.

Las ventanas que caian al patio estaban abiertas, y el aire fresco de la noche fué devolviendo á la jóven la energía de sus fatigados miembros y algun tanto la tranquilidad de su agitado espíritu. Solo su privilegiada naturaleza hubiera podido resistir golpes tan rudos.

—¿Y qué hemos de hacer ahora? preguntó el capitan á la vez que estiraba sus nervudos brazos algo doloridos. Aquí nos sorprenderán fácilmente.

—Os equivocais, le contestó el pajecillo. Nadie se figurará que estamos aquí, con las puertas abiertas y á disposicion del primero que quiera echarnos el guante. Nos buscarán en los sitios mas apartados del alcázar, porque es natural que crean que nos hemos refugiado en el último escondite. Sin embargo, no permaneceremos en este sitio sino el tiempo preciso para que descanse doña Blanca, y en seguida nos iremos.

—¿Fuera del alcázar? preguntó el capitan

—Sí.

—¿No pensais que las puertas estarán bien guardadas? Esta será la primera precaucion que se habrá tomado.

—Tal pienso, pero como yo á fuer de diablo no necesito salir

por las puertas, ni tampoco vosotros que vais bajo mi proteccion, me cuido bien poco de semejantes precauciones.

—No sé como habeis de hacerlo.

—Ya lo vereis, repuso Luis.

Y se acercó á su señora para seguir prodigándole sus tiernos cuidados.

La doncella estampó un tierno beso en la frente pálida de su querido paje.

CAPITULO LXXIII.

De cómo algunos cortesanos se habian convertido en albañiles.

Mientras que la conversacion del paje, Blanca y el capitan llega á un punto interesante, y mientras es tambien ocasion de referir algunos otros sucesos de la mayor importancia, diremos lo que acontecia en dos sitios del alcázar real, en uno de los cualés se hallaban muchos cortesanos, y en otro solo el comendador que, á vueltas con su secreto, buscaba donde depositarlo como el que lleva una pesada carga y busca el sitio á propósito para dejarla y que descansen sus molidos huesos.

Como habian propuesto algunos, se dieron las órdenes mas terminantes para que no saliese una sola persona del alcázar sin que fuese acompañada del duque de Feria.

Pasado el primer aturdimiento, los cortesanos mas despreocupados hicieron compreder á los demás que alguna salida oculta

debia tener el armario porque, si bien el paje tenia de diablo los hechos, no era mas que un hombre como cualquiera. Entonces volvieron á registrar el armario, y como nada se encontraba en la pared, pensaron en el suelo, y fácilmente dieron con la compuerta.

Entonces bajaron, los unos con pistolas ó arcabuces, los otros con espadas y algunos con palanquetas de hierro por si era menester derribar alguna pared.

No fueron inútiles estas herramientas, porque una vez llegados al tabuco de que ya hicimos mencion, y no encontrando salida, tuvieron que hacer uso de ellas.

Entonces descargaron furiosos golpes en las cuatro paredes, y cuando en una de ellas resonaron en hueco, fijaron allí su atencion.

Estos golpes fueron los que habian oido el paje, Blanca y el capitan.

Poco tardaron los cortesanos en derribar la puertecilla, y deteniéndose temerosos de ser sorprendidos en el estrecho callejon que se les presentaba, discutieron sobre las precauciones que debian tomar.

—Ningunas mas que no perder el tiempo, dijo un robusto alabardero, tomando una linterna y blandiendo su daga.

Y resueltamente entró en el pasillo.

Siguiéronle todos; pero bien pronto hubieron de detenerse otra vez porque se encontraron sin salida.

Nuestros amigos acababan de desaparecer en aquel instante, y aun se percibia el olor del éter, y se veia en el suelo la copa.

—¡Voto á mil diablos! exclamó el alabardero. ¡Tenemos que derribar otra pared!

—Y mientras tanto ganan tiempo.

—Y Dios sabe á dónde estarán ya.

—A bien que no pueden salir del alcázar.

—¡Ánimo y vuelta á las palancas!

—Esperad, dijo uno, reparando en el boton de bronce que sirvió al paje para abrir la puerta. Aquí tenemos un resorte.

—Empujadlo, tirad de él y dadle vueltas, así acertareis, contestaron algunos examinando el boton.

La operacion fué facilísima y pronta, y la puerta se abrió.

Como habia luz de la otra parte, el miedo no suscitó dudas.

Todos se precipitaron en tropel al salon, pero quedaron repentinamente parados, dejando escapar una unánime exclamacion de sorpresa.

—¡Es el salon de las columnas! dijeron algunos.

—Aquí hay tres puertas que dan á distintas habitaciones; ¿por cual de ellas habrán salido?

—Opino que por ninguna de ellas, dijo un gentil-hombre.

—Pues aquí no están repuso otro.

—¿Y no puede haber alguna de esas malditas puertas secretas!

—Reconozcamos las paredes.

—Con cuidado porque desagradaria á S. M. que se rompiese alguna de estas preciosas columnas.

No dejaron sitio donde no diesen repetidos golpes, pero estos apagaban sus sonido en el macizo muro.

—Vuelvo á mi opinion: ese paje no es hombre sino diablo.

—Si lo hubiéseis visto, como yo, oir misa devotamente...

—Y confesar.

—No lo sabia.

—¿Por qué puerta habrá salido?

—Por cualquiera que sea, ya estará muy léjos de aquí y oculto en uno de esos escondites que él solo conoce.

—¿Conque se burlará de nosotros?

—No se burlará sino por el momento.

—Y despues...

—No puede salir del alcázar.

—Tanto peor, porque así continuará dándonos guerra.

—Se morirá de hambre en su escondite.

—No penseis tal, porque denoche saldrá, y robará que comer.

—Entonces bastante castigado está con vivir emparedado

—Es que no está segura la vida del rey mientras ese rapaz permanezca en palacio.

—No temais.

—¿Quién os dice que no se introducirá por una puerta secreta en el dormitorio de S. M?

—Se tomarán precauciones.

—Todas son pocas para librarse de ese hijo de Satanás.

—¿Qué hacemos?

—Volver á donde está el rey y decirle que no servimos de nada.

—Se lo direis vos.

—Yo no.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

Todos hablaban á la vez y el comendador callaba.

Por último se esparcieron por unas y otras habitaciones, y Maldonado quedó solo.

—Me tranquilizo, murmuró. Estoy seguro que no lo encontrarán.

Luego reflexionó algunos instantes y repuso:

—Ese niño sabe mas que todos nosotros, y ninguno le llega en astucia. Yo necesito encontrarlo porque tengo que revelarle el secreto. Como á nadie se parece en su modo de obrar, esta noche, para escapar de la persecucion habrá hecho todo lo contrario de lo que parece natural que se haga, y casi estoy seguro de que en vez de alejarse permanecerá todo lo mas cerca de nosotros que le sea posible. ¿Pero dónde es ese mas cerca? Quizás esté embutido en alguna pared... inútil será buscarlo.

Sentóse el buen comendador y quedó pensativo.

—Al menos haré cuanto me sea posible, dijo despues de algunos instantes. No conozco ese laberinto de pasillos y escaleras ocultas, pero recorreré todos los aposentos del alcázar... es un desatino: ¿ha de estar tranquilamente en un salon donde todos entren y salgan? Imposible... ¿Y quién sabe? ¿Acaso ese niño se parece á nadie? Empecemos, pues, nuestra enojosa pesquisa aunque me encuentro muy fatigado. Veamos ese salon.

Levantóse el comendador y pasó al aposento inmediato y de allí al gabinete de los espejos.

—Bien, dijo, lo que es aquí no está. ¿Adónde he de dirijirme ahora? Creo que acabaré por volverme loco á fuerza de dar vueltas.

Quedó pensativo, y dándose luego una palmada en la frente, exclamó:

—¡Bueno! ¡Estoy orgulloso de mí! ¡Es la primera ocurrencia feliz que he tenido en mi vida! Nadie irá á buscarlo á su habitacion porque no cabe en ningun cálculo que esté allí, y por lo mismo no es dificil que en ella se haya refugiado para que tome aliento su señora á quien llevaba el otro en los brazos, desmayada segun parecia.

En efecto, la ocurrencia del comendador era feliz, y si otro la hubiese tenido, el peligro del paje hubiera sido mayor.

—Nada pierdo, prosiguió Maldonado, con entrar en la habitacion de doña Blanca. ¡Pobre muger!

Y sin detenerse salió del gabinete, y siguió una galeria escasamente iluminada por un farol.

Poco anduvo y su mirada se fijó en una puerta que estaba abierta de par en par.

—Aquí es, dijo. Se vé alguna claridad... Vamos, no pueden estar aquí porque al menos habrian cerrado para tener tiempo de ocultarse mientras derribaban la puerta. Sin embargo, estoy convencido de que hace las cosas al revés de todo el mundo.

El comendador se acercó á la puerta y escuchó.

—Parece que se oye un leve murmullo... Aquí están, no hay duda, ó por lo menos alguien habla... No hay que perder tiempo.

Nadie habia tenido el acierto que el comendador. Habia llegado el caso de que revelase su gran secreto, el secreto que, segun decia, era la felicidad de Blanca.

El eco leve de las palabras del paje, Blanca y el capitan, se hizo mas perceptible. No era mucha su prudencia en aquellos instantes, y jugaban con demasiada facilidad sus vidas. ¿Qué hubiera sido de ellos si otro cortesano fuese el que estaba á la puerta? Indudablemente la fortuna era decidida protectora del

paje, porque muchas veces acompañaba la mas loca imprudencia de niño á su arrojo de hombre.

Los ojos del comendador brillaron alegremente porque ya se consideraba libre del peso de su secreto, y decidido á entrar en el aposento de Blanca, movió un pié para dar el primer paso, cuando oyó que no muy léjos decian:

—Caballero ó quien quiera que seais ¿habeis visto al señor comendador Maldonado?

Este se volvió repentinamente, y quedó tan sobrecojido que no pudo contestar.

—¿Me habeis oido? añadió un gentil-hombre que se acercaba.

—¿Acaso no me conoceis ya, amigo mio? dijo Maldonado con turbado acento.

—No os habia conocido, y en verdad que no era tampoco muy fácil medio á oscuras. ¿Pero qué diablos haceis aquí?

—Estoy molido de correr, y no he podido seguir á los que persiguen al maldito paje. ¿Sabeis si lo han encontrado?

—No.

—¿Y para qué me buscábais?

—Porque S. M. os llama.

—¿Con mucha prisa? preguntó Maldonado que no queria dejar escapar la ocasion de revelar su secreto. Os hago esta pregunta porque me siento muy fatigado.

—Con tanta prisa que ha dicho «inmediatamente», y ya sabeis lo que esta palabra significa en boca de S. M.

—Lo siento.

—Venid, pues, que os espera.

El comendador no tuvo escusa que dar y se vió obligado á seguir al gentil-hombre, á la vez que exhalaba un profundo suspiro como el que vé desvanecerse una esperanza que está á punto de realizarse.

—No tendré ocasion como esta, dijo para sí.

El secreto tenia desgracia.

CAPITULO LXXIV.

Lo que hicieron el paje, Blanca y el capitan.

Preciso es que el lector tenga en cuenta que los sucesos que vamos refiriendo tenian lugar mientras que el monarca, el prior y el reverendo Chaves rezaban junto al lecho de muerte del príncipe, y en tanto que Ruy Gomez de Silva se aprovechaba de la confusion para huir.

Al mismo tiempo tambien, Blanca, algo mas tranquila ya, escuchaba atentamente al pajecillo que le decia:

—Ya habeis visto, señora, que milagrosamente hemos podido escapar hasta ahora de nuestros enemigos, y digo hasta ahora, porque todavía nos quedan peligros que correr hasta salir del alcázar.

—¿Y lo conseguiremos? preguntó la doncella.

—Creo que sí; pero es indispensable que tanto vos como el capitan me obedezcáis ciegamente.

—¿Acaso lo dudas cuando se trata de nuestra salvacion?

—Sí, señora, lo dudo porque ya os negásteis antes á seguir mi consejo, y bien veis que vuestra obstinacion ha podido costarnos muy cara.

—Yo no podia dejarte en aquel momento de peligro, repuso la doncella.

—Comprendo vuestra abnegacion, le contestó Luis, pero ya os habreis convencido de que ha podido perderme vuestro cariño. ¿Qué adelantábais con acompañarme?

—Morir ó salvarme contigo.

—Si, pero tal vez vuestra presencia podia perderme debiendo salvarme, como ha estado á punto de suceder, porque sin vos hubiésemos podido huir con mas ligereza y ya estaríamos fuera del alcázar.

Blanca inclinó la cabeza como agoviada por esta reconvencion, y de sus ojos brotaron dos lágrimas.

El paje estrechó entre las suyas las manos de la doncella, y dijo con acento conmovido:

—Perdonadme, señora, hermana mia; ya sabeis cuanto os amo y podeis comprender que mis palabras son hijas del deseo de evitaros todo peligro. Esta noche habeis espuesto por mí vuestra vida; ¿pensais acaso que puedo ser indiferente á tan noble y generosa accion? Si he calificado de imprudencia vuestra abnegacion, ha sido para evitaros nuevos peligros.

—Tus palabras no me ofenden, Luis, pero me recuerdan que mi locura ha podido costarte la vida.

—El tiempo es precioso, señora, y no debemos perderlo.

—¿Qué hemos de hacer?

—Ya os lo he dicho, obedecerme sin replicar.

—Esplícate.

—Vosotros debeis salir del alcázar antes que yo.

—¿Quieres quedarte aquí? dijo Blanca mirando con espanto al paje.

—Por algunos minutos no mas.

—Imposible.

—Ya habeis visto, señora, que cuando he formado un plan no retrocedo por nada del mundo hasta llevarlo á cabo.

—¿Qué te queda que hacer?

—Todo se ha perdido; han sido inútiles mis sacrificios para salvar al príncipe, pero no del todo infructuosos para vengar al marqués, y creo que Ruy Gomez y su esposa serán castigados severamente.

—¿A dónde vas á parar?

—Ya que no hayamos obtenido el triunfo por completo, quiero al menos saber lo que sucede á Ruy Gomez y á doña Ana.

—¡Luis! exclamó Blanca con acento que revelaba á la vez el miedo y la admiracion.

—Ya sabeis, repuso el pajecillo, que el peligro de vuestra vida no me ha hecho desistir antes.

—Entonces tenias que cumplir un deber y un juramento.

—Y ahora un deseo tan vivo que me domina.

—Me voy convenciendo, dijo el capitan, de que habeis perdido el juicio esta noche.

—Lo que os hará comprender que es inútil hacer reflexiones á un loco.

—Es decir...

—Que me seguireis; llegaremos á un sitio donde el capitan tendrá que ejercitar sus fuerzas, y os encontrareis libres para marchar. Sin deteneros os vais á nuestra casita misteriosa donde Diego os espera, y allí me tendreis dentro de una hora. El capitan y yo montamos á caballo y partimos para Flandes, y vos, señora, en una litera bien guardada por seis hombres valientes á las órdenes de Diego, os pondreis en camino para Búrgos. Nada os falta; teneis la carta de la reina para la superiora del convento, y yo voy á tomar mi tesoro que vos conservareis para cuando vuelva de Flandes.

—No saldré del alcázar sin tí, dijo Blanca.

—Bien, me acompañareis al aposento de Ruy Gomez, y luego tendremos el gusto de que se repita la escena anterior, con la diferencia de que no escaparemos como esta vez.

—No se repetirá, Luis, porque desistirás de tu loco intento.

—No desistiré, y el tiempo que gasteis en intentar disuadirme, será un tiempo precioso que perdemos.

Dijo el paje estas palabras con tono de resolucion tal, que no dejó á la doncella duda alguna de que seria inútil rogarle.

—Si pudieses comprender, dijo Blanca, lo que he de sufrir dejándote en el alcázar, por compasion siquiera no te quedarias.

—Lo comprendo, señora, repuso el paje; pero creo que antes de que venga el nuevo dia, ha de mostrarse la justicia de Dios clara y patente.

—¿Por qué lo presumes así?

—No lo sé, es un presentimiento, y yo debo presenciar esa justicia como he presenciado el crímen que no la temió.

—¡Luis!...

—Señora, interrumpió el pajecillo, no os esforceis porque seria en vano. ¿Quereis marchar con el capitan y esperarme en casa de Diego, ó preferis permanecer á mi lado hasta el último instante?

—A tu lado.

—Ya sabeis que vuestra presencia compromete mi vida.

—¡Dios mio! exclamó la doncella cuyas mejillas se bañaron en llanto.

—Señora, si yo no presenciase la ruina del asesino del marqués, me mataria el despecho, porque en este instante, el noble y generoso sentimiento que impulsa á la criatura á perdonar, está muy léjos de mí. ¿No conoceis en mi semblante que la rábia me ahoga, que la desesperacion me tiene loco? No me atormenteis con vuestras súplicas, dejadme el último consuelo que me queda.

Blanca se puso de pié y enjugó su llanto.

—Vamos, pues, dijo.

—¡Gracias; señora! exclamó el paje, besando las trémulas manos de la jóven.

—¿Y yo qué tengo que hacer? dijo el capitan.

Luis entró en el aposento inmediato, y poco despues salió con la caja de su tesoro, un trozo de cuerda de cáñamo y un baston.

—Partid ese baston, dijo al soldado.

Este ejecutó la órden con poco esfuerzo.

—¿Y ahora? preguntó.

—Guardad el pedazo mas fuerte y esta cuerda.

—¿Qué mas?

—Seguidme.

El paje tomó la linterna, esparció una mirada de despedida á la habitacion, y una lágrima asomó á sus negros y rasgados ojos.

De los de Blanca brotó un raudal de cristalinas perlas.

Salieron silenciosamente.

La galeria estaba desierta y casi á oscuras.

El capitan seguia impasible.

Luis y su señora sentian palpitar violentamente sus corazones.

¡Adios alcázar donde la hermosa doncella se durmió arrullada por las ilusiones de su primer amor! Aquellas espaciosas galerias donde en el silencio de la noche y sin mas testigos que la oscuridad ciega habian resonado besos de amor, iban á trocarse por las del claustro solitario donde solo debian oirse los rezos puros y elevados á Dios. Empero tambien aquellos vastos salones donde se habia respirado la venganza, donde la intriga se habia agitado con su incansable y convulsivo vuelo, donde el llanto del mas crudo dolor se habia mezclado á las risas de criminales triunfos, iban á cambiarse por la estrechez de una celda cuya atmósfera estaba embalsamada por el incienso bendito, donde la fé sublimaba el alma, donde la agena felicidad hacia sonreir, porque las palabras «egoismo» y «ambicion» significaban pecado, condenacion eterna.

Nuestros amigos siguieron la galeria y bajaron una estrecha escalera que al final encontraron.

—No se vé alma viviente, dijo el capitan á media voz.

—No parece sino que los cortesanos huyen de nosotros en vez de perseguirnos, contestó el paje.

Blanca temblaba.

Al concluir de bajar la escalera, se detuvo Luis, y tocando en la pared, se abrió una puerta secreta.

Entraron y siguieron un muy estrecho pasillo practicado en el corazon del muro.

—Aun no me habeis esplicado, dijo Pero Leon, para qué ha de servir esta cuerda y este medio baston.

—Sois muy curioso, le contestó el paje.

—Es natural.

—Pues sabed que ha de servir para proporcionarnos la salida.

—Ya lo presumo, pero no entiendo el cómo.

—Lo vereis.

—Adelante, pues, si no estrecha este maldito callejon.

—¿Os duelen los brazos, capitan?

—No, amigo mio.

—¿Es decir que podreis hacer un esfuerzo sin gran trabajo?

—Puedo aplastar la cabeza á un hombre sin mas que descargarle una puñada.

—Líbreme Dios de vuestras manos.

—Amen.

Volvieron á quedar en silencio, y continuaron hasta encontrar otra escalera.

—Mucho cuidado, dijo Luis á Blanca, que aquí es fácil resbalarse.

Bajaron como unos cuarenta escalones de piedra, y siguieron otro pasillo muy húmedo, y tan estrecho como el anterior. La atmósfera era allí espesa y nauseabunda.

—¿Sabeis, señor diablo, dijo el capitan, que no debe ser peor el camino del infierno?... Cuidado, señora, con esta piedra, no tropeceis como yo y os dejeis las narices entre las telarañas de la pared.

Blanca iba tan absorta en sus tristes pensamientos, que no se apercibió de las palabras del paje y del capitan. Seguíalos maquinalmente y no fijaba la atencion en nada. A no ser así, mas de una vez se hubiese estremecido al sentir el vuelo de alguna espantada alimaña que se desprendia de las grietas de aquellas

négras paredes apenas esclarecidas por la luz débil de la linterna que llevaba el paje.

Este se detuvo al fin, y tirando de una anilla que habia en el muro, se abrió una puertecilla.

—Ya nos queda poco, dijo; adelante.

Bajaron tres escalones y se encontraron en un aposento desamueblado, de húmedo piso y negras paredes.

Algunas enormes ratas corrieron despavoridas.

Blanca se estremeció como si despertase de un sueño.

—¿Dónde estamos? preguntó.

—Donde hace muchos años que no ha entrado nadie.

Atravesaron la habitacion y se detuvieron junto á una puerta que Luis abrió trabajosamente con una de las llaves de su tesoro.

—Dentro de cinco minutos respirareis el aire libre, dijo.

Otro aposento semejante al anterior se presentó á la vista de nuestros amigos, y otra puerta que tambien abrió Luis.

—Haríais buen carcelero, dijo el capitan.

—Ya visteis si nos dimos buena maña para encerrar al comendador Maldonado.

—Buen golpe fué aquel.

—De poco nos sirvió.

Entraron en una tercera habitacion.

En esta se veia una ventana como de tres pies de altura y uno y medio de ancho, resguardada por cuatro barrotes de hierro, no muy gruesos, colocados en sentido vertical.

Esta ventana debia caer al campo, porque el estremado grueso del muro donde estaba practicada no era el de una pared interior.

El paje tomó la cuerda y la fué ligando de uno en otro de dos de los barrotes de la derecha. Concluida esta operacion, colocó en medio y entre los dobleces de cuerda el trozo de baston, y dijó al capitan:

—Dad vueltas á este palo.

El capitan obedeció, resultando embeberse la cuerda á medida que se retorcia, con lo cual se doblaban lentamente los hier-

ros, ensanchando la distancia que habia entre los dos de en medio. Esta operacion no era otra que la que los ladrones de nuestros dias hacen y llaman dar garrote á las rejas.

—No me es desconocida esta maniobra; dijo el capitan.

—Entonces, repuso el paje, escuso deciros lo que os queda que hacer.

Pero Leon siguió retorciendo la cuerda hasta doblar todo lo posible los hierros, y en seguida hizo lo mismo con los dos restantes, quedando en pocos momentos un claro suficiente para que pasase una persona, aunque con precaucion y trabajo.

—Bien, dijo Luis ya estamos libres.

Y sacando medio cuerpo fuera de la ventana, examinó atentamente, y en cuanto la oscuridad lo permitia, la parte de afuera, escuchó por espacio de algunos instantes, y entrando luego, repuso:

—No se percibe el menor ruido ni se distingue un solo bulto. Como por esta parte no hay mas que dos ó tres postigos, se habrán contentado con poner centinelas por la parte de adentro. ¡Qué torpes son!

—¿Nos hemos de poner ya en marcha? preguntó el capitan.

—Si. Vos saldreis primero. La ventana está muy cerca del suelo y poco trabajo os costará bajar. En seguida recibireis á Blanca en vuestros brazos.

Estas palabras parecieron sacar á la doncella de sú distraccion, y á la vez que dejaba escapar un grito, y que de sus ojos salia un raudal de lágrimas, se arrojó al cuello del paje y lo estrechó convulsivamente.

—¡Luis! exclamó. ¡Luis, hermano mio!

—Tranquilizaos, repuso el niño con voz ahogada por la emocion.

—¡Ya no volveré á verte!

—¿No os he dicho que iré á buscaros antes de una hora?

—¡Caerás en poder de nuestros enemigos!

—Desechad esos tristes presentimientos, señora.

—Juegas con la fortuna, y esta última temeridad te costará la vida.

—Señora, me despedazais el corazon con vuestro llanto.

—Ven con nosotros.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque quiero ver cómo la justicia de Dios cae sobre la cabeza del malvado.

—Todo lo sabrás despues.

—No me basta, necesito presenciarlo. Vos no sabeis lo que pasa en mi interior: la desesperacion, la rábia me atormenta en grado tal, que me enloquecen.

Los ojos del paje brillaron con estraño fuego.

—Si yo no os amase tanto, prosiguió; si el temor de causaros nuevos pesares y de dejaros sola en el mundo sin un corazon amigo que se interesase por vos, sin un brazo que os defendiese no hubiera refrenado mis arrebatos, esta noche, junto al lecho de muerte del príncipe, despues de haber echado en cara al rey su egoismo y su hipocresía, en su presencia hubiera dado de puñaladas á Ruy Gomez, luego á su esposa, y al mismo Felipe II si osaba poner sobre mí sus manos; hubiese matado, destruido cuanto habia cerca de mí, y gritando venganza y maldiciendo á esa turba de miserables aduladores y ambiciosos cortesanos, me habriais visto morir luchando y llamándoles cobardes. Pero vos, hermana mia, el cariño que os tengo y la gratitud contuvieron mi brazo y encerraron en mi pecho la sed de venganza que emponzoña mi corazon. Solo un consuelo me queda, ya os lo he dicho, el de presenciar el castigo como he presenciado el crímen. Dejadme, pues, obrar; idos tranquila que antes de media hora estaré á vuestro lado.

—¿Pero á dónde vas?

—Al cerrar la ventana secreta por donde habia entrado en la prision del príncipe, ví que Ruy Gomez, aprovechándose de la confusion, se escapaba.

—Ya habrá huido.

—No, porque las puertas estarán bien guardadas. Además, el rey no le habrá dado tiempo para ello.

La doncella conocia bien el carácter de aquel estraordinario niño, y no quiso insistir. Pensó tambien que cuanta mas ternura le demostrase, mas lo turbaria, y la turbacion podia serle fatal.

—Estás resuelto, dijo, y no intentaré disuadirte. Ya me ves serena, dándote ejemplo de valor.

—Gracias, señora, porque me haceis un bien inmenso. No os detengais porque los minutos son muy preciosos. Mucho cuidado, mucho silencio, y vos, capitan, mucho valor para morir defendiendo á doña Blanca. Salid.

El capitan, sin hablar una palabra, salió por entre los hierros, y de un brinco se encontró en el campo.

Blanca conoció que si se detenia para despedirse del paje le faltarian las fuerzas, y así fué que se dirijió rápidamente á la ventana, y sin esperar ayuda, se precipitó de un salto á la parte de afuera.

Luis se asomó, y aunque confusamente, pudo distinguir á sus amigos que se alejaron, perdiéndose en la oscuridad.

—¡Dios los proteja! murmuró el hermoso niño.

Y de sus negros ojos brotó una lágrima.

Luego exhaló un suspiro, sacudió la cabeza, y entrando en la tenebrosa habitacion, siguió con ligero paso el mismo estrecho y oculto camino, que poco antes habia atravesado con Blanca y el capitan.

CAPITULO LXXV.

La mano de Dios.

Ruy Gomez de Silva cuando escapó de la presencia del rey, se dirijió á su aposento, y entró en el que hemos visto á doña Ana frente á la copa fatal; pero su esposa ya no estaba allí; le habian dicho que el príncipe acababa de espirar, y en su diabólica alegría, olvidando el veneno, corrió de una en otra habitacion, sin saber á donde iba.

Ruy Gomez sentia habrasársele la cabeza, las fuerzas le faltaban, y ahogado por la fatiga, se dejó caer en un sillon. El terror dominaba su espíritu y se revelaba en su semblante. Sus megillas estaban en estremo pálidas, demudadas sus facciones todas, y sus ojos parecian querer salirse de sus órbitas, giraban con desconcierto y miraban con espanto como si cada objeto que se presentaba á su vista fuese un perseguidor.

Brotaba en abundancia de su pálida frente un sudor frio que parecia llevarse tras sí las poquísimas fuerzas que restaban á su abatido cuerpo, y el mas leve ruido le hacia estremecerse como si ya el hacha del verdugo se levantase sobre su trastornada cabeza.

—¡Todo por ella! murmuró con voz desfallecida y descansando la frente entre sus trémulas manos. ¡Todo por ella! ¡He sido un instrumento de sus intrigas!... ¡Y la amo todavía, la amo!.... ¡Oh!... ¡Soy muy criminal!

Estas pocas palabras parecieron fatigarle en estremo, y volvió á quedar silencioso por algunos instantes.

—¿Qué va á ser de mí?... ¡Ah!... Es preciso huir sin perder un minuto... ¡Pero me siento tan débil!... Parece que el pecho se me abrasa.

Y el desdichado fijó casualmente su mirada en la copa fatal.

—¡Agua! exclamó.

Cojió ávidamente el mortífero vaso, lo llevó á la boca y apuró su contenido. Luego respiró fuertemente, y prosiguió:

—Me siento mas sosegado... Es preciso huir.

Intentó levantarse, pero se sintieron pasos en la habitacion inmediata, y quedó inmóvil y fija en la puerta una mirada de terror. Creyó que venian á prenderlo, y aun se le figuró escuchar el ruido de espadas y alabardas. De entre sus lábios secos iba á salir un grito de espanto, pero lo contuvo al ver entrar á su esposa.

El semblante de la princesa revelaba un contento que la hacia aparecer horrible.

—¿Con que ha muerto? dijo al ver á su esposo.

—Y nosotros moriremos tambien porque se han descubierto nuestras intrigas...

—¡Ah! exclamó la dama.

Y su frente se contrajo y tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillon porque le faltaron las fuerzas para sostenerse.

—El Diablo de Palacio, prosiguió Ruy Gomez, ha intentado salvar al príncipe...

—¿Y sabes ya quien es?

—Sí, es un niño, el paje de doña Blanca.

—¡Vencida por un niño! exclamó doña Ana con un acento de desesperacion tal que no dejaba duda de cuanto la atormentaba su orgullo abatido.

Y se retorció los brazos y brillaron sus ojos como dos luces.

—No perdamos un momento, repuso Ruy Gomez precipitadamente.

—Bien, pero esplicaos, ese niño...

—Todo lo sabreis despues; ahora solo debemos pensar en huír.

—Sí, huyamos, pero...

—¿Qué os detiene? interrumpió el de Eboli poniéndose de pie. No podemos detenernos ni á recojer una alhaja, ni á dar una órden. Tal vez á estas horas estén guardadas todas las salidas del palacio.

—¡Y hemos de huir como dos miserables, para ser detenidos por el último soldado que pondrá sobre mí su mano grosera, que me mandará y tendré que obedecerle, que me maltratará si así le place!... ¡Oh!... ¡Imposible!

—¡Habeis perdido la razon, señora!

—¡Y vos la dignidad!

—¡Aun me ultrajais!

—¿Mereceis otra cosa cuando vuestra cobardia nos ha puesto en este caso?

—He sido cobarde porque me he dejado dominar por vos. Pero no es esta ocasion de discutir.

—Teneis razon, repuso doña Ana con ironía. No es tiempo de discutir, y sobre todo á nada conduce; pero entre tanto nos vemos vencidos por un niño, y por una muger... ¡Oh!... por una muger...

—Si yo hubiese sabido que habia que luchar con una muger que tenia que vengar la muerte de su amante...

—¡Cómo! exclamó sorprendida la princesa. ¿Acaso doña Blanca?

—Sí, doña Blanca que estaba al corriente de todos nuestros secretos, que contaba con la ayuda de su paje, de ese hijo de Satanás que se filtra por las paredes, que escucha todas las conversaciones, que adivina los pensamientos...

Doña Ana rechinó los dientes y exclamó:

—¡Oh! no saldré del alcázar sin haberme vengado de esa muger.

—Os ciega el orgullo, señora.

—Me mata el coraje.

—Doña Blanca se habrá ocultado, habrá salido del alcázar con anticipacion por lo que pudiera ocurrir, porque ya sabia el golpe que preparaba su maldito paje.

—¡Burlada por una muger, por una muger hermosa, tan hermosa como yo, mas aun porque tiene diez y seis años!... ¡Oh!... ¡Esto es horrible!

Semejantes ideas atormentaban á la orgullosa dama, mucho mas que la del peligro que en aquellos instantes corría.

—Señora, el tiempo vuela, dijo Ruy Gomez.

—¿Os vais?

—Sí.

—¡Huir!

—Salvar la vida.

—Es verdad, teneis razon, salvar ahora la vida para poder vengarse mañana. Humillada saldré esta noche del alcázar real, pero llegará otro dia en que volveré triunfante.

—¿Pensais aun?...

—Huyamos, don Ruy, huyamos; el tiempo es precioso.

—Ya es tarde, dijo la voz severa de Felipe II que se presentó seguido del duque de Féria, del comendador Maldonado, y del reverendo Chaves.

El príncipe de Eboli dió un grito y cayó de rodillas.

Doña Ana miró al rey con espantados ojos, y luego le dijo:

—¿Viene V. M. á prenderme?

—A vos y á vuestro esposo, contestó el monarca.

—Ya es tarde con respecto á mí, repuso la princesa, parodiando las palabras de Felipe II.

Y cojió la venenosa copa.

—Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, prosiguió, tiene bastante valor para quitarse la vida y no dejar que se la quite el verdugo.

Su acento y sus miradas decian bien claramente que estaba trastornada su razon.

Llevó la copa á sus lábios mientras que el monarca la miraba con asombro y se disponia á evitar aquel horrendo crímen; pero al ver que el mortífero líquido habia desaparecido, dijo precipitadamente:

—¿Quién ha bebido en esta copa?

—Yo, contestó con espanto Ruy Gomez.

La argentina vasija se escapó de las torneadas manos de la princesa, y al caer sin sentido en el pavimento, murmuró:

—¡Envenenado!

—¡Envenenado! repitieron Felipe II y sus cortesanos, retrocediendo llenos de horror.

—¡Envenenado! exclamó Ruy Gomez. ¡Envenenado... sí... siento abrasárseme el pecho... la luz huye de mis ojos!... ¡Perdon... confesion... confesion!...

—¡Dios te perdone! se oyó decir en un estremo de la habitacion á donde apenas llegaban los resplandores de la luz.

Todos se volvieron hácia aquel lado, y vieron al paje inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en Ruy Gomez.

El atrevimiento de aquel niño causó tal admiracion, tal sorpresa su presencia cuando se le creia huyendo de todo el mundo, procurando ocultarse á todos, tal efecto causó, repetimos, que ni el rey ni los cortesanos acertaron á pronunciar una palabra.

Felipe II admiraba todo lo grande, todo lo heróico, y en aquellos momentos hubiera perdonado al paje si fascinado, puede decirse, como estaba por el valor, el arrojo y la serenidad del hermoso niño, lo hubiese visto arrojarse á sus pies y demandarle el perdon. Pero Luis era al cabo un niño falto de esperiencia, y no supo sacar partido de su ventajosa situacion.

—Hé ahí la mano de Dios, repuso el paje con entonacion solemne y sin que en su rostro se pintase mas que la gravedad, pero ni una leve sombra de miedo, de ódio, de tristeza ni alegria.

—¡La mano de Dios! repitió el monarca como si estas palabras le hubiesen producido un gran efecto.

—¡Confesion! volvió á decir Ruy Gomez.

Y el desdichado se revolvia convulsivamente, á impulsos de los tormentos de su dolorosa agonía.

Luis dió dos pasos y recojió la copa de plata que habia rodado hasta muy cerca de él.

Nadie se atrevió á detenerlo.

Reinaron algunos instantes de un silencio profundo, de una aterradora calma.

Doña Ana de Mendoza permanecia sin conocimiento sobre la pintada alfombra, sin que nadie pensase en socorrerla.

Violentas sacudidas agitaban el cuerpo de Ruy Gomez.

El comendador Maldonado pensaba en su secreto y veia con hondo pesar que iba á escapársele la ocasion de revelarlo.

El duque de Féria hubiera dado de buena gana un abrazo al paje, porque como soldado admiraba aquel rasgo de valor.

Felipe II estaba como aturdido por la multitud y diversidad de ideas que se agolpaban á su mente.

El reverendo Chaves pensaba en decir que saliesen todos para dar al moribundo los ausilios que reclamaba.

Luis volvió á retroceder hasta la pared.

—No olvides, dijo á Felipe II, lo que acabas de ver.

Sin que pudiese adivinarse cual era su intencion, el monarca dió un paso hácia el pajecillo.

—No intentes apoderarte de mí, le dijo este, porque ya es tarde.

Y desapareció por una puerta secreta.

—¡Corred, buscadlo! gritó el monarca al duque y al comendador. ¡Traédmelo, pero sin hacerle daño alguno, porque ese niño puede ser aun la honra de su patria y la mejor defensa de

mi trono!... ¡Gran corazon, pero si se le abandona se pierde!

Pintóse la mas viva alegria en el rostro del comendador.

Este y el duque de Féria se precipitaron fuera del aposento.

Casi es inútil decir que de nada sirvió aquella segunda tentativa de apoderarse del pajecillo. Nadie pudo dar con él.

Pocos momentos despues, el reverendo Chaves auxiliaba á Ruy Gomez de Silva.

Al dia siguiente salió del alcázar doña Ana de Mendoza y fué conducida por órden del rey al convento de las Huelgas de Búrgos.

Blanca la habia precedido. Allí debian encontrarse.

El Diablo de palacio huyó á Flandes en compañía del capitan Pero Leon. Algun dia volveremos á encontrar á nuestro héroe en la segunda parte de esta historia.

El príncipe fué encerrado en un féretro cubierto de terciopelo negro y ricos brocados, y un numeroso acompañamiento se disponia á seguir sus restos á la última morada, cuando en el patio principal suscitóse entre los consejeros una cuestion de precedencia. Lo triste y respetable de la ceremonia no fué bastante para que ninguno de los que disputaban cediese, y la comitiva esperó largo rato.

Dieron cuenta á Felipe II de lo ocurrido, y el prudente monarca, asomándose á un balcon, con rostro sereno y firme voz, decidió el punto, y el fúnebre cortejo emprendió la marcha.

Cuando el rey se separó del balcon, encontró á su esposa que lo miraba con el mas amargo desden é insultante desprecio.

—¿Qué haceis ahí, señora? le preguntó ásperamente. ¿Venis á darle el último adios?

—Sí.

—Ya lo habeis hecho.

—Y me retiro gozosa porque siquiera una vez, por un instante, os he visto tal como sois, sin la máscara de la hipocresia, mostrando al mundo vuestro corazon de hiena.

—¡Señora!...

—Poco os incomodaré, porque muy pronto seguiré á vuestro hijo, repuso Isabel de Valois.

Y oprimiéndose fuertemente el pecho con ambas manos, elevó al cielo una mirada de dolorosísima ternura.

La infeliz habia recibido el último golpe.

Cabrera, que conoció á Felipe II, que lo trató, que pudo estudiar su carácter y sus sentimientos mas que ningun otro, que escribió su «Filipo Segundo» reinando el hijo, tercero del mismo nombre, dice: «Su sonrisa i su cuchillo eran confines, i por eso unos le llamaban prudente y otros severo.»

Volvemos à decir, que nosotros reconocemos en Felipe II un talento preclaro y que la naturaleza no concede á todos los hombres; que pocos, muy pocos, han sido políticos tan consumados como él; pero tambien creemos que su ambicion y su fanatismo, ofuscaron ese mismo privilegiado entendimiento. A no ser así, la gloria política del fundador de San Lorenzo del Escorial, hubiera sido mayor que la de todos nuestros monarcas.

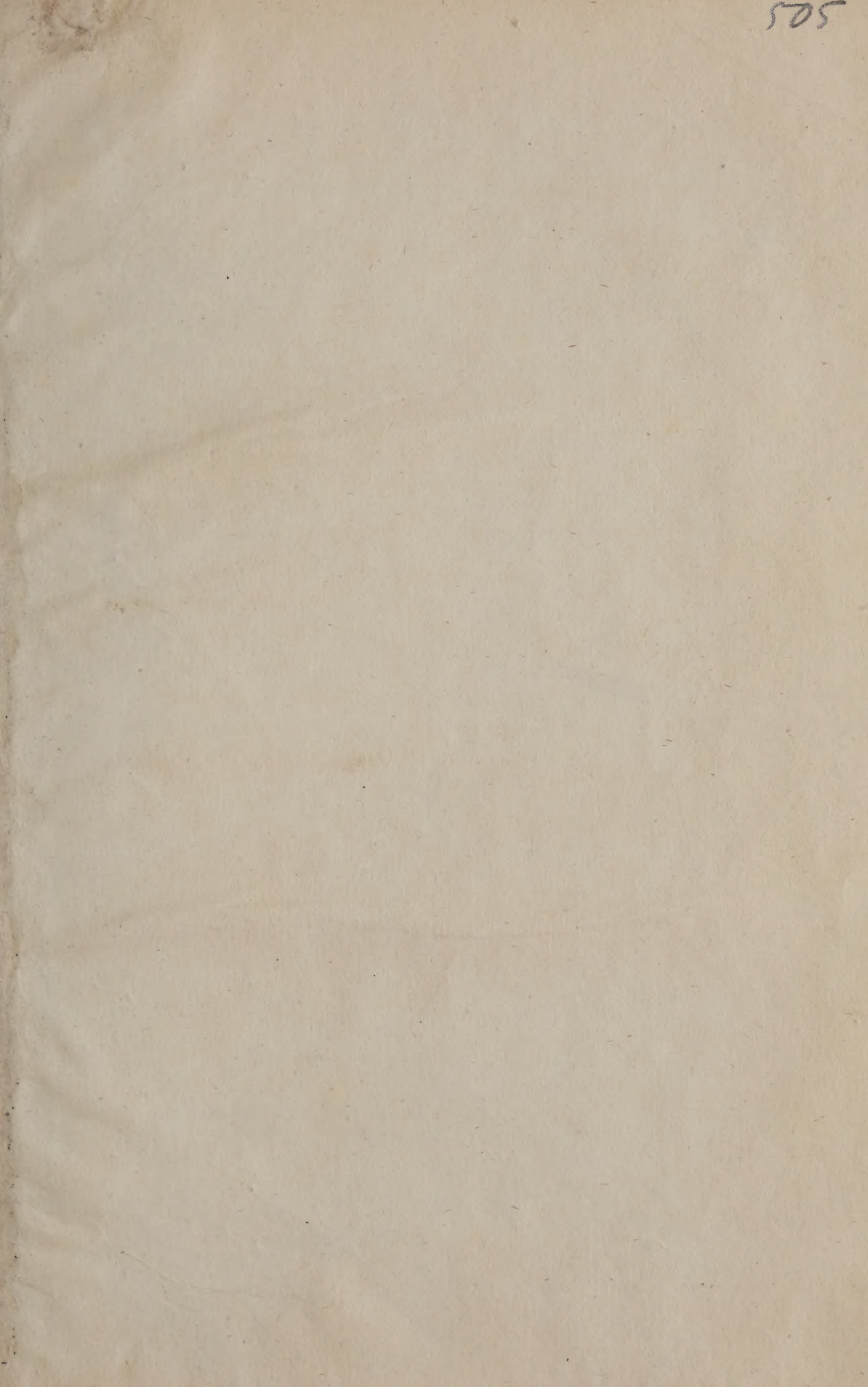
FIN DE LA PRIMERA PARTE.

INDICE

de los capítulos que contiene este tomo.

Cap. | Pág.

Plantilla para la colocacion de las láminas.


505





